

MAULANA MUHAMMAD ALI

MUHAMMAD
EL PROFETA

AHMADIYYA ANJUMAN ISHA'AT ISLAM
LAHORE

www.aail.org

Contenido

	Página
Agradecimiento	1
Prefacio	3
I LA EDAD OBSCURA	5
La raza árabe — La época de la ignorancia — La vida social — La mujer — Males duraderos — Los profetas anteriores — El asentamiento judío — Los cristianos — Los unitarios — Los fracasos.	
II EL PROFETA PROMETIDO	23
Las profecías de Abraham — Las profecías de Moisés — Las profecías de Isaías — Las profecías de Jesús — La genealogía de Muhammad — Antes de la llamada.	
III EL LLAMADO DIVINO	37
Interrupción momentánea de las revelaciones — La segunda revelación — Los primeros conversos — Humanidades religiosas.	
IV LA TEMPESTIVA OPOSICION	47
Persecusión — Emigración a Abisinia — Predicación en público — La primera diputación a Abūtālib — La tercera diputación — Los quraish ofrecen poder y riqueza — Ex-	

pulsión de los hashimitas — Viaje a Ṭā'if — Las promesas de Aqabah.

V LA HUIDA A MEDINA 63

En la cueva de Thaur — La salida con destino a Medina — Revelación consoladora — La nueva era — La hermandad musulmana — Un pacto entre varias tribus.

VI LAS BATALLAS DEFENSIVAS 75

Medidas preventivas — La batalla de Badr — Ayuda Divina para la causa musulmana — El tratamiento de los prisioneros de guerra — La batalla de Uhud — El profeta convoca un consejo de guerra — Los quraish derrotados y perseguidos — El ataque de Khālid desde la retaguardia — La acción audaz del Profeta — Los musulmanes se reaniman — Las atrocidades de los quraish — Uhud no fue una derrota para los musulmanes — La inseguridad de los musulmanes — La batalla de Muraisī' — 'A'isha calumniada — La batalla de Ahzāb — El Profeta tiene una visión de un gran futuro — Los confederados desbandados — Relaciones con los judíos — La conquista de Khaibar.

VII LA TREGUA DE ḤUDAIBIYAH 103

Bai'at al-Ridwān — Los términos de la tregua — El cumplimiento de la Promesa Divina — El amor por la paz del Profeta — El triste predicamento de los conversos de La Meca — El mensaje del Islām llega más allá de Arabia — La campaña de Mūtah.

VIII LA CONQUISTA DE LA MECA 115

Los quraish contravienen las condiciones de la tregua — La batalla de Hunain — Llegan diputaciones de las tribus árabes — La expedición de Tabūk — Los hipócritas de Medina — El amor del Profeta por sus enemigos — El fin de los hipócritas — Año de diputaciones — Toda Arabia convertida al Islām — Principios islámicos de guerra.

IX LA PEREGRINACION DE DESPEDIDA 139

El sermón de Minā — La dolencia final — Abū Bakr nombrado Imam — El fallecimiento del Profeta — El sermón de Abū Bakr.

X	LA MORAL SUBLIME DEL PROFETA	145
	Un hombre ejemplar — La sencillez — Su amor por los amigos — Su generosidad con los enemigos — La humildad — Simpatía por los pobres — Hospitalidad — Nobleza de carácter — Lealtad — Su clemencia — Su modestia — Su afecto — Su valentía — Su constancia.	
XI	RASGOS PRINCIPALES DEL PROFETA COMO REFORMADOR	155
	El más exitoso de los profetas — La universalidad del mensaje — La unidad de la raza humana — El desarrollo de la totalidad del hombre — Grandeza en todas las direcciones — No fue un producto de su medio — La paz universal.	
XII	LOS MATRIMONIOS DEL PROFETA	163
	Khadijah — 'Ā'ishah — La edad de 'Ā'ishah — Saudah — Hafsa, Zainab y Umm Salmah — Zainab — Juwairiyah — Umm Ḥabibah — Ṣafiyah, María y Maimunah — Los cuatro períodos de la vida del Profeta — El primer período — El segundo período — El tercer período — Las circunstancias en que vivía el Profeta — Cómo pasaba sus noches — La sencillez de su vida — La vida sencilla de las esposas del Profeta — La protección de la mujer — Razones políticas — Otras consideraciones — El cuarto período — Por su naturaleza, el Profeta se oponía a la poligamia y la guerra.	
XIII	AFIRMACIONES FALSAS DE ATROCIDADES	177
	Crítica prejuiciada — Cómo los musulmanes soportaron el maltrato — Prohibición contra el asesinato de mujeres — Abū Afak — Sólo los combatientes podían ser asesinados: Ibn Sunainah — Ka'b ibn Ashraf — Abul Huqaiq — Una atroz calumnia.	

AGRADECIMIENTO

Este libro fue escrito originalmente en urdu por el difunto Maulāna Muhammad 'Ali, traductor del Sagrado *Qur'an* al inglés y al urdu, y autor de varios libros sobre el Islām y su Profeta. En 1924 apareció la traducción inglesa, resultado de la amorosa labor de Maulana Muhammad Yakub Khan, el entonces Imam de la Mezquita de Shā Jehan en Woking, Inglaterra y a quien Al-haj Khwājah Kamāl al-Dīn, fundador y jefe de la Misión Musulmana de Woking brindó todas las facilidades para completar su tarea. El manuscrito fue puesto, como en el caso de la traducción inglesa del *Qur'an*, en manos de Maulana Sadr al-Dīn, quien por esa época se hallaba propagando el Islam en Alemania, para que supervisara el proceso de edición. La segunda edición apareció en 1933; la tercera, en 1951. En la presente edición revisada, además de algunas alteraciones menores, se han combinado algunos capítulos bajo un solo encabezamiento.

Podemos añadir aquí que la idea de escribir una biografía exhaustiva del Fundador del Islam estuvo siempre en la mente de Maulāna Muhammad 'Ali desde que emprendió la labor de traducir el *Qur'an* al inglés hacia 1910. Sin embargo, debido a otros compromisos, no pudo concretarlo. El pequeño esbozo que presentamos ahora no es de ningún modo el logro de esa idea. Constituye solamente —como lo señaló el Maulāna en el prólogo a la primera edición un breve y apresurado recuento de una vida llena de las más nobles lecciones para la humanidad, un simple vistazo a la mayor transformación que se ha forjado en la historia del hombre. Desafortunadamente, el autor no vivió el tiempo suficiente para cumplir la laboriosa tarea de presentar esa ennoblecadora historia en todos sus detalles. Sólo podía ofrecer este humilde

2 AGRADECIMIENTO

tributo a la memoria de aquel que dedicó su vida entera al servicio de la humanidad.

Expresamos nuestro agradecimiento a los señores Shaikh Dāwud 'Abd al-Rasūl y Shahid Shariff, quienes nos ayudaron considerablemente en la revisión de la presente edición.

Los editores

Prefacio

Todo hombre debe ser juzgado por lo que hace, y Muhammad (que la paz esté con él), también conocido en español como Ma'homa, logró en veinte años lo que siglos de trabajo de otros reformadores no pudieron, pese al poder temporal que los respaldaba. Acabó con siglos de idolatría, superstición, credulidad, ignorancia, prostitución, juego, bebida, opresión de los débiles, guerras mortíferas y cientos de otros males en todo un país. La historia no conoce ningún otro reformador que haya forjado una transformación de esa magnitud tan maravillosa y completa en un tiempo tan corto. Nunca una reforma tuvo menos esperanzas como a la llegada de Muhammad, y nunca fue más completa que cuando éste se marchó.

“Si la grandeza de los fines, la escasez de los medios y lo sorprendente de los resultados son los tres criterios del genio humano —escribe el distinguido escritor francés Alphonse de Lamartine en su *Histoire de la Turquie* (1854)—, ¿quién podría atreverse a comparar a cualquier otro gran hombre de la historia moderna con Muhammad? Los hombres más famosos crearon armas, leyes e imperios únicamente. Fundaron sólo —si acaso lo hicieron— poderes materiales que a menudo se derrumbaron ante sus ojos. Este hombre movilizó no sólo ejércitos, legislaciones, imperios, pueblos y dinastías, sino a millones de hombres en un tercio del mundo entonces habitado; y lo que es más importante, removió altares, dioses, religiones, ideas, creencias y almas. Sobre la base de un Libro, del cual cada letra se convirtió en ley, creó una nacionalidad espiritual que mezcló a pueblos de todas las lenguas y todas las razas. Como característica indeleble de esa nacionalidad musulmana, nos dejó el odio por los falsos dioses y la pasión por el Dios Único e Inmaterial. Este patriotismo vengativo

contra la profanación del Paraíso constituyó la virtud de los seguidores de Muhammad: la conquista de un tercio de la Tierra por su dogma fue su milagro; o más bien, no fue el milagro de un hombre, sino el de la razón. La idea de la unidad de Dios, proclamada en medio de la extinción de fabulosas teogonías, constituyó en sí misma un milagro tal que con sólo salir de sus labios destruyó todos los antiguos templos de ídolos y levantó en armas a un tercio del mundo. Su vida, sus meditaciones, sus heroicas injurias contra las supersticiones de su país, y su audacia para desafiar la furia de la idolatría, su firmeza para soportarlas durante quince años en La Meca, su aceptación del papel de burla pública y casi víctima de sus compatriotas, todo ello y, por último, su huída, su incesante predicación, sus guerras en desventaja, su fe en el triunfo y su sobrehumana seguridad en medio de la desgracia, su clemencia en la victoria, su ambición consagrada enteramente a una idea y que de ningún modo pugnaba por un imperio, sus oraciones sin fin, sus conversaciones místicas con Dios, su muerte y su triunfo tras la muerte, todo ello prueba que la suya no era una impostura sino una firme convicción que le dio el poder de restaurar un dogma. Ese dogma era de dos clases: la unidad de Dios y la inmaterialidad de Dios; el primero decía lo que es Dios, mientras que el último decía lo que Dios no es; uno derroca a los falsos dioses con la espada; el otro pone en marcha una idea con la palabra.

“Filósofo, orador, apóstol, legislador, guerrero, conquistador de ideas, restaurador de los dogmas racionales, de un culto sin imágenes; fundador de veinte imperios terrestres y de un imperio espiritual; tal es Muhammad. Considerando todos los patrones mediante los cuales puede medirse la grandeza humana, bien podemos preguntar: ¿Existe algún hombre más grande que él?”

Una vida tan grande no puede estar desprovista de potencialidades igualmente grandes para el futuro. La vida de un hombre que vivió para Dios y murió por Dios no puede sino inspirar en todos los corazones las más nobles ideas de servicio a la humanidad.

MUMTAZ AHMAD FARUQUI

Capítulo I

LA EDAD OSCURA

“Sin duda la primera casa designada para los hombres es la de La Meca, bendita y una guía para las naciones.” (3:95).

La tierra conocida como “Jazirat al-‘Arab”, o Península Arábiga, ocupa una posición central en el hemisferio que comprende los continentes de Asia, África y Europa. Constituye el corazón, por así decirlo, del Viejo Mundo. En ese país nació Muhammad (que la paz y las bendiciones de Dios estén con él), el último de los grandes reformadores religiosos que fundaron una religión. El océano Índico baña sus costas por el sur; el Mediterráneo y el mar Rojo, por el oeste. Al este se encuentran el golfo Pérsico y los ríos Tigris y Éufrates; estos dos últimos atraviesan además su parte norte. De acuerdo con los antiguos historiadores y geógrafos, abarca dentro de sus fronteras la franja de tierra conocida como Irak (Mesopotamia), así como la Siria árabe. El mapa del mundo moderno, empero, no considera éstos como parte integral de Arabia. Aun así, el país cubre una superficie de trescientos mil kilómetros cuadrados.

Casi un tercio de Arabia está cubierta por desiertos arenosos, siendo el más grande el conocido como al-Dahnā, que se halla en el centro de la parte meridional. Prácticamente no existen ríos dignos de mención en el país. No obstante, aquí y allá se encuentran pequeñas corrientes. Algunas de ellas se pierden en las arenas del desierto, pero otras se abren paso hasta el mar. De sur a norte corre una cadena montañesca conocida como Jabal al-Sarāt, cuya mayor altura alcanza los dos mil cuatrocientos metros. El dátil es

el principal producto agrícola. En tiempos antiguos, Arabia era famosa por su oro, plata, piedras preciosas y especias. De los animales que se encuentran allí, el camello es el más valioso y útil, mientras que los caballos árabes no tienen par en el mundo por su belleza, vigor y temple.

En realidad, Irak y Siria forman parte integral de Arabia, aunque en la moderna distribución política aparecen como distintas de ella. Irak se extiende al lado de Irán. Las ciudades de Basrah (Basora) y Kufah, que durante mucho tiempo constituyeron centros de aprendizaje islámico, fueron fundadas durante el califato de 'Umar el Grande. La Siria árabe se halla al norte y se extiende hasta Aleppo. Por eso los geógrafos árabes han considerado el Éufrates como el límite norte de Arabia. En esta parte se localiza el monte Sinai, donde Moisés recibió la revelación Divina. Los amalekitas fundaron allí, en el pasado, un poderoso reino.

Arabia está subdividida en varias partes. De éstas, el Hijaz es la provincia en donde está situada la tierra sagrada de Haram, territorio sagrado o prohibido, que recibe ese nombre porque desde tiempo inmemorial se le ha profesado la mayor veneración y todo tipo de guerra está prohibido en él. Dentro de sus límites se erige la sagrada casa de la Kaaba. La Torá, libro sagrado de los judíos, se refiere al Hijaz con el nombre de Paran. Sus principales ciudades son La Meca (Makkah), Medina y Taif. Esta provincia se extiende a lo largo del mar Rojo en una franja rectangular. Jeddah y Yenbo son sus dos principales puertos de mar, y en ellos acampan los peregrinos de La Meca y Medina, respectivamente. Hacia el este, el Hijaz está limitada por la provincia de Najd y, hacia el sur, por Asir, parte de Yemen.

La segunda provincia en importancia es Yemen, que se encuentra en el sur de la península. Hadzramaut y Ahqaf forman parte de ella. Es el trecho más fértil del país y, por consiguiente, el que ha estado más civilizado. Hasta nuestros días pueden apreciarse allí reliquias de magníficas construcciones. En otros tiempos se edificaron inmensos embalses para controlar los arroyos de agua procedentes de las montañas y utilizarlos para fines de irrigación. El más famoso de ellos era Ma'arib, cuya destrucción se menciona en el Sagrado Qur'an o Corán (34:16). Yemen era, asimismo, el centro del comercio de minerales, piedras preciosas y especias por las que Arabia fue tan famosa un día. El poderoso imperio de 'Ad, del que habla el Qur'an (7:65) se estableció aquí. Esta zona particular se conoce como Ahqaf. Hadzramaut es la parte de Yemen que se halla en el extremo sur, a lo largo de las costas del océano Indico. Sana es la capital de la provincia y Adén su principal puerto. Al norte de Sana se localiza Najran, donde se

había extendido el cristianismo antes del advenimiento del Islam. La bien conocida delegación cristiana que presentó sus respetos a Muhammad y a la que se permitió permanecer en la Mezquita del Profeta provenía de este lugar. Al norte de Najran se sitúa Asir.

La tercera gran parte de Arabia es Najd, que se extiende de Jabal al-Sarat hacia el este a través del interior del país. Es una meseta rica y fértil, situada a unos mil metros sobre el nivel del mar. Aquí vivió el clan de Ghatafān, para cuyo castigo Muḥammad había de encabezar una expedición. El desierto la rodea por tres lados y al sur se localiza Yamamah. Los Banū Hanifah, de cuya tribu surgió Musailimah, el impostor, vivían allí.

En el sudeste de Arabia, y a lo largo de la costa del golfo de Omán, se extiende la franja de tierra conocida como 'Umān. Su capital es Mascate, donde se ha establecido un sultán nominalmente independiente. Al norte de 'Umān se halla el puerto conocido como Bahrein, también llamado al-Ahsā, famoso por sus perlas. Muy cerca se halla Hirah, anteriormente un reino independiente.

Hijr, patria de los Thamūd, de entre los cuales Salih fue escogido como profeta, constituye otro lugar notable. Se halla al norte de Medina. En su marcha a Tabūk, Muḥammad pasó por este lugar. Al oeste de Hijr se encuentra Madyan, lugar de origen del profeta Shu'aib. Al norte de Medina está Khaibar, en algún tiempo ciudadela de los judíos.

Las tres principales ciudades del Hijaz, como se mencionó anteriormente, son La Meca, Medina y Taif. Esta última debe su fama al hecho de ser —por su situación al pie de las montañas— templada y rica en vegetación, y a que cuenta con innumerables arroyos de agua y abundancia de frutas. Se halla al este de La Meca y es el sitio de recreo de la nobleza del Hijaz. No obstante, las ciudades más famosas del Hijaz son La Meca y Medina. La primera también se conoce como Umm-al-Qurā (Madre de las Ciudades). Está rodeada de montañas por sus cuatro lados. Desde los tiempos más antiguos ha sido la capital espiritual y religiosa de Arabia, pues en ella se erige la sagrada Casa de Dios, conocida como la Kaaba, punto de reunión de los peregrinos procedentes de todos los puntos de Arabia desde los tiempos prehistóricos.

Sir William Muir comenta lo siguiente sobre la antigüedad de la Casa en su *Vida de Muhammad*: "Los principales rasgos religiosos de la religión de La Meca poseen gran antigüedad. . . Diódoro Sículo, quien escribió casi medio siglo antes de nuestra era, dice de esa parte de Arabia bañada por el mar Rojo: 'En ese país existe un templo grandemente venerado por todos los árabes'. Esas palabras deben aludir a la sagrada casa de La Meca, pues no conoce-

mos ningún otro lugar que haya suscitado alguna vez el homenaje universal de Arabia. . . La tradición muestra a la Kaaba, desde tiempos inmemoriales, como lugar de peregrinación de todos los rincones de Arabia: desde Yemen, Hadzramaut y las costas del golfo Pérsico; desde el desierto de Siria y los distantes alrededores de Hira y Mesopotamia, los hombres se desplazaban cada año a La Meca. Un homenaje tan amplio debe haber tenido sus inicios en una época sumamente remota."

Para determinar la antigüedad de la Ka'bah, Muir se ha valido de hechos históricos y tradiciones orales. El Qur'ān apunta a lo mismo. Habla de la Kaaba como "la primera casa designada para los hombres" (13:95); en otras palabras, la primera casa sobre la faz de la tierra asignada al culto de Dios. Los rayos de la revelación Divina emanaron de aquí por primera vez. Y es una coincidencia notable que a este mismo lugar corresponda la distinción de haber dado origen al último de los profetas. La Meca debe su importancia a esta casa. Desde unos 2.500 años antes de cristo era una estación de paso para las caravanas que viajaban entre Yemen y Siria. El Qur'ān confirma también que la casa sagrada existía antes de Abraham (2:125). Al dejar allí a su hijo Ismael, el gran patriarca oró: "Señor Nuestro, he establecido a algunos de mis hijos en un valle improductivo cerca de Tu Casa Sagrada. . ." (14:37). Tales palabras muestran que la Ka'bah se encontraba allí desde esa remota fecha.

Medina se llamaba originalmente Yathrib. Más tarde, cuando fue adoptada por Muhammad como residencia, se le conoció como Madinat al-Nabī (la Ciudad del Profeta), nombre que gradualmente se contrajo para dar al Madinah, la Ciudad, y por último, Medina. También es una ciudad antigua. Los testimonios históricos sugieren que su fundación ocurrió desde el 1600 a.C. Estuvo habitada originalmente por los amalekitas, tras los cuales vinieron los judíos, los aus y los khazraj. Cuando Muhammad llegó a establecerse allí, esos tres pueblos formaban la población de la ciudad. Los dos últimos pasaron a ser conocidos más tarde con el nombre de Ansār (los que ayudan). En el decimocuarto año de su misión, Muhammad emigró de La Meca a Medina, donde pasó el resto de sus días. Allí fue donde exhaló su último suspiro, y allí se erige su tumba hasta nuestros días. Medina está situada unos 500 kilómetros al norte de La Meca y, a diferencia de ésta, no es árida. Además de sus ricos cultivos, posee gran abundancia de árboles frutales. En invierno es comparativamente más fría que La Meca.

La raza árabe

Los pueblos de 'Ad, Thamud, Tasm y Jadis son las razas más antiguas de Arabia hasta donde puede determinarse; las primeras se mencionan en el *Qur'ān*. Esas razas aborígenes se conocen como los "bāidah" (árabes antiguos). La destrucción de la tribu de Noé estuvo seguida por el surgimiento del pueblo de 'Ad, cuyos asentamientos se extendieron mucho más allá de los límites de Arabia. Los testimonios históricos demuestran su dominio sobre Arabia, Egipto y muchos otros lugares. A la caída de esta raza subieron al poder los Thamūd.

Luego ocurrió el surgimiento del pueblo de Banū Qaḥṭān, cuya tierra natal era Yemen. En sus días, también conquistaron gran poder ascendente. Los aus y los khazraj fueron los descendientes de esta tribu. todas estas razas se conocen con el nombre de los 'aribah (árabes puros).

Al final de todos llegó Ismael, cuya progenie se designa con el nombre de "musta 'ribah" (árabes naturalizados). En obediencia a un mandato divino, éste fue abandonado por su padre, Abraham, junto con su madre Hājirah, en el sitio donde se erige la Ka'bah (14:37; 2:125). No es cierta la creencia de que ellos fueron desterrados por Abraham a instancias de su segunda esposa, Sara. Esa idea se niega rotundamente en una frase de Muhammad según la cual, al preguntársele al Patriarca si había abandonado a Hājirah obedeciendo a un mandato divino, éste respondió afirmativamente. La narración que se hace en el *Qur'ān* lleva a la misma conclusión. Más tarde, padre e hijo reconstruyeron, por orden divina, la Sagrada Casa de la Ka'bah que, al parecer, se hallaba en un estado ruinoso (2:127). Hecho esto, ambos se dirigieron al Señor con una oración que el Libro Sagrado relata en las siguientes palabras: "Señor nuestro, y levanta en ellos un Mensajero de entre ellos. . ." (2:129). Esa oración se vio cumplida en la persona de Muḥammad. Por ese motivo se cuenta que el Profeta dijo: "Soy la oración de mi padre Abraham." La progenie de Ismael se multiplicó y ramificó en numerosas tribus. Una de ellas se conoce como los quraish, y desciende de Nadzr. Esa tribu se subdividió más tarde en varios clanes, siendo el profeta Muḥammad un vástago de una de ellas, conocida como los banū ḥāshim.

La época de ignorancia

El período anterior al advenimiento de Muhammad se ha designado como la Era Oscura. El *Qur'ān* le da el nombre de "al-

Jāhiliyyah" (ignorancia o época de la ignorancia). La descripción que se da en el verso "la corrupción ha aparecido en la tierra y en el mar" 30:41. Véanse también 33:33; 48:26) retrata la decadente situación de los idólatras árabes, judíos, cristianos y seguidores de otras religiones por igual. Confirma que en todo el mundo campeaba la corrupción. Esto no implica, sin embargo, que el mundo nunca hubiera conocido un mejor estado de cosas; pero toda civilización y despertar moral que habían surgido gracias a varios profetas enviados de tiempo en tiempo a los diversos pueblos, habían desaparecido por completo a consecuencia del deterioro de largos periodos. Todas las naciones del mundo habían caído entonces en un estado de decrepitud. Estas palabras fueron emitidas por alguien que, sin duda, era bastante iletrado. No había tenido oportunidad de viajar por el mundo para estudiar la situación de diferentes países; tampoco había tenido el beneficio de los sistemas publicitarios actuales, que podían haberlo familiarizado con el estado del mundo en ese tiempo.

No obstante, una referencia a las páginas de la historia corrobora la verdad de esa afirmación en forma sorprendente. Sin considerar el hecho de que Europa tenía un poderoso imperio en el sudeste —el Imperio Romano cristiano—, se hallaba sumida en el barbarismo. Asia, entre todos los continentes del mundo, había sido alguna vez la cuna de la civilización. Pero un estudio de los diversos países de esta cuna de las filosofías y las religiones muestra que allí, como en todas partes, la más completa inmoralidad era el orden del día. India, alguna vez centro de la antigua cultura oriental, presentaba el mismo panorama horrendo. Las acciones más sucias, deshonestas y nefandas se atribuían incluso a aquellos que el pueblo veía como dioses. El mal se había afianzado tanto que aun los virtuosos se describían con rasgos negativos. Persia y China también se hallaban en la misma situación. Esto se debía sin duda al hecho de que habían transcurrido siglos desde la llegada de los primeros maestros; las reformas que previamente se habían introducido, se habían debilitado gradualmente hasta extinguirse. El libro dice que ese tiempo "fue prolongado para ellos, de manera que se endurecieron sus corazones" (57:10).

Un escritor moderno, J.H. Denison, quien ha estudiado los diferentes sistemas de religión y las civilizaciones que surgieron desde entonces, ha llegado exactamente a la misma conclusión en su obra *La emoción como base de la civilización*: "En los siglos V y VI, el mundo civilizado se hallaba al borde del caos. Las antiguas culturas emotivas que habían hecho posible la civilización. . . se habían desintegrado y en su lugar no se había encontrado nada adecuado. . . Parecía entonces que la gran civilización cuya cons-

trucción había requerido miles de años se encontraba a un paso de la desintegración y que la humanidad regresaría a la condición del barbarismo, en la que todas las tribus y sectas eran enemigas una de otra y se ignoraban el derecho y el orden. . . Los nuevos decretos creados por el cristianismo estaban provocando división y destrucción en vez de unidad y orden. . . La civilización, como un árbol gigantesco cuyo follaje hubiera rebasado el mundo. . . se tambaleaba. . . podrido de raíz. . . En medio de esta gente nació el hombre (Muhammad) que habría de unir a todo el mundo conocido en el oriente y el sur."

Jesús fue el profeta más cerca de Muhammad en el tiempo. Uno esperaría encontrar entre los cristianos algunos restos de virtud y moralidad. Pero, ¿cuál era el estado del cristianismo en ese tiempo? Dejemos hablar al respecto a los autores cristianos. Al brindar un panorama de esos días, un obispo dice que el reino celestial se había revertido por completo, y que sobre la tierra se había establecido un verdadero infierno, como consecuencia de la corrupción interna. Sir William Muir escribe sobre esa misma cuestión: "Más aún, el cristianismo del siglo VII era en sí decrépito y corrupto. Había quedado incapacitado por los cismas contendientes, y había perdido la fe pura y expansiva de los primeros tiempos ante las puerilidades de la superstición."

Este es un panorama del cristianismo relativo a su estado general. La creencia en la Unidad de Dios había desaparecido desde hacía tiempo. La doctrina de la Trinidad había dado origen a numerosas complicaciones. Diversos cismas y sectas contendían entre sí en el ejercicio de su inventiva para desenredar el enigma de cómo el hombre se convirtió en Dios o cómo tres podían ser uno o viceversa. Eso llevó a la producción masiva de obras polémicas, que alejaban al hombre del verdadero propósito de la religión. Gibbon, al comentar el incidente de la famosa biblioteca de Alejandría incendiada por cristianos intolerantes, hace una significativa observación a este respecto: "Pero si la tediosa masa de la controversia arriana y monofisita se consumió en efecto en los baños públicos, un filósofo podría conceder, con una sonrisa, que todo en última era para beneficio de la humanidad." Los males generales —la bebida, el juego y el adulterio— estaban en pleno auge aun en esos tiempos. En resumen, el cristianismo —la última de las religiones reveladas del mundo— estaba prácticamente acabada. Había perdido toda su fuerza conductora hacia la reforma moral.

En cuanto a Arabia misma, es cierto que la poesía árabe se hallaba en su apogeo, y la poesía preislámica despliega un alto grado de habilidad y oficio. También es cierto que el arte de escri-

bir no era desconocido para los árabes; pero casi nunca se volvía hacia un propósito útil. Ni siquiera la poesía se conservó por la escritura. Las composiciones poéticas de la Edad Oscura han llegado a nosotros a través de la tradición oral con la sola excepción de las piezas conocidas como *Mu'allaqāt* que fueron plasmadas por escrito y colgadas en las paredes de la Kaaba. En cuanto al desarrollo del arte de la poesía árabe, basta decir que la poesía en sí no proporciona un criterio seguro sobre el estado de civilización de un pueblo. En prácticamente todas las etapas de la sociedad, aun las más incultas y primitivas, se observa el interés por la poesía. Y la razón no es difícil de explicar. Los pueblos primitivos tienen muy pocos intereses, y éstos sólo se multiplican con el crecimiento de la civilización; de ahí su dedicación exclusiva a la única forma de arte disponible: la poesía. Pero la poesía árabe estaba desprovista de la amplitud de visión y majestad de pensamiento que sólo vienen con la cultura. De lo único que podía alardear era de la belleza del lenguaje.

Había, es cierto, algunos rasgos nobles en el carácter árabe. Hospitalidad, amor a la libertad, audacia, hombría, fidelidad tribal y generosidad, eran algunas de las cualidades en las que el árabe no tenía igual. Pero unas cuantas virtudes, por sí solas, especialmente cuando éstas se ven contrapesadas por la barbarie y la brutalidad, difícilmente pueden considerarse como una civilización. Junto al tratamiento más hospitalario a un huésped, era práctica común asaltar a un viajero. El sentimiento de patriotismo tribal, aunque sumamente loable en sí, también fue motivo de abusos y excesos. Disputas triviales entre individuos podían acabar en terribles guerras y enemistades entre clanes que se transmitían de generación en generación.

Es cierto, los árabes profesaban fe en la Unidad de Dios, pero su creencia no era sólida. Su vida práctica contradecía esa fe. Estaban abandonados a la idolatría, y pensaban que el Todopoderoso había confiado la ejecución de las diversas funciones del universo a diferentes dioses, diosas e ídolos. Por ello se volvían a éstos e invocaban sus bendiciones en todas sus empresas. De este modo, su creencia en la Unidad de Dios era un dogma vacío, que no tenía cabida en el sistema de su vida práctica. Además de los ídolos, consideraban al aire, al sol, a la luna y las estrellas como controladores de sus destinos, y los adoraban como tales. Habían caído tan bajo que adoraban piedras, árboles y montículos de arena. Se postraban ante cada roca que encontraban a su paso. Y si no encontraban ninguna, adoraban un montículo de arena tras haber ordeñado a su camella ahí. ¡Pensaban que los ángeles eran las hijas de Dios! Aun los hombres de fama eran adorados, y en nombre

de ellos se esculpían imágenes. No era necesario que las piedras estuvieran correctamente talladas o moldeadas; aun las toscas y sin labrar servían para tal fin.

Cuando salían de viaje llevaban consigo cuatro piedras: tres para hacer un fogón y otra como objeto de culto. Otras veces no separaban ninguna para adorarla. Una vez cocida la comida, se separaba y adoraba cualquiera de las tres piedras. Aparte de los trescientos sesenta ídolos establecidos en la Kaaba, cada tribu tenía su propio ídolo. En realidad, había uno en todos y cada uno de los hogares. El culto a los ídolos estaba sumamente arraigado entre ellos e influía en todos los detalles de su vida cotidiana. La idea central de su fe era que Dios había transferido el control y la administración del universo a otros a quienes había investido de todos los poderes, tales como curar las enfermedades, conceder hijos y acabar con el hambre y las epidemias. El favor Divino sólo podía obtenerse mediante la intercesión de estos ídolos. Se postraban ante ellos, caminaban en torno a ellos, les ofrecían sacrificios y reservaban parte de sus cosechas y animales como ofrenda para ellos.

Desde esa envilecedora idolatría, el Profeta Muhammad elevó a la totalidad de Arabia en el breve lapso de veinte años. No sólo se extirpó de raíz la idolatría del suelo de Arabia, sino que el entusiasmo por la Unidad de Dios encendió tanto los corazones de esos mismos árabes, que los condujo a extenderse a lo largo y ancho del mundo conocido para defender el nombre del Único Dios. La transformación, lograda en apenas veinte años, de todo un país que se extendía sobre una vasta superficie de tres millones de kilómetros cuadrados, de un pueblo maldito por el culto a los ídolos —al que estaba condenado sin remedio por las tradiciones establecidas y la herencia— en otro que conquistó el título de iconoclasta, ¿no es acaso el milagro más grande que el mundo haya presenciado jamás?

Además del culto a los ídolos, que era cuño corriente, el culto a las estrellas se había arraigado firmemente en el suelo árabe. El destino humano se asociaba con los movimientos de diversas estrellas, y los fenómenos naturales que afectaban la fortuna del hombre para bien o para mal se atribuían a la influencia de ellas. Mientras que por un lado la peor forma de idolatría se había posesionado de la mente árabe en general, había también personas que no tenían fe en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma humana y en el día de la retribución. Para ellos, toda religión era objeto de burla. Ponían en ridículo a los mismos ídolos que afirmaban adorar.

La vida social

¡Así de grave era el estado de irreligión y culto a los ídolos en Arabia! Y el panorama de la vida social no era más halagüeño. Los árabes ignoraban los rudimentos de las virtudes sociales. Su forma de vida hizo imposible la evolución de cualquier virtud social. Las enemistades entre clanes acaparaban toda su atención. La forma de vida estable y tranquila, indispensable para el cultivo de las cualidades sociales, les era desconocida. La posibilidad de tener hostilidades con otro clan que podían desatarse en cualquier momento estaba siempre presente en sus mentes. Llevaban una vida nómada y vagaban con su ganado de un lugar a otro. Levantaban sus tiendas de piel de camello en cualquier lugar donde encontraran agua para beber y forraje para su ganado. Sólo unos cuantos de ellos se habían establecido en pueblos, y menos aún en ciudades. ¿Cómo era posible, bajo esas circunstancias, que descendieran sobre ellos las bendiciones de una sociedad estable y ordenada?

No había un gobierno central que impusiera el derecho y el orden en el país, dividido en innumerables pequeños estados, cada uno de los cuales formaba una unidad política independiente y separada. Eran demasiado débiles para imponer la justicia y separar los derechos de uno y otro; cada quien dependía de su propia fuerza física. Cada tribu tenía un jefe propio, su dirigente en la batalla, pero no existía ninguna ley o cosa parecida que enlazara a la tribu con la nación. Todas eran independientes y no debían obediencia a ninguna autoridad central hasta que llegó el Islam con su fuerza unificadora. William Muir dice que "la primera peculiaridad, en ese tiempo, que atrae nuestra atención es la subdivisión de los árabes en innumerables cuerpos, gobernados por el mismo código de honor y moral, y que mostraban las mismas costumbres y hablaban en su mayoría el mismo lenguaje, pero independientes cada uno de otro. Inquietos y a menudo en guerra entre sí, aun cuando estuvieran unidos por la sangre o por sus intereses, siempre estaban listos para separarse por cualquier nimiedad e iniciar una implacable hostilidad. Así, en la era del Islām, la retrospectiva de la historia árabe muestra, como en un caleidoscopio, un estado siempre variable de combinación y repulsión tal que hacía imposible y volvía estéril cualquier intento de unión general. . . Aun tenía que resolverse el problema que consistía en saber mediante qué fuerza podría someterse a estas tribus o dirigir las hacia un centro común; y Muhammad dió la respuesta."

El *Qur'ān* resume ése grave deterioro que corroía cada fase de la vida en una sola oración: "Os encontrabais al borde de un hoyo de

fuego. . . (3:102) Una vez iniciadas, las hostilidades continuaron durante generaciones. Fruslerías como alguna palabra desdeñosa, o un ligero agravio en una carrera de caballos, provocaban la matanza de miles de personas y la esclavitud eterna de los vencidos. Fue a esta pérdida humanidad a la que Muhammad elevó al más alto nivel de rectitud moral. El unió esos elementos discordantes en una hermandad única en la historia del mundo. ¡Sorprendente transformación! Un milagro, como lo llama un escritor en su obra *Ins and Outs of Mesopotamia*: "Era difícil encontrar algún pueblo más desunido hasta que, repentinamente, se produjo el milagro. Surgió un hombre que, con su personalidad y su apego a la guía directa Divina, logró lo imposible: la unión de todas esas facciones beligerantes."

La mujer

La mujer ocupaba una posición muy baja en la sociedad árabe. Pese a las canciones de amor para alabanza de la amada, que eran producto del deseo carnal, la mujer no recibía mejor trato que los animales inferiores. La poliandria, característica de las etapas más primitivas de la sociedad humana, también estaba en boga; ni siquiera había un límite al número de esposas que podía tener un hombre. Además de una pluralidad de esposas, podía tener relaciones ilícitas con las mujeres que deseara. La prostitución era una profesión reconocida. A las mujeres cautivas, que permanecían como sirvientas, se les obligaba a hacer dinero en esa degradante forma. Los hombres casados permitían a sus esposas copular con otros hombres para tener hijos.

Más aún, la mujer estaba considerada como un simple bien. No tenía derecho a participar de la herencia de su difunto esposo, padre u otro pariente. Al contrario, ella misma formaba parte de las propiedades del fallecido y, como tal, era heredada. El heredero tenía la libertad de hacer con ella lo que quisiera. Podía incluso desposarla, o darla en matrimonio a cualquier otro hombre. A la muerte de su padre, un hijo podía incluso casarse con su madrastra, ya que ésta formaba parte de la herencia. La práctica del divorcio de moda entre ellos no era menos bárbara. Cuantas veces quisiera, un hombre podía divorciarse de su esposa y volverla a tomar dentro de un período determinado (conocido como '*iddah*'). En ocasiones podía jurar que no se acercaría a ella y otras podía anunciar que la consideraría como su madre, dejándola así en un estado de suspenso, al no ser su esposa ni tampoco estar divorcia-

da. Estos métodos se adoptaban únicamente para hostigarla. Ella no tenía forma de escapar de su triste situación.

Para hablar de las relaciones sexuales se utilizaba el lenguaje más obsceno. Las historias de amor y de relaciones ilícitas se narraban orgullosamente y con total ausencia de vergüenza en versos del tipo más indecente. Uno podía dirigirse abiertamente en canciones de amor a las mujeres de las más respetadas familias. Considerando el estado de cosas que existía entre los árabes con respecto a la condición de las mujeres, no es difícil juzgar cuán grande es la deuda que tienen éstas con Muḥammad, quien las elevó de la bajeza más abyecta a una posición de respeto.

Examinemos cómo mejoró la condición de la mujer gracias al Islām. La ordenanza coránica según la cual "las mujeres tienen derechos similares a los establecidos contra ellas" (2:228), constituyó la *Magna Carta*, por así decirlo, de la emancipación femenina. Del mismo modo, Muḥammad expresó: "El mejor de vosotros es aquel que mejor trata a su esposa." Implantar la veneración por la mujer en un suelo en que se consideraba signo de nobleza enterrar vivas a las recién nacidas es, sin duda, un gran servicio a la humanidad. Al enterarse de que le había nacido una hija, la cara del padre se tornaba sombría de dolor y rabia. Tenía que enterrarla viva o enfrentarse a la desgracia social (16:58, 59). Conducía a su hija hacia el desierto, la lanzaba a un foso excavado anteriormente y enterraba viva a la bebida deshecha en llanto con sus propias manos bajo una pila de tierra. Cuando el Profeta supo de uno de esos casos, estalló en lágrimas compasivas. A veces durante la ceremonia nupcial se estipulaba que las niñas serían asesinadas, en cuyo caso correspondía a la madre cometer ese bárbaro acto. Tenía que realizarlo en presencia de todos los miembros femeninos de la familia, a quienes se invitaba especialmente a asistir a la siniestra función. Todas esas brutalidades terminaron, de un solo golpe, con las palabras coránicas: "Y cuando a la enterrada viva se le pregunte por qué pecado fue asesinada. . ." Nunca más, desde entonces, se repitió siquiera una vez esa horrible crueldad.

Males duraderos

La bebida era otro vicio al que toda Arabia estaba irremediablemente encadenada. Los licores intoxicantes se servían varias veces al día. No había una sola casa que no tuviera varias garras de vino almacenadas. Sin embargo, tan pronto como se proclamó la prohibición coránica (5:90) los propios recipientes utilizados para almacenar licor fueron hechos trizas y arrojados a la basura; y, se-

gún se dice, el vino corría como agua de lluvia en las calles de Medina. El secular hábito de beber fue así desterrado para dar paso a la abstinencia.

El juego era otra maldición muy arraigada en la sociedad árabe. Se le admitía con indulgencia como un pasatiempo cotidiano. Los que no participaban en él eran vistos con desprecio. La fuerza espiritual de Muhammad también acabó con él y libró a Arabia de otro mal duradero.

No existía educación digna de mención entre los árabes. Eran contados los que podían descifrar un escrito. La ignorancia alimentaba la superstición y la gente estaba entregada a toda clase de extrañas creencias. Tenía fe en la existencia de genios y espíritus del mal, a los que conjuraba en lugares solitarios. A éstos les atribuían algunas enfermedades y, para librarse de ellas, utilizaban encantamientos y conjuros. En tiempos de sequía ataban pasto y hojas secas a la cola de una vaca, le prendían fuego y conducían al animal hacia las montañas. Pensaban que la llama de fuego semejaba un relámpago y, debido a esa similitud, atraería a la lluvia. Si alguna calamidad los afligía, entraban a la casa por la puerta trasera. A partir del vuelo de las aves pronunciaban buenos o malos augurios. Si un ave se cruzaba en su camino de izquierda a derecha, se consideraba un buen augurio; en sentido contrario significaba un mal augurio. Los que creían en la vida después de la muerte ataban un camello a una tumba y lo dejaban morir de hambre, con la creencia de que el difunto montaría en él el día de la resurrección. Sostenían que el alma humana era una pequeña criatura que entraba en el cuerpo de un hombre en el momento del nacimiento y seguía creciendo. A su muerte adoptaba la forma de un búho y permanecía sobre la tumba. En el caso de muerte violenta, el búho seguía pronunciando con monotonía: "Dadme agua, dadme agua", hasta que hubiera sido vengado el asesinato. Creían en los adivinos y agoreros y tenían fe ciega en todo lo que éstos dijeran. En resumen, los árabes de la época preislámica creían en ésta y otras muchas supersticiones. En el lapso de unos cuantos años, Muhammad los emancipó de todas esas cadenas hereditarias y los elevó al pináculo de la moralidad, del saber y la cultura. En vano podríamos revisar las páginas de la historia en busca de un paralelo semejante de reforma total y elevación de un pueblo caído como era el de los árabes. ¡En verdad fue un logro maravilloso!

Los profetas anteriores

En diversas partes de Arabia aparecieron profetas antes y después del acto providencial del patriarca Abraham. En el Corán se ha hecho referencia a algunos de ellos. Hūd fue el encargado de la reforma en la tribu de 'Ad, que se estableció en una parte de Yemen conocida como Ahqāf, y Ṣālih hizo lo propio con los thamūd, que habitaban en la parte llamada Hījr, al norte de Medina. Ambos reformadores precedieron a Abrahām, mientras que otros dos, Ismael y Shu'aib, quienes surgieron en Yemen y Madyan respectivamente, vinieron tras él. Las tradiciones, al igual que las inscripciones, muestran que los aditas eran un pueblo muy poderoso. Habían fundado un gran imperio que se extendía mucho más allá de los confines de Arabia. Parece que se les habían enviado profetas desde antes de la llegada de Hūd, quien hizo su aparición en una época en que el país había caído muy bajo. Prestaron oídos sordos a ese profeta, por lo cual recibieron severo castigo. Su destrucción fue provocada por una tormenta de arena del desierto que se halla al norte de Ahqāf y que se conoce con el nombre de *Rub'Khālī* (la Región Yermā). Por ello los thamuditas se dirigieron hacia las montañas, donde tallaron sus casas en las rocas (26:149). Pero como esaba escrito que se perderían, nada pudo salvarlos. Perecieron en un terremoto. Un vistazo al mapa de Arabia muestra que la misión de Hūd e Ismael se limitó al sur, y la de Ṣālih y Shu'aib al norte de Arabia; la porción media, conocida como Hijaz, permaneció sin ningún profeta. Pero la visita de Abraham a La Meca, el haber dejado ahí a Ismael y, posteriormente, el haber edificado La Ka'bah, han preservado hasta nuestros días la asociación del nombre de Abraham con algunos lugares de la zona.

El asentamiento judío

Durante la misión de los profetas israelitas, el culto a los ídolos había alcanzado su nivel más alto en Arabia, Salomón convirtió a una reina de Yemen a la doctrina de la Unidad de Dios. A ese acto le siguió otro débil eco en la profundidad religiosa de Arabia. Los judíos emigraron y se establecieron allí, probablemente hacia el siglo V a.C., y cuando Nabucodonosor los sacó de su tierra patria. Las profecías relativas a la aparición del Último Profeta en el suelo de Arabia eran comunes entre ellos. Por eso fijaron su domicilio allí, y Khaibar se convirtió en un asentamiento completamente judío. Una vez con un pie adentro, comenzaron a propagar su fe y,

hacia el siglo III a.C., el rey de Yemen, de nombre Dhū Nawās, abrazó el judaísmo. Eso añadió un viento fresco al movimiento judío de proselitismo y con el paso del tiempo el judaísmo logró considerable importancia en Arabia. Pero la nación árabe en su conjunto permaneció adherida a su ancestral religión idólatra, y tras una corta vida, el movimiento religioso judío murió de muerte natural, dejando a los árabes como un país de idólatras.

Los cristianos

Vino después una segunda ola reformista. En el siglo III de nuestra era comenzaron a arribar misioneros cristianos a Arabia y se establecieron en Najrān. Sus actividades proselitistas se vieron considerablemente complementadas por la influencia política de los dos poderes cristianos en las inmediaciones de Arabia, los abisinios al oeste y el Imperio Romano al norte. En consecuencia, toda la provincia de Najrān, que se halla entre Asir y Sanā, aceptó el cristianismo. Con excepción de algunos brotes esporádicos aquí y allá de conversos, el cristianismo tuvo pocos efectos en Arabia. De este modo terminó en fracaso el segundo intento de reformar Arabia.

Los unitarios

La tercera ola reformista que surgió fue de tipo interno. Poco antes del surgimiento del Islām, se había extendido una nueva escuela de pensamiento conocida como Hanif. Se trataba de un pequeño grupo de hombres honrados que rechazaban la idolatría, pero que tampoco se inclinaban por el judaísmo o el cristianismo. Adoraban a un solo Dios, mas no se preocupaban en absoluto por reformar la vida social de su país. Debido a su aversión por la idolatría, muchos de ellos se adhirieron inmediatamente al cristianismo, entre ellos Waraqah, primo de Khadijah, y 'Abd Allāh ibn Jahsh, sobrino de Hamzah, pero su número era insignificante. La mayoría de ellos no encontraban satisfacción ni en el cristianismo ni en el judaísmo. Entre ellos destacaron Zaid ibn 'Amr ibn Nūfail, tío de 'Umar, y Umayyah, renombrado poeta y jefe de los tā'if. Ninguno de ellos se molestó en promulgar sus nuevas ideas; sin embargo, no ocultaban su rechazo de la idolatría, y abiertamente declaraban el unitarianismo como su fe, y aseguraban que ésta era la religión enseñada por Abraham. Pese a su debilidad, el movimiento tenía una existencia indudable pero, al igual que sus predecesores

res, dicho movimiento interno tampoco logró arraigarse y dejó a la sociedad árabe tan intacta como siempre. En realidad fue incluso más débil que los movimientos judío o cristiano.

Los fracasos

Los judíos tenían afinidad familiar con los árabes. Ambos pertenecían al mismo tronco. Su lenguaje, sus costumbres y tradiciones poseían mucho en común. Ambos sentían gran veneración por el patriarca Abraham. Un rey de Yemen, la provincia más fértil de Arabia, había aceptado la religión judía. De este modo, según todas las previsiones, esas diversas fuerzas en favor del judaísmo tenían un efecto acumulativo lo bastante poderoso como para garantizar la conversión de toda Arabia. Pero ésta se mostró reacia a todas esas influencias.

Luego vino el cristianismo, con su novedoso mensaje. Su llamado unitarianismo se parecía al concepto árabe de Dios-cabeza. La idolatría que privaba entre los árabes se asemejaba al culto griego a los ídolos bajo cuya influencia había nacido la doctrina cristiana de la Trinidad. San Pablo, el verdadero fundador de la religión de la iglesia, tal como la conocemos, le había dado una forma idólatra a la enseñanza monoteísta de los profetas israelitas para hacerla atractiva a los pueblos de su época. En consecuencia, el cristianismo obtuvo un gran número de conversos entre los árabes. Además poseía otra característica particularmente atractiva para ellos. Prescindía de la necesidad de observar la ley, una licencia muy en consonancia con el modo de vida árabe. Al carecer de algún código de leyes religioso o secular que regulara su conducta, aquellos salvajes hijos del desierto se habían entregado al más desenfrenado libertinaje. El cristianismo dejaba un amplio margen para la gratificación de sus tendencias licenciosas. Era por ello un credo que ofrecía una débil línea de resistencia, por lo que resultaba muy fácil adoptarlo. Aparte de esas atracciones inherentes, el cristianismo tenía la ventaja de encomendar el poder temporal a los árabes. El gran Imperio Romano al norte, el reino abisinio al oeste, la conversión de una de las provincias de Yemen y el dominio adquirido por el cristianismo sobre el estado de Hīrah y Ghassān: tales fueron las múltiples influencias en favor del cristianismo. Bajo tales circunstancias, la conversión de toda la península parecía cuestión de días. Sin embargo, la iglesia no pudo causar ninguna impresión considerable en la sociedad árabe.

El tercer movimiento, el de los hanif, era únicamente interno en cuanto a su origen y casi no se interesaba por la reforma social de

Arabia, pues sus objetivos se limitaban a uno solo: sustituir la idolatría por el unitarismo. A pesar de ese programa tan poco exigente, encontró aún menos eco entre los árabes que los anteriores movimientos. En realidad demostró ser el más débil de todos, quizá porque no estaba respaldado por un poder mundano.

Es curioso que antes de la aparición de Muhammad, hayan surgido tres movimientos que intentaban reformar Arabia. Pese a haber laborado durante siglos con todas las ventajas que brinda el poder mundano, todos esos movimientos se esfumaron como el viento. Pero entonces surgió un individuo que logró, por sí solo y en un estado de completo desamparo, lo que todos aquellos no habían podido hacer. En el curso de unos cuantos años provocó una transformación sin paralelo en la historia del mundo. No sólo erradicó la envilecedora superstición del país —la idolatría—, sino que toda la estructura social se vio reformada y liberada de la añeja y arraigada corrupción.

En vista de todo ello, ninguna mente crítica puede dejar de ver que, tras bambalinas, fue la poderosa mano del Señor la que ayudó a Muhammad a forjar esa radical transformación en la vida religiosa, social y moral de Arabia, en el breve lapso de veinte años, una transformación única en la historia del mundo. William Muir, que de ningún modo es un crítico favorable al Profeta, debe admitir esa milagrosa regeneración de Arabia en las siguientes palabras: "Durante la juventud de Muhammad, el aspecto de la península era sumamente conservador; quizá en ningún período tuvo menos esperanzas la reforma. A veces se invocan causas para explicar los resultados producidos por un agente aparentemente inadecuado. Cuando surgió Muhammad, los árabes se elevaron inmediatamente hacia una fe nueva y espiritual. De ahí la conclusión de que en Arabia se estaba fermentando el cambio y que ésta estaba preparada para adoptarlo. En nuestra opinión, si se revisa detenidamente el pasado, la historia preislámica desmiente esa afirmación. Tras cinco siglos de evangelización cristiana, sólo pueden señalarse algunos brotes aislados de conversos al cristianismo.

"En resumen, contemplada desde el aspecto religioso, la superficie de Arabia sólo se había visto ligeramente afectada por los débiles esfuerzos del cristianismo; la influencia más firme del judaísmo había sido visible ocasionalmente en una corriente más profunda y turbia; pero la corriente de idolatría indígena y superstición ismaelita, firmemente establecida en todos los rincones hacia la Ka'abah, mostró en forma irrefutable que la fe y el culto de la Meca mantenían a los árabes en una rigurosa e indiscutible esclavitud.

Más adelante, el mismo crítico observa que "los prospectos de Arabia antes del surgimiento de Muhammad eran tan desfavorables a la reforma religiosa como a la unión política o la regeneración nacional. El cimiento de la fe árabe era una idolatría muy arraigada, que durante siglos resistió los embates, sin ningún síntoma de debilitamiento, contra todos los intentos de evangelización provenientes de Egipto y Siria."

De este modo, Muhammad fue enviado en calidad de amonestador a un pueblo que había hecho caso omiso de todas las advertencias. Éste había frustrado todos los intentos anteriores de regeneración. Y sin embargo, Muhammad logró un éxito fenomenal al provocar la reforma de esa misma, incorregible raza. A esa milagrosa transformación de los árabes idólatras y, a través de ellos, de los seguidores de otras religiones, se refiere proféticamente el *Qur'ān*: "Aquellos que no creen entre el Pueblo del Libro y los idólatras no podían haber sido liberados hasta que no les llegase un claro testimonio. . . Un mensajero de Allāh, recitando páginas puras, donde están (todos) los libros correctos" (98:1-3).

Capítulo II

EL PROFETA PROMETIDO

“Los que siguen al Mensajero (Profeta), el *ummi*, a quien encuentran apuntando junto con ellos en la Torá y en los Evangelios” (7:157).

Las profecías acerca de la venida de Muḥammad se encuentran en libros sagrados anteriores y se difundían corrientemente entre las naciones. De hecho, aquellas mismas profecías pudieron haber impulsado a judíos y cristianos a establecerse en Arabia, porque el nombre de la tierra del Profeta Prometido se precisó en las Escrituras. Mencionaremos algunas de ellas.

El *Qur'an* afirma que la aparición de Muḥammad fue presagiada por todos y cada uno de los profetas precedentes, por mediación de quienes también se hizo el convenio con sus pueblos respectivos de que los primeros lo aceptarían en el momento que apareciera. Lo más notable del Prometido, se les dijo, era que atestiguaría la verdad de todos los profetas del mundo (3:80). Parece ser que la Providencia había determinado delegar a profetas distintos la reformación de cada nación en los tiempos antiguos, cuando los diferentes pueblos que habitaban este planeta vivían absolutamente aislados los unos de los otros y aún no existían los medios de comunicación modernos. A fin de unir los diversos sistemas religiosos dentro de una sola fe y de fusionar a la humanidad dentro de una sola hermandad universal, se envió un Profeta con una misión para toda la humanidad. Así, mientras que por un lado las buenas nuevas sobre tal Profeta mundial se transmitieron a cada profeta anterior, por el otro se comisionó al Prometido ates-

tiguar la verdad de todos los profetas anteriores, sin importar dónde y cuándo hubiesen sido enviados en el mundo entero: “Ciertamente lo que les he dado del Libro y la Sabiduría. . . luego viene a vosotros un Mensajero verificando lo que hoy con vosotros, creéis en él y le ayudaréis” (3:80).

En el mundo entero, sólo hay un Mensajero —y ése es Muhammad— que corresponde a esta descripción. Su descripción de los fieles reza así: “. . . que creen en lo que se te ha revelado y en lo que se reveló antes de ti” (2:4). Va más lejos aún y afirma que un profeta surgió en cada nación: “Y no hay pueblo que no haya tenido un amonestador” (35:24). En otra parte el texto señala que si bien menciona a algunos de los profetas, existen otros de quienes no se habla expresamente. (4:164). Por eso, Muhammad resulta singular desde estos dos puntos de vista: por una parte, las predicciones de todos sus predecesores se cumplen debidamente en su persona, mientras que, por la otra, sólo él entre todos los profetas ha hecho que la creencia en todos los profetas del mundo sea una declaración obligatoria de fe. Así, es el último de aquella noble serie de profetas, como vaticinaron todos sus antecesores.

Las profecías de Abraham

Los israelitas y los ismaelitas descendieron de un progenitor común: Abraham. Aunque la Escritura Divina que se reveló a Abraham no ha llegado hasta nosotros, el libro del Génesis del Antiguo Testamento arroja mucha luz sobre las promesas que Dios le hizo con respecto al futuro de sus hijos, Isaac e Ismael. El *Qur'an* también se refiere a las mismas promesas al decir: “Y cuando su Señor probó a Abraham con ciertas órdenes éste las cumplió. Él dijo: Ciertamente te haré un dirigente de hombres. Dijo (Abraham): ¿Y de mi descendencia? Mi convenio no incluye a los que obran mal, dijo Él” (2:124). Y asimismo en la plegaria conjunta de Abraham e Ismael: “Señor Nuestro, y levanta en ellos un Mensajero de entre ellos, quien les recitará tus mensajes y les enseñará el Libro y la sabiduría, y los purificará” (2:129). El Antiguo Testamento apunta una promesa Divina en el mismo sentido, hecha a Abraham incluso antes del nacimiento de Isaac y de Ismael: “Pues de ti haré una nación grande y te bendeciré; haré grande tu nombre, y serás una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan; y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra” (Génesis, 12:2,3).

Luego, en el mismo libro del Génesis, se alude a Ismael por su nombre: “Y, en cuanto a Ismael, os he escuchado: Mirad que lo he

bendecido y lo haré fecundo, y lo haré proliferarse sumamente: doce príncipes engendrará y le crearé una gran nación."

Las profecías de Moisés

La segunda profecía que anunció la venida de Muhammad se manifestó a través de Moisés: "Les suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos, semejante a ti; y pondré mis palabras en su boca" (Deuteronomio, 18:18).

Ninguno de los profetas israelitas que vinieron detrás de Moisés, en una larga sucesión hasta Jesús, pretendió ser el profeta prometido en esta profecía. Y, por razones obvias, los sucesores de Moisés, que sólo vinieron para obedecer su ley, no podían parecerse a él. La profecía era del común conocimiento entre los judíos que, generación tras generación, esperaron un profeta parecido a Moisés. Esto se confirma ampliamente en la conversación que transcurrió entre Juan Bautista y los que llegaron a preguntarle: "¿Quién eres tú?" Él confesó y no negó; y confesó: "Yo no soy el Cristo." Le preguntaron: "¿Entonces qué? ¿Eres tú Elías?" Dijo: "No lo soy." "¿Eres el Profeta?" Respondió: "No." (Juan, 1:19-21). Esto demuestra absolutamente que los judíos estaban en espera de la aparición de tres diferentes profetas. Primero, Elías quien, según pensaban, había de reaparecer en persona; segundo, el Cristo; y, tercero un profeta de fama tan universal que, en su caso, no se consideraba necesaria mayor especificación: "aquel Profeta" bastaba para comunicar lo que se quería decir. Tal fue la acepción entre los judíos de la profecía de Moisés acerca de un profeta parecido a él. Resulta evidente, por lo tanto, que en vísperas de la aparición de Jesús, los judíos aguardaban a tres profetas, como se predijo en sus escrituras.

Ahora bien, se cumplieron dos de estas profecías en las personas de Jesús y Juan, el uno sosteniendo ser el Cristo y el otro haber sido enviado en el espíritu de Elías. Pero ninguno de los dos pretendía ser el Profeta Prometido a semejanza de Moisés. Tampoco los identificó como tal alguno de los que les aceptaban. De modo que, con Jesús, terminó la cadena de profetas entre los israelitas. Así, en lo que respecta a los israelitas, quedó sin cumplirse la profecía del Deuteronomio en cuanto a un profeta a semejanza de Moisés. Al examinar la historia del mundo, descubrimos que ningún otro profeta excepto Muhammad pretendió ser el Profeta anunciado por Moisés, y ningún otro libro sagrado más que el *Qur'án* señaló a alguien como el cumplimiento de la profecía. Los hechos también confirman la misma conclusión. Moisés fue un le-

gislador, y lo fue también Muhammad. Entre los profetas israelitas que sucedieron a Moisés, ninguno trajo una nueva ley. Muhammad, siendo el único Profeta dador de leyes, fue por lo mismo el único Profeta a semejanza de Moisés. El *Qur'an* dice: "Ciertamente os hemos enviado un Mensajero. . . al igual que enviamos un mensajero al faraón" (73:15). Asimismo, invita a los judíos a atender la profecía aparecida en el Deuteronomio en los siguientes términos: ". . .un testigo entre los Hijos de Israel ha atestiguado de uno como él. . ." (46:10). Las palabras de la profecía, "de entre sus hermanos", esclarece todavía más el hecho de que el Profeta Prometido había de provenir no de los israelitas mismos, sino de sus hermanos, los ismaelitas.

En el mismo libro, el Deuteronomio, se encuentra una tercera profecía que habla en términos igualmente claros. Dice así: "Vino el Señor del Sinaí, se les apareció desde Seir, resplandeció desde el monte Farán, avanzando en medio de santas miríadas, con centellas de fuego en su diestra" (Deuteronomio, 33:2).

"Venido del Sinaí" se refiere a la aparición de Moisés, en tanto que "se les apareció desde Seir" alude a la conquista de Seir por parte de David. Ahora bien, Farán es, desde luego, el antiguo nombre de la tierra de Hijāz, donde apareció Muhammad entre los descendientes de Ismael. Las palabras "en medio de santas miríadas" señalan aún más certeramente la identidad de la persona a que se refieren. Muhammad, de todos los héroes del mundo, es el único personaje histórico cuya entrada triunfal en La Meca con diez mil seguidores santos constituye un suceso del dominio público. Hasta la actualidad se conoce la ley que dio al mundo como *baidā* (esplendor), porque ilumina plenamente todas las cuestiones relacionadas con el bienestar religioso, moral y social del hombre. A esto se refieren las palabras: "desde su mano derecha surgió una ley ardiente para ellos."

Las profecías de Isaías

Una cuarta profecía precisa a Arabia como la tierra del Profeta Prometido: "Oráculo contra Arabia: En las estepas de Arabia pasáis la noche, oh caravanas de Dedán. Al encontrar a un sediento, traedle agua, habitantes de la tierra de Temá, ofreced pan al fugitivo. Porque huyen de la espada, de la espada desenvainada, del arco entesado y del furor de la guerra" (Isaías, 21:13-15).

En primer lugar, la sola palabra "Arabia" es de sobra significativa. Seguidamente, la mención de alguien que huyó alumbra más todavía el objeto de la profecía. La historia del mundo sólo certifi-

ca una fuga de esta clase que haya adquirido la importancia de un suceso de regocijo: la huida de Muhammad de La Meca. A partir de ese momento se inicia la era musulmana, ya que de hecho señala el inicio de un nuevo capítulo en la historia del Islām y, por cierto, en la civilización del mundo. Sin embargo, hay un testimonio aún más claro en las palabras: “huyen de la espada desenvainada.” La historia confirma que Muhammad se escapó de La Meca mientras rodeaban su casa enemigos sanguinarios que preparaban, con las espadas desenvainadas, un asalto concertado contra él en el momento que saliera. Sería un vano intento hallar en las páginas de la historia otra instancia de fuga que diera lugar a consecuencias tan trascendentes, o de otro profeta que salvara su vida atravesando espadas desenvainadas. Estos dos hechos fidedignos de la historia, reforzados por un señalamiento directo de la tierra de Arabia como el lugar de nacimiento del Profeta Prometido, dan un indicio indiscutible de que la profecía se refiere a Muhammad.

Las profecías de Jesús

Existen varias otras profecías similares de profetas israelitas, como David, Salomón, Habakkuk y Haggai, entre otros. Pero para ser breves, nos referiremos a sólo uno, el último de los profetas israelitas, Jesús, que dice así: “Si me amáis, conservareis mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Intercesor, que quede siempre con vosotros, el Espíritu de Verdad” (Juan, 14:15-17).

Asimismo: “Pero el Intercesor, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, Él os lo enseñará todo” (Juan, 14:26).

Y también: “Sin embargo, os lo digo en verdad: Os conviene que me vaya; porque, si yo no me voy, el Intercesor no vendrá a vosotros; mas si me voy, os lo enviaré” (Juan, 16:7).

Y por último: “Tengo todavía mucho que deciros, pero no podéis soportarlo ahora. Cuando venga Aquél, el Espíritu de Verdad, Él os conducirá a toda la verdad” (Juan, 16:12, 13). ✧

Todas estas palabras proféticas vaticinan sin lugar a dudas la venida de otro profeta después de Jesús. Los términos de la profecía no justifican la conclusión de que sean aplicables al Espíritu Santo. “Si Yo no me voy, el Intercesor no vendrá a vosotros,” palabras demasiado claras para abundar en comentarios. El Nuevo Testamento dice que Juan estaba henchido con el Espíritu Santo aun antes de nacer. Luego afirma que el propio Jesús recibió al Espíritu Santo en la forma de una paloma. Así que, tanto an-

tes como durante los tiempos de Jesús, el Espíritu Santo visitaba a los hombres. Entonces, ¿a qué se refieren las palabras: "Si Yo no me voy, el Intercesor no vendrá a vosotros"? Seguramente no al Espíritu Santo, puesto que resulta casi un sacrilegio pensar que Jesús no tenía al Espíritu Santo. Un respeto genuino hacia Jesús requiere que reconozcamos que incluso sus discípulos, purificados como estaban por su gran Maestro, se encontraban lo suficientemente puros para merecer la compañía del Espíritu Santo. El *Qur'an*, por su parte, habla claramente de los acompañantes de Muhammad en relación a semejante compañía: "Y los ha fortalecido con un espíritu de Sí mismo" (58:22).

Las palabras "Espíritu Santo" que también se han usado en la profecía, si no por interpolación, implican que el Prometido tendría una unión tan inesperable con el Espíritu Santo que su venida podría interpretarse, aunque sólo metafóricamente, como el advenimiento del propio Espíritu Santo. En la profecía hay otras palabras que son aplicables únicamente a Muhammad. Los rasgos notables planteados en la profecía se encuentran íntegramente en él. "Que quede siempre con vosotros" indica que no vendría otro profeta después del Prometido. Exactamente así reza el *Qur'an* con respecto a Muhammad: "El Último de los Profetas." Asimismo: "Él os lo enseñará todo," dice la profecía. Lo mismo dice el *Qur'an* acerca de la ley divina de Muhammad: "Este día he perfeccionado para vosotros vuestra religión" (5:3). Por otro lado, en la profecía al Prometido se le llama el Espíritu de la Verdad, lo cual también se confirma en el *Qur'an*, que dice: "La Verdad ha llegado y la falsedad desaparecido" (17:81).

La genealogía de Muhammad

Ismael fue el primogénito de Abraham. Tuvo doce hijos varones, según el Antiguo Testamento, uno de ellos llamado Kaidār, cuya progenie se difundió por toda la provincia arábiga de Hijāz. Con el Antiguo Testamento como fuente fidedigna, también se sobreentiende que los árabes son descendientes de Kaidār. Además, entre los árabes se acepta sin salvedad que 'Adnān, hacia quien la genealogía de Muhammad se ha rastreado más allá de toda duda, también era descendiente de Ismael en el cuarentésimo grado, aproximadamente. Nunca han existido dos opiniones frente al hecho de que Muhammad fue descendiente directo de 'Adnān. Descendiendo al noveno grado a partir de éste, sigue Nadr ibn Kinānah, fundador de la dinastía Quraish. Con otro descenso en la escala genealógica se llega al noveno lugar, que ocupa Qusay, al

que se le encomendó la custodia que era en Arabia un cargo del más alto honor. Fue el abuelo de 'Abd al-Muttalib, abuelo de Muhammad. De manera que, con respecto a nobleza, la dinastía del Profeta ocupa el lugar más elevado.

La madre de 'Abd al-Muttalib provino de los Banū Najjār, tribu que, por lo tanto, guarda la relación de ancestros maternos de Muhammad. 'Abd al-Muttalib procreó diez hijos, destacando entre ellos Abū Lahab, quien fue el máximo líder de la oposición contra Muhammad; Abū Tālib, quien lo crió; Hamzah, quien fue uno de los primeros conversos y que cayó en la batalla de Uhud; 'Abbās quien, si bien pasó mucho tiempo alejado del seno del Islām, siempre mantuvo una relación muy afectuosa con Muhammad; y 'Abd Allāh, su padre. Éste estaba casado con Aminah, hija de Wahb ibn 'Abd Manāf, de la familia Zuhrah. La pareja sobresalía no sólo por la nobleza de sus familias, sino por lo que significaba mayor distinción en aquella época de obscuridad y corrupción: ambos poseían un carácter puro y sublime.

Unas cuantas semanas después de su boda, 'Abd Allāh emprendió un viaje comercial a Siria. Durante su regreso enfermó y murió en Medina. Así, Muhammad fue un hijo póstumo. La fecha que comúnmente se aceptó como la de su nacimiento es el lunes 12 de Rabī' al-Awwal. Según otra investigación, nació el día 9 del mismo mes, fecha que corresponde al 20 de abril de 571 de la era cristiana. Antes de su nacimiento, su madre recibió las buenas noticias en una visión. Trasciende de ciertos dichos del Profeta que su abuelo le dio el nombre Muhammad y su madre el de Ahmad, cada uno de acuerdo con una visión. En el *Qur'ān* se usan ambos nombres (61:6; 3:143; 33:40; 48:29). Según estudiosos fiables, se le atribuye a él mismo haber dicho: "Yo soy tanto Muhammad como Ahmad." También en las composiciones poéticas se le nombra de las dos maneras.

Este texto no es la oportunidad para tratar en detalle los sucesos extraordinarios que, según se relata, coincidieron con el nacimiento de Muhammad. Nos limitamos a citar sólo uno, de por sí un magnífico signo. El mismo año que nació el Profeta, el jefe cristiano de Yemen erigió una suntuosa iglesia en su capital, San'ā, con miras a hacerla un centro general para viajeros comerciales y religiosos en vez de la Ka'bah, que resolvió demoler. En realidad, se trató de una lucha de vida y muerte entre la Trinidad y la Unidad. Abrahah, el jefe, encabezó un nutrido ejército y marchó hacia la Ka'bah para destruirla. Acampó a una distancia de tres etapas de La Meca, y envió un aviso de sus intenciones a los habitantes de ahí. Mientras tanto, los soldados de Abrahah se apoderaron de varios camellos que pertenecían a 'Abd al-Muttalib. Éste se pre-

sentó personalmente ante el jefe para exigirle la devolución de sus camellos. Muy impresionado por su aspecto imponente, Abrahah le preguntó sobre la razón de su llegada, creyendo sin duda que había venido a implorarle que se abstuviera de arrasarlo la Casa Sagrada. 'Abd al-Muttalib le explicó que estaba ahí para recuperar sus camellos. Asombrado por tan inesperada respuesta, Abrahah le dijo: "Tus camellos te preocupan mucho, pero no muestras ansiedad por la Ka'bah, que vengo desde tan lejos a demoler. "Me ocupo de mis camellos", replicó 'Abd al-Muttalib, "porque soy su amo; en cuanto a la Ka'bah, su Amo la cuidará por Su cuenta." Los quraish, al verse faltos de las fuerzas necesarias para poner resistencia a Abrahah, evacuaron La Meca y se refugiaron en las colinas cercanas. Antes de abandonar la ciudad, 'Abd al-Muttalib se asió de una cortina de la Ka'bah y oró: "¡Oh Allāh! Ésta es Tu propia casa. Nos sentimos demasiado débiles para poder defenderla. Por favor, defiéndela Tú mismo." Los historiadores dicen que una forma muy virulenta de viruela brotó en el campamento de Abrahah, haciendo terribles estragos y destruyendo la mayor parte de sus fuerzas. Los sobrevivientes se dieron a la fuga en total confusión. Este acontecimiento acaeció simultáneamente con el nacimiento de Muḥammad. Según otros, nació a los cuarenta días de este suceso.

Antes de la Llamada

Entre la gente bien nacida y los nobles de Arabia era costumbre que las madres no amamantaran a sus hijos, sino que éstos se enviaran al campo. Al nacer el pequeño Muḥammad, su madre lo alimentó por un par de días, y durante dos o tres días más lo lactó Thuwaibiyah, una sirvienta de Abū Lahab. Después, se le encomendó a Ḥalimah de la tribu de los Banū Sa'd. Dos años más tarde, Ḥalimah llevó al niño a su madre, Āminah, quien se lo devolvió a ella, ya que en esos momentos La Meca sufría una epidemia. Permaneció bajo el cuidado de Halimah hasta la edad de seis años, cuando regresó con su madre. En esos días su madre, deseosa de visitar la tumba de su esposo, emprendió un viaje a Medina donde había sido sepultado, llevando con ella al niño. Sin embargo, en el camino el huérfano de padre perdió también a su madre, quien murió en un paraje llamado Abwā, donde fue enterrada. De manera que Muḥammad quedó privado de padre y de madre a la tierna edad de seis años. No fue su destino que sus padres lo criaran amorosamente, ni tuvo la oportunidad de mostrarles su devoción filial. No obstante, en adelante trató a su madre adoptiva y a sus

hermanas de leche con un afecto propio de un pariente consanguíneo. En una ocasión después de haber recibido la Llamada divina, Ḥalimah le hizo una visita. En el momento que llegó, el Profeta se puso de pie para darle acogimiento (un gesto de profundo respeto) y tendió su propio manto para que ella se sentara sobre él. También atendía delicadamente a sus hermanas y hermanos de leche, así como a toda la tribu de los Banū Sa'd de donde provenía Ḥalimah.

A la muerte de su madre, el niño quedó bajo la tutela de su abuelo, 'Abd al-Muttalib. Sin embargo, transcurridos apenas dos años, la muerte también le quitó ese patrimonio. Contaba entonces con ocho años cuando la tutela pasó a su tío, Abū Ṭālib. Desde la infancia manifestó las virtudes que le merecieron el afecto profundo de Abū Ṭālib. Toda persona que llegaba a relacionarse con él, aun a esa temprana edad, se impresionaba por su manera de ser. Abū Ṭālib siempre procuraba que le acompañase, y lo llevaba con él por todos lados. Como casi nadie en Arabia sabía leer y escribir, Muḥammad no recibió una educación en libros. Cuando tenía doce años, Abū Ṭālib viajó a Siria en una misión comercial. El sobrino estaba tan apegado a su tío que no soportaba la idea de una separación de semejante duración, por lo que se le permitió acompañar a éste en el prolongado viaje. Se dice que durante este trayecto conoció a un ermitaño cristiano llamado Baḥirah. Al ver al muchacho, continúa el relato, Baḥirah discernió en su rostro las marcas de su futura grandeza y aconsejó a Abū Ṭālib que lo cuidara bien, porque algún día recibiría una Llamada divina.

A los veinte años de edad, Muḥammad participó en la batalla entre los quraish y los qais, que se conoce como *Ḥarb al-Fijār*, o guerra de la transgresión, por haber estallado durante los meses sagrados, cuando se prohibía la guerra. No tomó parte, sin embargo, en los combates tan apropiadamente, sino que sólo pasaba las flechas a sus tíos. Después de esto colaboró en la alianza conocida como el *Ḥilf al-Fudūl*, formado para reivindicar los derechos de los débiles y oprimidos frente a la tiranía. Cada miembro de la alianza se comprometía, bajo palabra de honor, a defender a los desvalidos contra toda subyugación. La iniciativa necesaria para formar esa organización humanitaria se debió a Muḥammad y su familia, los Banū Ḥāshim. Desde joven, entonces, exhibió una inclinación a ayudar a los oprimidos, reflejo de una compasión por sus semejantes que se arraigaba en su ser.

A esa temprana edad, la integridad de Muḥammad ya había ganado fama entre la población de La Meca. Se le conocía como *al-Amīn*, esto es, el leal. El epíteto no implica honestidad en cuestiones de dinero solamente, sino que abarca todas las situaciones,

denotando probidad en cualquier forma. Quienquiera que tenía tratos con él en esa época, lo elogiaba durante el resto de su vida. Más o menos en ese período se hizo necesaria la reconstrucción de la casa sagrada de la Ka'bah. Al disponerse de los materiales requeridos, los qurai^{sh} emprendieron la obra conjuntamente. En el transcurso de la construcción, surgió una disputa grave sobre quiénes tendrían el privilegio honroso de colocar la Piedra Negra. Esto pudo haber provocado enemistades entre las tribus y, de ahí, la caída de muchas familias; pero un jefe de cabeza blanca propuso el arbitraje como la solución. Sugirió que la primera persona en presentarse en la Ka'bah al día siguiente debía ser aceptada como el juez que fallaría sobre el punto en discusión. Se votó unánimemente a favor de la propuesta. A la mañana siguiente todos esperaban ansiosamente cuando, a satisfacción de ellos, ¡quién llegó primero si no Muḥammad mismo! “¡Ya llegó *al-Amīn*, ya llegó *al-Amīn*!” gritaron al unisono. Y resultó justificada la confianza general en él. Tomando una sábana, con sus propias manos colocó sobre ella la Piedra Negra. Seguidamente, invitó a los hombres más importantes de cada clan a tomar la sábana por las cuatro esquinas, para así compartir el honor de elevar la piedra hasta su posición. En esa forma evitó lo que pudo haberse convertido en un conflicto mutuamente destructor. En ese entonces tenía 35 años de edad.

Khadijah,* una aristócrata viuda que antes de la era islámica obtuvo el título de *Tahirah* (la virtuosa), se enteró de la rectitud de Muḥammad y le encargó la administración de sus negocios. Las ganancias no tardaron en acumularsele gracias a las transacciones honestas que él hacía. Esos tratos evidenciaron el elevado nivel moral de Muhammad, circunstancia que indujo a Khadijah a proponerle matrimonio. Él aceptó y se casó, a los 25 años de edad, con una viuda que le llevaba quince años. Con Khadijah, Muḥammad engendró cuatro hijas y dos hijos. El primogénito fue Qāsim, por quien Muḥammad adquirió el nombre de Abu-l-Qāsim, pero el niño murió en su segundo año. Su hija mayor se llamaba Zainab y fue esposa de Abu'l-'Ās. Le seguía Ruqayyah, casada con 'Uthmān. Ella murió el día de la victoria musulmana en la batalla de Badr. Seguía a ella Umm Kulthūm quien, a la muerte de su hermana mayor, también casó con 'Uthmān. La menor de las hijas fue Fātimah, de quien partió el linaje conocido como *Sayyids* en la historia de Islām. Su esposo era 'Alī. El vástago

* La vida de Muḥammad puede dividirse en cuatro períodos en lo que a su vida íntima se refiere. Hasta los 25 años practicó el celibato; entre los 25 y los 54, estuvo casado con una sola esposa; de los 54 a los 56 contrajo matrimonio varias veces; y de los 60 hasta su muerte ya no volvió a casar.

más joven de Khadijah fue un niño que dejó de existir cuando pequeño. Durante su vida el Profeta perdió a todos sus hijos, salvo Fātimah, quien le sobrevivió tan sólo seis meses. Tuvo únicamente un hijo, Ibrāhīm, con otra esposa, con la que casó en Medina, pero el niño murió a los dieciocho meses.

Muhammad sentía gran devoción por Khadijah y solía recordarla afectuosamente, aun después de su muerte. En una ocasión que hablaba de ella con admiración, 'A'ishah le hizo una pregunta osada. En ella, ¿no le había dado Dios una mejor esposa, en sustitución de Khadijah? "No," respondió Muhammad, "ella me aceptaba en una época cuando otros me rechazaban." Su dedicación de cuerpo y alma a Khadijah se debía a la excelencia moral de ésta. Si bien él gastaba el dinero de Khadijah libremente en el camino de Dios, ella nunca rechazó su recomendación de gastarlo en obras caritativas. Ella compró un esclavo para Muhammad, pero se complació cuando él lo puso en libertad. Zaid, el conocido acompañante de Muhammad que una vez había sido esclavo, también quedó en libertad gracias a la generosidad de Khadijah. Cuando llegó la Llamada, Muhammad sintió el peso de su responsabilidad y no confió en su capacidad para cumplirla. En ese momento, Khadijah calmó su angustia pronunciando estas palabras alentadoras: "Dios nunca te permitirá ver la humillación del fracaso. Tú en verdad tomas en cuenta la consanguineidad, cargas el sufrimiento de los enfermos, practicas las virtudes olvidadas, agasajas a los forasteros y permaneces fiel a lo correcto frente a las calamidades." Esto demuestra cuán profundamente se sentía impresionado Khadijah por las virtudes y compasión humana de Muhammad. De hecho, en ello se hallaba la causa del hondo amor que unía la pareja. Ambos estaban imbuidos de un sentido insondable de compasión por sus semejantes. Nadie conoce mejor la manera de ser de un hombre que su propia esposa, quien puede introducirse en los lugares más recónditos de su corazón. Por consiguiente, el hecho de que Khadijah confiaba sin reservas en Muhammad representa un testimonio indiscutible de la integridad intachable de su carácter.

Sin duda, el testimonio de Khadijah en cuanto a lo sublime del carácter de Muhammad es el de mayor peso. Pero otros que lo trataron también se distinguieron por su entrega. El padre de Zaid, el esclavo liberado, al enterarse de la liberación de su hijo, viajó a La Meca para llevárselo. Por su gentileza, Muhammad no podía interponerse entre padre e hijo. Sin embargo, no le correspondía obligar a Zaid a separarse de él si éste no lo deseaba. Así que cuando el padre le pidió que permitiera que Zaid se fuera con él, dejó que el mismo Zaid lo decidiera libremente. ¿Qué más podía desear un

padre? Ni en sueños hubiera sospechado que el amor de su hijo por Muḥammad superaría su afecto filial. Aunque había terminado su cautiverio físico, Zaid ya estaba subyugado por el encanto de la personalidad de Muhammad y prefirió quedarse con el Profeta, para decepción del padre. Asimismo, es un hecho bien conocido la invariable devoción que le tenía Abū Bakr. También Abū Tālib se sentía tocado en lo íntimo por la nobleza de su carácter. Aunque nunca dejó de observar la forma ancestral de la religión, se mantuvo leal a Muhammad cabalmente, defendiéndolo, con gran riesgo para su persona, contra la ira de las tribus unidas de los quraish. Así de profunda fue la impresión que el carácter encantador de Muhammad grabó en su mente. Consideraba una cobardía incalificable abandonar a un hombre de carácter tan sublime. Por él corría todos los riesgos, al oponerse a fuerzas abrumadoramente superiores. Cuando los quraish le pidieron que renunciase a Muhammad, les increpó con estas hermosas estrofas: “¡Ay de vosotros! Ninguna tribu ha abandonado jamás a su jefe, un jefe que defiende celosamente todo lo que vale la pena defender. No es dominante, ni es tan débil como para encargar sus asuntos a otros. Es de corazón generoso; gracias a la intervención de su rostro, se reza porque llueva. Da abrigo al huérfano y a la viuda.”

De manera que Muḥammad inspiraba la lealtad más sincera de todos los que tuvieron contacto con él. Pero, lo que es más importante, todos los que se asociaron con él fueron hombres de gran pureza moral. Además de los amigos que iba haciendo, conocidos en la historia de Islām por su moral sublime, entre sus amigos de los primeros tiempos hubo quienes también se distinguieron por la nobleza de su carácter, como Hakīm ibn Hazām —un respetable jefe quraish que no se adhirió al Islām sino hasta después de la caída de La Meca— y Damad ibn Tha'lbah. Ambos fueron sus amigos íntimos y los dos tenían mucha fuerza moral. En conclusión, como con el toque de oro de los cuentos, quien entraba en contacto con la personalidad magnética de Muhammad, aun en la primera etapa de su vida, se sentía tocado por lo sublime y noble de su moral.

Una de las gemas más preciosas de su carácter fue su compasión profunda por los pobres, los desvalidos, los huérfanos y las viudas. Se esforzaba al máximo para atender sus necesidades. Tanto sus amigos como sus enemigos le reconocían esta virtud. Las palabras de consuelo que tuvo para él Khadījah atestiguan este mismo rasgo de su carácter. Abū Tālib lo mencionó como la razón por la que lo defendía contra sus enemigos. Su participación en el *Hilf al-Fudūl*, una alianza formada con el fin explícito de abogar por la causa de los oprimidos, confirma esta simpatía por los

débiles. Su compasión por los pobres, los desvalidos, huérfanos y viudas era, simplemente, parte de su naturaleza. Las enseñanzas del *Qur'án* dictan claramente que el cuidado de los huérfanos y los desvalidos representa la esencia misma de la religión. "El que se desocupa del huérfano o el que no incita a otros a dar de comer a los pobres es un calumniador de la religión misma" (107:1-3). "Lo más encumbrado de la dignidad humana consiste en atender al huérfano y al pobre" (90:11-16). "Quien no muestra consideración por el huérfano corre el riesgo de ser degradado. La decadencia de un país es sólo cuestión de tiempo si prevalece la indiferencia hacia el huérfano y el pobre" (89:17,18).

Vemos en el relato de la primera parte de su vida que Muhammad estaba dotado, desde su infancia, del más elevado orden de modestia y seriedad. No se aficionaba a las frivolidades usuales de los muchachos de su edad. Abū Tālib, al hablar de él con 'Abbās, hizo una observación en este sentido: "Nunca lo he visto contar una mentira, ni caer en la broma pesada y la vulgaridad, ni meterse con muchachos callejeros." La guerra era el pasatiempo favorito en la Arabia de su época, pero él, por su naturaleza, le tenía aversión. En la batalla de *Fijār* se limitó a abastecer de flechas y otros materiales de guerra a su tío. Las supersticiones, generalizadas en el país, resultaban repugnantes a su naturaleza en cualquiera de sus formas. Desde su infancia aborrecía la adoración de ídolos. En cierta ocasión en que se conversaba acerca de los principales ídolos árabes, el *Lāt* y el *'Uzza*, observó que nada había que detestar más que la idolatría. Jamás participaba en los ritos politeístas de sus tiempos, y se negaba a tomar parte en la comida celebrada como ofrenda a un ídolo.

Su corazón sufría por el estado decadente de la humanidad. En su pecho se agitaba un deseo ardiente de elevar a sus semejantes degradados y llevarlos al camino de la virtud. Frecuentemente se retiraba a la cueva de Hira, donde, derramando lágrimas, rezaba a Dios por la regeneración de la humanidad.

Capítulo III

EL LLAMADO DIVINO

Poco antes de cumplir los cuarenta años, Muhammad empezó a ocuparse con más frecuencia de la meditación profunda y solitaria. En sus retiros a la cueva de Hirā se entregaba a la contemplación Divina por días enteros. Entretanto, tuvo muchas visiones, las cuales se cumplieron a la letra.

Una noche en que estaba absorto en su veneración Divina dentro de la cueva, apareció ante él el ángel Gabriel. Fue en el mes de Ramadān del año 609 de la era cristiana, y Gabriel le dijo que leyera en voz alta. “Yo no sé leer,” le contestó Muhammad. El ángel le pidió otra vez que leyera. Tres veces repitió la petición de leer, y cada vez Muhammad insistió en que no podía hacerlo. Luego el ángel pronunció los siguientes versos: “Lee en el nombre de tu Señor Quien crea al hombre de un coágulo, lee y tu Señor es sumamente Generoso, Quien enseñó por medio de la pluma, enseñó al hombre lo que no sabía” (96:1-5). Y así hizo Muhammad. Ese fue el primer día que la pesada responsabilidad de ser profeta cayó sobre sus hombros. Por fin se le había revelado el camino correcto en la búsqueda que por tanto tiempo le había ocupado. También le llegó la luz que había buscado afanosamente: correspondía a él soportar la tremenda carga de reformar a la humanidad. Por su debilidad natural, el hombre suele resentir incluso el peso de una responsabilidad ordinaria. La reformación de toda la humanidad, en cambio, constituye la tarea más grande que hombre alguno pudiese asumir. A Moisés se le comisionó la reformación de una sola nación, y no obstante él la encontró onerosa en demasía e imploró ayuda Divina: “¡Dadme un ayudante!” Al Santo Profeta Muhammad se le encomendó la regeneración de la humanidad entera,

que se había hundido hasta los niveles más bajos de degradación. Sin embargo, su corazón vigoroso no titubeó en ningún momento, no obstante el aplastante peso de la responsabilidad. Asumió personalmente toda la carga, contando únicamente con la ayuda de Dios. No pidió auxiliar alguno. Pero la inspiración Divina es un fenómeno extraordinario que el hombre ordinario no experimenta. Para ello, se requiere un desapego absoluto del medio en que uno vive. En el momento de tal experiencia todo el cuerpo recibe y se llena del Poder Divino. Incluso el Profeta se acostumbró a la experiencia; su cuerpo solía transpirar profusamente y ponerse muy pesado. Uno de sus acompañantes nos informa que en una de esas ocasiones, el Profeta tenía el muslo de una pierna descansando sobre la rodilla de la otra. Su muslo se hizo tan pesado que temió que la rodilla se aplastaría. La primera experiencia de inspiración afectó aún más su cuerpo y le hizo temblar.

Tiritando, volvió a casa, donde se le enfriaron tanto las manos y los pies que pidió a Khadijah que lo tapara. Pasado un rato desaparecieron los temblores junto con el miedo natural que los acompañaba, y él pudo contar toda la experiencia a su esposa. Al acabar de escuchar su relato, ella le animó con las palabras alentadoras de que Dios jamás le abandonaría y que lograría cumplir su misión. Le habló de sus muchas virtudes, de sus relaciones con parientes y amigos, de su ayuda a los pobres, los desvalidos, los huérfanos y las viudas, de su hospitalidad y de su reivindicación de la rectitud en las circunstancias más penosas. “¿Cómo,” le preguntó, “fue posible que uno tan lleno de virtudes pudiera sentirse derrotado?”

Waraqah ibn Naufal era primo de Khadijah. Fastidiado con la idolatría, deseaba encontrar una verdadera religión y acabó por abrazar el cristianismo. Khadijah estaba muy consciente de la angustia mental de su pariente por la falta de una religión capaz de convencer a un corazón que anhelaba la verdad. Es probable que ella le haya escuchado hablar de la aparición del Profeta Prometido, el Confortador cuya venida había vaticinado Jesús. En el momento que supo que Muhammad había recibido el Llamado a esa misión, llevó a éste con su primo por la pena que el último le causaba. Ya estaba ciego e inválido en su vejez. Tan pronto como Waraqah hubo escuchado cuán grande inspiración había recibido Muhammad, y cómo la recibió, exclamó espontáneamente: “¡Éste es el mismísimo ángel que Dios envió a Moisés!”, refiriéndose obviamente a la profecía de Moisés. Luego dijo: “¡Ojalá yo esté vivo todavía cuando el pueblo te destierre!” Sorprendido, Muhammad le preguntó si lo tratarían así sus parientes y amigos. “Sí,” le contestó Waraqah, “ése es el tratamiento que reciben todos los profe-

tas." Poco tiempo después Waraqah murió. Por haber hecho esa confirmación de la verdad de la misión de Muḥammad, se le considera uno de los compañeros del Profeta.

Interrupción momentánea de las revelaciones

Después de la primera revelación en la cueva de Hirā, Gabriel dejó de visitar a Muḥammad durante algún tiempo. Ese período se conoce como *fatrat al-wahy*, o la Interrupción de las revelaciones. Existe una gran divergencia entre las opiniones relativas a la duración de ese período. Algunos afirman que se prolongó dos o tres años. Pero la versión de Ibn 'Abbās, de que duró poco tiempo, es la más confiable y tiene corroboración en datos históricos. Es absurdo el relato en el sentido de que en ese período el Profeta subía hasta lo alto de las montañas con la intención de arrojar al vacío. De acuerdo con los criterios establecidos para determinar la autenticidad de los informes, tal dato no es confiable, porque Zuhri, de quien surgió la versión, vivió en una generación posterior. Para ser confiable, una información debe tener su origen rastreándose hasta alguno de los acompañantes del Profeta. Por lo mismo, no se puede atribuir mucho peso al relato. Por otra parte, la idea de que el Profeta contemplaba suicidarse carece de compatibilidad con la visión suprema que reinaba en su corazón. Desde su infancia se había agitado con el deseo de reformar a la humanidad. Ahora que esa misión le había sido encomendada, ¿resulta concebible que pensara suicidarse? Si se observaba al Profeta haciendo algo desusado, se debía al simple hecho de que se retiraba a las montañas con mayor frecuencia que antes. Pero no hay que lanzarse a la conclusión absurda, ya que no existen pruebas, de que iba allí a suicidarse. Solía ir a las montañas largo tiempo antes de la revelación. Al sentir la necesidad de meditar, buscaba la soledad de las cumbres, un retiro adecuado para la contemplación calmada e ininterrumpida. Sin embargo, no hay por qué suponer que se internaba a la sierra con propósitos suicidas. Si andaba errante con una incertidumbre más intensa que antes, que es lo más que se puede alegar, ello se explica fácilmente. Se debía a que la Luz Divina, tan ávidamente buscada, se desvaneció tras fulgurar por corto tiempo en su mente. Esto aumentó su inquietud, pues su corazón anhelaba, cada vez más, escuchar de nuevo la Palabra de Dios. Así que salía a la montaña para buscar lo que deseaba. su corazón.

La segunda revelación

Al fin terminó el período de la Interrupción. A Muḥammad le pareció un lapso excepcionalmente largo, puesto que ése tiempo representó una separación de Él, a Quien amaba con todo su corazón. Es en este sentido que algunos han hablado de la Interrupción como una larga pausa. En realidad, la interrupción de las revelaciones constituyó una providencia Divina. La primera revelación ya había sido una prueba difícil para el organismo de Muḥammad, y posiblemente no hubiera soportado una repetición inmediata de semejante golpe. El intervalo se necesitó, entonces, para conservar su salud física. Aun así, cuando por fin llegó la segunda revelación se produjo en él la misma sensación, si bien con menor intensidad. Nuevamente pidió a Khadijah, esta vez menos espantada, que lo tapara contra el frío. En esta ocasión se le exigió iniciar su misión con toda seriedad: “¡Oh tú que te envuelves, levántate y advierte” (74:1,2). Con esta orden comienza otra etapa en la vida de Muhammad, la de anunciar la Palabra de Dios y de dirigir Su mensaje a todo el mundo.

Los primeros conversos

La primera en profesar su fe en la verdad de la misión del Profeta fue su esposa Khadijah. Ni por un momento sintió la menor duda de que él encarnaba al Profeta. Cuando él se desalentaba, ella invariablemente le daba solaz. Hacía quince años, antes de casarse con él, se percató de sus nobles cualidades, que le impresionaron profundamente. Y esa primera impresión creció en la medida que lo fue conociendo a través de su relación de marido y mujer. Cuando por primera vez el Profeta recibió la inspiración Divina y se sintió confundido ante el reto de encontrar cómo realizar la reformatión de la humanidad, esta mujer virtuosa le consoló hablándole desde el corazón. No había posibilidad, observó, que un hombre con el elevado carácter y las amplias simpatías del Profeta pudiera fracasar. Ella, por conocer íntimamente sus pensamientos más profundos, sentía la convicción de que sólo él tenía la preparación para haber recibido la llamada Divina a la renovación de la humanidad. Por estos hechos, Khadijah figuró como la primera y más destacada creyente en la misión del Profeta.

Después de Khadijah, sigue Waraqah en la lista de los primeros creyentes. Falleció durante el período de la Interrupción, es decir, antes de que se ordenara al Profeta predicar su religión, razón por la cual no tuvo la oportunidad de profesar formalmente su fe. Sin

embargo, en la entrevista ya mencionada que arregló Khadijah entre él y el Profeta, reconoció a éste como el verdadero Profeta Prometido. Basta con esto para incluirle en la lista de creyentes.

Luego viene Abū Bakr, un noble de La Meca. Se le tenía en gran estima por la validez de su juicio, y gozaba del respeto de sus compatriotas. Mucho antes del Llamado, Abū Bakr había llevado una entrañable amistad con el Profeta. Su fe en la bondad del Profeta se sobreentendía, como la de Khadijah; y, también como ella, se mantuvo firme en su fe. Tan pronto como supo que Muhammad declaró ser el Profeta, reconoció públicamente que éste era, efectivamente, un Profeta de Dios. Encabeza la lista de los creyentes hombres.

'Alī, hijo del tío del Profeta, Abū Tālib, también se hizo uno de los primeros creyentes. Conocía íntimamente al Profeta, porque éste lo había criado afectuosamente. Sabiendo que el Profeta era incuestionablemente veraz, aceptó su declaración inmediatamente.

Como ya se ha comentado, Zaid ibn Hārith fue un esclavo que emancipó su amo, Muhammad, a quien tenía tan gran apego que se negó a regresar a casa de su padre. Él también figura entre los creyentes iniciales.

Por su convivencia íntima con el Profeta, esas personas conocían su vida privada desde dentro, por lo que creyeron espontáneamente en su sinceridad al declararse el Profeta. No cabía duda en ninguna de ellas acerca de la autenticidad de su misión. Les constaba que él había sido un hombre leal durante los cuarenta años de su vida que culminaron en el Llamado, años en que nunca faltó a la verdad. Ahora, entonces, les era inconcebible que Muhammad recurriese al embuste al pronunciarse el Profeta. ¡Cómo tomarlo como un impostor! Gracias a esa asociación con él de toda la vida, ya conocían perfectamente todas las manifestaciones que surgían de su interior. Entre más conocía uno al Profeta, más lo amaba y más se prestaba a aceptarle, efectivamente, como tal. En la actualidad, hasta críticos europeos como Muir y Spengler se ven obligados a reconocer que Muhammad se declaró el Profeta con absoluta sinceridad. Si hubiese habido el mínimo asomo de simulación, los primeros en desconfiar y en rechazarlo habrían sido sus asociados más cercanos. Por el contrario, ellos se adelantaron a los demás en aceptarlo como el Profeta.

Tan pronto como Abū Bakr abrazó el Islām, se puso a difundir la verdad predicando. ¡Así de profunda fue su respuesta a la verdad propuesta por Muhammad en su anuncio! Al movimiento incipiente se adhirieron con afán misionero hombres eminentes—tales como 'Uthmān, Zubair, 'Abd al-Rahmān, Sa'd y Talhah—

quienes subsecuentemente ocuparon lugares importantes en la historia del Islām y del mundo. También en los inicios, personajes de origen más modesto —Bilāl, Yāsir, así como su esposa Sumayyah y su hijo ‘Ammār, entre otros— profesaron su adhesión a los musulmanes. Abd Allāh ibn Mas‘ūd y Khabbāb se contaron también entre los primeros conversos, al igual que Arqam, cuya casa se usó como sede de las actividades misioneras del Profeta a los cuatro años, aproximadamente, del Llamado. Este dato echa a tierra la conjetura de que la Interrupción duró tres años. Si esto fuera acertado, entonces el inicio de la propagación de la fe tendría que fecharse en el cuarto año, siendo que los historiadores han verificado en definitiva que, para entonces, el Islām contaba con un gran número de seguidores. Precisamente por ese crecimiento constante del Islām se alarmaron los aristócratas de La Meca y se opusieron a él con saña. Encarado a semejante amago, el Profeta se vio obligado a alejarse de esa atmósfera hostil y escogió de Arqam, donde encontró una paz relativa para avanzar en su misión.

Mientras tanto siguió creciendo su séquito de musulmanes, algunos de ellos prominentes quraish que aportaron mayor fuerza a la aún pequeña hermandad. Entre éstos últimos destacó Ḥamzah, tío y hermano de leche del Profeta. Hombre de inclinación marcial y deportista, por su limpieza moral era muy estimado y respetado entre sus compatriotas. Amaba entrañablemente a Muḥammad, y su conversión se produjo de la siguiente manera: Un día, la sirvienta de Ḥamzah vio a Muḥammad, quien en ese momento recibía un cruel castigo a manos de uno de sus perseguidores, Abu Jahl. Horrorizada, la criada contó el incidente a su amo al retorno de éste de una cacería. Ḥamzah, que siempre había admirado a su sobrino, se conmovió en extremo y decidió, como buen caballero que era, ponerse del lado de la verdad del Profeta y defenderla con todo vigor. De inmediato se encaminó hacia la Ka‘bah, donde Abu Jahl y sus partidarios arengaban contra el Islām, y anunció su conversión a la Religión.

Otro hombre que resultó ser un baluarte del Islām fue ‘Umar. Hasta su conversión su temperamento fogoso estuvo al servicio de su enconada oposición a los musulmanes. Ansioso, pues, de poner fin a la pugna, resolvió pasar a cuchillo a Muḥammad, quien había dirigido el nuevo movimiento desde el principio. Espada en mano, salió hacia la casa del Profeta. Lo que no sabía todavía era que su propia hermana, Fāṭimah, y su esposo Sa‘id habían ingresado a la Fe. Un musulmán se encontró con él en el camino y, notando su aire guerrero, le preguntó a dónde iba. “A matar a Muḥammad,” replicó ‘Umar. El musulmán le dijo que era mejor que primero pu-

siera su propia casa en orden y luego pensara en matar al Profeta, ya que su hermana y su primo habían abrazado el Islām. Al escuchar eso, destilando hiel, 'Umar se lanzó hacia la casa de sus parientes conversos para arreglar cuentas con ellos. Cuando entró, por casualidad *Khabbāb* recitaba en voz alta un pasaje del *Qur'an*. Atemorizados, ocultaron las hojas del manuscrito, pero 'Umar ya había escuchado la prueba de su conversión. Les informó a gritos que venía a ver si realmente eran renegados y, atrapando a Sa'id, se puso a golpearlo. Su hermana se interpuso entre los dos para salvar a su esposo de la ira de 'Umar, pero ella también recibió golpes y sangró profusamente. Finalmente estalló en un tono desafiante: "¡Haz lo que quieras, hemos profesado el Islām." Ese atrevimiento por parte de su hermana malherida paró en seco la agresividad de 'Umar. Tranquilizándose, les pidió que le enseñaran las hojas del *Qur'an*. Su hermana vaciló en acceder, por temer a que el Libro Santo fuera injuriado. Pero cuando 'Umar prometió dejar de atacar sus convicciones religiosas, le entregó las hojas, las cuales contenían el capítulo titulado *Tāhā*. El texto empieza así: "Oh hombre, no te hemos revelado el *Qur'an* para que seas desventurado; sino como un recordatorio para aquel que teme; una revelación de Aquel Que creó la tierra y los altos cielos" (20:1-4). Al seguir escuchando, llegó un momento en que ya no pudo resistir la fuerza de la verdad contenida en el *Qur'an*. Le hizo darse cuenta que era tonto hostilizarse y oponerse a lo bello y noble. *Khabbāb* comenzó a predicarle, y el poderoso 'Umar no pudo resistir la fuerza espiritual del Islām. Respondiendo a una súplica suya, *Khabbāb* le indicó que en ese momento Muḥammad se encontraba en casa de Arqam, junto con cuarenta de sus compañeros, entre hombres y mujeres. Sin más ni más, 'Umar partió hacia allá y tocó a la puerta. Alguien se asomó, asustándose al ver a 'Umar con una espada colgada del cuello, como un malhechor cualquiera. Sin embargo, Muḥammad ordenó que se le permitiera entrar. Al pasar 'Umar el umbral, el Profeta apenas lo saludaba cuando él lo interrumpió con estas palabras: "¡Oh Mensajero de Allāh! Declaro mi fe en Allāh y en su Profeta." Esto hizo que los musulmanes reventaran de alegría, y que sus gritos de "*Allāh-u-Akbar*" (Allāh es Grande) retumbaran en las colinas aledañas.

Humanidades religiosas

La conversión de 'Umar vino a dar mayor consolidación a la joven hermandad musulmana, que todavía no tenía la madurez suficiente para hacer frente a la tempestad de oposición que la amena-

zaba. Aunque cuando Hamzah y 'Umar ingresaron a las filas la misión del Profeta cumplía seis años, los musulmanes no habían osado dejar la clandestinidad y practicaban sus actividades religiosas dentro de la casa de Arqam. Pero ahora que 'Umar se había adherido al Islām se sentían con la fuerza necesaria para poder salir a hacer sus plegarias públicamente, en la casa sagrada de la Ka'bah. Entretanto, muchas personas de las clases humildes se habían unido a ellos. A diferencia de los creyentes provenientes de familias pudientes, los esclavos conversos se encontraban en un predicamento peligroso y miserable. Sus iracundos amos los sometían sin misericordia a torturas a veces espeluznantes, porque no había quien los protegiese. Una de las virtudes más sublimes de Abū Bakr es que disponía libremente de sus riquezas para comprar a los esclavos perseguidos por sus despiadados amos y ponerlos en libertad. Entre los que debieron su emancipación a la generosidad de Abū Bakr se contaron Bilāl, 'Amir, Lubainah, Zunnirah, Nahdiyah y Umm 'Ubais.

Uno de los hechos más notables de la difusión inicial del Islām es que se limitó principalmente a los leñadores y aguadores. En su mayor parte, la aristocracia desoyó el Mensaje. Un incidente narrado en el Qur'an esclarece cómo el propósito divino determinó que las clases superiores quedaran privadas de las bendiciones del Islām en sus comienzos. Un día el Profeta predicaba ante un grupo de nobles quraish cuando se presentó un ciego pobre llamado Umm Maktūm. Como no se dio cuenta de los quehaceres del Profeta, Umm le hizo algunas preguntas, esperando con eso atraer la atención. Muhammad, enfascado en su tema, no se complació, naturalmente, con la interrupción. Si bien no regañó ni dijo una palabra de disgusto, su semblante se oscureció con desaprobación. Pero Dios Todo Poderoso, Quien deseaba que él observara costumbres insuperables, no dejó que el suceso pasara desapercibido. Inmediatamente llegó la advertencia por medio de la Revelación Divina: "Él frunció el entrecejo y se apartó. Porque se le acercó el ciego" (80:1,2). A continuación se dijo que existía la posibilidad de que ese mismo ciego pudiera beneficiarse con el sermón del Profeta, puesto que el Qur'an recopilaba leyes de la vida que los humildes podían usar para alcanzar alturas de realización. El avance de la causa del Islām se encontraba vinculado a los pobres y desvalidos, quienes, al luchar por apoyar al Islām, lograban la gloria para sí mismos. Y, de hecho, ésta constituía la finalidad Divina del por qué la luz islámica era alabada por los desamparados de La Meca principalmente. Estas personas servían como ejemplos concretos de cómo la gente común y corriente, con la ayuda de la mano Divina, puede realizar lo que no está al alcance de los

más poderosos. Y la historia nos demuestra que el Islām no sólo habilitó a los débiles y despreciados a esgrimir el cetro de la autoridad real, sino que también los ayudó a elevarse moralmente y les permitió convertirse en maestros de la erudición, el arte, las ciencias y las filosofías, en tiempos en que el mundo se hallaba en las tinieblas de la ignorancia. ¿Puede haber una mejor prueba de la fuerza enaltecedora de las enseñanzas islámicas?

La anécdota del ciego, por insignificante que sea, aclara otro problema muy importante, el de la naturaleza, muy discutida, de la Revelación Divina que recibió el Profeta. ¿Fue una voz que brotó de su mente personal, o tuvo el Mensaje una fuente externa? La revelación debida a su falta de atención hacia el ciego demuestra, por sí sola, que no pudo haber resultado de los pensamientos ordinarios ocurridos en la mente del Profeta. No, él oyó una amonestación Divina por desairar al ciego. A nadie le gusta que sus defectos se comenten en público; y trata de evitarlo, por mucho que en el fondo se sienta mal. El Profeta, a pesar de su generosidad de corazón, seguramente no se sentía particularmente dispuesto a hablar de su falta, por pequeña que fuese. Debe concluirse, entonces, que la revelación provino de una fuente extrahumana, es decir, del Ser Divino. Para Muḥammad, el propósito de su vida consistía en someterse con alegría a la voluntad superior de Dios. Además de enseñarnos que el origen de la Revelación es externo, la parábola de Muḥammad y el ciego ilustra la necesidad de vencer el egocentrismo para poder someterse a la voluntad de Dios.

Capítulo IV

LA TEMPESTIVA OPOSICION

“¿Acaso creen los hombres que se les dejará solos al decir: Creemos, y que no serán probados?” (29:2).

Siempre que la voluntad Divina inspira a un grupo de gente virtuosa a conducir a la humanidad corrupta hacia la Verdad, también aparece otra, la de sus enemigos mortales, que les infligen terribles penalidades. Y, en realidad, la tempestad de la oposición es absolutamente indispensable. Las persecuciones a que se ven sometidas esas personas ponen a prueba la sinceridad de sus motivos. Les corresponde soportar sin vacilación las humillaciones, resistir las injusticias y la barbarie, sin jamás traicionar la verdad que ellos mismos representan. En efecto, viven, si pueden, por la Verdad, y mueren por ella si es preciso. Además, el sufrimiento constituye su único medio para prepararse para obtener las virtudes de la constancia y la perseverancia, sin las cuales un hombre no puede aspirar al perfeccionamiento moral. Sólo cuando uno encuentra barreras por todos lados y experimenta dificultades y privaciones tiene posibilidades de cultivar tales cualidades. Incluso, la adversidad es un aliado disfrazado que promueve el avance moral. Y, en tercer lugar, las condiciones difíciles, pero propicias en este sentido, expresan el deseo del Todopoderoso de mostrar a la humanidad que una planta cuidada por la mano Divina, por frágil que parezca, sobrevive las ráfagas más furiosas de los vientos salvajes. En consecuencia, y de acuerdo con esta ley Divina, el Profeta y sus acompañantes tuvieron que soportar agravios indecibles al caer en las garras de sus adversarios.

Persecución

Al principio, la oposición de La Meca hacia el Mensaje del Islām tomó la forma de desprecios y burlas para al Profeta. No dieron mucha importancia al movimiento, pensando que caería por su propio peso. Se le trataba con el desdén e indiferencia que se da a algo que no amerita atención. Lo único que los creyentes recibieron en La Meca de esos días fue el escarnio de sus habitantes. Aún no se consideraba necesario recurrir a la violencia. Al pasar frente a musulmanes en la calle, los ciudadanos sólo usaban contra los partidarios del Islām la risa burlona y los guiños. En otras ocasiones llamaban al Profeta un soñador ocioso, dado a las fantasías poéticas, y destinado, al fin, al fracaso (52:30). Algo le fallaba en el cerebro, solían decir. Pero cuando gradualmente hombres de cultura y de posición se unieron a él, la clase dominante de la ciudad empezó a olfatear el peligro. Ya no les bastaba la indiferencia y la mofa, y pasaron a la violencia activa. Una vez que el Profeta estaba postrado en la Ka'bah diciendo sus plegarias, Abū Jahl colocó sobre su cuello un feto maloliente de camello. Como solía salir de su casa al amanecer para rezar, uno de los métodos empleados para molestarlo consistía en tirar en su camino hierbas espinosas, con la intención de que se enredara en ellas en la obscuridad. A veces le arrojaban polvo, otras veces piedras. Un día varios nobles quraish lo acecharon.

Uno de ellos, 'Uqbah ibn Abī Mu'ait, le envolvió el cuello con su manta y la torció hasta casi estrangularlo. Súbitamente apareció Abū Bakr y lo puso a salvo, diciendo a los agresores: "Pretenden matar a un hombre simplemente porque afirma que Dios es su Señor?"

Pero lo más difícil de la represión tuvo que ser soportado por los seguidores que no pertenecían a familias prominentes quraish particularmente los esclavos de ambos sexos. A éstos se les sometió a las torturas más dolorosas. Sin embargo, las enseñanzas islámicas poseían una certidumbre tal para ellos que la persecución no logró que renegaran de su fe. Preferían incluso sacrificar su vida antes de abandonar el Islām, cuyos preceptos habían tocado sus corazones. El abisinio Bilāl, por ejemplo, fue torturado cruelmente para que renunciara al Islām. Sus opresores lo tendieron de bruces sobre el suelo, bajo el sol abrasador del mediodía de Arabia, y colocaron sobre su pecho aplastantes lozas de piedra. Pero Bilāl resistió el dolor y el desmayo, repitiendo a gritos: "Aḥad" (Uno), esto es, sólo hay un Dios. Yāsir y Sumayyah, padres de 'Ammār, también fueron martirizados. A él lo hicieron pedazos atando sus piernas a dos camellos que fueron arreados en direc-

ciones opuestas. La madre pereció a consecuencia de los salvajes abusos reservados para ella.

Incluso los conversos bien nacidos no escaparon de las torturas, siendo sus propios parientes los agresores. 'Uthmān, un noble de mucho relieve social, fue amarrado con una soga y golpeado por su tío. Ya se ha descrito el trato que 'Umar impuso a su primo y hermana. A Zubair lo envolvieron en una esterilla de palma y lo obligaron a inhalar humo. Tampoco se salvó Abū Bakr. Todos ellos, al negarse a renunciar a su amor por el Islām, asombraron a sus enemigos de La Meca; pero su resistencia sólo sirvió para alimentar la furia de éstos en su persecución.

Emigración a Abisinia

A los cinco años del Llamado, el Profeta ya había reunido en torno suyo a un grupo de cincuenta camaradas devotos. Su fe compartida los consolidó en una hermandad que quedó aún más aglutinada debido a la persecución. Por otra parte, día a día crecía su fuerza en número. No obstante, el Profeta, con su gran corazón, contemplaba con dolor el sufrimiento de sus partidarios, e incluso de sus adversarios. Entonces, ¿cómo podía seguir tolerando que sus amigos fueran torturados? Aunque ellos le servían de gran aliento y traían mucho bien a su causa, por lo que todos eran necesarios, observó que los choques en La Meca se volvían cada vez más cruentos. Decidió, por lo tanto, que sus colaboradores huyeran a un sitio más seguro. Él se quedaría, solo, en La Meca para hacer frente a la represión más recia que se avecinaba. La furia del enemigo no le hacía temer por su persona. Sin demora, envió a sus acompañantes a refugiarse en Abisinia, hablando de ese país en los siguientes términos: "Existe una tierra donde no se hace mal a nadie, un país de justicia. Permaneced allá hasta que plazca a Allāh abrirles una salida de estas dificultades." Tanto el pueblo como el rey —el negus— de Abisinia profesaban la fe cristiana. Se formó un primer grupo de once fugitivos para embarcar por mar a Abisinia. Entre ellos se incluían cuatro hombres con sus esposas; 'Uthman iba con la suya, Ruqqayah, hija del Profeta. En el mes de Rajab, en el quinto año del Llamado, el grupo partió de La Meca, algunos a caballo, otros a pie. Apenas llegados al puerto, se hicieron a la mar con destino a la seguridad de otras tierras.

Mientras tanto, enterados de la huida, los quraish enviaron hombres a alcanzarlos, pero ese intento se vio frustrado, porque la embarcación ya se había alejado de la costa. Sin embargo, los jefes quraish no dejaron que las cosas terminaran así. No querían que

el Islām tuviese un pie firme en ningún lugar, ni siquiera en el extranjero. Se pusieron de acuerdo en enviar una delegación al negus, a fin de pedirle que no diera asilo a los musulmanes y que los entregara a los representantes de La Meca. Nombraron para encabezar la misión a 'Abd Allāh ibn Rabi' y a 'Amr ibn 'Ās, quienes se dirigieron a Abisinia con hermosos regalos. Al llegar, su primer paso consistió en ganar la estima de la clase sacerdotal. Dijeron a los prelados que los musulmanes habían fundado un religión antagónica al cristianismo, y suplementaron ese estímulo de sus prejuicios religiosos con la entrega de valiosos obsequios. Así lograron inducir al clero a abogar en favor de ellos ante el rey, y luego ellos mismos comparecieron ante la corte del negus. Solicitaron la extradición de los inmigrantes musulmanes quienes, alegaron, eran culpables de hacer una innovación en la religión que no sólo se oponía a su fe ancestral, sino también al cristianismo. El rey convocó a los musulmanes, exigiéndoles que se defendieran ante el cargo de herejía que se había hecho en su contra. Inmediatamente, uno de ellos, Ja'far ibn Abī Tālib, se puso de pie y, dirigiéndose al negus, dijo: "¡Oh Rey! Éramos un pueblo ignorante, adicto a la idolatría. Acostumbrábamos comer cadáveres hasta de animales muertos y a hacer toda clase de actos vergonzosos. No cumplíamos nuestras obligaciones con nuestras familias y tratábamos malamente a nuestros vecinos. Los poderosos prosperaban a costa de los débiles, hasta que, por fin, Dios envió un Profeta con el encargo de nuestra reformación. Conocemos bien su alcurnia, su virtud, su integridad y su devoción. Nos llamó al culto de Dios, y nos exhortó a renunciar a la idolatría y a la adoración de la piedra. Nos ordenó decir la verdad, cumplir nuestra responsabilidad, respetar los lazos del parentesco y hacer el bien a nuestro prójimo. Nos enseñó a apartarnos de toda impureza y a evitar el derramamiento de sangre. Prohibió toda clase de indecencia, como mentir, despojar a los huérfanos y acusar falsamente a una mujer. Por eso creímos en él, lo seguimos y llevamos sus enseñanzas a la práctica. Entonces, nuestros compatriotas empezaron a atacarnos, a torturarnos, creyendo que, con eso, renegaríamos de nuestra fe y volveríamos a la idolatría. Por el contrario, cuando sus crueldades excedieron todos los límites, vinimos a buscar asilo en vuestro país, donde esperamos que no se nos haga daño."

Seguidamente, Ja'far le leyó un pasaje del *Qur'an*, el cual lo conmovió. El negus entonces informó a la misión quraish que de ninguna manera les entregaría a los refugiados. Para no darse por vencidos, los quraish idearon otro plan. Al día siguiente procuraron incitar al rey contándole que los herejes no creían en la Divinidad de Jesús. Pero en eso también se vinieron abajo sus esperan-

zas. Los musulmanes confesaron que no consideraban que Jesús fuera Dios, sino un Profeta. El negus recogió una pajilla y, señalándola, dijo: "De hecho, Jesús no es tanto así más de como los musulmanes lo han descrito."

Puede parecer extraño que los quraish se hayan inquietado tanto por la emigración de los musulmanes a Abisinia. Primero trataron de darles alcance en el puerto y, luego, tras ese fracaso, los persiguieron hasta la corte del negus. ¿Cuál fue el motivo, en fin, de su molestia? ¿Se ensañaron tanto con los musulmanes únicamente porque esparcían propaganda contra la idolatría? Sin embargo, los emigrantes ya estaban demasiado alejados para poder ofender las susceptibilidades quraish por hablar mal de sus ídolos. Seguramente ya se había transformado en algo personal la animosidad despertada por las diferencias religiosas. Les resultaba intolerable que los musulmanes, a quienes habían obligado a abandonar sus hogares, prosperaran en lugar alguno. Estaban decididos a destruirlos, y por eso viajaron a ver al lejano negus para hacerles daño. Y por esa misma razón no dieron tregua al Profeta y a sus compañeros ni en Medina, a donde éstos habían emigrado. En Medina, no había gente poderosa que defendiera a los refugiados musulmanes contra sus sanguinarios enemigos, los quraish, quienes por lo tanto se atrevieron a extirparlos a sablazos. El instinto de autoconservación animó a los musulmanes a dar un golpe en su propia defensa. Así se iniciaron las guerras islámicas, a las que se recurrió puramente como una medida de defensa. Los quraish no los dejaron en paz ni al apartarlos de sus hogares. Acorralados, los musulmanes no podían sino encarar a sus perseguidores como hombres. No obstante eso, existen críticos que, cerrando los ojos ante los hechos históricos, atribuyen al Profeta la provocación del conflicto, y así estigmatizan al Islām como la religión de la espada. No puede haber nada más lejos de la verdad. Los sucesos relacionados con la emigración a Abisinia, que se acaban de describir, aclaran el hecho de que, herejía o no, los quraish se empeñaron en aniquilar completamente, y a toda costa, a la hermandad musulmana.

Cuando los delegados quraish regresaron de su abortada misión en Abisinia, la rabia de sus perseguidores no conoció límites. Prosiguieron su caza con crecida furia. Hasta entonces, se habían asombrado mucho de la fortaleza de los musulmanes frente al trato despiadado. Pero la emigración a Abisinia les demostró contundentemente que los musulmanes estaban preparados para correr todos los riesgos y soportar tropiezos de cualquier índole por la causa del Islām. No se acobardaban ante los peligros hallados en el camino de Dios. Asimismo, cuando los musulmanes que per-

manecieron en La Meca se enteraron de la generosa protección que el negus dio a sus hermanos, muchos de ellos partieron hacia Abisinia un año más tarde. Esto se conoce como la Segunda Emigración a Abisinia. Los quraish hicieron todo lo que pudieron para poner coto a esa marea migratoria, pero en vano. Hasta niños de ambos sexos, aproximadamente ciento uno de ellos, huyeron a Abisinia. Todos los emigrantes fijaron su residencia allá, con la salvedad de 'Uthmān y su esposa, que no tardaron en regresar a La Meca. Pasaron siete años desde la fuga del Profeta de La Meca hasta que se volvieron a encontrar con sus hermanos musulmanes en Medina. De acuerdo con la Tregua de Hudaibiyah en el sexto año de la Hégira, hubo un cese de hostilidades de diez años entre los musulmanes y los quraish. Esto creó cierta seguridad para los musulmanes en la tierra de Arabia, e hizo posible el retorno de los musulmanes abisinios a sus familias. También refleja el hecho de que, en Medina, los musulmanes no se pusieron a salvo sino hasta el año 7 después de la Hégira, cuando la Tregua de Hudaibiyah les permitió un respiro.

El trato cálido que el negus dio a los musulmanes tuvo expresiones de reciprocidad por parte de estos últimos. Durante su estancia en ese reino, estallaron hostilidades con un estado rival, y los musulmanes no vacilaron en ponerse al servicio del monarca. También rezaron a Dios por la victoria de Abisinia. Esto demuestra que era un grupo que practicaba el agradecimiento. Desde esos momentos primordiales tomaron como su lema el verso coránico: "¿Acaso es la recompensa de la bondad algo más que bondad?" (55:60).

Predicación en público

Los intentos por suprimir la propagación del Islām no se limitaron a las persecuciones a que fueron sujetos el Profeta y sus acompañantes. Se recurrió a muchas y diversas estrategias para apagar la luz Divina. Al Principio se predicaba en secreto. Pero pronto el Profeta recibió por revelación la orden de promulgar su comisión públicamente y de advertir a sus parientes más cercanos (15:94; 26:214). Por lo tanto se vio obligado a proclamar abiertamente el mensaje Divino. Un día, desde arriba del monte Safā, hizo un llamamiento a cada una de las tribus quraish hasta que todas estuvieron allí. "¿Alguna vez vosotros me habéis escuchado mentir?" les preguntó el Profeta. Al unísono le contestaron que siempre había sido recto y confiable. "Si os dijese que detrás de esta montaña se encuentra un gran ejército listo para atacaros,"

continuó el Profeta, “¿me creeríais?” “Por supuesto,” fue la respuesta unánime, “porque nunca te hemos escuchado decir una mentira.” Entonces, él les anunció la palabra de Dios, los exhortó a renunciar a su idolatría, a evitar todas las formas del mal, a creer en la unidad de Dios y a acercarse al camino de la virtud. Estas palabras enfurecieron a la multitud, y en particular a Abū Lahab, quien se comportó con agresividad. Pronto, la enemistad de este hombre con el Profeta llegó a ser extremadamente ruda. Tanto él como su esposa lo atormentaron y lo persiguieron por todos los medios posibles. Durante los días de la Peregrinación, cuando el pueblo árabe de todas partes del país se congregaba, el Profeta solía mezclarse con la gente y comunicar su Mensaje. Por donde iba él, iba Abū Lahab pisando sus talones, advirtiéndole a la gente no tomarlo en serio, porque, según él, estaba loco.

La primera diputación a Abū Ṭālib

Cuando los quraish se dieron cuenta que ni la opresión ni los obstáculos lograban suprimir el movimiento islámico, que los partidarios no tenían inconveniente en someterse a las injusticias más grandes y que preferían sufrir el exilio que renegar el Islām, resolvieron secretamente liquidar al Profeta. Dedicaron entonces todos sus esfuerzos a segarle la vida de manera disimulada y, al fallar, optaron por tratar de asesinarlo abiertamente. Pero, de acuerdo con el código social de Arabia, por razones de honor cada tribu tenía la obligación de proteger a cada uno de sus miembros. Se comprendía, entonces, que el intento de matar al Profeta podía provocar una guerra civil. Por lo tanto, resultó necesario obtener el consentimiento de Abū Ṭālib, el tío del Profeta, antes de ajusticiar a éste. A ese fin, una diputación de jefes quraish, entre ellos Abū Jahl, fueron a ver a Abū Ṭālib para plantearle su plan. Con el propósito de que los apoyara en su malvado complot, usaron los siguientes términos: “Tu sobrino ofende a nuestros dioses, encuentra defectos en nuestra religión ancestral, y dice que nosotros y nuestros antepasados somos ignorantes y desorientados. Tú mismo debes encargarte de él, o permitir que nosotros ajusticemos cuentas con él. Tienes tanta obligación como nosotros de reivindicar el honor de nuestra fe común.” Sin embargo, Abū Ṭālib les dio evasivas amables. Obviamente, las acusaciones que hicieron al Profeta era muy exageradas. Él nunca habló mal de sus dioses, porque el *Qur'an* lo prohíbe absolutamente: “Y no abuses de aquellos a los que ellos invocan además de Allāh” (6:109). El *Qur'an*, que hoy día se encuentra intacto con toda su pureza origi-

nal, puede consultarse de principio a fin para comprobar que no contiene ni una sola palabra de abuso contra los dioses de los infieles. Lo único que dice con respecto a ellos es que no pueden hacer el bien, ni pueden evitar mal alguno, y que el politeísmo y la idolatría son malos caminos (25:55).

La segunda diputación

No obstante todo esto, el Profeta continuó difundiendo su Mensaje, como de costumbre, y al paso de los días muchos corazones se impresionaron con la Verdad del Islām. Los quraish, viendo que su advertencia anterior a Abū Tālib había quedado en el olvido, esta vez resolvieron firmemente insistir hasta que el asunto tuviera un desenlace definitivo. Hicieron recordar a Abū Tālib su primera visita, y le dijeron que ya no tolerarían que todo siguiera igual. O bien retiraba su protección al Profeta, o se unía a su causa, para que las dos bandas se batieran hasta el fin. El ultimátum precipitó una situación muy crítica. Abū Tālib se encontraba en un dilema. Por un lado, la perspectiva de una guerra contra los suyos y, por el otro, el gran cariño que tenía por su sobrino, hacían difícil una decisión sobre el mejor camino a seguir. En ese estado de perplejidad, envió por el profeta y le explicó toda la situación. "Tenme piedad," le dijo, "y no me encomiendes una responsabilidad demasiado onerosa. Yo no puedo hacer la guerra contra la oposición unida de todos los quraish."

La actitud firme del Profeta

¡Una situación crítica! Todo el clan tenía sed de matar y, sin la intervención de Abū Tālib, hubieran quitado la vida al Profeta a pleno sol. Pero ¡pobre de él! Porque la puerta de Abū Tālib también estaba a punto de cerrarse. Ya no quedaba protección terrenal alguna capaz de rechazar la ira de sus adversarios. Sus acompañantes, que hubieran dado su vida por él, estaban muy lejos, en el continente de África. ¿Podría esto significar otra cosa que la destrucción segura e inminente? Hubiese sido muy humano que el corazón del Profeta se hubiera encogido. Hubiese sido natural que su instinto de conservación le hubiera resignado a la conveniencia de un acuerdo con sus opositores y, al así salvar su vida, que viajara a algún lugar lejano y propagara su fe allí. ¿Albergó su corazón alguna propensión de ese orden, perfectamente admisible dadas las circunstancias tan críticas? No, ni sombra de eso.

Tenia una convicción inamovible de la protección Divina. No retrocedería ni un centímetro en su misión, que de hecho era la razón de su vida. Apenas proferidas las palabras de Abū Ṭālib, declaró sin vacilar: "¡Oh tío! Si pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en la izquierda para lograr que renunciara a esta misión, les resultaría inútil. Jamás la abandonaré sino hasta que a Dios Le plazca hacerla triunfar o hasta que yo perezca en mis intentos." Pero, consciente de la desilución que su actitud tenía que haber causado a su tío, quien lo había creado tiernamente y ahora corría gran riesgo por protegerlo, sus ojos se llenaron de lágrimas y se despidió con tristeza. Abū Ṭālib no se había retractado de su forma ancestral de culto, pero amaba al Profeta por su elevada naturaleza. Le era más fácil encarar la muerte que dejar solo al Profeta. Al poco tiempo volvió a enviar por el Profeta y le dio seguridades en estos términos: "Haz lo que quieras. Por ninguna circunstancia te abandonaré."

La tercera diputación

Los quraish confiaban en que Abū Ṭālib cedería ante su exigencia conjunta. Se asombraron, por lo tanto, cuando se enteraron de su decisión de mantenerse leal al Profeta. Una guerra sanguinaria entre ellos, pensaron, estaría preñada de graves peligros. Podría destruir permanentemente la autoridad soberana de la tribu. Por eso, en esta nueva ocasión procuraron persuadir a Abū Ṭālib ofreciéndole una tentación en vez de obligarlo por medio de amagos. Lo visitaron acompañados de 'Ammārah ibn Walīd, un joven apuesto, y pidieron al anciano que adoptara a éste como hijo, a cambio de la entrega de Muhammad, a quien ejecutarían por su ofensa contra la religión ancestral establecida. "¡Qué propuesta más increíble!" exclamó Abū Ṭālib. "¡Vosotros queréis que yo me encargue de la educación del muchacho, mientras que vosotros ajustician al mío! Eso jamás podrá ser." Así que los quraish de nuevo no tuvieron éxito. Por su parte, Abū Ṭālib, temiendo represalias contra su familia, los Banū Hāshim, hizo llamar a todos sus parientes y les planteó el peligro. Se acordó unánimemente que en ningún caso sería entregado el Profeta a los quraish, sin importar las medidas tomadas por éstos en contra de los Banū Hāshim. Con la sola excepción de Abū Lahab, quien se había unido al enemigo, la familia entera se dispuso a tomar las armas en defensa del Profeta, por la gran simpatía que sentían por él. A pesar de las diferencias religiosas, estaban preparados para protegerlo a todo trance.

Los quraish ofrecen poder y riqueza

Pero los quraish todavía no habían agotado sus recursos para llegar a un arreglo sin recurrir al derramamiento de sangre. Aún les quedaba una carta por jugar. Si bien la persecución había resultado inútil, se les ocurrió que podían salirse con la suya sonsacando al Profeta con obsequios. Se integró una diputación cuyo objetivo era llegar a un acuerdo con él sobre la siguiente base: "Si tu ambición consiste en poseer riqueza, juntaremos el monto que desees; si aspiras a los honores y el poder, estamos en condiciones de jurarte obediencia como nuestro señor y rey; si se te antoja la belleza, te entregaremos la mano de la doncella de tu predilección."

¡Tentaciones irresistibles, sin duda! Ascender del nivel de un hombre menesteroso y perseguido al de un potentado es un gran cambio. Pero el corazón del Profeta no tenía cabida para impurezas egocéntricas. Para la tremenda sorpresa y desengaño de la delegación quraish, les respondió: "No quiero ni dinero ruin ni poder. Dios me ha comisionado como amonestador de la humanidad. Yo os entrego Su mensaje. Si vosotros lo aceptáis, tendréis la dicha en esta vida así como en la vida venidera, y si rechazáis la palabra Divina, seguramente Dios eligirá entre vosotros y yo."

Con eso quedó frustrado el último intento de los quraish por lograr un acuerdo. La persuasión por medio de la tentación resultó tan infructuosa como la persecución. La persecución había sido fatídica, pero la tentación fue casi invencible. Si no hubiera sido por la constancia Divina que se había infundido en el pecho del Profeta, las torturas a que lo sometieron, más las tentaciones puestas en su camino, lo habrían movido de su posición. Pero permaneció tan firme como una roca, sorteando todas las maniobras destinadas a disuadirle de su misión. Es a esto a lo que se refiere el *Qur'an* en el siguiente verso: "Y si no te hubiéramos hecho firme, en verdad podrías haberte inclinado un poco hacia ellos" (17:74).

Expulsión de los hashimitas

Malogrados todos sus planes anteriores, los quraish resolvieron hacer uso de su última arma. Transcurría el séptimo año a partir del Llamado, y la mayoría de los musulmanes había logrado escapar a Abisinia. Hamzah y 'Umar habían profesado el Islām, en tanto que Abū Tālib se negaba rotundamente a ceder a la exigencia quraish de que retirara su mano protectora del Profeta. Salvo Abū Lahab, toda la familia Banū Hashim había decidido apoyarlo y luchar a su lado hasta el último hombre. Además, la luz del

Islam continuó difundiéndose de un clan a otro. Por consiguiente, los quraish decidieron expulsar socialmente a los Banū Hāshim. Se prohibió establecer relaciones matrimoniales y comerciales con ellos. Se redactó un acuerdo en este sentido y el aviso se fijó dentro de la Ka'bah para darle un aviso de santidad. Cuando supieron la noticia, los Banū Hāshim se refugiaron en un sector apartado de La Meca conocido como el *Shi'b*, o barrio prohibido. Abū Jahl se desvivió por mantener una estrecha vigilancia a fin de que la expulsión se observara estrictamente. Por ejemplo, cuando Hakī ibn Hazām pretendió enviar viveres a Khadijah, su pariente cercana, Abū Jahl le puso obstáculos. Pero en ningún momento de esos días angustiosos flaquearon los Banū Hāshim en su resolución. Con alegría soportaron todo en bien del Profeta, cosa que nunca hubiese sucedido de no haber sido por el profundo respeto que sentían por él. Mientras duró la expulsión, la predicación del Profeta se limitó a las cuatro paredes del *Shi'b*. Sin embargo, en los días de la peregrinación, cuando los árabes evitaban cometer el sacrilegio imperdonable de derramar sangre, salía a comunicar su mensaje a las multitudes venidas desde todas partes del país. Abū Lahab le seguía como una sombra, advirtiéndolo a la gente contra sus enseñanzas. Era un mentiroso, solía decir, y no había que creerle nada. Como resultado, dondequiera que entregara su mensaje, el Profeta se topaba con la molesta pregunta de por qué lo rechazaba su propio pueblo si él era recto en sus pretensiones. En fin, este período se caracterizó por la adversidad hacia los Banū Hāshim y por la suspensión de las actividades de propaganda.

Mientras tanto, empezaron a circular protestas contra el aislamiento a que estaban obligados los Banū Hāshim. Los quraish más decentes resentían cada vez más la injusticia y la severidad de la expulsión, y un día varios de ellos la denunciaron en público. Como consecuencia, cinco de sus dirigentes convinieron entre sí derogar la expulsión y romper el acuerdo. Pero la hoja en que se había escrito el acuerdo, y que se había colocado en la Ka'bah, estaba destruida. Abū Tālib presentó esta noticia a los jefes quraish como una señal de desaprobación Divina. Entonces, se convino que el aviso sería declarado nulo y sin valor, si, al examinarlo, se encontraba dañado. Se dirigieron inmediatamente a la Ka'bah para ver el acuerdo que, efectivamente, estaba carcomido. La oportunidad fue aprovechada anhelosamente por quienes ya habían objetado la injusticia de la expulsión. Armándose, se encaminaron en tropel hacia la entrada del *Shi'b*, gritando su inconformidad con el acuerdo sobre la prohibición. Dejaron a los Banū Hāshim salir de su reclusorio y los enviaron a sus respectivos ho-

gares. Nadie se atrevió a ponerles resistencia. La expulsión terminó, entonces, al cabo de tres años.

A raíz de su salida del *Shi'b*, murió Abū Tālib, el tío del Profeta que hasta entonces había sido su protector principal. Si bien nunca aceptó el Islām, el Profeta le tenía gran afecto, por lo que su pérdida le causó mucha pena. Pero se dice que las calamidades rara vez llegan de una en una. Al poco tiempo también murió su fiel esposa, Khadijah. Siempre había servido tenazmente y había sido fuente inagotable de solaz en los momentos de tristeza y pena.

Viaje a Tā'if

Ahora el Profeta se vio obligado a encarar dificultades aún mayores en la propagación de su Mensaje. Ya no estaban Abū Tālib y Khadijah para refrenar la malicia de los quraish. Éstos por fin tenían las manos libres para enseñarse con él hasta la saciedad. Aun ante esa sombría perspectiva, empero, el Profeta permaneció imperturbable en su convicción del triunfo final. Un día le echaron tierra cuando caminaba por la calle. Al llegar a casa su hija le lavó la cabeza y se soltó llorando por la condición de su amado padre. "No llores, hija mía" dijo él, consolándola. "Seguramente Allāh ayudará a tu padre." ¡Qué profunda era su fe en el triunfo final de su misión mientras sus contrarios le asestaban su hiel! Nunca se le ocurrió huír, como sus compañeros, a Abisinia, donde le esperaba un remanso seguro. Ni por un momento dejó de creer en la regeneración del país donde nació. Confiaba que algún día la península árabe despertaría para poder ver la Verdad del Islām. A pesar de la espesa bruma con que le envolvían las circunstancias, sus ojos podían percibir un rayo de esperanza. En el fondo de su corazón sabía que sus entonces enemigos mortales algún día serían sus devotos amigos.

Sin embargo, la actitud empedernida de los jefes de La Meca lo forzaron a volver su atención hacia Tā'if, donde esperaba hallar gente dispuesta a escuchar sus palabras. Partió con Zaid y, al llegar abordó a tres hermanos pertenecientes a la familia más noble de la población. Para su decepción, todos se hicieron los sordos. Durante su estancia de unos diez días, entregó su mensaje a una serie de personas, pero todo en balde. Por todos lados se encontraba con el reto de que tenía que convencer a su propio pueblo si era sincero en su pretensión de ser el Profeta. Por fin le dijeron que se fuera pero, al alejarse, los rufianes del pueblo, azuzados por los jefes locales, lo sacaron a gritos. Formaron una doble valla en un tramo largo del camino y, pasando él entre ellos, le arrojaron pie-

dras que hirieron sus piernas. Ensangrentado, empezó a caer repetidamente al suelo a causa de los golpes; pero en cada ocasión que se desplomaba, alguno de los infelices lo levantaba: "¡Camina!" le gritaban, "aquí no puedes descansar." El martirio continuó a lo largo de cinco largos kilómetros, hasta que las pedradas hicieron que su calzado se saturara de sangre. Finalmente la jauría se quedó atrás, y el Profeta se sentó a descansar un momento en una huerta. El propietario del pequeño vergel, 'Utbah ibn Rabī'ah, aunque no era creyente, se compadeció de él y le envió un racimo de uvas por medio de su esclavo cristiano 'Addās. Estirando su mano hacia las uvas, el Profeta pronunció las palabras "En el nombre de Allāh", las cuales todo musulmán debe repetir al iniciar cualquier trabajo. Sorprendido, el esclavo tuvo la curiosidad de preguntarle qué significaban las palabras. Cuando se le dio el mensaje del Islām, aceptó de buen gana su Verdad.

Abatido por el constante rechazo de sus semejantes, el Profeta acudió a Dios Todopoderoso a través de una plegaria. Esta oración no es una expresión de desaliento o de queja; por el contrario, no obstante su aparente sentimiento de desamparo, manifiesta plena confianza en el futuro. Reza así: "¡Oh, mi Señor! Me lamento ante Ti de la debilidad de mi fuerza, de mi falta de ingenio y de mi insignificancia ante los ojos de los demás. Tú eres el más compasivo de todos los compasivos. Tú eres el Señor de los débiles. ¿A quién me entregas, a un enemigo que me desaprobaría hoscamente, o a un amigo cercano, a quien Tú has otorgado control sobre mis asuntos? No me importa más que poder contar con Tu protección. Busco el amparo de la luz de Tu rostro, la luz que ilumina el cielo y disipa toda ignorancia, y que rige todos los sucesos de este mundo y del Más Allá. Ojalá nunca propicie Tu ira, ni estés, disgustado conmigo. No existen fortaleza ni poder sino a través de Ti."

¿Qué corazón humano es capaz de apreciar la pureza del alma que expresó sentimientos tan sublimes en circunstancias tan penosas? ¿Puede uno imaginarse que el corazón de un impostor fuese capaz de emociones tan elevadas, aun después de semejante tormento? ¿Con qué asombrosa fuerza soportó privaciones que hubieran podido empujar a otros hasta el suicidio! ¿Qué fe más firme en Dios, qué sumisión más alegre a Su suprema voluntad, qué felicidad espiritual más depurada! Todos los sufrimientos, dice, son insignificantes mientras él goce de la complacencia de Dios.

Las promesas de Agabah

Días más tarde regresó a La Meca al asegurarle Muṭ'im ibn 'Adī que le protegería la vida. Ya se le había dicho claramente que

tenía que salir de La Meca, pero aún no recibía la luz que le indicaría en qué lugar reubicarse. Al llegar los días de la peregrinación, hizo visitas a cada uno de los clanes que habían convergido en la ciudad; pero dondequiera que se detenía a explicar los preceptos islámicos, Abū Lahab, siempre cerca de él, decía a la gente que no le creyera, porque era un hereje y quería minar el régimen espiritual del Lāt y del 'Uzzā. Debido a eso no pudo despertar mucho interés. Algunos de los clanes lo rechazaron bruscamente, pero eso no lo desalentó. Una de las tribus externó afinidad por sus enseñanzas, aunque sus inerlocutores admitieron su incapacidad de renunciar de una vez a su religión ancestral. En otra entrevista le preguntaron si, en caso de que triunfase, les tocaría una parte del reino que él obtendría. En su respuesta, el Profeta les hizo ver que correspondía sólo a Dios conceder reinos a quienes Él considerara los más indicados. El incidente, al parecer intrascendente, no deja duda de su sinceridad. Porque si sus esfuerzos tenían por objeto el poder personal, como frecuentemente se afirma, ¿qué le impidió atraer a su causa a todo un clan simplemente haciéndoles promesas? En realidad, el poder profano nunca fue la meta de su lucha. Más bien, en el corazón sufría por el estado degenerado del hombre. La elevación del hombre en la escala de las posibilidades humanas fue su única finalidad en la vida. Buscaba con anhelo la ayuda Divina que, como sabía él, tenía que llegar, si bien no sabía cuando.

Predicando el Islām durante esa misma ocasión de la peregrinación, el Profeta conoció fortuitamente a varios hombres del clan Khazraj, de Medina. Después de averiguar su procedencia, les preguntó si ellos se contaban entre los que se asociaban con los judíos, y contestaron que sí. Entonces, les comunicó el mensaje del Islām. Puesto que la población de Medina incluía a un nutrido sector judío, esa ciudad estaba bien enterada desde hacía tiempo de que la aparición del Profeta Prometido, de acuerdo con el vaticinio de las escrituras judías, se acercaba. Por eso, el que Muḥammad dijera ser *ese Profeta* no les pareció tan sorprendente. Impresionados por la belleza de las enseñanzas islámicas que les impartió, y dada su anticipación de la venida de ese Profeta, los visitantes se convencieron de que él era, efectivamente, el Profeta. Como resultado, todos se adhirieron al Islām. Esto sucedió en el onceavo año del Llamado. A su regreso a Medina, hubo mucha exaltación en relación con la nueva fe, y el nombre del Profeta estaba en todas las bocas. Muchos se adhirieron al Islām y, al año siguiente, una docena de ellos hicieron la peregrinación a La Meca. Esos doce juraron obediencia a Muḥammad en Aqabah según los siguientes términos: "No estableceremos asociados con Allāh. No robare-

mos, ni fornicaremos, ni mataremos a nuestros vástagos, ni haremos declaraciones falsas contra los demás. No desobedeceremos al Profeta en cualquier cosa que sea correcta." Esto se conoce como el Primer Juramento de Aqabah y se llevó a cabo en el decimosegundo año del Llamado.

El Profeta delegó a Mus'ab ibn 'Umair instruirlos en las enseñanzas del Islām. Gracias a los esfuerzos de éste, el Islām se difundió en Medina rápidamente. Dirigentes de los Aus y de los Khazraj abrazaron la fe, de manera que, para la siguiente peregrinación, el número de musulmanes que viajaron a La Meca ascendió a setenta y tres hombres y dos mujeres. Una noche el Profeta se reunió con los nuevos conversos en 'Aqabah. 'Abbās, su tío que le acompañaba y que aún no era creyente, abrió las conversaciones, diciendo: "Vosotros os dais cuenta de la posición que Muḥammad ocupa entre nosotros. Hasta ahora nosotros mismos lo hemos protegido de sus enemigos. Aquí está muy seguro y respetado. Pero ahora vosotros queréis que os acompañe a vuestra ciudad y que allí conviva con vosotros. Si creéis poder cumplir el convenio con base en el cual queréis llevarlo, y juráis defenderlo contra todo, estáis en libertad de tomar la responsabilidad. Pero si creéis no poder protegerlo, os aconsejo dejarlo en este mismo momento. Y tened presente que os lo podéis llevar, con tal que estéis en posibilidades de resistir la oposición conjunta de los árabes y de los cristianos."

Los ciudadanos de Medina que en adelante se conocerían como Ansār (Ayudantes) en la historia del Islām, respondieron que deseaban jurar obediencia a Muḥammad de acuerdo con los deseos de éste. Seguidamente el Profeta recitó un pasaje del *Qur'ān*, pronunció un breve sermón y luego les dijo: "Os exijo obediencia en el sentido de que me defendáis de mis enemigos, de la misma manera que defendéis a vuestras esposas e hijos." Entonces, el jefe de ellos, Barā ibn Ma'rūr, puso su mano sobre la del Profeta y declaró que todos juraban obediencia a él en el acto. Hecho esto, el Profeta nombró como sus jefes a doce de ellos.

Así pues, el profeta fue a Medina a invitación de los mismos ciudadanos. Ahora bien, en Arabia, cuando un miembro de un clan pasaba a otro, se acostumbraba jurarle protección, ya que, como regla general, un clan se hacía responsable sólo por la protección de los suyos. Trasciende asimismo que tanto él como 'Abbās sabían que, aun en Medina, sus adversarios de La Meca no iban a dejarlo descansar. Eso explica por qué era preciso contar con el juramento de los Ansār de defender al Profeta en caso de un ataque enemigo. El temor era justificable: los dirigentes de La Meca ya habían dado prueba de su malicia al perseguir a los musulmanes

hasta Abisinia. Esta segunda promesa, conocida como el Segundo Juramento de 'Aqabah, tuvo lugar en el decimotercer año del Llamado.

Puesto que eran confidenciales el arreglo convenido y el juramento, sólo sabían de ellos los pocos musulmanes presenciales y 'Abbās. Ni los no musulmanes de Medina estaban muy ciertos de lo que había sucedido y, por lo tanto, no podían informarse con los conversos de su pueblo. Pero cuando terminó la peregrinación y la gente partió de La Meca, todo se hizo público, ya que el propio Profeta no tenía mucho interés en los secretos. Los de La Meca salieron a perseguir a la caravana de los Medina, pero no pudieron darle alcance. Sólo capturaron a dos hombres, uno de los cuales se escapó, mientras que el otro, Sa'd ibn 'Ubādah, fue arrastrado hasta La Meca. Pero gracias a la intervención de unas personas de La Meca, con quienes había tenido delicadas atenciones en Medina, fue puesto en libertad. Posteriormente, los compañeros del Profeta emigraron a Medina, en pequeños grupos, sin que se dieran cuenta sus enemigos de La Meca.

Llegó un momento, entonces, en que el Profeta se encontró sólo en La Meca con dos de sus compañeros, Abū Bakr y 'Alī, estando todos los demás ya a salvo en Medina. Las circunstancias arrojan más luz sobre la infame fe que él tenía en Dios. Crecía diariamente la saña de la gente de La Meca, porque el arraigamiento del Islām en Medina había azuzado la flama de su ira. Prácticamente solo en medio de sus enemigos mortales, el Profeta estaba expuesto a grandes peligros. Sin embargo, no se preocupaba tanto por sí mismo como por sus compañeros, a quienes envió a un lugar más seguro, mientras que él se quedó atrás entre sus sanguinarios adversarios.

Capítulo V

LA HUIDA A MEDINA

“Si no lo ayudáis, Allāh sin duda lo ayudó cuando aquellos que no creían lo expulsaron: él siendo el segundo de los dos; cuando ambos se encontraban en la cueva, cuando dijo a su compañero: No te aflijas, ciertamente Allāh está con nosotros” (9:40).

Principiaba el decimocuarto año del Llamado, y el Profeta, acompañado únicamente de Abū Bakr y 'Alī, se quedó en La Meca rodeado por sus enemigos. Todos los demás camaradas, despidiéndose de sus hogares, se habían refugiado o en Abisinia o en Medina. Pero para el Profeta, el momento de mayor impotencia aún estaba por delante. Abū Bakr le suplicaba con frecuencia que se fuera a Medina, pero respondía diciendo que Dios aún no le había mandado hacerlo. También en esto obraba un propósito Divino, el cual se manifestó en la decisión final de los quraish. Hasta entonces, varios hombres habían intentado segar la vida al Profeta solitariamente, pero todos fracasaron. Se había montado una represión brutal e inflingido una persecución tenaz, pero todavía faltaba la última gota para que se colmara la copa de crímenes de los habitantes de La Meca. Enterados de que el Profeta se hallaba prácticamente solo, convocaron a una junta general en la Casa de Asambleas, donde se discutían y decidían los asuntos nacionales. Una vez reunidos, los jefes quraish no podían, al principio, ponerse de acuerdo en cuanto a qué hacer con él. Algunos favorecían la idea de encadenarlo, arrojarlo en una mazmorra y dejarlo morir de

hambre. Pero ese plan se descartó en vista de que los acompañantes del Profeta, si lograban consolidarse, podían encontrar la oportunidad de obtener su libertad. Otro jefe propuso que se le enviara al exilio. Sin embargo, se temió que en el destierro Muhammad pudiese ganar adeptos con sus impresionantes enseñanzas y, apoyado en ellos, algún día hundiera a los quraish. Finalmente, Abū Jahl propuso que se asesinara al Profeta, pero que el crimen se cometiera de tal manera que no fuera atribuido a ningún clan en particular. Para ese fin, explicó, sólo había que seleccionar a un noble joven y fornido de cada uno de los clanes para formar un grupo que lo pasaría a cuchillo. Así, los Banū Hashim tendrían que contentarse con una indemnización por asesinato en vez de vengarse. Se aprobó el plan unánimemente.

En la cueva de Thaur

Mientras que los quraish tramaban ese asalto, por revelación el Profeta se informó de sus nefastas intenciones, advirtiéndosele no dormir en su cama esa noche. Llamando a 'Alí, le relató el mandato Divino y le dijo que él lo sustituyera en su cama al anocheecer. Ya que él tenía en sus manos los bienes de algunas personas pidió a 'Alí devolverlos a la mañana siguiente y, después, darle alcance en Medina. ¡Qué veneración a su integridad, dar a un hombre acusado la responsabilidad de administrar la riqueza ajena! Y para finiquitar esos asuntos, el Profeta comisionó a 'Alí para quedarse el tiempo necesario en La Meca. A Abū Bakr le ordenó hacer los preparativos para la fuga a Medina, porque ya había recibido el requerimiento Divino. Éste le preguntó ansiosamente si le permitiría acompañarlo en la huida, y cuando el Profeta le contestó que así había de ser, Abū Bakr derramó lágrimas de felicidad. ¿Por qué sintió esa exaltación ante la perspectiva de más penas y peligros? Sólo porque estaría al lado de él, por quien daría su vida.

Abū Bakr ya había conseguido dos camellos en anticipación de la fuga. Una vez adquiridas las demás provisiones necesarias, el Profeta y él acordaron el lugar de donde partirían. Al caer la noche, entretanto, el grupo de hombres armados reclutados entre las tribus quraish rodeó la casa, presto a lanzarse sobre Muhammad si se atrevía a salir. El sentido árabe de hidalguía excluía la posibilidad de matar a alguien dentro de su casa. Por eso, al acostarse 'Alí en la cama del Profeta, los quraish tuvieron la impresión de que la figura era la de Muhammad, lo que les hizo pensar que su víctima estaba en su manos. Por su parte, el Profeta —confiando en que Dios lo protegería de nuevo después de trece años de

preservar su vida frente a sus enemigos— esperó el anochecer y, llegando éste, se escabulló entre sus supuestos asesinos para dirigirse luego a la casa de Abū Bakr, donde los dos habían acordado reunirse. Partieron juntos hacia Medina. A cinco kilómetros de distancia, se detuvieron frente a una cueva, que llevaba el nombre de Thaur. Abū Bakr entró primero, limpió la cueva y tapó los hoyos que pudo discernir en la obscuridad. Luego entró el Profeta.

Los nombres de dos cuevas figuran principalmente en la historia del Islām. Fue en la cueva de Hira donde Muḥammad recibió el Llamado Divino por primera vez. Ahora, en la cueva de Thaur, renacía el Islām. La Huida es un día de regocijo en los anales del Islām, y tan es así que el calendario musulmán data del momento que aquí se relata.

Al amanecer, los quraish se asombraron al ver que era 'Alī quien se levantaba de la cama del Profeta. Se realizaron registros minuciosos en los alrededores, y se ofrecieron grandes recompensas para quien capturara al Profeta. Una partida de perseguidores rastreó las huellas de los fugitivos, llegando hasta la boca de la cueva. Al escuchar el sonido de las pisadas afuera, Abū Bakr se angustió, no por sí mismo, sino por la vida de quien le era más importante que la suya. De hecho, era un momento decisivo. El filo de la espada enemiga se encontraba muy cerca de los cuellos de los dos. Con sólo una mirada al interior de la cueva, los ocupantes quedarían hechos picadillo. Ante semejante situación el corazón más valiente podría desfallecer, la mente más tranquila, abrumarse. Estaban viendo la muerte muy de cerca, sin vía de escape ni protección terrenal alguna. Sin embargo, incluso en ese momento de incapacidad total el corazón del Profeta se hallaba en perfecta paz, y no sentía temor alguno. Con fe suprema y confianza ilimitada en los brazos protectores de Dios Todopoderoso, calmó el miedo de su amigo con estas palabras: "No te aflijas, porque seguramente Allāh está con nosotros." Ésta no fue una voz de adentro, ya que el corazón de un ser humano mortal, como lo fue el Profeta, no podía haberse mantenido imperturbado en circunstancias tan inminentemente peligrosas. No fue una voz interior, sino la voz que descendía de arriba, de Dios, el Señor de todas las cosas, venida a consolar y apaciguar a un corazón afligido por amor a él. Y quién sino el Dios omnisciente podía saber que el enemigo, a punto de consumir sus malignos propósitos, acabaría frustrado.

La salida con destino a Medina

Durante varios días el Profeta permaneció oculto en la cueva. El hijo de Abū Bakr les traía noticias acerca de todos los sucesos ha-

bidos en La Meca, y su hija, Asmā̄ les proveía de alimentos. Los dos bebían leche de las cabras de 'Amir ibn Fuhairah, un sirviente de Abū Bakr que llegaba a la entrada de la cueva para hacer ahí la ordeña de los animales. Por fin, en el cuarto día, se abandonó la búsqueda y el Profeta y Abū Bakr pudieron salir de su escondite. Escogieron como su guía a 'Abd Allāh ibn Uraqit, que no era musulmán. En el camino el calor se hizo abrasante, y se detuvieron para descansar. Abū Bakr, tras limpiar el suelo a la sombra de una piedra, tendió su manto para que el Profeta se acostara y fue a buscar alimento. Dio con un beduino que cuidaba sus cabras, aseó a una de ellas, la ordeñó en una olla limpia y, luego, llevó la leche al Profeta.

Mientras tanto, los quraish en La Meca anunciaron que quien atrapara al Profeta recibiría una recompensa de cien camellos. Entre los hombres que deseaban ganársela había un hombre llamado Surāqah ibn Mālik. Oyó decir que se había visto a tres jinetes camino de Medina. Con esa pista, Surāqah, un hombre muy recio, se armó, se montó en un caballo veloz y salió en persecución de los tres. En el camino su montura dio un traspié y él cayó al suelo. A la modalidad de los árabes en tales circunstancias, echó suertes para determinar si seguía o no la cacería. El augurio resultó negativo. Pero hizo caso omiso del resultado y reanudó la persecución. Más adelante se repitieron tanto el tropezón como el sorteo del mal agüero. Nuevamente saltó a la silla de montar y continuó galopando hasta darle alcance al Profeta, pero falló su flechazo cuando, una vez más, su cabalgadura tropezó, si bien en esta ocasión sus patas se atascaron en la arena. "Luego me di cuenta," como se dice que Surāqah narró el suceso después, "que la causa de Muhammad estaba predestinada a triunfar." Abandonando su intención de asesinarlo, se acercó al Profeta con corazón penitente, le suplicó el perdón y le imploró no ser castigado por su ofensa. El Profeta le dio por escrito la promesa que pedía.* Además, dio a Surāqah la buena noticia de que algún día él llevaría los brazaletes de oro del soberano de Persia. Esta fue una visión maravillosa de un hecho que habría de tener lugar aproximadamente dieciséis años más tarde, una visión mucho más allá de la facultad imaginativa del hombre, especialmente de un hombre que huía para salvarse la vida. Inerme, y con la vida pendiente de un hilo, el Profeta recibió el feliz aviso de que el reino de Cosroes de Persia pasaría a su dominio. Su visión se cumplió durante el califato de

* Siempre se tenían a la mano pluma y tinta a fin de apuntar revelaciones Divinas en el momento en que éstas se recibieran.

'Umar, cuando, al caer Madā'in, la capital de Persia, se hizo llamar a Surāqah para condecorarlo con los brazaletes de Cosroes.

Revelación consoladora

La prodigiosa inmutabilidad que el Profeta exhibió durante los trances agobiantes, se debió a las revelaciones Divinas que lo visitaron y confirmaron su fe. "El que ha hecho el *Qur'an* obligatorio para ti seguramente te devolverá al Lugar del Retorno (La Meca)" (28:85). Ésta fue otra consolación que recibió en el transcurso de su fuga a Medina. De hecho, la emigración no lo tomó por sorpresa. Mucho antes se le había informado que tendría que salir de La Meca y que el Islām comenzaría su ascenso desde algún otro centro. El *Qur'an* abunda en profecías en este sentido. Justamente en la época en que la tormenta de la oposición estaba en su punto máximo, y cuando el Profeta se encontraba más desamparado, se proclamó que el Islām debía triunfar a la larga, por mucho que los adversarios se esforzaran. Los relatos que el *Qur'an* narra acerca de los profetas anteriores, la oposición que ellos habían enfrentado y su éxito al final, se revelaron, en su mayor parte, durante esta época de la lucha del Profeta como un consuelo que lo sostenía frente a las dificultades. Poco antes de la fuga, tuvo una visión en que se vio emigrando a un lugar opulento y fértil. No fue sino Medina, que aún tiene fama por sus huertos.

Los primeros musulmanes sabían perfectamente que el éxito del movimiento islámico se encontraba vinculado a la Fuga (*Hégira*). Por eso la reconocieron como el nacimiento del Islām, razón por la cual, como ya se ha comentado, el calendario musulmán data, no del primer Llamado en la cueva de Hirā, sino del día de la huida del Profeta. En la Hégira, el desamparo del Profeta llegó a su clímax. En consecuencia, el *Qur'an* se refiere al suceso como un testimonio de que la mano amiga de Dios apoyaba al Islām y garantizaba su triunfo final. Si los poderosos de La Meca no habían ayudado al Profeta, reza el *Qur'an*, Allāh seguramente lo asistiría en la hora de su extremo desamparo, esto es, cuando se viera obligado a huir de La Meca con un solo compañero (9:40). Los dos tuvieron que refugiarse en una cueva, continúa el texto, pero tampoco allí estuvieron a salvo. Los perseguidores, que pisaban sus talones, rastrearon sus huellas hasta la boca misma de la cueva. El acompañante del Profeta temía que ya estaban perdidos. En ese momento colmado de ansiedad, el Profeta consoló a su amigo diciéndole que no había por qué temer, ya que Dios seguramente los asistiría. Aquella fe implícita y profunda en la ayuda Divina

constituía, de hecho, el secreto que sostenía su valentía y esperanza ante las circunstancias más duras y desalentadoras. Nunca pasó por los labios del Profeta una palabra de desesperación o de lamentación. No conocía ni el desaliento, ni la desesperación, ni el espanto. Hasta en los momentos más críticos su corazón brillaba con esperanza. En esa hora de total desamparo, cuando humanamente hablando, incluso parecía que perderían su último refugio, la cueva, exclamó con un corazón colmando de esperanza y confianza: "Seguramente Allāh está con nosotros."

Durante la época que pasó en La Meca, un lapso de más de trece años, el Profeta debió laborar a despecho de una oposición ensañada. Su fuerza espiritual produjo trescientos gigantes de la espiritualidad que nunca tuvieron ni un momento de vacilación en la fe que sentían por él; permanecieron leales sin importarles las torturas, y abandonaron sus hogares y sus propiedades sin volverle la espalda. La transformación fenomenal que forjó en trece breves años, por encima de la resistencia unida de toda Arabia, ha merecido la admiración hasta de un crítico tan severo como William Muir, quien describe a los acompañantes del Profeta así: "En tan corto lapso, a causa de ese maravilloso movimiento, La Meca se había dividido en dos facciones que, soslayando los antiquísimos hitos relativos a tribu y familia, se habían desplegado la una contra la otra en oposición mortal. Los creyentes soportaron la persecución en un estado de ánimo paciente y tolerante y, si bien resultó sabio por su parte hacerlo, hay que reconocer que su indulgencia fue magnánima. Cien hombres y mujeres, por no retractarse de su fe, habían abandonado sus hogares para buscar asilo, hasta que terminara la tormenta, en Abisinia. Y ahora un gran número de ellos, incluyendo al propio Profeta, emigraba de su amada ciudad con su templo sagrado, para ellos el lugar más santo de la tierra, y huían hacia Medina. Allí, desde hacía dos o tres años, ese mismo encanto maravilloso les había venido preparando una hermandad presta a defender al Profeta y sus seguidores con su sangre. Por mucho tiempo, la verdad judía había sonado en los oídos de los hombres de Medina; pero no fue sino hasta que escucharon los acentos espiritualmente conmovedores del Profeta árabe que ellos también despertaron de su sueño y, de pronto, se apresuraron hacia una vida nueva y activa. Las virtudes de su grey pueden describirse con las palabras del propio Muḥammad:

"Los siervos del Benéfico son aquellos que caminan sobre la tierra con humildad, y cuando los ignorantes les hablan, ellos dicen: ¡Paz!

“Y aquellos que pasan la noche postrándose ante su Señor y levantándose.

“Y aquellos que dicen: Señor nuestro, apártanos del castigo del infierno; ciertamente tal castigo es un mal perdurable:

“¡Ciertamente mala es la morada temporal y mala la morada eterna!

“Y aquellos que, cuando gastan, no son ni extravagantes ni tacaños, y el justo medio se encuentra siempre entre éstos.

“Y aquellos que no invocan a otro dios además de a Allāh y no matan el alma, lo cual ha prohibido Allāh, salvo en la causa de la justicia, ni cometen fornicación. . .

“Y aquellos que no dan testimonio de ninguna falsedad, y que cuando pasan cerca de lo frívolo, pasan decorosamente.

“Y aquellos que, cuando se les recuerdan los mensajes de su Señor, no caen en esa ocasión sordos y ciegos.

“Y aquellos que dicen: Señor nuestro, otórganos en nuestras esposas y nuestros hijos el goce de nuestros ojos, y haznos dirigentes de aquellos que se guardan contra el mal.”

De hecho, estos versos y centenares de otros adicionales del *Qur'an* que describen las características de los virtuosos, no dibujan un cuadro imaginario. Nos dan una descripción acertada de los acompañantes del Profeta. Fue la fuerza del alma de una sola persona la que forjó esta transformación milagrosa. En un lapso increíblemente corto, centenares de individuos, hundidos en el vicio y la superstición, dados a las formas más degradadas de la idolatría y maniatados por las costumbres más ruines y crueles, fueron levantados y elevados hasta las alturas de la moral. El Profeta les dio una nueva vida en tal forma que los principios de la verdad, de la virtud, de hacer el bien a sus semejantes, una vez aceptados, nunca se perdieron no obstante el terrible hostigamiento. Él les inculcó el sentido de la dignidad y la responsabilidad humana. En verdad fue el mayor benefactor de la humanidad.

La nueva era

El Profeta y sus acompañantes realizaron en ocho días el viaje a Medina, en lugar de los once días usuales, llegando el 12 de Rabi' I, en el décimocuarto año de su misión, correspondiente al 28 de junio de 622 de la era cristiana. La noticia de su desaparición en La Meca había llegado antes que él, pero nadie sabía de sus tres días en la cueva. La ciudad lo esperaba con entusiasmo. Cada mañana la gente salía al camino en espera de la venida de su conduc-

tor. Por fin terminaron las tediosas horas de espera impaciente, al aparecer el ilustre visitante en el horizonte. A cinco kilómetros de Medina se encuentra la población de Qubā'; se le considera un suburbio de Medina. Residían allí tres familias de los Ayudantes (Anṣā), siendo la más distinguida la de 'Amr ibn 'Auf. Antes de entrar en la ciudad, el Profeta aceptó la invitación del hombre a detenerse en Qubā'. Muchos de los Emigrantes (*Muhājirīn*) también se encontraban allí. Musulmanes de la ciudad afluyeron a Qubā' para conocer a su venerado conductor. La estancia del Profeta se prolongó catorce días, lapso en que 'Alī se reunió con él. En homenaje a la ocasión se erigió la Mezquita de Qubā', la primera de la historia del Islām. Esta mezquita quedó descrita en el noveno capítulo del *Qur'ān* como una mezquita fundada en el cumplimiento del deber" (9:108). El Profeta y los acompañantes la construyeron con sus propias manos. Después, el Profeta hizo su entrada a la ciudad de Medina. La población salió a su encuentro, vestida con sus trajes más alegres. Las mujeres cantaron desde las azoteas de las casas para dar la bienvenida a su noble convidado. Cada quien deseaba que él visitara su casa. Soltando la rienda de su camello, dejó que el animal se moviera libremente. Donde el camello parara, dijo a la jubilosa multitud que le rodeaba, sería la casa en que se alojaría. El camello continuó hasta llegar a un espacio abierto frente a la casa de Abū Ayyūb, y se detuvo ahí.

La hermandad musulmana

El patio pertenecía a dos muchachos huérfanos. Lo quisieron ofrecer como un regalo para la construcción de una mezquita, pero el Profeta no lo aceptó sin pagar. Por lo tanto ellos tuvieron que acceder a recibir el pago. Lo primero que se hizo fue construir una mezquita, en la que el Profeta y sus acompañantes pusieron manos a la obra. Cada quien tomó esa labor de amor como un gran privilegio y, mientras trabajaban, todos cantaban a coro con el Profeta: "¡Oh Señor! No hay más dicha que la dicha del Más Allá; ¡Oh Señor! ayuda a los Ayudantes y a los Refugiados." La mezquita fue un monumento de sencillez: muros hechos de adobe, el techo sostenido por troncos de palmeras y recubierto con hojas de palma y ramitas, de manera que al llover se formaban goteras que enlodaban el piso de tierra. Para solucionar ese problema, se recubrió el piso con grava. En un rincón del patio se erigió una especie de plataforma techada a fin de dar alojamiento a quienes carecieran de familia y de hogar. Los que habitaban ese espacio se

conocían como los residentes del *Suffah* (*Ashāb al-Suffah*). * Constituía, por decirlo así, una especie de seminario adjunto a la mezquita para que los alojados pudieran dedicar su tiempo entero al estudio de la religión. También contiguos a la mezquita se construyeron dos aposentos destinados a la familia del Profeta.

En La Meca, los musulmanes no podían rezar en congregación pública. Ahora que las condiciones pacíficas de Medina permitían orar en público, se consideraron los varios medios posibles para llamar a los fieles a hacer sus oraciones a determinadas horas. 'Umar había tenido una visión en que un hombre repetía las palabras *Allāh-u-Akbar-Allāh-u-Akbar* (*Allāh* es Grande) y así sucesivamente: todo el texto del llamado musulmán al rezo. A la mañana siguiente narró su visión al Profeta. Otro acompañante había tenido exactamente la misma visión. La aprobó el Profeta como el llamado al rezo. La primera plegaria en grupo de los viernes se convocó el día que el Profeta salió de Quba' y entró a la ciudad de Medina.

Regularizadas de esa manera las plegarias, el Profeta entonces atendió la cuestión de la manutención de los Refugiados. La mayoría de ellos habían vivido holgadamente en La Meca, pero habían tenido que dejar sus riquezas y propiedades. En consecuencia, él estableció una hermandad entre los Ayudantes y los Refugiados, una hermandad singular en la historia del mundo. Cada uno de los Refugiados se unió a uno de los Ayudantes en un lazo fraternal. El interés común y el amor en que se fundamentó esa nueva hermandad se expresaron de manera maravillosa. Cada uno de los Ayudantes se llevó a su casa a un hermano Refugiado, puso a su disposición la mitad de la casa y dividió en partes iguales entre los dos todos sus bienes y enseres. Los Ayudantes eran agricultores y quisieron compartir también sus fincas con sus nuevos hermanos. Pero los Refugiados eran comerciantes de profesión, muy desacostumbrados a la labranza. Comprendiendo eso, los Ayudantes se comprometieron a trabajar la tierra y a dar la mitad de las cosechas a los Refugiados. En fin, tan fuertes resultaron esos nuevos vínculos que superaron incluso la interrelación entre hermanos consanguíneos. Cuando moría uno de los dos en una de esas parejas, sus propiedades las heredaba no su hermano consanguíneo sino su hermano espiritual. Pero el *Qur'an* prohibió que el lazo tuviese consecuencias de tanto alcance y ordenó que las herencias se canalizaran naturalmente a los parientes consanguíneos (8:75).

* Literalmente, una plataforma elevada y entoldada.

Así de genuino fue el espíritu de sacrificio con que los Ayudantes acogieron a sus hermanos de fe, pero los Refugiados no se aprovecharon indebidamente de esa buena voluntad. Por ejemplo, cuando a 'Abd al-Rahmān ibn 'Auf le ofreció su hermano Ayudante la mitad de todo cuanto poseía, expresó su agradecimiento por su amabilidad y le pidió que sólo le dijera dónde estaba el mercado para que pudiera ganar su sustento ahí, y al poco tiempo tenía en marcha un negocio próspero. Asimismo, los demás Refugiados también se dedicaron al comercio. Los que no pudieron encontrar en qué trabajar, laboraron como mozos, logrando de esa manera no sólo mantenerse, sino también juntar un excedente para contribuir a la Tesorería Pública, cuyos fondos se destinaban al bienestar de la comunidad. Sus negocios no tardaron en florecer al punto de que las caravanas mercantiles de algunos de ellos llegaron a constar de setecientos camellos cada una. Pero hubo también tiempos de carestía. En una ocasión, al recibir a un visitante, el Profeta, por no tener alimentos en su propia casa, pidió a uno de los acompañantes, Abū Talḥah, que atendiera al invitado. Al llegar a su casa acompañado de éste, Abū Talḥah vio que apenas había comida suficiente para sus propios hijos. A fin de sobrellevar la situación, se apagaron las luces y se sirvió la poca comida de que se disponía; Abū Talḥah y su esposa, por ser los anfitriones, se sentaron, pero ¡no hicieron más que mover las manos y la boca como si también ellos estuvieran comiendo!

Sin embargo, los musulmanes trabajaron con tanto ahínco que pronto la pobreza se transformó en abundancia y prosperidad, y comenzaron a vivir cómodamente. En el transcurso de estas vicisitudes, no obstante, se comportaron admirablemente. No refunfuñaron en los momentos de indigencia, ni derrocharon en tiempos de afluencia. Gastaban su dinero en el camino en ayudar a los pobres, los necesitados, los huérfanos y los residentes del Suffah, siendo la ocupación única de éstos últimos atender durante el día las enseñanzas del Profeta y, por las noches, hacer plegarias. De esa fuente surgió el grupo de maestros y predicadores religiosos que impartió las enseñanzas del Islām en muchos países y a diversos pueblos. Uno de ellos fue el famoso Abū Hurairah, quien transmitió a la posteridad gran número de los dichos del Profeta. Como los residentes no tenían medios para ganarse el sustento, los musulmanes acomodados solían convidarlos a compartir los alimentos. Según las crónicas de esa época, Sa'd llegó a invitar a su casa a ochenta personas.

Un pacto entre varias tribus

El tercer asunto importante que el Profeta atendió fue el establecimiento de relaciones amistosas entre las diferentes tribus que radicaban en Medina. En esa ciudad los judíos ejercían considerable poder. Aliados con las tribus Aus y Khazraj, participaban en las guerras destructoras de éstas. Por ascendencia eran árabes, pero formaban una unidad aparte por haber adoptado el judaísmo. Se subdividían en tres clanes: los Banū Qainuqā, los Banū Nadir y los Banū Quraizah. Los demás habitantes de Medina eran los Aus y los Khazraj, que siempre se confrontaban en guerras. De los dos clanes principales de judíos, los Banū Quraizah eran los aliados de los Aus, en tanto que los Banū Nadir se unieron a los Khazraj. Ahora bien, sucedió que la mayor parte de los Khazraj y los Aus abrazaron el Islām. por lo tanto, el Profeta hizo un pacto entre los musulmanes y los judíos. Los acuerdos esenciales fueron los siguientes: los musulmanes y los judíos convivirían como un solo pueblo; cada grupo conservaría su propia fe, sin que hubiese interferencia mutua; en caso de una guerra con terceros, uno u otro grupo acudiría a la ayuda del involucrado, siempre y cuando este último fuera la parte agredida y no el agresor; en caso de un ataque contra Medina, ambos debían unir sus fuerzas para defenderla; la paz debía hacerse sólo después de consultas mutuas; Medina debía considerarse sagrada por parte de ambos grupos religiosos, prohibiéndose todo derramamiento de sangre dentro de sus confines; el Profeta debía actuar como el tribunal decisivo de apelación en caso de disputa.

Capítulo VI

LAS BATALLAS DEFENSIVAS

Después de establecerse en Medina, los musulmanes dejaron de ser molestados en la práctica de su religión. Se construyeron mezquitas y se llamaba libremente a los fieles a rezar; pero no por eso se debe imaginar que los enemigos del Islām dejaron de existir. Si bien los musulmanes gozaban de perfecta libertad religiosa dentro de los muros de Medina, aún ardía el escoldo malicioso en los corazones de La Meca. Siguió creciendo la hostilidad, tanto en intensidad como en envergadura. Cuando aquel pequeño había emigrado a Abisinia, se recordará que los quraish, demasiado celosos para dejar a esos musulmanes en paz en ese país, los persiguieron hasta la corte misma del negus a fin de tramar su destrucción. Ahora que el Profeta y sus seguidores vivían a salvo en Medina, donde avanzaban constantemente en poder e influencia, los quraish no podían permanecer inactivos.

'Abd Allāh ibn Ubayy, una personalidad importante de Medina, poseía enorme influencia en el pueblo. Antes de la inmigración del Profeta, el pueblo de Medina contemplaba la posibilidad de convertirlo en su señor. Naturalmente, cuando llegó el Profeta, 'Abd Allāh ibn Ubayy quedó eclipsado. Sintió el piquete de la envidia y tomó una actitud hostil frente a los musulmanes. Los quraish también lo incitaron a expulsarlos. Pero muchos de los miembros de su tribu ya habían adoptado el Islām, por lo que la resistencia abierta al Profeta podía llevar a una guerra civil entre los tribeños. Decepcionados con 'Abd Allāh ibn Ubayy, los quraish entonces empezaron a agitar a los pobladores de una faja de tierra entre La Meca y Medina. Como custodios de la Casa Sagrada de la Ka'bah, contaban con el respeto de todos los árabes y estaban en condi-

ciones de ejercer mucha influencia sobre las tribus. El éxito de la propaganda quraish entre los habitantes de la faja puso a los musulmanes nuevamente en guardia. Los rodeaban sus enemigos, y aun dentro de los muros de Medina corría una corriente oculta de oposición que había puesto en movimiento el mismo 'Abd Allāh ibn Ubayy. No obstante el pacto con los judíos, no se podía confiar en ellos. Por consiguiente, los musulmanes se sentían preocupados por su seguridad. Esperaban que, en cualquier momento, pudiera ocurrir un ataque desde afuera o una traición desde adentro.

Pequeños destacamentos de los quraish solían salir a merodear por la campiña, incluso hasta las afueras de Medina. Una de esas partidas robó camellos de las praderas de la ciudad. En realidad, desde la Emigración esperaban ansiosamente cualquier oportunidad para provocar problemas y extirpar el Islām con la espada. Habían hecho todos los preparativos para incursionar en Medina. La situación exigía máxima vigilancia por parte de los musulmanes. Se había recibido una revelación Divina que permitió desenterrar espadas para la defensa propia. Las palabras del *Qur'an* a este respecto son significativas y merecen la atención de los críticos que estigmatizan al Islām, a tiempo y a destiempo, como la religión de la espada. El Libro Santo dice: "El permiso (para combatir) se otorga a aquellos contra quienes se hace la guerra, porque están oprimidos" (22:39). Y en otra parte: "Y combatid en el camino de Allāh contra aquellos que combaten contra vosotros, pero no seáis agresivos" (2:190). Así que la guerra se ve limitada por dos condiciones. No deberá hacerse salvo en defensa propia, y deberá cesar tan pronto como haya pasado la necesidad de continuarla. Por mandato del *Qur'an*, por lo tanto, un musulmán no puede desempeñar el papel de agresor.

Medidas preventivas

A título de prevención, el Profeta se vio obligado a adoptar ciertas medidas. Precisó obtener información exacta sobre los planes y movimientos de los quraish. También requirió establecer relaciones amistosas con las diferentes tribus de beduinos que habitaban en las cercanías de Medina. Teniendo en cuenta esos objetivos, el Profeta despachaba pequeñas partidas de reconocimiento a fin de vigilar los movimientos del enemigo, así como de abordar a ciertas tribus para asegurar su neutralidad. Además, esperaba que tales medidas sirvieran para poner coto a los designios agresivos del enemigo. Así, éstos se darían cuenta que los musulmanes seguían en guardia, y lo pensarían dos veces antes de tomar un

paso funesto. También era posible que desistiesen comprometer el comercio con Siria, al que debían toda su prosperidad. Por estar situada Medina en la ruta del comercio entre La Meca y Siria, el rompimiento de relaciones con los musulmanes dejaría seriamente expuestas al peligro las caravanas de los quraish. Se esperaba que tal circunstancia resultara eficaz para contener las intenciones hostiles de éstos. Por esa razón, las partidas de vigilancia tenían estrictas órdenes de abstenerse de buscar choques.

Como consecuencia de las negociaciones referidas arriba, varias tribus vecinas hicieron acuerdos con los musulmanes, a pesar de que eran idólatras como los habitantes de La Meca. Hay que tomar en cuenta que dichos pactos tuvieron un carácter puramente defensivo. Por ejemplo, los términos de uno de ellos, que habla por sí mismo, dice así: "Éste es el escrito que Muḥammad envía a los Banū Hamzah. Las vidas y propiedades de éstos estarán a salvo. Si algún enemigo los ataca, los ayudarán los musulmanes, a menos que hagan la guerra contra el Islām. Asimismo, ellos acudirán a la ayuda del Profeta cuando a ella se les llame."

Sucedió que, aproximadamente a fines del mes de Jumādī II, en el año 2 después de la Hégira, se despachó una de aquellas partidas, encabezada por 'Abd Allāh ibn Jahsh. Se le dieron órdenes selladas, que giró el Profeta, con instrucciones de no abrir la envoltura sino hasta después de que hubieran pasado dos días. Cuando éstas se abrieron debidamente, tras dos días de marcha, se revelaron órdenes de que la partida debía proceder hasta un cierto lugar, Nakhlah, para allí reunir información acerca de los planes de los quraish. No pasaba de ser una medida preventiva para evitar que el enemigo cogiera a los musulmanes por sorpresa. No había ningún otro motivo posible, ninguna intención de un ataque contra La Meca, y que los musulmanes eran demasiado débiles para contemplar semejante maniobra. La tarea de proteger a la pequeña hermandad musulmana correspondía al Profeta y, como estrategia hábil, se daba cuenta de la importancia de tener vigilados los movimientos del enemigo.

Al llegar a Nakhlah, como la carta sellada mandaba, 'Abd Allāh ibn Jahsh se topó con unos comerciantes quraish que regresaban de Siria. Desobedeciendo las órdenes expresas del Profeta, los atacó, matando a uno de ellos, llamado 'Abd Allāh ibn Hadramī, y tomando dos prisioneros. Cuando el Profeta se enteró de los hechos, reprendió con severidad a 'Abd Allāh por haber soslayado sus órdenes. Los quraish, quienes habían buscado afanosamente un pretexto, obtuvieron así la oportunidad tan largamente esperada de desahogar su ira. Dadas las condiciones de la sociedad árabe de aquel entonces, podía atribuirse gran importancia a un asesinato

como el de ibn Hadramī. De hecho, tales incidentes eran cotidianos. En tales casos el procedimiento usual consistía en demandar indemnización por asesinato. Pero los quraish querían un pretexto que les permitiese incitar a la población en general contra los musulmanes, y el asesinato de ibn Hadramī se los proporcionó. Tardaron unos dos meses en hacer los preparativos y se lanzaron sobre Medina en el mes de Ramadān, en el segundo año de la Fuga. Así se produjo el choque que se conoce en la historia del Islām como la batalla de Badr.

La batalla de Badr

Por extraña coincidencia, una caravana mercantil quraish que conducía Abū Sufyān se encontraba, en esos mismos momentos, de regreso de Siria. Abū Sufyān envió a pedir a La Meca protección para la caravana. Ese hecho ha dado lugar a la conclusión injustificable de que los musulmanes pretendían acechar a la caravana, y que así se ocasionó la batalla de Badr. La idea carece totalmente de fundamento. Esa misma caravana había pasado por Medina en camino a Siria, sin percance alguno. Además, en todos sus intentos de incitar al pueblo a atacar, en todos sus preparativos, los jefes quraish nunca hablaron de la supuesta inseguridad de la caravana. El asesinato de ibn Hadramī fue el único incidente que aprovecharon para provocar un gran alboroto de venganza. Asimismo, la caravana, desviándose de la ruta normal para pasar a lo largo de la costa, había llegado a salvo a La Meca con anterioridad al choque entre los dos ejércitos en Badr. Por todo esto resulta absolutamente sin fundamento imputar tales motivos a los musulmanes. La ya prolongada sed de los quraish de aplastar el poder creciente del Islām, constituyó la única causa de la batalla. En realidad, los musulmanes se vieron forzados a participar en ella. El simple hecho de que la fuerza musulmana sólo ascendía a 313 combatientes, incluyendo niños, todos mal armados, demuestra que no pudo haber muchos deseos de batirse con un ejército de 1000 hombres bien equipados. El *Qur'ān* describe de la siguiente manera el estado mental de los que fueron llamados a ponerse de pie en defensa propia: "Un grupo de los creyentes ciertamente se oponían. . . como si fuesen llevados a la muerte" (8:5,6). Es decir, muchos lo tomaron como una desgracia, sintiéndose en las garras de la muerte. Por encima de esto, sin embargo, tenían que defender sus vidas. El Profeta citó a sus soldados y les explicó la situación, destacando el hecho de que no había más remedio que batirse con un antagonista resuelto a quitarles la existencia. Por

su parte, los Ayudantes se habían comprometido a defender al Profeta sólo dentro de los muros de Medina; pero ahora las circunstancias exigían que el enemigo fuera enfrentado antes de atacar la ciudad. Cuando el Profeta les preguntó cuál era su disposición, descubrió que estaban preparados para obedecer su voluntad y permanecer leales, viniera lo que viniese. Esa pequeña fuerza de musulmanes, reclutada a la carrera y mal pertrechada, con la confianza puesta en Allāh, se marchó por el camino a La Meca a parar la embestida de los quraish. Los hombres comprendían la inconveniencia de permitir que la violencia se desatara en torno a sus hogares en Medina. Llegando a Badr, que lleva el nombre de un pozo que hay en el lugar, se encontraron con que el ejército quraish ya estaba encantonado allí. Ellos hicieron lo mismo.

Numéricamente la fuerza musulmana representaba menos de un tercio de la de los quraish. Además, ésta se integraba de combatientes experimentados, mientras que los musulmanes habían alistado a jóvenes más bien inexpertos. En otras palabras, ya fuera en términos de número o de fuerza y habilidad, los musulmanes no se equiparaban con el enemigo. El Profeta se sintió muy angustiado por esa disparidad. Retirándose a una chocita que le habían improvisado, se dirigió a Dios con los ojos llorosos: "¡Oh Allāh! si tú permitieras que esta pequeña banda de creyentes peciera este día, no quedaría nadie sobre la tierra para venerarte y llevar Tu mensaje al mundo." Después de hacer plegarias especiales, emergió de la choza con un rostro sonriente y en voz alta recitó el verso coránico revelado muchos años antes: "Pronto serán derrotadas las huestes, y mostrarán (sus) espaldas" (54:45).

Los quraish estaban perfectamente armados. Acatando el mandato coránico, los musulmanes desistieron ir al ataque hasta que el enemigo hubiese dado el primer golpe. Por fin, tres de los paladines quraish se adelantaron y retaron a los musulmanes a enviarles igual número de duelistas. Se acostumbraba en las guerras árabes de esa época efectuar combates individuales antes de iniciar la batalla general. Aceptaron el reto tres musulmanes y sucedió que los tres héroes quraish fueron muertos en los duelos. Tras varios duelos individuales más, el combate se generalizó. El ejército quraish cayó sobre los musulmanes, pero éstos se mantuvieron firmes en su posición y los rechazaron. Luego se observó un fenómeno asombroso de la ayuda Divina. Casi todos los jefes quraish, cabecillas de la campaña mortífera contra el Islām, habían muerto en combate. Abū Jahl sufrió la muerte a manos de dos jóvenes Ayudantes. En conjunto, setenta del ejército agresor cayeron en el campo de batalla, Al ver caer a sus caudillos, los soldados de fila se confundieron y huyeron. Los musulmanes les dieron alcance y to-

maron aproximadamente setenta prisioneros. En el lado musulmán, las bajas ascendieron a sólo catorce.

Ayuda Divina para la causa musulmana

El conflicto de Badr representa un ejemplo pasmoso de la ayuda Divina, en un aspecto tal vez único en los anales de la guerra. A menudo sucede que un ejército de menor fuerza numérica, pero bien pertrechado, integrado por soldados valientes, muy disciplinados y adiestrados en el uso de las armas, derrota a huestes más grandes, que lo exceden mucho en número, pero sin contar con ventajas similares. Sin embargo, lo que hace singular la batalla de Badr es el hecho de que todas las formas de debilidad de un lado se opusieron a todas las formas de fuerza del otro. El ejército quraish tenía tres veces más hombres que el musulmán. La posición tomada por los quraish les resultó ventajosa. Sus filas incluían soldados de fama, para quienes la guerra constituía una profesión de toda la vida. Asimismo, sus pertrechos fueron más completos e iban bien protegidos con armaduras. Tenían una caballería de cien hombres, y setecientos más combatieron en camellos. ¿Y qué de la fuerza musulmana? En número, su fuerza ascendía a un tercio del ejército enemigo. En sus filas había muchos reclutas, Refugiados de edad madura y algunos Ayudantes de Medina, que no se equiparaban de ninguna manera con los belicosos soldados de La Meca. ¿Y cuáles eran sus efectivos a caballo y en camello? Pues no contaban más que con dos y setenta, respectivamente. En cuanto a pertrechos, no existía comparación. En ese aspecto, la total desventaja chocó con una fuerza arrolladora. Pero la mano Divina vino al socorro de los débiles, inspirándoles fuerza —si bien, no la fuerza de los números, del equipo o de las armas—, y la fuerza terrenal quedó derrotada. A este fenómeno se refiere el *Qur'ān* en el siguiente verso: “En efecto hubo una señal para vosotros en las dos huestes (que) se enfrentaron en batalla: un ejército combatía por Allāh y el otro era incrédulo . . . Y Allāh fortalece con Su ayuda a quien quiere. Hay en esto una lección para aquellos que tienen ojos” (3:12).

El tratamiento de los prisioneros de guerra

Los hombres capturados como prisioneros de guerra recibieron un tratamiento humano por parte de los musulmanes, lo cual impresionó a muchos de ellos por la nobleza del espíritu islámico.

Uno de los prisioneros, cuando posteriormente aceptó el Islām, recordaba con gratitud cómo lo trataron durante su cautiverio. Relataba que la familia encargada de vigilarlo le servía los mejores alimentos de su despensa, mientras que ellos se contentaban con dátiles y otros comestibles sencillos. No obstante que seguían las hostilidades, se repatriaba a los prisioneros de guerra a cambio de rescates. Los pobres sin recursos suficientes para pagar su rescate eran puestos en libertad. Cada uno de los que sabían leer y escribir tenía que alfabetizar a diez niños, considerándose esa labor el equivalente del rescate necesario para obtener su libertad. Esta renuncia a rescates, cuyo monto ascendía a 4000 dirhams por cabeza, a cambio de un labor de alfabetización, pone de relieve el valor que el Profeta daba a los estudios. Nunca trató severamente a los enemigos vencidos. Esa victoria había sido la primera oportunidad de los musulmanes de vengarse de los quraish, si hubieran deseado hacerlo, después de los largos y terribles sufrimientos que éstos les habían inflingido. Pero el trato que les dieron puede apreciarse perfectamente en el siguiente incidente. Uno de los cautivos tenía una capacidad extraordinaria de persuasión, dote que aprovechaba sin límite en La Meca para arengar contra el Islām. Fue llevado ante el Profeta, sugiriéndose que se le rompieran los dientes como castigo y para deshabilitarlo como agitador antagónico al Islām. El Profeta respondió así: "Si yo magullé su cuerpo, Dios magullará el mío."

En fin, la batalla de Badr propinó un golpe devastador al poder quraish, por un lado, mientras, por el otro, fortaleció las raíces del Islām. Produjo, asimismo, un efecto maravilloso en los judíos, así como en las tribus cercanas de beduinos. ¿Cómo lograron los musulmanes vencer tan numerosas huestes, pensaron, de no haber sido por la fuerza de la ayuda Divina? También se sorprendieron al ver cómo los peores y más peligrosos enemigos del Islām, hasta el último de ellos, habían sido derrotados y muertos. ¿No indicaba eso claramente que había obrado la mano Divina? Otro aspecto interesante de la batalla de Badr es que el Profeta había rezado a Dios con los ojos llenos de lágrimas en el lugar mismo del choque, en tanto que los quraish, antes de partir de La Meca, hicieron plegarias solemnes en la Ka'bah a fin de que Dios tuviese en bien conceder la victoria a quienes poseyeran la razón. Entonces, el desenlace de la lid manifestó, realmente, un juicio Divino contra el mal, mientras que el bien, con el apoyo Divino, triunfó. Los designios del enemigo quedaron frustrados, al tiempo que los musulmanes vieron en la destrucción de aquéllos el cumplimiento de promesas Divinas, dadas durante los últimos doce años, de que prevalecería la Verdad. A lo largo de ese prolongado período de

grandes privaciones y pruebas, recibieron el consuelo Divina de que toda oposición se vendría abajo y que el Islām emergía triunfante. Lo que en el fondo habían creído, ahora lo vieron convertido en realidad y, por supuesto, la virtud de la causa del Islām ya era manifiesta.

La batalla de Uhud

Para el orgullo quraish la ignominiosa derrota en Badr no podía quedar sin desquite. El pequeño y despreciable grupo de herejes mal preparados les había dado un golpe aplastante. La revancha por tanto, se convirtió en una palabra clave en toda La Meca. Ya que casi todos los jefes habían caído en Badr, Abū Sufyān se eligió el nuevo líder, y juró solemnemente vengarse de la desgracia sufrida en Badr. Por consenso se decidió dedicar las ganancias obtenidas por la caravana conducida por él desde Siria cuando la batalla, a la contemplada expedición de venganza. A doce meses de la derrota de Badr, se había levantado un ejército de 3000 soldados, incluidos doscientos de caballería y setecientos veteranos armados con cota de malla. También se permitió que las mujeres acompañaran a los militares para animar a éstos con sus canciones de guerra. En el año 3 después de la Hégira, ese ejército partió hacia Medina, acantonándose el jueves 9 de Shawwāl al pie de la colina Uhud, cinco kilómetros al norte de Medina. Se posesionaron de los apacentaderos de Medina, arrancaron los abundantes cultivos para que sirvieran de forraje a sus caballos y soltaron a los camellos a que pacieran en los campos y los devastaran.

El Profeta convoca un consejo de guerra

Al día siguiente, viernes 10 de Shawwāl, el Profeta hizo llamar a sus compañeros para discutir un plan de acción. Acostumbraba consultar a sus amigos antes de poner en marcha cualquier empresa importante. Les narró algunas de sus visiones. En una de ellas había visto que la punta de su espada estaba rota, lo que se interpretó como un presagio de una herida que él mismo recibiría. En otra se había armado con cota de malla, visión que se tomó como señal de que debían permanecer dentro de los muros de Medina. Otra visión más, en la cual observó una matanza de vacas, se entendió como el daño que sufrirían sus seguidores. Fundándose en esas visiones, el profeta consideró que no debían salir al encuentro del enemigo en combate abierto, sino permanecer dentro

de las murallas de Medina y, desde allí, rechazar sus asedios. Sus acompañantes de edad y juicio maduro coincidieron con él en esa estrategia. Hasta 'Abd Allāh ibn Ubayy, quien había aceptado hipócritamente el Islām a raíz de la batalla de Badr, sostuvo el mismo punto de vista. Pero la mayoría, consistente principalmente en jóvenes calenturientos, favorecían batirse abiertamente con el enemigo. Según argüían, al permanecer dentro de las murallas, darían la impresión de debilidad y harían más osado al enemigo. Además, dijeron, les hería la dignidad mirar complacientemente mientras sus campos quedaban arrasados. Por diferencia a la opinión mayoritaria, el Profeta accedió a su plan y, poniéndose su armadura, salió de Medina al atardecer a la cabeza de un ejército de 1000 hombres, de los cuales sólo dos iban a caballo y cien llevaban amradura.

Pasaron la noche a poca distancia de la ciudad, reanudando la marcha al amanecer. Al avistar al enemigo, 'Abd Allāh ibn Ubbay desertó con los trescientos efectivos a su mando, con lo cual la fuerza musulmana quedó reducida a sólo setecientos hombres, que habrían de batirse con cuatro veces más adversarios. Los integrantes no sabían, de ningún modo, hacer la guerra. Su única fuente de fuerza consistía en su entusiasmo por defender la Verdad. Ese celo había inculcado, incluso en los corazones de los ancianos, el vigor y el ánimo de la juventud. Lo mismo sucedió en el caso de los menores de edad.

Se dice que un muchacho, rehusado por los reclutadores por su corta edad, se puso de puntas para aparentar mayor estatura. Su ahínco le ganó un lugar en las filas.

Otro adolescente insitió en alistarse, afirmando que podía vencer a un contrincante en una lucha libre y así demostrar que tenía derecho a ello. Le dieron la oportunidad de intentar tirar a alguien al suelo y, cuando lo logró, él también fue reclutado. Luego, un hombre viejo tomó un paso adelante. "Yo, Oh Profeta de Allāh," suplicó, "ya estoy al borde de la tumba. ¡Cuál no sería mi gloria si mi vida finalizara al dar un golpe en defensa del Apóstol de Allāh!" Así se reclutaron los setecientos combatientes, cuyo fervor por su amada causa compensaba con creces su falta de robustez y adiestramiento. Avanzando hacia el encuentro con los tres mil guerreros quraish, el Profeta, como un verdadero estratega, ocupó una posición ventajosa en el campo de batalla, con las rocas protectoras de Uhud en su retaguardia, y personalmente desplegó a sus tropas en filas. Aun así, por un lado había una apertura a través de las rocas por donde el enemigo podía caer sobre sus hombres desde la retaguardia. Por consiguiente, apostó a cincuenta arqueros sobre una cima a la salida del boquete, con órde-

nes estrictas de no abandonar sus puestos por motivo alguno, independientemente de las vicisitudes del día.

En el campamento del ejército quraish, además de las mujeres destinadas a reforzar los ánimos marciales de sus guerreros, también había un monje cristiano, Abū 'Amir, cuyo papel era similar. Había radicado en Medina, donde se le veneraba mucho por su vida devota y abstemia. Pero cuando el Profeta llegó a Medina, tan cálido fue el acogimiento que le dieron los Ayudantes que Abū 'Amir no soportó verlo y, hastiado, se mudó a La Meca. Su presencia en las filas quraish, jactaba, en sí bastaría para intimidar a los habitantes de Medina, que sin duda desertarían a los Refugiados musulmanes. Ahora, al maniobrar los dos ejércitos en el campo para ponerse frente a frente, las mujeres se colocaron ante las filas quraish y usaron todas sus mañas para excitar el brío de los soldados. Entonces, se presentó Abū 'Amir, recordando a los Ayudantes quién era. Lo recibieron con desprecio, sin embargo, y se vio obligado a retirarse.

Los quraish derrotados y perseguidos

Después de una serie de duelos, en los cuales Hamzah mató a Talhah, el abanderado quraish, la pelea se generalizó. Los musulmanes cayeron con furia sobre el enemigo. Abū Dujānah, un famoso atleta, y Hamzah realizaron prodigios de valentía. Al recorrer rápidamente el campo encarando la muerte por todos lados, extendieron la confusión entre las filas de La Meca. Por fin cayó Hamzah, atravesado por la jabalina de un esclavo negro, Wahshī, contratado por Hindah, esposa de Abū Sufyān, con ese preciso propósito. Pero los musulmanes continuaron con tenacidad su ofensiva. Derribarón a siete abanderados, uno tras otro, hasta que el pánico total se apoderó del enemigo. Por fin, emprendieron la fuga, con los musulmanes persiguiéndolos de cerca. En ese momento, los musulmanes estuvieron a punto de obtener nuevamente una victoria gloriosa sobre los de La Meca. Pero un solo acto de indiferencia al deber por parte de los arqueros musulmanes apostados en el sitio donde se había previsto un ataque sorpresa, les hizo perder su ventaja. Viendo que el ejército de La Meca emprendía la fuga, los arqueros pidieron permiso a su comandante de unirse al resto del ejército en la persecución. Desoyendo su negativa, abandonaron su posición, que el Profeta les había ordenado ocupar hasta el final. Sólo 'Abd Allāh ibn Jubair y unos cuantos más se mantuvieron en sus puestos.

El ataque de Khālid desde la retaguardia

Khālid, quien encabezaba la caballería quraish y vigilaba astutamente el movimiento en la situación general, percibió el punto débil y ya casi sin defensores. Sin perder tiempo viró hacia la retaguardia musulmana al frente de sus doscientos hombres y, barriendo a los pocos arqueros que cubrían el boquete, se echó sobre el ejército musulmán en un momento que éste había perdido cohesión y regularidad en sus filas debido a la furiosa persecución. Al ver a Khālid cerrando su ataque, la tropa quraish detuvo su fuga y volvió sobre sus pasos, quedando el puñado de musulmanes, entonces, cercados por los dos lados. La superioridad numérica del enemigo los hubiera aplastado definitivamente si el Profeta no hubiese tomado con anterioridad una precaución táctica. Como general previsor que era, cuando desplegó su ejército en orden de batalla, tuvo el cuidado de prever un revés, y puso a la montaña en la retaguardia como un baluarte en caso de desastre.

La acción audaz del Profeta

Cuando los musulmanes se alejaron en persecución del enemigo, el Profeta se quedó atrás con Ṭalhah y Sa'd. Tan pronto vio a Khālid avanzar y apoderarse de la posición desertada por los arqueros, se dio cuenta del peligro extremo en que se encontraba el ejército musulmán. Dadas las circunstancias, tenía dos opciones: o tratar de salvarse a sí mismo buscando un escondite, dejando a sus amigos a su suerte; o exponer su persona llamando a su gente para guiarla fuera del peligro, Tomó la segunda. Observando su apuro, les gritó a todo pulmón: "Reúnanse conmigo, soy el Mensajero de Allāh." Cuando los alcanzó la voz del Profeta, voltearon sus rostros hacia él y se abrieron paso a espada por las filas enemigas. Pero aunque el grito atrajo a los musulmanes hasta donde él estaba, también señaló al enemigo su paradero. Al instante se convirtió en el blanco del ataque quraish. Pero sus acompañantes, leales en cuerpo y alma, formaron un círculo de hierro en torno a él, y fueron cayendo uno a uno. Mientras tanto, Mus'ab ibn 'Umair, que se parecía físicamente al Profeta, fue muerto. Cundió como fuego la versión de que habían matado al Profeta. Esto alimentó aún más el horror en las filas ya confusas de los musulmanes. Uno de ellos se abrumó al punto de ya no poder esgrimir su espada. Otro, Anas ibn Nadar, se asombró al ver a su compañero así de pasmado; éste le dijo que no tenía por qué seguir luchando si el Profeta había muerto. Y Anas interpuso: "¿Entonces, de qué

sirve la vida, si el Profeta ha dejado de estar entre nosotros? Vamos a pelear por la causa por la que él luchó.”

Los musulmanes se reaniman

Levantándose el ánimo los unos a los otros, los acompañantes penetraron en las filas enemigas para rescatar a su amado Conductor. Para entonces éste estaba herido de gravedad y había caído al suelo. Sus devotos amigos lo protegieron formando un muro humano alrededor de su cuerpo. El enemigo se arrojó con todas sus fuerzas sobre ese núcleo, pero el cerco de soldados musulmanes resultó invulnerable. Cada vez que caía uno de ellos, instantáneamente otro llenaba la abertura con fiereza. Recuperándose de su aturdimiento inicial, los musulmanes nuevamente cerraron sus filas y otra vez resistieron al enemigo en buena pelea, devolviendo cada golpe que recibían. Además, a esas alturas se habían retirado a una posición imposible de tomar por asalto. Los quraish hicieron su mayor esfuerzo, repitiendo sus ataques, pero en cada ocasión se les rechazaba. Con eso, perdieron toda esperanza de poder acabar con los musulmanes que, ya reanimados, presentaban un frente monolítico. Los flechazos de Abū Talḥa el afamado arquero, seguían cayendo como una lluvia mortífera sobre el enemigo, rompiéndosele tres arcos en ese proceso. Disparando todas las flechas que encontró en la aljaba del Profeta, Sa'd hizo estragos en la fuerza enemiga. Además, ésta se encontraba más expuesta que nunca a las flechas y piedras lanzadas por todos los musulmanes desde su ventajosa posición. Sucedió, entonces, que, en parte por la buena puntería musulmana desde la altura de su posición y en parte por el arrojo temerario que los quraish observaron en los musulmanes, se ordenó una retirada inmediata.

Las atrocidades de los quraish

Frustrado por su fracaso al tratar de destruir a los musulmanes, los quraish dieron salida a su delirio de venganza en el campo donde yacían los muertos. Con éstos, los quraish se entregaron a la barbarie y mutilaron los cadáveres. Hindah arrancó el hígado de Ḥamzah y lo mascó; con sus intestinos formó una guirnalda, coronándose con ellos. Entonces, Abū Sufyān gritó a los musulmanes a lo lejos: “¿Se encuentra Muḥammad entre vosotros?” El Profeta prohibió una respuesta. Luego, el primero llamó otra vez: “¿Está Abū Bakr allá con vosotros?” Y añadió: “Ellos están muer-

tos, porque si estuvieran vivos, me habrían contestado." 'Umar ya no pudo contenerse y le respondió: "¡Oh tú, enemigo de Allāh! Todos están vivos todavía, para llevarte la desgracia." Luego Abū Sufyān les gritó: "¡Gloria a *Hubal!*" Con eso, el Profeta instó a 'Umar a contestarle: "Allāh es el más Alto y el más Poderoso." Mientras la cuestión no fuera personal, al Profeta no le importaban los desvaríos de Abū Sufyān, prefiriendo ignorarlos en lugar de responder. Pero cuando se trataba del honor de Allāh, no podía callar. Por respeto a Su exaltado nombre, tuvo necesidad de dar a Abū Sufyān una réplica digna. Nuevamente, éste voceó: "'Uzzā es nuestro, 'Uzzā no es vuestro." A instancia del Profeta, 'Umar le respondió otra vez: "Allāh es nuestro Protector; no hay protector para vosotros." No obstante todo lo sucedido, el Profeta tenía el corazón colmado de tierna misericordia hasta para el enemigo. Cuando se le suplicó que rezara por la destrucción de los quraish, imploró con toda humildad a Allāh: "¡Oh Allāh! Perdona a mi pueblo, porque no saben."

Algunos de los musulmanes, al verse separados de los demás durante la confusión que se apoderó de las filas musulmanas tras el ataque imprevisto de Khālid, no pudieron reunirse con el grueso del ejército y abandonaron el campo con la impresión falaz de que habían sido derrotados. Pero sus esposas, al saber que sus hombres habían dejado al Profeta en el campo de batalla, arrojaron polvo en sus rostros. Un gran número de mujeres se dirigieron inmediatamente al lugar, todas averiguando si el Profeta se encontraba bien. Eso les preocupaba más que la suerte de sus propios parientes y amigos. Se dice que al informarse de la muerte de su padre, una mujer Ayudante simplemente recitó el verso correspondiente del *Qur'ān*: "Ciertamente somos de Allāh y a Él regresaremos" (2:156); y seguidamente preguntó con ansiedad si estaba a salvo el Profeta. Se le dijo, sin embargo, que su hermano también había caído en combate. Repitió el verso, pero volvió a insistir en su preocupación por la suerte del Profeta. Pero luego se le dio la noticia más penosa, que habían matado a su esposo. Con un profundo suspiro, repitió el verso, y al decirsele que sí, el Profeta estaba a salvo, su desconsuelo desapareció por completo. Y cuando lo vio con sus propios ojos, exclamó con tremendo alivio: "Ahora que te encuentro vivo, las calamidades parecen pequeñas." Con esa misma noble resignación, todas las demás mujeres soportaron la pérdida de sus familiares muertos y mutilados. Algunas, por ejemplo 'Ā'ishah, se habían unido al ejército en el campo de batalla, donde, en lo más reñido del combate, dieron de beber a los heridos y los curaron.

Tras la retirada de los musulmanes al abrigo de la montaña, Me-

dina quedaba totalmente expuesta. Pero Abū Sufyān y sus huestes no se animaron a sitiarla ni a continuar su guerra hasta el desenlace final. Rápidamente se dirigieron hacia La Meca, marchando algunos kilómetros ese mismo día. En el camino se preguntaron si realmente podían considerar que había obtenido una victoria. No tenían un botín de guerra con qué congratularse, ni un solo prisionero de guerra. ¿Era eso una victoria? El ejército musulmán aún dominaba el campo de batalla. ¿Era eso una victoria? Ellos no habían podido saquear Medina, no obstante su situación indefensa. ¿Era eso un triunfo? Tales fueron las diferentes ideas que se les ocurrieron. Se propusieron que lo mejor sería volver y forzar un desenlace, pero no lograban evocar el entusiasmo necesario. Mientras vacilaban, les llegaron noticias de que el Profeta venía, con su ejército, pisándoles los talones. El valor de los musulmanes en esa nueva hazaña se comenta en el *Qur'an* como algo loable (3:153). No obstante los muchos problemas y aflicciones, dice, cuando el Profeta pidió a sus maltrechos hombres que emprendieran la persecución del enemigo, respondieron con brío. Al día siguiente salieron tras el enemigo, casi dándole alcance en Ḥamrā' al-Asad, a trece kilómetros de Medina. Pero Abū Sufyān, considerando que más le valía ser discreto que valiente, se había marchado de allí con su ejército tan pronto como supo que venían en camino los musulmanes.

Uḥud no fue una derrota para los musulmanes

Los hechos históricos echan abajo la idea de que los musulmanes sufrieron una derrota en la batalla de Uḥud. Aunque es cierto que tuvieron fuertes bajas, también es verdad que los quraish se vieron obligados a retirarse sin haber triunfado. ¿Acaso en los anales de la historia se conoce una instancia de victoria en que los vencidos se posesionaran del campo de lucha, mientras que el ejército vencedor se marchara a casa sin tomar a un solo prisionero; en que la tropa caída resolviera ir a la casa de los victoriosos al día siguiente, apenas unas horas después de la batalla, y en que los victoriosos, al saber que les perseguían los vencidos, huyeran? Incuestionablemente, los musulmanes atravesaron por una grave crisis en esa batalla. El Profeta mismo fue herido seriamente, e incluso se creyó que lo habían matado, rumor que dio lugar a la suposición de que el Islām había llegado inexorablemente a su fin. Pero todo eso debía suceder en vida del Profeta para que sirviera como fuente de esperanza y ánimo a las futuras generaciones de musulmanes si, en tiempos de sufrimiento y desaliento, se aco-

bardaban. El enemigo puede congratularse por lo que parece ser el derrumbe del Islām, pero el corazón musulmán debe permanecer tranquilo. Toda calamidad, por grande que sea, tiene que resultar ser, en realidad, el disfraz de su triunfo.

Cabe también agregar que la batalla de Uḥud tuvo el efecto de inquietar sobremanera a las tribus árabes en general. Las movió a confrontarse abiertamente con el Islām. Se convencieron de que los quraish deseaban destruir la Fe, porque de no haber sido así no habrían invertido sus energías y riquezas en tan grande expedición.

Seguros de la resolución quraish, la malicia de estas tribus, hasta entonces callada, empezó a manifestarse. Esos árabes pensaron que la causa musulmana estaba perdida y que ellos no debían quedarse atrás en tener una parte del honor de rematarla. En todas partes de la península había tribus que se aprestaban para hacer la guerra contra los musulmanes.

Por su parte, no cabe duda que la misión exclusiva del Profeta era la cultura moral y espiritual del pueblo. Sin embargo, ese grandioso objetivo no podía realizarse sino mediante el pequeño y noble grupo que él había preparado para tal fin. Ahora peligraba que la existencia misma de los que habían sido destinados a dedicarse a la purificación espiritual, ¿no correspondía al Profeta tomar todas las medidas necesarias para salvaguardar a esas personas? El interés del ideal que se había propuesto exigía una acción firme. Además, el Profeta era el líder de la comunidad y, como tal, cargaba con la responsabilidad de su bienestar o desdicha. Su posición de conductor hacia obligatorio el cuidado de los intereses de su gente. También en este aspecto es un ejemplo a seguir para todos los que gobiernan los destinos de los demás. Como quedó demostrado por ese modelo perfecto para la humanidad, el conductor de hombres no debe asumir el poder por los privilegios agradables que le proporciona sino, por el contrario, debe atender las responsabilidades fastidiosas que acarrea su autoridad. Por el bien de todos le corresponde encontrar los medios para defender a su pueblo de las agresiones y adoptar medidas que aseguren su bienestar. Si el Profeta no hubiera asentado ningún otro hecho meritorio y brillante, esa grandiosa proeza le habría dado derecho a ocupar un lugar singular en la historia de la humanidad. Vio que sus seguidores se veían acechados por todos lados por enemigos letales. En todo momento peligraban sus vidas. Gracias a su previsión y abnegación, los sacó de todos sus apuros y los capacitó para ganar los laureles de la victoria. La consolidación de una nación se incluye entre las grandes hazañas de la historia humana, y el éxito obtenido por el Profeta en crear una nación poderosa frente a

obstáculos descomunales no tiene parangón en las crónicas sobre la creación de las naciones.

La inseguridad de los musulmanes

Como resultado de la batalla de Uḥud, la comunidad judía de Medina desconoció su convenio y conspiró con los quraish para perjudicar a los musulmanes. Al mismo tiempo, los hipócritas se volvieron más hostiles. Se esmeraban en hostigar a los fieles a como diera lugar. Las tribus de la región también resolvieron dar el golpe de gracia al Islām, seguras de que éste se acercaba al momento de su desaparición. No quedaba ningún remanso donde estuviesen a salvo los musulmanes, ni dentro ni fuera de Medina. Todos los días se recibía información de algún inminente ataque, ora desde un lado, ora desde otro. La zozobra era tal que los musulmanes portaban sus armas en sus actividades cotidianas. Según nos relatan las crónicas, no se apartaban de ellas al acostarse por la noche. Por fin las tensiones agotaron su paciencia y revelaron sus sentimientos al Profeta, jurándole que no podían continuar así. Él los consoló y animó al asegurarles que pronto amanecerían en paz. Él mismo compartía con ellos la tirantez que ocasionaban los constantes amagos de esos momentos, y debía actuar oportunamente para anular las posibilidades de ataque del enemigo. Hubo una madrugada en que los habitantes de la ciudad oyeron gritos estridentes y se temió que se tratara de una incursión enemiga. Los musulmanes se lanzaron en tropel a las calles y se movilizaron para rechazar el ataque. Pero, para su asombro, vieron al Profeta regresando, en una cabalgadura sin silla, de un reconocimiento en las afueras de la ciudad. No existía peligro alguno, les informó, ni por qué temer. Así les quedó patente que no sólo era un conductor sagaz, sino también un soldado que desafiaba los peligros.

Pero Medina seguía peligrando y los musulmanes tenían que estar constantemente en guardia. Se tomaban todas las precauciones a fin de que fuera destruida en su origen la menor amenaza. Si en alguna parte se sospechaba que se hacían preparativos para un ataque contra Medina, en el acto se despachaba a ese punto un destacamento para abortar la movilización. Gracias a tal estrategia se pudo evitar el estallido de una guerra terrible. Los críticos antagonicos acusan al Islām de hacer proselitismo a punta de espada, argumento que contradice los sucesos reales. La conversión nunca se imponía a espada. En ninguna parte de las crónicas de la época se cita una instancia de conversiones como el fruto de

expediciones bélicas. En materia de la propagación de la religión, el Profeta asignaba a predicadores preparados expresamente con ese fin. Tales maestros, que habían aprendido de memoria el *Qur'an*, solían difundir la luz del Islām entre las tribus árabes. A veces ocurría que grupos pérfidos invitaban a esos maestros con el pretexto de querer ser instruidos sobre las enseñanzas del Islām y, al tenerlos en su poder, los asesinaban sin remordimiento alguno. Uno de aquellos actos de barbarie tuvo lugar en Bi'r Ma'ūnah, en el mes de Safar del año 4 después de la Hégira. El jefe de las tribus Banū 'Amir y Banū Sulaim, llamado Abū Barā', se presentó ante el Profeta con obsequios para pedirle que asignara a varios maestros con el objeto de que le enseñaran el Islām a su gente quienes, esperaba, aceptarían el Mensaje. El Profeta no acogió los regalos, explicando que temía ser traicionado por la población de Najd. Pero cuando Abū Barā' asumió la responsabilidad personal de dar seguridad de los misioneros, asintió y envió con él setenta maestros selectos. Al llegar al paraje llamado Bi'r Ma'ūnah, el grupo se vio rodeado por un ejército. Todos los emisarios del mensaje Divino fueron muertos a cuchillo, con la sola excepción de 'Amr Umayyah, quien logró escabullirse para contar el desgarrador suceso al acongojado Profeta.

Se nos informa, asimismo, de otra tragedia similar que acaeció en el paraje denominado Raji'. Varias tribus de los alrededores avisaron al Profeta de su conversión al Islām y de su necesidad de recibir instrucción en él. Cuando el Profeta envió a diez predicadores, éstos sufrieron una suerte semejante a la del grupo citado con anterioridad. Opusieron cierta resistencia, pero ocho quedaron muertos en la lucha y los otros dos, Khubaib y Zaid, se rindieron tras la promesa de los traidores de ponerlos en libertad. Éstos no cumplieron con su palabra de honor, sin embargo, y vendieron a los dos como esclavos en La Meca. Allí, Khubaib fue asesinado por sus amos, de la tribu Hārith, pero fuera del *Haram*, la zona sagrada de la Arabia, incluso la preislámica, donde se prohibía toda forma de violencia. Antes de su ejecución el esclavo rezó y dijo estas palabras: "Aunque me matan por ser musulmán, no me importa dónde caigo por amor a Allāh. Todo esto está en el camino de Allāh. Que derrame sus bendiciones sobre los miembros mutilados de mi cuerpo, si así Le place."

En cuanto a Zaid, su compra por parte de Safwān ibn Umayyah obedeció al mismo propósito de matarlo. Atestiguaron su ejecución tanto Abū Sufyān como los demás jefes quraish. Cuando se desenvainó la espada para decapitarle, Abū Sufyān le hizo un ofrecimiento tentador: "¿Deseas," dijo, "que te perdonemos la vida a cambio de la vida de Muḥammad?" ¿Con qué nobleza y digni-

dad contestó Zaid en ésa, la hora de su verdad! "Mi vida no es nada comparada con la del Profeta. No me agradaría verle sufrir tan siquiera una espinadura, aunque ello me salvara la vida." He aquí un ejemplo típico del afecto incondicional que sentían por el Profeta sus acompañantes.

La matanza de inocentes maestros musulmanes por las tribus árabes causó al Profeta una crisis personal de acongojamiento. Podía seguir resistiendo todos los hostigamientos dirigidos contra él, pero ya no la tortura y muerte de sus seguidores. Ellos habían aceptado la Verdad y habían compartido los peligros con él, se habían entregado con alegría al camino de Dios, y de esa manera habían ganado la exaltación ante el Señor. En ese estado hizo plegarias al Todopoderoso, pidiendo que los culpables de esos crímenes fueran castigados. De acuerdo con la ley de ojo por ojo de los hombres, los jefes merecían recibir las mismas torturas que ellos habían infligido; pero el Profeta, encontrándose así de apesumbrado, se limitó a suplicar a Dios que Él hiciera justicia. Sin embargo, el Creador lo había enviado para perdonar a toda la humanidad (21:107). Dios censuró a Muḥammad por su dureza al invocar la ira Divina, aun tratándose de criminales tan despiadados. Su destino era, por el contrario, encarnar la misericordia universal, sin hacer distinciones entre amigos y enemigos. Esta Revelación Divina se expresó así: "No es cosa tuya si Él se vuelve hacia ellos (con misericordia) o los castiga; ciertamente son los que obran mal" (3:127). Apenas recibida esa censura Divina, el Profeta abandonó su mala voluntad por los traidores que habían asesinado a sangre fría a los inofensivos predicadores.

Para no abundar en todas las miserias de esta historia, basta señalar que toda Arabia ardía con rencor contra el Islām. Tanto los judíos y los idólatras como los hipócritas se afanaban por aniquilar al Islām. Si no hubiera sido por la supresión oportuna de cada confabulación incipiente por parte del Profeta, los musulmanes no habrían podido continuar ni un día más en Medina. Por eso, y dadas las circunstancias generales, para los musulmanes sólo había una política práctica: separar a las fuerzas enemigas antes de que éstas se unieran y se consolidaran lo suficiente para poder aplastar al Islām. La situación exigía una política activa. No podían quedarse sentados, viendo complacientes la unión de las huestes enemigas hasta que alcanzaran una superioridad invencible. Obviamente, esto hubiera significado la extinción completa y segura del Islām. Obligados por las circunstancias, su instinto de preservación los obligó a tomar al toro por los cuernos. De las pequeñas escaramuzas que tuvieron lugar en esta etapa, una se conoce como la batalla de Badr Ṣuḡhrā (Badr Menor) o Badr

Ākhirah (Segundo Badr). Al retirarse de la pelea de Uhud, los quraish habían gritado a los musulmanes, el reto de probar su suerte en Badr otra vez al año siguiente. Llegada la fecha, los musulmanes se marcharon a Badr pero, al no presentarse los quraish, regresaron apaciblemente a casa después de vender en la feria anual de Badr algunas mercancías. La batalla de Dūmat al-Jandal y Dhāt al-Riqā', en el año 5 después de la Hégira, y las "batallas" de Banā Lihyān y de Dhū Qarad, en el 6 después de la Hégira, fueron todas de esa naturaleza. Cada vez que la inteligencia musulmana se enteraba de preparativos bélicos del enemigo, se enviaban tropas a dispersar a las fuerzas correspondientes inmediatamente o, en algunos casos, después de escaramuzas menores.

La batalla de Muraisī'

Entre las numerosas escaramuzas adicionales puede mencionarse la llamada batalla de Muraisī' o Banū Mustaliq, que aconteció en el año 5 después de la Hégira. Los Banū Mustaliq eran de los khuzā'ah, tribu fuertemente aliada con los quraish. Habitaban un paraje denominado Muraisī', a nueve días de Medina. Su jeque, Hārith ibn Abī Dirār, montó un ataque contra Medina, posiblemente a instancia de los quraish. La información al respecto se presentó al Profeta, quien la encontró correcta. Mandó dispersar las fuerzas de Hārith. Éste huyó con su ejército, pero los habitantes de Muraisī' se batieron con los musulmanes y fueron derrotados. Cayeron en manos de los musulmanes seiscientos prisioneros, incluyendo a Juwairiyah, la hija de Harith. El Profeta pagó el rescate de Juwairiyah con dinero propio y, a petición de ésta, se casó con ella. En consecuencia, se puso en libertad a los seiscientos prisioneros de los Banū Mūstaliq sin exigir rescates.

'Ā'isha calumniada

En el viaje de regreso de Muraisī' sucedió que 'Ā'ishah, la esposa más joven del Profeta, se quedó atrás accidentalmente en el tramo final del camino. Cuando el ejército partió, ella había salido a buscar un collar que acababa de perder y su camellero se encaminó sin darse cuenta que la dama no iba sentada en el *howda* arriba de su animal. Cuando 'Ā'ishah volvió, no quedaba nadie. Como ya era de noche, se sentó, pensando que cuando su camellero descubriera su error, regresaría por ella. Safwān ibn Mu'attal, mientras tanto, tenía órdenes de vigilar la retaguardia para asegurarse

de que nadie se quedara atrás, Amanecía cuando avistó a 'Ā'ishah y, acomodándola en su camello, dio alcance al ejército a medio día. Los hipócritas, como siempre buscando la manera de perjudicar la causa islámica, aprovecharon el incidente para calumniar a la noble mujer. 'Abd Allā ibn Ubayy fue el autor principal de los rumores. El Santo Profeta hizo indagar los hechos, sin encontrar motivo alguno para dudar de la castidad de 'Ā'ishah. Además, recibió una Revelación Divina que estableció su inocencia (24:11-20). No es nada extraño que el Profeta haya recibido una Revelación de este tipo. El Sagrado *Qur'ān* ya había absuelto a otra mujer virtuosa, María, la madre de Jesús, de una acusación de los judíos, a quienes denunció "por haber pronunciado una grave calumnia en contra de María" (4:15,6).

La batalla de Ahzāb

Mientras que el Profeta se ocupaba de frustrar la movilización de las tribus árabes para evitar una guerra a gran escala, los quraish preparaban otra campaña contra Medina. Los clanes judíos, ya expulsados de Medina y radicados en Khaibar, también se aliaron con ellos frente al Islām. Y, debido a la incitación judía, los beduinos en torno a La Meca también se adhirieron a la alianza antiislámica. Así, se combinaron los quraish, judíos y beduinos para lanzar el golpe definitivo contra el Islām. Se estima que en el quinto año después de la Fuga, ese ejército contaba con entre diez y veinticuatro mil efectivos. Hasta las tribus judías que aún permanecían en Medina desertaron en el último momento para pasarse con los atacantes. Calculadas en términos humanos, eran pocas las posibilidades de que los musulmanes sobrevivieran la embestida de esas arrolladoras huestes.

La inteligencia militar enteró al Profeta de ese ataque de magnitud sin precedente, y éste se reunió con sus consejeros para escuchar opiniones sobre cómo encarar la situación. Uno de los extremos de la ciudad contaba con una barrera natural de rocas escarpadas, mientras que, por otro, daban protección los muros de piedra de las casas, todas unidas ininterrumpidamente para formar una plaza muy fuerte. Sólo uno de los lados estaba expuesto al ataque, y Salmán, un musulmán persa, sugirió que ahí se construyeran defensas consistentes en una zanja ancha y profunda. De inmediato se inició la obra de cavar la zanja. El Profeta asignó el trabajo a varios equipos de diez hombres cada uno, participando él mismo como un obrero más. Cubiertos de tierra y polvo, los acompañantes cantaban a coro los siguientes versos: "¡Oh

Allāh! De no haber sido por Tu misericordia, no habríamos tenido Quien nos guiara. No habríamos dado limosnas, ni habríamos rezado. Envíanos la tranquilidad, y dirige nuestros pasos en la batalla, porque se oponen a nosotros y desean pervertirnos a la fuerza, pero rehusamos." Las palabras finales, "pero rehusamos", forman el estribillo de la canción, y se repitieron una y otra vez. Al mismo tiempo, el Profeta invocó las bendiciones de Dios para los Refugiados y los Ayudantes con estas palabras: "¡Oh Allāh! No hay más felicidad que la felicidad del Más Allá; ¡Oh Allāh! ten compasión de los Refugiados y los Ayudantes."

El Profeta tiene una visión de un gran futuro

La historia escrita no registra ningún otro personaje que tuviera tanto poder espiritual como civil sobre una nación, y que, además, trabajara como un obrero ordinario, laborando con sus compañeros hombro a hombro en una crisis grave de alcance nacional. El Profeta se distinguía por dar brillo a todo lo que emprendía. En cualquier situación que se le pusiera, desempeñaba su trabajo con maravillosa gracia. El más varonil de los reyes, era a la vez el más regio de los varones. En el transcurso de las ya mencionadas excavaciones, los equipos toparon con una roca dura. A pesar de todos sus esfuerzos, no podían romperla. Por lo tanto, pidieron al Profeta, quien había señalado los límites con sus propias manos, permitir una pequeña desviación del plan original. Pero él recogió un zapapico y se puso a trabajar en donde los demás no habían logrado nada. Bajando al fondo de la zanja, golpeó con fuerza la piedra, que así cedió, emitiendo a la vez un chispazo. Con ello, gritó mientras sus compañeros le hacían coro: "Allāh-u-Akbar" (Dios es Grande), y dijo haber visto en el chispazo que se le concederían las llaves del palacio del rey sirio. Al segundo golpazo, la piedra se partió y soltó otro chispazo. Una vez más todos exclamaron con él "Dios es Grande", y el Profeta observó que había recibido las llaves del reino persa. En el tercer intento, la piedra se hizo añicos, y el Profeta anunció que había visto que pasaban a su posesión las llaves del Yemen. Luego explicó que en la primera ocasión vio el palacio del César; en la segunda, el de Cosroes de Persia; y en la tercera, el de Šan'ā, y que se le había informado que sus seguidores tomarían posesión de todos esos países. ¡Qué fenómeno! Medina estaba rodeada de un inmenso ejército de 24,000 hombres decididos a arrasar con el Islām; toda Arabia tenía sed de sangre musulmana; y, en medio de ese panorama gris, el ojo del Profeta percibió un lejano rayo del futuro poder del Islām. ¿No fue eso algo

que pasa más allá de cualquier esfuerzo de la imaginación humana? ¿Quién sino el Dios Omnisciente puede revelar semejantes misterios del futuro en un trance, cuando el Islām mismo se veía amenazado con la destrucción total?

Fue una hora de horror para los musulmanes cuando las huestes confederadas cayeron sobre Medina. Temblaron hasta los cimientos de la ciudad. El *Qur'ān* describe con las siguientes palabras la angustia y la perplejidad del momento: "Cuando cayeron sobre vosotros por arriba y por abajo, y cuando los ojos se opacaron y los corazones subieron a las gargantas, y vosotros comenzasteis a tener pensamientos diversos acerca de Allāh. Ahí se probó a los creyentes y fueron sacudidos con una severa sacudida" (33:10-11).

No obstante la aparente escena de miedo y terror, los corazones de los verdaderos musulmanes pudieron percibir que se cumplía lo prometido por Dios y Su Mensajero. Sus pensamientos se exponen en el *Qur'ān* de la siguiente manera: "Y cuando los creyentes vieron a los aliados, dijeron: Esto es lo que Allāh y Su Mensajero nos prometieron, y Allāh y su Mensajero hablaron la verdad. Y eso solamente aumentó su fe y sumisión" (33:22).

No obstante su desigualdad ante el enorme ejército empeñado en su destrucción y sus propios temores, los musulmanes se dieron cuenta que éste era el intento final y desesperado de un enemigo moribundo. Ahora se destrozaría de una vez por todas el poder del enemigo y comenzaría la era dichosa del triunfo del Islām.

Como una precaución contra incursiones de fuera, o deslealtad judía desde adentro, se llevaron a las mujeres y a los niños a plazas fuertes. El sitio aliado de la ciudad duró aproximadamente un mes, periodo durante el cual los musulmanes, incluyendo el Profeta, padecieron hambre. Pasaron días sin comer, y ataron piedras a sus estómagos para mitigar los dolores. Pero su espíritu no se domado un ápice. Un día el Profeta sugirió que se librasen de la tribu de los Ghatafān ofreciéndoles un tercio del producto agrícola de Medina. Esa deserción reduciría en mucho la fuerza del enemigo. Pero los musulmanes, aunque hambrientos y sumamente agotados por el prolongado sitio y su constante vigilancia, consideraron que les era denigrante admitir semejante humillación. Los Ayudantes que, como propietarios de las tierras, serían los más directamente afectados por el trato, dijeron que nunca habían subvencionado a los Ghatafān en tiempos preislámicos y que no se inclinarian ante ellos ahora, especialmente por estar en juego el honor del Islām. Viniera lo que viniese, pelearían hasta el último hombre.

Los confederados desbandados

Los judíos y los hipócritas de Medina esperaban con ansia el ataque desde fuera como la oportunidad para sublevarse. Mientras tanto, pusieron a prueba a los musulmanes en duelos, pero éstos los mantuvieron a raya. 'Amr ibn Wudd, un famoso héroe árabe que, se decía, era igual a mil, encontró la muerte frente a 'Alī. Por fin, los quraish montaron un ataque general con todas sus fuerzas, pero no pudieron avanzar más allá de la zanja. Sus flechas y piedras, sin embargo, llegaban en descargas cerradas, y de no haber sido por la firmeza disciplinada de los musulmanes, el enemigo habría triunfado. La inflexibilidad musulmana al cabo se coronó con el éxito. Los 24.000 adversarios no lograron abrirse paso a través de sus defensas. Agotados ya, se hastiaron del asedio, además de que les quedaban pocos víveres. Para colmo de sus males, llegó un vendaval, y derribando sus tiendas y volcando sus cacerolas. El *Qur'an* se refiere a ese suceso con estas palabras: "Así que Nosotros enviamos un fuerte viento contra ellos y huestes que no visteis" (33:9). El viento realizó lo que los musulmanes no pudieron hacer a pulso de las armas. Al verse asediados por la naturaleza misma, los quraish y sus aliados se acobardaron. Entendieron ese viento como un signo del mal agüero. Culminó su desaliento y, esa noche, abandonaron el lugar sigilosamente. Para gran alegría y gratitud de los musulmanes, al amanecer no se avistaba ningún enemigo en los alrededores. ¿Se debió a algo que no fuera la mano Divina, aquello que se abrió detrás de los acontecimientos visibles y que frustró el intento de un ejército muy superior de aniquilar a unos cuantos musulmanes, así como las maquinaciones traidoras de los judíos y los hipócritas?

De esta manera, en el fracaso y el espanto total concluyó la expedición más poderosa y mejor organizada contra el Islām.

Relaciones con los judíos

Como ya se comentó, los judíos constituían un sector acaudalado de la población de Medina. El comercio y la usura los habían hecho ricos. Los Aus y los Khazraj generalmente obtenían préstamos con ellos. En materia de educación y de casi todo lo demás, los judíos llevaban la delantera a sus vecinos.

Cuando el Profeta llegó a Medina, los judíos hicieron un convenio con los musulmanes. Pero el constante avance del Islām encendió la chispa de la envidia en sus corazones. Conservando secretamente su contacto con los hipócritas, crearon muchas difi-

cultades para los musulmanes. Tampoco perdonaron al Profeta, de quien hablaban con palabras insolentes y despreciativas. Ingenuaron varios planes destinados a estropear la causa del Islām. Algunos de ellos abrazaron la fe con el único propósito de sacar de la grey a muchos más.

Lo que sólo era envidia al principio se convirtió, con el tiempo, en verdadera enemistad. También se hacían insinuaciones libremente contra las mujeres musulmanas en versos obscenos. En relación a esto, un incidente en una calle de Medina tuvo como resultado el asesinato de un judío y un musulmán y, posteriormente, una confrontación entre las dos comunidades. La tribu judía de los Banū Qainuqā, que originaron el problema, advirtieron a los musulmanes tomar en cuenta que no eran como los quraish y que los harían escarmentar. Con eso rompieron el convenio y, resueltos ya a solucionar el problema con una guerra contra los musulmanes, se retiraron a sus bases fortificadas. También los musulmanes se vieron obligados a movilizarse y sitiaron las posiciones judías. En el décimoquinto día del asedio, los judíos ofrecieron rendirse y aceptar el castigo que el Profeta eligiera imponerles por su incumplimiento del pacto. Se les obligó a salir de Medina, lo que hicieron, estableciéndose luego en Siria. Esto aconteció aproximadamente un mes después de la batalla de Badr.

Otra tribu judía, los Banū Nadir, a pesar de que tenían un acuerdo con los musulmanes, negociaron clandestinamente con los quraish desde el principio. Con anterioridad a la batalla de Badr, los quraish les habían pedido por escrito que asesinaran al Profeta. En una ocasión convidaron a éste a reunirse con ellos e intentaron matarlo. Antes tales actos de deslealtad judía, el Profeta no podía permitir que un elemento tan peligroso permaneciera en el corazón mismo de Medina. De modo que se les dio a elegir entre convivir pacíficamente con los musulmanes o establecerse en otra parte. Por su parte, los Banū Quraizah, que hasta entonces no habían abusado gravemente de la confianza del Islām, prorrogaron con gusto su acuerdo. Pero los Banū Nadir, empeñados en sus injurias, se negaron a hacer lo mismo. Inmediatamente se enemistaron con el Islām. 'Abd Allāh ibn Ubayy, además, se comprometió a ayudarlos, lo cual fortaleció su oposición. Hay que tener en cuenta que, en esos momentos, el Islām atravesaba por una etapa muy crítica. Era el período de la batalla de Uḥud, cuando los enemigos de muchas partes del país se habían movilizado para dar el remate militar a la Fe. Pendía sobre los musulmanes un ataque desde fuera, pero una sublevación interna, ya inminente, representaba un peligro aún mayor. Informarse oportunamente equivale a armarse oportunamente. Esto podía ponerse en práctica en el caso

de la amenaza externa, que daba a los musulmanes tiempo para movilizar su defensa; pero un estallido imprevisto dentro de Medina misma significaría un golpe certero al corazón del Islām. Por sus buenas relaciones con el enemigo, el rechazo de los Banū Nadir de llegar a un nuevo convenio representó, de hecho, una declaración de guerra. Por añadidura, ya habían atentado contra la vida del Profeta. No había alternativa, entonces, excepto tratarles como enemigos confesos. Se puso cerco a sus plazas fuertes y luego se levantó a condición de que los Banū Nadir abandonaran la ciudad. Algunos de ellos se fueron a Khaibar para establecerse allí. Esto sucedió en el cuarto año de la Fuga.

Los Banū Nadir desempeñaron un papel importante en lo relacionado con la batalla de Aḥzāb. Además de agitar a las tribus quraish, visitaban los campamentos de los beduinos en el desierto para incitarlos a guerrear contra el Islām. También hicieron cambiar la actitud de los Banū Quraizah, quienes hasta entonces se habían llevado en forma amistosa con los musulmanes. Al principio no querían tener nada que ver con una guerra antiislámica, pero se les aseguró que los musulmanes estaban perdidos de antemano. No tenían posibilidad alguna, se les decía, de resistir el poderío conjunto de las nutridas huestes que, en esos mismos momentos, brotaban en toda Arabia para finiquitar al Islām. Ya era hora, se subrayó, que se decidieran o apoyar a los musulmanes o aliarse con los confederados. Los Banū Quraizah quedaron, entonces, persuadidos de la conveniencia de su adhesión a las demás tribus antiislámicas. Desacataron el acuerdo al aliarse con los confederados, comprometiéndose a respaldarlos en el siguiente choque armado: la batalla de Aḥzab. La alianza secreta no quedó simplemente en la palabra, pues los Banū Quraizah participaron directamente en la batalla. La referencia correspondiente en el *Qur'ān* reza así: "Aquellos del Pueblo del Libro que los respaldaron (a los confederados). . ." (33:26). En la historia también consta su participación en ese choque. Además, proyectaron atentar contra las mujeres musulmanas. A esa hora los musulmanes peligraban en extremo. Con 24,000 enemigos a punto de franquear la zanja defensiva de Medina, y con los hipócritas agrediendo desde el interior de la ciudad, la traición de los Banū Quraizah aumentó enormemente los apuros de los musulmanes. Por eso, cuando éstos triunfaron en la batalla de Aḥzab, decidieron castigar a los desleales como medida preventiva contra futuras traiciones. Tras recibir un asedio en sus plazas fuertes, los Banū Quraizah desistieron en su resistencia y se rindieron. Esto sucedió en el quinto año de la Fuga.

Los vencidos escogieron a Sa'd ibn Mu'adh, anteriormente su

aliado, como el árbitro que determinaría cuál sanción merecían. Si hubieran optado por dejar el fallo al Profeta, lo más probable es que habrían recibido el mismo trato que sus tribus hermanas, los Banū Qainuqā' y los Banū Nadir; en el peor de los casos, habrían sido exiliados. Pero Sa'd, el árbitro de su propia selección, consideró aborrecible su traición en la hora culminante de peligro para los musulmanes. El peso de su ofensa, creyó él, ameritaba un escarmiento ejemplar, sin el cual en el futuro los acuerdos solemnes no tendrían más valor para los contratantes que una despreciable hoja de papel. Concluyó, entonces, que la pena justa no debía ser de ninguna manera menor que la prescrita en su propia Escritura, el Antiguo Testamento, que sobre esta cuestión dicta así: "Y cuando el Señor tu Dios, la entregare en tu mano pasarás a cuchillo a todos sus varones; pero las mujeres, los niños y los ganados, con todo lo que se halle dentro de la ciudad, todo su botín lo tomarás para ti, y comerás de los despojos de tus enemigos, que el Señor, tu Dios, ha entregado en tus manos" (Deut. 20:13, 14)

Así, por veredicto de Sa'd, y acorde con la ley mosaica, los trescientos miembros varoniles de los Banū Quraizah recibieron la sentencia de muerte, las mujeres y los niños quedaron en cautiverio y se confiscaron sus propiedades. Por cruel que parezca el escarmiento, fue exactamente el fallo que los judíos mismos solían dar a sus enemigos vencidos, conforme a la ley de su Libro. Aun en la civilización actual, el nefando crimen de traición de los Banū Quraizah se penaría, en tales circunstancias, con semejante severidad. ¿Se debe criticar al Profeta si el juez que ellos seleccionaron los sancionó con estricto apego a la ley sagrada de los judíos? La objeción contra la crueldad de ese castigo es una objeción contra la ley mosaica. En realidad, esa objeción es una censura inconsciente de esa ley, así como el reconocimiento de que una ley más humana debería reemplazarla. Sobre este punto, una comparación con la ley islámica pondrá en claro que el Islām instaló una justicia tierna, benévola y compasiva.

La conquista de Khaibar

Cronológicamente, la batalla de Khaibar es posterior a la tregua de Hudaibiyah, en el séptimo año de la Huída, pero, ya que tiene que ver con las relaciones islámico-judías, resulta más propio tratarla aquí. A raíz de su destierro de Medina, el grueso de los Banū Nadir, especialmente de sus jefes, se estableció en Khaibar, la plaza fuerte de los judíos en Arabia, distante unos 320 kilómetros de Medina. Allí, los judíos contaban con un gobierno independiente y

habían construido un baluarte impresionante. A su llegada, los Banū Nadīr esparcieron entre los demás la semilla de su enemistad hacia el Islām. Para efectos de la batalla de Ahzāb, incitaron contra el Islām a los habitantes de La Meca, la tribu de Ghatafān y los beduinos, además de conseguir la cooperación de los Banū Qurayzah. Con el fracaso de la expedición de Ahzāb, el poder musulmán se arraigó firmemente en Medina. Sin embargo, no por eso dejó de crecer la malicia judía. Negociaron en secreto con 'Abd Allāh ibn Ubayy, el cabecilla de los hipócritas, quien les aseguró que aún podían destruir el poder del Islām. En el año 6 después de la Hégira, La Meca prohibió al Profeta participar en la peregrinación, y éste se vio obligado a hacer una tregua con ellos con unas condiciones bastante humillantes. Así, los judíos de Khaibar se convencieron más todavía de que el poder musulmán se agotaba, por lo que nacieron en ellos nuevas esperanzas de poder lograr la destrucción del Islām. Nuevamente conspiraron con la tribu de Ghatafān con miras a enviar otra expedición contra Medina. Informes al respecto llegaron hasta El Profeta, quien, tras verificarlos, hizo que 1,600 hombres avanzaran sobre Khaibar. A mitad del camino entre Khaibar y Ghatafān se encontraba un paraje denominado Rajī'. Por razones estratégicas éste fue el mejor lugar para poner una base que cortara la comunicación entre las otras dos poblaciones. Así, se descontó la posibilidad de ayuda por parte de Ghatafān. Los habitantes de ahí conscientes de sus culpas, sabían que serían atacados, y volvieron su atención sobre sí mismos. Mientras tanto, los musulmanes pensaron que los judíos de Khaibar se rendirían en vez de resistir. Pero al acercarse a esa ciudad hallaron que los preparativos judíos preveían una lucha decidida. Se trabó combate y los musulmanes invadieron varias plazas fuertes. Empero, una de éstas, Qamūs, muy fuertemente construida y guarnecida, se sostuvo durante veinte días, hasta que 'Alī encabezó un fiero asalto y al tomó. Al rendirse, los judíos suplicaron que se les permitiera continuar en posesión de sus tierras a cambio del pago de un tributo equivalente a la mitad del producto agrícola. Se accedió a la petición, si bien el Profeta sabía que no desistirían en sus intrigas.

Apenas concluido el acuerdo, los cabecillas judíos atentaron contra la vida del Profeta. Zainab, la esposa de Hārith, un jefe judío que murió en el combate, fue incitada a convidar al Profeta y a envenenarlo durante la comida. Por la Divina Providencia, sin embargo, el Profeta estaba a punto de ingerir un bocado cuando, sospechando una traición, detuvo su mano. Pero uno de sus compañeros, Bishr ibn Barā, comió y murió envenenado. Desleales e intrigantes como eran, los judíos no apreciaban el trato generoso

que les habían dado los musulmanes. Con él no pudo ser extinguido el fuego de enemistad que llevaban en sus corazones. Demostraron ser una fuente inagotable de provocación, siempre maquinando cómo injuriar a los musulmanes. Sus agresiones persistieron hasta la época del califato de 'Umar. En cierta ocasión arrojaron al hijo de 'Umar, 'Abd Allāh, desde la azotea de una casa. Cuando resultaron inútiles todos sus esfuerzos conciliatorios, 'Umar resolvió exiliarlos a Siria.

El Profeta, sin embargo, trató a los judíos de Khaibar con misericordia. Hizo todo al alcance de su poder para apaciguarlos. Su intento de envenenarlo hubiera justificado medidas más drásticas contra el grueso de la población. Pero anhelaba ver a todos unidos en un vínculo de amistad con los musulmanes, razón por la que los dejó impunes. Sólo la persona directamente responsable del crimen, Zainab, recibió la pena capital, y exclusivamente por haber asesinado a Bishr. Los conspiradores —y, de hecho, todos los judíos que estuvieron involucrados en el atentado—, quedaron en libertad. Su merecido era la muerte, pero el Profeta esperaba que el perdón cambiara su actitud.

Tomó otra medida más para granjearse su amistad. Entre los prisioneros de los musulmanes figuraba Şafiyah, la hija de su jefe. El Profeta la puso en libertad y, como gesto fraternal a la tribu Khaibar, contrajo matrimonio con ella. Se cuenta que con la conquista de Khaibar los musulmanes se hicieron de tesoros fabulosos. Tales relatos no son, empero, más que imaginarios, cuyo valor puede medirse si se toma en cuenta que, para el banquete de bodas con Şafiyah, el Profeta no tenía los medios para poder convidar a sus amigos. A éstos les pidió llevar sus propios alimentos, y con esos platillos se festejó la boda. Lo único que se sirvió a los convidados fueron dátiles y cebada molida. Ésta fue la manera sencilla en que se celebraron las nupcias de un monarca triunfante con una princesa.

Capítulo VII

LA TREGUA DE ẖUDAIBIYAH

“Ciertamente te hemos concedido una clara victoria, para que Allāh pueda cubrir para ti tus (supuestas) faltas del pasado y las que vendrán, y complete Su favor hacia ti y te guíe por un sendero correcto, y para que Allā te pueda ayudar con una ayuda poderosa” (48:1-3).

La batalla de Ahzāb demostró el hecho de que el Islām contaba con el apoyo de la mano Divina. Los quraish pusieron todo su empeño en dos lides consecutivas, las de Badr y Uḥud, pero poco pudieron hacer para perjudicar al Islām. Asimismo, las diferentes tribus de beduinos se esforzaron afanosamente, sin lograr mover al Islām de su posición. Finalmente, los quraish, beduinos, hipócritas y judíos, enemigos de afuera y de adentro, se unieron en un asedio conjunto, pero con los mismos resultados negativos. Esa fue la campaña final, y en adelante el enemigo nunca se animó a lanzarse contra Medina. Éstos constituyen los hechos históricos que aceptan por igual amigos y adversarios; sin embargo, se acusa al Islām de deber su expansión al uso de la espada. De acuerdo con los hechos registrados en las páginas de la historia, no obstante, ocurrió exactamente lo contrario. En verdad, el Islām se esparció no por la espada sino a pesar de la espada. Ninguna otra religión ha exhibido tanto temple. La espada se esgrimió contra la Fe desde todos lados pero, en vez de destruirla, la ayudó, por decirlo así, a engrandecerse. Se montaron contra Medina tres ataques sucesivos de creciente fuerza a fin de acabar con la religión musul-

mana, pero ¿con qué resultado? ¿De alguna manera eso restó al Islām su poder? Por el contrario, en cada confrontación sucesiva creció considerablemente el número de efectivos musulmanes que entraba en la acción. En Badr el ejército musulmán constaba de apenas 300, número que se elevó a 700 un año más tarde en Uḥud y, por último, a 2,000 en Aḥzāb. En otras palabras, se registró un crecimiento gradual en el poder del Islām conforme aumentó la furia de los ataques. Mientras más fuerza se aplicó para anodarlo, más se consolidó. Día a día continuó prosperando, sin que hubiera tormenta capaz de desarraigarlo, ni viento abrasante que pudiera marchitarlo. Lo apoyó la mano Divina.

A cerca de un año de la batalla de Aḥzāb, el Profeta vio en una visión que él y sus compañeros hacían la peregrinación a la Ka'bah. Se pensaba que los quraish y los beduinos, que se habían empeñado con fuerza en contra del Islām por fin estaban convencidos de su indestructibilidad inherente. También se creía que podían impresionarse con su Verdad y que no ofrecerían resistencia a la peregrinación musulmana a La Meca. Después de todo, peregrinar a la Ka'bah era un privilegio que no se negaba ni a enemigos acérrimos de los jefes de La Meca. De modo que los quraish no tendrían por qué poner barreras a los musulmanes. En consecuencia, en el año 6 después de la Hégira, el Profeta y unos 1,400 compañeros emprendieron un *'umrah** con destino a La Meca. Como precaución contra las malas interpretaciones, se prohibió portar armas. Se esperaba alejar así los temores de los quraish, asegurándolos de las intenciones pacíficas de los musulmanes. Aunque éstos llevaban en sus personas espadas envainadas, en aquella época tal arma formaba parte integral del vestido cotidiano, en toda situación. Juntando a la usanza de entonces sus animales de sacrificio, se pusieron en marcha rumbo a La Meca. Al aproximarse a la ciudad supieron con oportuna antelación que los quraish, armados, pretendían pararlos. Budail, jefe de la tribu de Khuẓā'ah, un hombre no musulmán que, no obstante, simpatizaba con el Islām, llevó esa información al Profeta, quien hizo que regresara a decir a los quraish que los musulmanes venían como peregrinos y no a pelear. También se les propuso una tregua formal. En espera de una respuesta, los musulmanes hicieron un alto en Hudaibiyah, a un día de camino de La Meca.

Budail transmitió el mensaje a los quraish, cuyos miembros más experimentados y sabios favorecieron negociar la tregua.

* La duración de la peregrinación es sólo del 8 al 10 del mes de Dhu-l-Hijjah. Una visita a la Ka'bah, acompañada por algunas de las ceremonias de la peregrinación, apropiadas para otra ocasión, se denomina *'umrah*, o una peregrinación menor, literalmente, *una visita*. En este caso se trataba solamente de un *'umrah*.

Después de todo, la oposición quraish había resultado inútil y el Islām permanecía ileso. Por otra parte, un pacto de paz les permitiría reanudar el intercambio comercial con Siria, aún suspendido debido a la lucha contra los musulmanes, que tenían bloqueada la ruta. Se decidió, entonces, enviar a un plenipotenciario, 'Urwah, a discutir con los musulmanes los términos de una posible tregua. En el transcurso de las pláticas, éste comentó que el Profeta no debía confiar en sus seguidores, ya que, si él sufriese una calamidad, ellos se esfumarían. Abū Bakr se enfureció, increpándole bruscamente. Las negociaciones fueron un fiasco, pero 'Urwah se llevó una impresión de la gran estima que los musulmanes tenían por el Profeta. Informó lo siguiente a los quraish: "He asistido tanto a la corte del César como a la de Cosroes, pero nunca he visto una devoción semejante a la que se le tiene a Muḥammad."

Bai'at al-Ridwān

Seguidamente, el Profeta envió un emisario suyo ante los quraish, pero éstos maltrataron al hombre y mataron a su camello. Un destacamento armado quraish salió a tomar por sorpresa a los musulmanes, pero ellos mismos fueron apresados. Sin embargo, los musulmanes los pusieron en libertad como un gesto de paz. Finalmente se nombró a 'Uthmān negociar con los quraish quienes, no obstante, lo detuvieron y lo encarcelaron. Se rumoró que luego lo mataron, reforzándose así que los quraish aún estaban empeñados en una solución militar. Dentro del campamento de los musulmanes la situación se mostraba alarmante, en vista de que éstos no iban bien armados y constituían una fuerza numéricamente inferior. En efecto, los quraish parecían tener todas las ventajas. ¡Pero qué fe más firme en la protección Divina! Fallidas todas las negociaciones y ante un enemigo decidido a derramar sangre, no correspondía a los musulmanes echarse atrás. Una vez más, el Profeta pidió a sus compañeros comprometerse, ante esta nueva crisis, en defender su fe hasta la muerte, de ser necesario. El juramento se hizo bajo la sombra de un árbol cercano, pasando a la historia del Islām con el nombre de *Bai'at al-Ridwān*. Éste representó un acto de abnegación completa al servicio de la Verdad, así como un suceso de buen agüero en la causa del Islām.

Los términos de la tregua

La decisión de los musulmanes de defender su Fe, hizo que los quraish fueran realistas. Por experiencia sabían lo que significaba la resolución musulmana. Ciertamente, los musulmanes carecían de buenas armas y de filas nutridas mas los quraish presentían el desastre que les esperaba si trababan combate contra ellos. Con ese desencanto de la vía de la fuerza, comisionaron la reanudación de las negociaciones a Suhail ibn 'Amr. Se redactó una tregua que preveía un período de paz de diez años, de acuerdo con las siguientes cláusulas: (i) en ese primer año, los musulmanes regresarían sin hacer la peregrinación; (ii) en el siguiente año podían hacerla, pero sin permanecer en La Meca más de tres días; (iii) no se llevarían a ningún musulmán residente en La Meca y, por otra parte, no podrían prohibir que alguno de los suyos se quedara en La Meca si así lo deseara; (iv) toda persona de La Meca que se internara en Medina, debía ser entregada a las autoridades de La Meca por los musulmanes; pero si un musulmán de Medina volvía a adherirse a los de La Meca, éstos no lo debían devolver a los musulmanes; (v) las tribus árabes estaban en libertad de aliarse con la parte que eligieran.

Al redactar el acuerdo, 'Alī, quien actuó como escribano, lo abrió con las palabras "Bism-i-Allāh al-Raḥmān al-Raḥīm", esto es, en el nombre de Allāh, el Benéfico, el Misericordioso. Suhail objetó el uso de ese inicio musulmán en el documento, e insistió en la frase tradicional árabe, es decir, en Tu nombre, Oh Dios (*Bism-i-Allāhumma*). El Profeta aprobó eso. Más adelante, Suhail protestó otra vez por las palabras: "Éste es un acuerdo entre Muḥammad, el Mensajero de Allāh, y los quraish." "Si nosotros reconociéramos que tú eres el Mensajero de Dios," replicó, "¿qué sentido tendría este derramamiento de sangre?" Pero 'Alī dijo que no suprimiría las palabras "el Mensajero de Dios" con su propia mano. El Profeta, empero, no dio importancia alguna a un pormenor tan insignificante. Pidió que le indicaran dónde se encontraban las palabras en disputa y, después de tacharlas, dictó las palabras "Muhammad, hijo de 'Abd Allāh" en sustitución de las anteriores.

Las condiciones de la tregua disgustaron extremadamente a los musulmanes pero, por respeto a la voluntad del Profeta, callaron. Mientras tanto, Abū Jandal, el hijo de Suhail, hizo acto de presencia. Había aceptado el Islām en La Meca, donde los quraish lo torturaron por ese motivo. Por fin logró eludir a sus perseguidores y ahora se hallaba en el campamento de los musulmanes, donde esperaba, por supuesto, una cálida acogida. Mostró las cicatrices de su tormento a los musulmanes. El Profeta se conmovió y trató de

arreglar que Abū Jandal fuera la excepción de la cuarta cláusula del acuerdo; pero se vio obligado a ceder ante la inexorabilidad de Suhail. Tan sacudidos se sintieron los demás musulmanes por el desdichado predicamento de Abū Jandal, que les pareció abominable que fuera a encontrarse otra vez en la boca del león. ‘Umar, con desbordante emoción, habló por sus compañeros en protesta ante el Profeta. “¿No eres el verdadero Mensajero de Allāh?” le consultó; ¿no es la nuestra una causa justa?” Al recibir una respuesta afirmativa, arguyó: “¿Entonces, por qué debemos sufrir tanta humillación en materia de la Fe?” El Profeta le aseguró que sus actos obedecían a los mandatos de Allāh. ‘Umar le replicó diciendo: “¿Acaso no nos indicaste que íbamos a hacer la peregrinación?” “Pero nunca les dije”, respondió el Profeta,” que la haríamos este mismo año.” ‘Umar había discutido el asunto de la misma manera con Abū Bakr, y éste le dio una respuesta similar, en el sentido de que el Profeta hacía todo por la voluntad de Dios.

En fin, los musulmanes, a pesar de su pena por Abū Jandal, no pudieron hacer nada. El Profeta observó que esto representaba una prueba crucial de la palabra de honor de los musulmanes, y que precisaba respetar el acuerdo a toda costa. También dijo como consuelo a Abū Jandal que, sin duda, Dios le señalaría un camino.

De regreso a Medina, el Profeta recibió la Revelación Divina: “Ciertamente te hemos concedido una clara victoria. . .” (48:1). Lo que para los musulmanes era una paz ignominiosa, a los ojos de Dios era una verdadera victoria. Inmediatamente el Profeta mandó llamar a ‘Umar para darle las buenas nuevas. Éste temió, porque había discutido agriamente con el Profeta sobre las condiciones de paz y pensó que quizás lo llamaba para reprenderlo. Sin embargo, cuando se le contó la Revelación, su miedo se convirtió en alegría. ¿Acaso se refería, preguntó al Profeta, a la tregua de Hudaibiyah? Y, al oír que sí, también él y otros musulmanes creyeron que, efectivamente, era una victoria. Hasta ese momento todo el mundo se había sentido molesto por los términos de la tregua; pero de pronto el capítulo coránico *al-Fath* (la victoria) era su tema. ¿Acaso con esto revelaban los musulmanes una excesiva credulidad? No, porque su experiencia los había convencido de la verdad de la Revelación Divina. Hasta entonces, la historia del Islām había estado llena de situaciones como ésta.

Que la tregua de Hudaibiyah también resultó ser un triunfo del Islām se comprobó año y medio más tarde, cuando el Profeta volvió a La Meca con 10,000 camaradas, comparados con los 1,400 que lo escoltaron en ocasión de la tregua. ¿Cómo se puede explicar este notable aumento en el número de musulmanes? El hecho

es que, hasta el pacto de paz, el continuo estado de guerra entre los musulmanes y los no musulmanes había creado un infranqueable abismo entre una y otra banda. La mala voluntad general contra el Islām impedía a los árabes un roce normal con los musulmanes. Ahora, por primera vez desde el inicio del movimiento islámico, y gracias a la tregua de Hudaibiyah, se tendió un puente sobre ese abismo. Por primera vez los no musulmanes podían ponderar con calma las virtudes inherentes de esa religión. Llegaron a darse cuenta que quienes recibían la influencia moral del Profeta alcanzaban niveles superiores de bienestar. Es muy humano que la gente subestime los valores de quienes considera sus enemigos. Como los árabes habían estado enfrascados hasta entonces en la supresión del Islām, no habían podido valorar sus enseñanzas. Ya quitada la barrera de esa lucha, y reanudada la libre asociación con los musulmanes, pudieron observar de cerca la moral y el comportamiento de éstos. Se esfumaron totalmente las impresiones falsas que habían tenido del Profeta debido a las hostilidades. Llegaron a comprender por experiencia propia, contrariamente a lo que habían supuesto, que él ni favorecía cortar los vínculos sanguíneos ni era buscapleitos. Por fin descubrieron su naturaleza noble y la belleza de su moral. Y, por esa misma razón, se dieron cuenta que habían sido engañados, porque el carácter del Profeta superaba inmensurablemente las descripciones anteriores. Impresionada con sus ideales sublimes y con la pureza de sus seguidores, la gente se volcó a la hermandad del Islām.

El cumplimiento de la Promesa Divina

Fue en esta forma que se cumplió la Revelación Divina recibida por el Profeta a su regreso de Hudaibiyah y que reza así: "Para que Allāh pueda cumplir para ti tus (supuestas) faltas del pasado y las que vendrán. . ." (48:2). Cayeron por su propio peso las imputaciones que se le habían hecho sobre sus "faltas", lo que puso una vez más al descubierto su personalidad gloriosa con toda la riqueza de su belleza. Las palabras "faltas. . . que vendrán" contienen una promesa que sería cumplida en el futuro. Según esta parte de la profecía, cualquier denuncia futura contra él no se toleraría, sino que también caería. Para apreciar la verdad de esta porción del verso, sólo hay que observar los cambios en la actitud de Europa con respecto al Profeta. La fea caricatura que hasta recientemente se hacía de su carácter, ya fuera por mala interpretación o por tergiversación deliberada, se está transformando marcadamente. Con cada día que pasa, Europa se da mayor cuenta de

la nobleza y pureza del carácter. Tarde o temprano, como presagia el *Qur'an*, se reconocerá universalmente la verdad sublime de la vida del Profeta. Ha llegado el momento en que el contacto más íntimo con el mundo musulmán permitirá que Europa se desilusione de los conceptos falsos acerca del Islām; en que los europeos puedan ver, al igual que los enemigos del Islām de hace trece siglos, que el hermoso rostro del Islām está libre de los estigmas con que la ignorancia y el prejuicio lo han desfigurado. Europa podrá darse cuenta, al buscar en las tinieblas la luz que no encuentra en la religión cristiana, que la salvación se halla en el mismo Islām que durante todo este tiempo ha pintado en los tonos más grises. Son extraños los caminos de Dios, y no hay que extrañarse de que la historia del Islām se repita. Quienes se empeñen en su destrucción podrán caer como víctimas de su fuerza moral, como sucedió a raíz de la tregua de ̤udaibiyah. El poder de Dios podrá algún día volver a manifestarse y lo que aparenta ser, según todos los cálculos humanos, la derrota final del Islām, podrá ser, en realidad, su triunfo.

El amor por la paz del Profeta

La aceptación por parte del Profeta de las condiciones tan duras de la tregua, tenía una finalidad Divina definida. El acuerdo demuestra elocuentemente que, para él, la guerra era aborrecible. Hasta entonces, los musulmanes siempre habían tenido la ventaja en los varios conflictos con los quraish. Ni una sola vez fueron derrotados, no obstante la fuerza combinada de las diferentes tribus. Consideraron que las condiciones de paz denigraban su fe, e insistieron en anularlas, porque habían jurado luchar hasta el último hombre para reivindicar el honor del Islām. Pero, a pesar de eso, ante la menor disposición del enemigo de hacer la paz, el Profeta la acogía con los brazos abiertos. Aunque los musulmanes estaban invictos, los términos de la tregua parecían darles un trato para vencidos; pero el Profeta los aceptó. ¿Puede ser tal actitud la de un hombre empeñado en dominar a los demás, como se alega? Por el contrario, ¿no demuestra difinitivamente que el Profeta amaba la paz? También el *Qur'an* manifiesta esa actitud donde dice: "Y si se inclinan (los enemigos) hacia la paz, inclínate tú también hacia ella. . ." (8:61).

El triste predicamento de los conversos de La Meca

Pero, ¿cuáles fueron, en fin, las consecuencias de esa tregua aparentemente tan humillante? ¿Contuvo la conversión en La Meca? Humanamente hablando, debió haber tenido ese efecto. La tregua refleja el desamparo de los musulmanes en ese momento. Anteriormente, los conversos habían podido contar con la ayuda de los hermanos musulmanes en Medina. Sin embargo, de acuerdo con las condiciones de la tregua, los musulmanes quedaron privados de su derecho a socorrer a los conversos, quienes quedaron en poder de sus opresores; y si los conversos lograban huir a Medina, ni así se permitía a los musulmanes ampararlos. Es un gran solaz tener la compañía de los amigos en momentos de angustia, aun cuando ellos mismos estén en circunstancias iguales. Pero, en virtud de la tregua de Hudaibiyah, se negó a los conversos musulmanes hasta ese último remanso de consuelo. Dada esa situación, ¿cómo podía la gente encontrar el valor para aceptar el Islām? En La Meca los musulmanes sufrían torturas indecibles y, ahora, ni en Medina les iría mejor. Y ahí estaba el ejemplo de lo sucedido a Abū Jandal para que se desanimaran hasta los más entusiasmados. En semejante ambiente, el progreso del Islām debió haberse estancado. Pero, ¿no es asombroso que, en vez de estancarse, el Islām difundió su luz durante esa época a un paso extremadamente acelerado? ¿Cuál es la única conclusión lógica a nuestro alcance? Sólo que el valor intrínseco del Islām pesaba mucho más que la probabilidad de recibir el castigo de la tortura. El agrado y la belleza del Islām hacían que los adeptos de éste olvidaran todas las penalidades que ocasionaba su conversión. Como en el caso de los perseguimientos de La Meca, tampoco el rechazo por parte de los musulmanes de Medina logró desanimar a los conversos. Los sufrimientos y las aflicciones perdieron importancia ante el poder y la hermosura de la Verdad. Aquí está otro hecho que el crítico del Islām puede ponderar. ¿Debe calificarlo como la difusión del Islām por la espada o, más bien, como su propagación de despecho de la espada del enemigo?

'Utbah, otro osado converso al Islām, que los quraish también torturaron despiadadamente, hizo lo mismo que Abū Jandal y huyó a Medina. Dos enviados quraish llegaron tras él y demandaron su extradición de acuerdo con la tregua de Hudaibiyah. El Profeta le aconsejó que, al igual que su predecesor, regresara a La Meca. "¿Me obligas a volver a la idolatría?", protestó 'Utbah, asombrado. Nuevamente un dilema exasperador: por un lado, 'Utbah suplicando en nombre de la religión; por el otro, los quraish reclamando la observancia de la tregua. Esta vez, por estar en Medina

el Profeta contaba con mucha más protección que cuando Abū Jandal se presentó en Hudaibiyah, ocasión en que lo acompañaba sólo un puñado de musulmanes desarmados. Pero, según el código de honor del Profeta, una vez que se daba la palabra, ésta se respetaba, aun cuando por ello un musulmán renegara de la religión. “‘Utbah,” explicó el Profeta, “no hay otra opción más que entregarte a los quraish. Allāh te señalará una salida.” El acatamiento del Profeta de su palabra de honor resulta maravilloso, pero también lo es el amor de ‘Utbah por el Islām. ¿Para qué seguir leal al Islām si el Profeta mismo lo estaba devolviendo a las garras de los infieles? Pero, ya que lo había cautivado el Islām, no le correspondía juzgar. Humilde y calladamente, se sometió al mandato del Profeta y se fue con dos guardias a La Meca, donde lo esperaba la muerte. No existía poder en la tierra capaz de protegerlo contra la ira de los quraish. Su instinto de conservación lo impulsó a salvarse de alguna manera. Venga lo que venga, pensó, tengo que salir de esto con vida. En la primera oportunidad, mató a uno de los guardias, mientras que el otro huyó despavorido. Pero le estaba prohibido internarse en Medina, por lo que precisó encontrar otro refugio. Por fin se estableció en ‘Īṣ, una población costera que era una especie de tierra de nadie. Los demás fieles de La Meca, para quienes las puertas de Medina estaban cerradas, también se refugiaron en ‘Īṣ, que llegó a alojar posteriormente a una colonia bastante grande de musulmanes desplazados. En ese puerto no estaban sujetos a las condiciones de la tregua de Hudaibiyah. Viendo esa creciente fuerza los quraish se alarmaron, temiendo que pudiera convertirse en un obstáculo para su comercio con Siria. Por prudencia, entonces, abrogaron la cláusula de la tregua sobre la extradición de los fugitivos de la Meca, a fin de menguar sensiblemente la concentración musulmana en ‘Īṣ

El Mensaje del Islām llega más allá de Arabia

Los acontecimientos subsecuentes a la firma del acuerdo de paz demostraron que ésta condujo a un gran triunfo para el Islām. Las filas musulmanas se engrosaron rápidamente. Tomaron la bandera del Islām futuros conquistadores de la talla de Khālid y ‘Amr ibn al-‘As, quienes hasta su conversión habían sido el orgullo de las fuerzas enemigas. La paz logró lo que ninguna victoria en el campo de la batalla, por grande que hubiera sido, había podido realizar. Para el Profeta, la paz auguraba espléndidas hazañas y, por lo tanto, hizo las modificaciones correspondientes en su programa de actividades. A su retorno de Hudaibiyah convocó a

todos los musulmanes y les explicó que el Islām había llegado como una gracia para la humanidad entera. Ya era el momento, les informó, de llevar el mensaje islámico por todas partes, brindándolo al César en Roma, el Cosroe de Persia, el rey de Egipto, el negus de Abisinia y a ciertos jeques árabes.*

Maquauqis, el rey de Egipto, recibió al mensajero con grandes honores y, si bien no aceptó la Fe, envió obsequios al Profeta. Entre ellos incluyó una mula, que éste empleó para su transporte personal, y a dos doncellas, una de las cuales, María, casó con el Profeta, elevándose así en su estado legal de esclava a reina. La otra mujer se unió en matrimonio a Hassān, el poeta.

Dihyah Kalbī llevó una epístola al César. Por coincidencia, un viejo enemigo del Islām, Abū Sufyān también se hallaba en Siria, hasta donde había conducido una caravana mercantil. El César lo llamó a su corte y le pidió informes sobre el Profeta. Al responder a las varias preguntas, Abū Sufyān, aunque todavía era un opositor acérrimo del Islām, reconoció la rectitud de Muḥammad. Era, continuó el interlocutor, un hombre de familia noble que ahora, como guía máximo de una religión, tenía un número de seguidores que crecía diariamente. En toda su vida jamás había escapado de sus labios una mentira, ni se le podía inculpar de romper una promesa en ocasión alguna. Una vez que un adepto abrazaba la Fe que predicaba Muḥammad, no había fuerza capaz de hacerlo renunciar. Abū Sufyān dijo que el Islām enseñaba a sus partidarios a no venerar a ningún dios más que a Allāh, a rezar, a llevar una vida de continencia, a hablar con la verdad y a hacer el bien a los parientes, los vecinos y el prójimo. El César quedó muy impresionado por la descripción que le dio este enemigo del Islām. Además, había vislumbrado algo importante sobre el asunto. Al respecto, se reunió con los sacerdotes más importantes de su reino y trató de persuadirlos de la conveniencia, para su propio bienestar, de convertirse junto con él al Islām. Sin embargo, ellos resintieron la idea de renegar sus viejas creencias, reacción que obligó al César a calmarlos con seguridades de que sólo deseaba poner a prueba su apego a su propia fe. Obviamente, no podía correr el riesgo de atraerse la oposición de toda la Iglesia.

La carta dirigida al Cosroe persa fue entregada por 'Abd Allāh ibn Hudhāfah. Comenzaba con las siguientes palabras: "En el nombre de Allāh, el Benéfico, el Misericordioso," seguidas por "de

* De las partes correspondientes, el original dirigido a Muquauqis, rey de Egipto, se recuperó recientemente y está en perfecto estado. De acuerdo con la tradición, se dice que Muquauqis se cuidó de conservar la misiva dentro de una caja preciosa. Se ha publicado un facsímil del documento, cuyo texto resulta idéntico al que aparece en los Hadith.

Muhammad." El Cosroe no toleraba que ninguna otra persona del mundo empleara su nombre a un nivel más alto que el suyo propio. Se enfureció con el mensajero y rompió en pedazos la misiva. Aún encolerizado, envió órdenes al gobernador de Yemen de poner bajo arresto al Profeta. En cumplimiento de ese mandato, el gobernador, Bāzān, despachó a dos hombres a Medina. Los persas contemplaban a los árabes con desprecio, actitud que daba lugar a frecuentes arrestos por parte de los soldados de los primeros. En Medina, el par de guardias anunciaron su detención al Profeta, quien los recibió con la noticia de que su rey, el mismo Cosroe, ya había dejado de existir. Volvieron solos a su punto de partida donde, estupefactos, supieron que la misma noche en que el Profeta les había hablado, el Cosroe había sido muerto por su propio hijo. El suceso condujo a la conversión del gobernador. La provincia de Yemen sacudió el yugo de Persia que, en poco tiempo, se desintegró.

En cuanto al negus de Abisinia, al recibir la epístola del Profeta, aceptó con gusto el Islām por medio de Ja'far, un refugiado musulmán que todavía radicaba en ese país.

La campaña de Mūtah

De todas las epístolas enviadas a los jefes árabes, la que se envió a Shurahbil ibn 'Amr, de Buṣrā, en la frontera con Siria, amerita mención especial. En contravención a todas las costumbres intertribales, asesinó al mensajero, Hārith ibn 'Umais. Su acto equivalió a una declaración abierta de guerra, y lo entendieron como tal los musulmanes. No hubiera sido aconsejable dar tiempo a los de Buṣrā para atacar a los musulmanes en sus terrenos. Inmediatamente se reunió un ejército de 3,000 hombres que marchó sobre el enemigo. A su cabeza iba Zaid, el esclavo liberado del Profeta y ejemplo típico de la igualdad fundamental que el Islām inculca. Tanto hombres orgullosos de su ascendencia quraish como ayudantes de origen noble estuvieron a las órdenes de un ex esclavo. El Profeta en persona acompañó al ejército hasta un paraje llamado Thaniyyat al-Wadā'. Mientras tanto, Shurahbil había alistado un vasto ejército de 100,000 efectivos. El César también se preparaba para hacer la guerra. Los ejércitos chocaron en Mūtah, cuyo nombre se dio a la batalla. Al caer Zaid en el combate, tomó el mando Ja'far. Él también peleó desesperadamente antes de morir, después de recibir hasta noventa heridas. Lo sucedió en el mando 'Abd Allāh ibn Rawāhah, quien también sucumbió. Esa sucesión en el mando había sido prevista por el Profeta mismo.

que tenía la costumbre de la minuciosidad. Seguidamente se nombró a Khālīd como comandante, y él salvó con suma destreza a su pequeño ejército, que era numéricamente insignificante en comparación con la horda enemiga. Esta batalla tuvo lugar en el mes de Jumādī I, en el año 8 después de la Hégira.

Vale la pena señalar cuáles fueron las circunstancias en que se enviaron las diferentes epístolas a los diversos soberanos. Si el Profeta hubiera emitido sus misivas después de la subyugación de toda Arabia, se habría considerado que la medida había sido inspirada por la ambición. ¿Cuál era el estado de cosas que realmente prevalecía en esos momentos? Hacía doce meses que Medina estaba sitiada, sin muchas esperanzas de que sobreviviera un solo musulmán. Todavía a un año de distancia los musulmanes eran demasiado débiles para arriesgarse en una peregrinación a La Meca, en cumplimiento de sus deberes religiosos. Los no musulmanes aún ejercían el poder allí, al grado de que acababan de imponer a los musulmanes sus condiciones de paz. En Arabia, el Islām se encontraba cercado por sus enemigos, y unos pocos musulmanes repartidos en diferentes partes no representaban una fuerza invencible. Sin embargo, frente a todas esas circunstancias desalentadoras, el Profeta mantuvo una fe inquebrantable en el triunfo final del Islām. Confió plenamente en que, al final, prevalecería la religión para iluminar todos los rincones del mundo. A pesar de la debilidad del incipiente movimiento, el Profeta, impulsado por la fuerza de la Verdad, no vaciló en invitar a los monarcas de su época a aceptar el Islām.*

* Estas epístolas se enviaron en el año 7 después de la Hégira. Todas llevaban el sello del Profeta, que decía: "Muhammad, el Mensajero de Allāh." Ciertos documentos históricos mencionan el orden en que aparecían estas palabras en el sello. En la parte superior aparecía "Allāh"; hasta abajo, "Muhammad" y, en medio, "Rasūl", esto es, "Mensajero". La carta dirigida a Muḡauqīs que, como ya se comentó, aún existe intacta, lleva precisamente la inscripción que describen dichos documentos antiguos.

Capítulo VIII

LA CONQUISTA DE LA MECA

“Que no haya reproches para vosotros en este día. Allāh puede perdonarnos, y Él es el más Misericordioso de los que muestran misericordia” (12:92).

Los quraish contravienen las condiciones de la tregua

Las agresiones de los quraish llegaron a su clímax en el octavo año después de la Huida. La tregua de Hudaibiyah había entrado en vigor hacia ya unos dos años. El retorno a la paz había favorecido sorprendentemente el crecimiento del Islam, hecho que de ningún modo podía complacer a los quraish. Por fin, optaron por contravenir el acuerdo. Aprovechando la discreción que éste permitía, la tribu de los Khuzā'ah ya se había aliado con los musulmanes, en tanto que sus enemigos hereditarios, los Banū Bakr, se habían adherido a La Meca. La violación se produjo cuando, de noche, los Banū Bakr, con la complicidad de los jefes quraish, atacaron a los Khuzā'ah. Éstos se retiraron al Haram, en cuyos entornos la tradición árabe prohibía estrictamente el derramamiento de sangre. Sin embargo, no se detuvieron los agresores, que pasaron a cuchillo a muchos de sus contrarios. En contravención descarada de las condiciones acordadas en Hudaibiyah, los quraish no sólo permitieron la agresión de sus aliados, sino que los ayudaron activamente en la matanza. Ésta apremió a los Khuzā'ah a pedir la protección del Profeta, de acuerdo con las condiciones de su alianza. El Profeta respondió exigiendo a los quraish que aceptaran cualquiera de las tres condiciones siguientes: pagar indemnidad

zación por el asesinato de los Khuzā'ah, poner fin a su alianza con los Banū Bakr o declarar nula y sin valor la tregua de Hudaibiyah. Los quraish manifestaron preferir la abrogación del acuerdo de su gente. Consciente del peligro que provocaba la anulación, Abū Sufyān acudió a Medina para abogar por la reanudación de la tregua. El Profeta, empero, se dio cuenta de sus artimañas cuando su interlocutor desoyó todas las demandas musulmanas. Rechazó, pues, la reanudación propuesta por Abū Sufyān, y éste regresó a La Meca con las manos vacías.

Como contrarréplica, el Profeta reunió a todas las tribus aliadas con los musulmanes para marchar sobre La Meca. En los veintiún años de su tiranía, los quraish habían asediado tres veces a los musulmanes de Medina en su afán de exterminar el Islām. A todas luces, entonces, lo que se preparaba era una expedición punitiva para ajustar viejas cuentas. ¿No es natural que, por sus crímenes, los opresores llevaran su merecido? Bien, veamos. Entre los musulmanes, que preparaban su marcha en secreto, estaba Hātib, quien se angustió por la seguridad de sus parientes en La Meca. En ese estado les envió una carta por mensajero para ponerlos sobre aviso de la incursión musulmana. Obviamente, si la carta hubiera llegado a los destinatarios, La Meca habría tenido tiempo para movilizar su defensa. Pero el designio Divino había determinado que esa gran conquista se llevara a cabo sin derramamiento de sangre. De alguna manera el Profeta se enteró del envío a tiempo, y se pudo dar alcance al portador y recuperar la misiva. Los musulmanes denunciaron a Hātib por haber atentado contra sus hermanos, apesándolo para su enjuiciamiento. En circunstancias ordinarias, un soldado inculpado de traición hubiera sido sometido a consejo de guerra. Pero no en el caso de la conquista de La Meca, que había de recordarse como un ejemplo del perdón. Ahora bien, si iban a ser perdonados hasta los enemigos más despiadados ("No habrá reproches para vosotros en este día"), ¿cómo se podía tratar de otra manera a un amigo que había cometido un error, aunque un error ciertamente grave? Los musulmanes aceptaron las disculpas de Hātib y lo perdonaron.

Diez mil piadosos

Por fin, al frente de diez mil virtuosos seguidores, el Profeta se encaminó hacia La Meca. Era el 10 de Ramadān del año 8 después de la Hégira. Dos mil años atrás Moisés pareció tener una clara visión de este suceso, porque dijo: "Vino. . . en medio de santas miríadas" (Deut. 33:2). La historia posterior a Moisés no menciona nin-

gún otro acontecimiento que cumpla con estas palabras proféticas. No solamente el número de soldados que acompañaron al Profeta en la conquista de La Meca coincide con esa profecía milenaria, sino que la descripción de éstos como “piadosos” señala una verdad aún más grande. Aquellos diez mil soldados hicieron suya la bandera del Profeta no con el objeto de conquistar y derramar sangre, sino para establecer en el mundo las virtudes más elevadas, y ofrecieron sus vidas a fin de lograrlo. Se acantonaron en el Marr al-Zahrān, a un día de viaje de La Meca. Se giraron órdenes en el sentido de que todos y cada uno de los musulmanes prendieran fogatas para que los quraish se dieran cuenta de la fuerza numérica de los musulmanes y para así evitar las resistencias armadas y el consecuente derramamiento de sangre. La medida surtió efecto, y La Meca se rindió sin oponer resistencia.

Extrañamente, el más importante de los jefes quraish que se presentaron pacíficamente ante el Profeta fue el propio Abū Sufyān, quien había sucedido a Abū Jahl como dirigente máximo de la oposición. En múltiples ocasiones se había desvivido por aniquilar al Islām. ¡Y ahora comparecía para ser perdonado! Tal absolución parecía imposible; pero nada es imposible ante la magnanimidad de una Gran Mente. Se le otorgó el indulto que solicitaba. Al parecer, cuando un año y medio antes Abū Sufyān había acudido a la corte del César para declarar sobre el carácter del Profeta, la verdad del Islām ya había invadido su corazón. Ahora, una serie de realidades —su completa impotencia después del goce del poder, el triunfo final del Islām no obstante su carencia de recursos materiales y, sobre todo, la generosidad que el Profeta le acababa de mostrar— le permitió ver la fuerza inherente que poseía la religión musulmana. El mismo corazón que durante veinte años había permanecido sellado contra el Islām, de pronto se abrió a la Verdad, y Abū Sufyān abrazó la Fe.

Impresionado por el poderío del ejército musulmán, Abū Sufyān volvió apresuradamente a La Meca para informar a su gente que sería inútil tratar de resistirlo. Además, hizo de su conocimiento la promesa del Profeta de garantizar la seguridad de todas las personas que entraran en la casa de Abū Sufyān, o que cerraran las puertas sus propias casas, o que penetraran en la Ka'bah. Finalmente, el ejército musulmán avanzó sobre la ciudad desde varias direcciones. Un destacamento estaba al mando de Sa'd ibn 'Ubādah, quien al pasar frente a Abū Sufyān, le gritó: “Hoy es día de combate, no un día de seguridad para La Meca.” Esto disgustó al Profeta, quien le arrabató el estandarte y lo encomendó a su hijo, Qais, para así evitar la violencia.

Khālid tenía órdenes de incursionar en aquella parte de La Meca

que constituía la plaza fuerte de los peores enemigos del Islām. Fueron ellos quienes participaron en el ataque contra los Khuzā'ah. Uno de ellos era 'Ikrimah, el hijo de Abū Jahl. No obstante la proclamación de seguridad para todos los ciudadanos éste núcleo de la población, en vez de dejar pasar al contingente de Khālid, recibió a sus soldados con una lluvia de flechas. Khālid, por lo tanto, se vio obligado a pasar al ataque. Las bajas habidas en las escaramuzas consecuentes, se dice, ascendieron a entre trece y veintiocho por parte del enemigo, y a dos por la de los musulmanes. Mientras tanto, el Profeta había llegado a un punto elevado de la ciudad, desde donde vio asustado el centelleo de las espadas esgrimidas por los hombres de Khālid. "¿No había ya dado órdenes estrictas de evitar a toda costa el derramamiento de sangre?", exclamó. Posteriormente exigió a Khālid una explicación de su aparente insubordinación, pero su justificación resultó ser muy razonable.

Seguidamente el Profeta se marchó hacia la Ka'bah, que simbolizaba la Unidad de Dios, y depuró esa Casa Sagrada de sus antiguos ídolos. Al tocar cada ídolo con una vara, recitaba este verso del *Qur'ān* revelado hacia mucho tiempo: "Y di: La verdad ha llegado y la falsedad desaparecido. Ciertamente la falsedad siempre está destinada a desaparecer" (17:81). Luego volteó hacia el "lugar de Abraham" e hizo su plegaria allí. En seguida se mandó por el encargado de las llaves de la Ka'bah, 'Uthmān ibn Talhah, y se abrió la puerta del templo. El Profeta entró en el recinto y repitió su plegaria. La llave fue devuelta, entonces, a 'Uthmān, al tiempo que se le decía que el cuidado del santuario permanecería para siempre con él y sus descendientes.

Después, el Profeta pronunció un sermón sobre la Unidad de Dios y la hermandad universal del hombre. Al terminar, habló ante una reunión especial de los quraish. Éstos estaban en su presencia en calidad de opositores. ¡Qué torturas no habían infligido ellos a los musulmanes! ¡Qué horrible dolor habían sufrido los musulmanes por actos contrarios a las leyes morales y tradicionales! El solo recuerdo de las formas terribles de la persecución hace que se estremezca el corazón. Los quraish ni siquiera habían limitado su tiranía a La Meca, sino que extendieron su cacería dondequiera que los musulmanes intentaron refugiarse. A fin de aplastar a los musulmanes, habían montado repetidos ataques contra Medina. ¡Así de aborrecibles eran los crímenes cometidos por los dirigentes de La Meca que ahora aguardaban justicia ante el Profeta! Maliciosos y vengativos adversarios de los derechos fundamentales del hombre, opresores de los inocentes, los jefes de La Meca merecían recibir, incluso bajo la más humanitaria de las leyes, un casti-

go ejemplar. Si los cabecillas hubieran sido pasados a cuchillo, y los demás encarcelados como advertencia y escarmiento para futuros transgresores, nadie podría haber protestado la justicia del veredicto. La manera más civilizada de abordar agravios de este orden consiste en asignar castigos ejemplares a varios de la banda acusada, sin tomar en cuenta el grado de su complicidad, quedando reducidos los demás miembros a un estado de servidumbre. Los vencidos de aquella época recibían ese trato a manos de sus conquistadores, y en la actualidad hasta los más civilizados de los gobiernos recurren a ese antiguo método para someter a los pueblos que peretenden dominar. Es fuerte el instinto de venganza en la naturaleza humana, y puede llegar al desenfreno, especialmente cuando el enemigo derrotado se encuentra a la merced del vencedor.

Pero los quraish, en cambio, confiaban por experiencia en la naturaleza noble y misericordiosa del Profeta. En ningún momento anticiparon un tratamiento cruel por parte de él. Por consiguiente, cuando el Profeta les preguntó cuál era el castigo que esperaban, le contestaron: "Tú eres un hermano noble y el hijo de un hermano noble" No desconocían la generosidad del Profeta. Estaban convencidos de que no había cambiado la magnanimidad, que lo había distinguido durante los cuarenta años previos a su proclamación como el Profeta. Pero el trato que les concedió resultó mejor todavía que el que habían anticipado, porque les dijo: "Este día no hay reproches para vosotros." ¡Qué generosidad! Sin mencionar castigos, ni recibieron reproches por sus funestos crímenes, ni se les exigió un juramento de buena conducta en lo futuro. Tampoco fueron obligados a devolver las propiedades que habían quitado a los Refugiados en el exilio, a quienes se les pidió renunciar a todos sus bienes anteriores, hasta los más culpables quedaron exonerados. 'Ikrimah, hijo de Abū Jahl, quien atacó el destacamento de Khālīd al inicio de la incursión en La Meca, había huido. Con tremenda congoja, su esposa acudió al Profeta y le pidió perdón por parte de su cónyuge, y éste recibió el indulto. La misma clemencia generosa se concedió a Wahshi, el asesino de Hamzah, tío del Profeta, y a Hindah, quien había mascado el hígado de éste. Habbār, quien había apedreado a la hija del Profeta durante un viaje que ella hacía de La Meca a Medina, hiriéndola de muerte, también fue perdonado. En la historia universal no existe misericordia paralela en cuanto al trato acordado por vencedores a vencidos.

Así quedó ocupada La Meca; pero una conquista mucho más trascendente, inalcanzable para las armas musulmanas, se logró al otorgar una amnistía general a los habitantes de la ciudad. La

medida cautivó los corazones del pueblo entero. Con anterioridad, hasta los enemigos del amargado Abū Sufyān se habían admirado de la moral islámica. Ahora, esta escena final de la magnanimidad islámica disolvió toda oposición. Los ciudadanos vieron con sus propios ojos las promesas Divinas, hechas a los musulmanes mientras sufrían la persecución, convertidas en realidad. Las fuerzas combinadas de la oposición no podían hacer daño al Islām. Hubo entonces testimonio contundente de la verdad de la causa y desaparecieron las dudas. La verdad del Islām penetra profundamente en los corazones de La Meca y se registró una ola masiva de conversiones. El profeta tomaba asiento en el monte Safā para acoger a la gente a la hermandad musulmana. Hombres y mujeres abrazaron la Fe masivamente. Todo sucedió en forma espontánea, sin que hubiese un solo caso de conversión por la fuerza. Ciertamente había quienes no aceptaron el Islām, pero a tales personas se les respetó absolutamente. Siguieron cultivando su credo idólatra, pero los musulmanes los trataron con amabilidad. Se estrecharon las relaciones amistosas entre unos y otros al grado de que, en la batalla venidera de Hunain, los idólatras combatieron al lado de los musulmanes. La conquista de La Meca desmiente terminantemente la idea de que el Islām se propagó a hierro y sangre, ¿Qué mejor oportunidad que la conquista de La Meca para las conversiones forzosas? No hubo, precisa enfatizar, ni un solo caso de coacción. Al respecto, William Muir confiesa que "Aunque la ciudad aceptó con júbilo su autoridad (la del Profeta), no todos los habitantes abrazaron la nueva religión, ni reconocieron formalmente su pretensión de ser el Profeta. Quizás tuvo el objeto de continuar con la política que siguió en Medina, de dejar que se lograra la conversión de la población gradualmente y sin compulsión."

La batalla de Hunain

Transcurrido apenas un mes desde la partida del Profeta de Medina, se supo que la tribu de los Hawāzin, que habitaba las lomas al oriente de La Meca, preparaba un gran número de guerreros para pasar a la ofensiva contra los musulmanes. La inquietud de los Hāwazin ya se había hecho patente cuando el Islām empezó a consolidarse a raíz de la tregua de Hudaibiyah. Desde mucho antes de la conquista de La Meca, por lo tanto, su alarma los llevó a intentar movilizar a las tribus beduinas contra los musulmanes. Con la caída de La Meca, estimaron imperativo dar un golpe mortal a éstos lo antes posible para evitar que el Islām tomara la delantera.

Guerreros natos, los Hawāzin pudieron reunir en pocos días un ejército imponente. Los preparativos fueron anunciados al Profeta, quien encargó a un subalterno la confirmación de la noticia. Una vez ratificada la amenaza, se decidió dispersar a la fuerza tribeña inmediatamente. Además de los diez mil musulmanes que ya estaban bajo las armas, se engrosaron las filas con dos mil voluntarios de La Meca, que también aportaron cuantiosos armamentos adicionales. El Profeta marchó a la cabeza de ese crecido ejército con rumbo al valle de Hunain, donde se habían acantonado los Hawāzin.

Muy hábiles con el arco y la flecha, los Hawāzin habían desplegado a sus tiradores más certeros en todos los puntos estratégicos de las colinas claves. Los musulmanes, por lo tanto, se vieron obligados a ocupar posiciones expuestas a los proyectiles enemigos. Comenzó a caer sobre ellos una lluvia copiosa de flechazos disparados desde todos los ángulos. Al atacar el grueso del ejército enemigo, Khālid iba al frente de la vanguardia musulmana. Bajo su mando estuvieron los auxiliares de La Meca, entre ellos no musulmanes. Los aliados, despavoridos ante la fiereza del embate, se retiraron en tropel y sembraron confusión a lo largo de las filas musulmanas, quienes también se replegaron en total desorden. Hasta los destacamentos de los Refugiados y los Ayudantes se batieron en retirada. Por su parte, el Profeta, junto con 'Abbās y algunos compañeros más, se quedó atrás y casi al alcance de la hueste enemiga. Aunque vio el repliegue del ejército musulmán, se sostuvo en su puesto con maravillosa calma. El enemigo se le acercaba rápidamente y se encontraba casi solo; no obstante, su mente se mantuvo serena ¿Acaso no contaba con la protección omnisciente del Todopoderoso? Ahora, como siempre, amparaba a Muḥammad una fuente inagotable de solaz: la fe absoluta en el socorro Divino y una convicción implícita en el triunfo final de su causa. Estando la vorágine enemiga a punto de tragarle, gritó en voz viva, repetidamente: "Yo soy el Profeta, eso no es una falsedad. Soy el hijo de 'Abd al-Muṭṭalib.'" También 'Abbās gritó con su voz estentórea: "¡Oh huestes de Ayudantes! ¡Oh compañeros del Árbol! Y, de pronto, las fuerzas dispersadas respondieron al Profeta, oyéndose por todos lados el grito de "Aquí estamos a tu disposición". Desmontando de sus caballos y camellos, los musulmanes se lanzaron contra la vanguardia enemiga con tal furia que ésta tuvo que abandonar su terreno. Los Hawāzin que no emprendieron la fuga de inmediato, resistieron hasta ver caer a su abanderado, cuando también se dieron a la retirada.

Al marchar hacia el campo de batalla, el comandante de los Hawāzin, Mālik, de apenas treinta años, ordenó impetuosamente

que sus fuerzas fueran acompañadas de mujeres y niños. Esa presencia, pensó, les levantaría la moral y evitaría su huída si los guerreros se veían en apuros. Sin embargo, cuando la corriente del combate se volvió contra ellos, dejaron sobre el terreno no sólo a las mujeres y los niños, sino también el ganado y sus demás pertenencias. De esta manera, el botín de los musulmanes incluyó 24,000 borregos y 4,000 onzas de plata. Se tomaron, además, 6,000 prisioneros. Después de concentrar su botín de guerra en un lugar seguro, los musulmanes partieron para dar alcance al enemigo. Una parte del ejército derrotado se refugió en su plaza fuerte de Autas, hacia donde el Profeta despachó a unas cuantas tropas a dispersarla. El grueso del enemigo, sin embargo, se encerró dentro de las murallas de Tā'if. Su conocimiento del arte de la guerra incluía el uso de las armas más avanzadas de la época, como la catapulta. Además, contaban con un año de víveres dentro de las murallas perfectamente guarnecidas. El Profeta se dirigió directamente a Tā'if y lo sitió. Con la asistencia de ciertas tribus, los musulmanes también se valieron de las nuevas máquinas de guerra. Al prolongarse el sitio, el Profeta finalmente consultó la situación con sus aliados tribeños. Un entendido jefe beduino le hizo el significativo comentario de que el zorro había entrado en su guarida, de donde no sería fácil sacarlo muy pronto. En cambio, si simplemente se le dejara solo, no podría hacer mucho daño. Convencido ya de que los sitiados no representaban un peligro, el Profeta dio por realizado el propósito de la expedición y suspendió el asedio. Durante la marcha de regreso los vencedores se detuvieron en el preciso lugar donde, en cierta ocasión, el Profeta había sido apedreado. Ahora su propia gente le pidió que invocara la ira Divina contra el enemigo. Mas en vez de maldecir a los vencidos, rezó por ellos así: "¡Oh, Señor Mio! Ilustra a la tribu de los Thaqif y tráelos a mí" (esto es, al Islām). Se le concedió su plegaria y al poco tiempo ese clan aceptó voluntariamente el Islām.

Al regresar de Tā'if, el Profeta repartió el botín entre la tropa musulmana, apartando la acostumbrada quinta parte del mismo para la tesorería nacional. Entre los apresados se hallaba su hermana adoptiva, Shaimah. Ella fue llevada ante él, quien, al reconocerla, la hizo sentarse sobre su capa, mostrándole su calidez y finas atenciones propias para una hermana consanguinaria, amabilidad y consideración. Shaimah no era su hermana verdadera, pero le trató mejor que si lo fuera. Trató de persuadir a Shaimah a acompañarlo a Medina, pero ella expresó su deseo de permanecer entre los suyos. Volvió con ellos portando obsequios preciosos.

Varios representantes de los Thaqif comparecieron ante el Pro-

feta con el fin de obtener la libertad de su gente apresada por los musulmanes. El vocero del grupo expuso los muchos problemas que padecía la tribu, los cuales escuchó el Profeta con compasión porque su misericordia no conocía límites. A ésta tenía tanto derecho el enemigo como cualquier otro ser humano. Si se compadecía al ver la menor miseria humana, ¿cómo podía soportar ver los sufrimientos de miles? Sin vacilación, ordenó la libertad de los presos que habían quedado al servicio de su familia. Aclaró, sin embargo, que no tenía derecho de obligar al resto de sus seguidores a hacer lo mismo con su recién adquirida servidumbre. ¡Qué excelente ejemplo de la igualdad de los derechos humanos! Sin duda, esos compañeros que ya le habían brindado sus riquezas, bienes y hasta sus vidas, ahora serían incapaces de negarle el privilegio de poner en libertad a cuanto esclavo él quisiera. Pero no correspondía al Profeta, que había venido para establecer la igualdad humana, inmiscuirse en el libre ejercicio del derecho de los demás. En el Islām, un soberano o un noble no tiene derechos sobre los bienes ajenos. Aun así, el Profeta no podía sino sentir dolor por la desgracia de los Thaifí. Deseoso de ayudarlos, les pidió que volvieran a la hora de las oraciones vespertinas, cuando encomendaría su petición a la consideración de los musulmanes. A la hora convenida, éstos acordaron, a instancia del Profeta, la libertad de seis mil presos. ¡Y esa gente aún era idólatra!

Una vez distribuido el botín de guerra, el Profeta dio generosas porciones a ciertos jefes quraish y beduinos, utilizando para ello la parte destinada a la tesorería. La medida dio lugar a murmullos de descontento entre los más jóvenes de los Ayudantes. El Profeta, se quejaron, había mostrado parcialidad por sus parientes al repartir los despojos. Se puede imaginar la saña con que hubiera actuado un autócrata contra tal insolencia. Pero el Profeta hizo llamar a los Ayudantes y los trató con cordial comprensión. "Me informan que mi aparente parcialidad con los jefes quraish no os satisface," les dijo. Como discípulos del propio Profeta, los Ayudantes no titubaron en externar su verdad. "Así es," respondieron. "Algunos decimos eso." Luego, él interpuso: "¿No es cierto que yo llegué con vosotros cuando estabais desorientados y que Allāh os guió hacia el sendero correcto? Vosotros eráis indigentes, y Allāh os hizo prósperos. Vosotros deseabáis mataros unos a otros, y Allāh creó en vuestros corazones el afecto mutuo." Los Ayudantes le contestaron que todo eso era verdad. "También podríais responderme de manera diferente y tener mucha razón para hacerlo," continuó el Profeta. "Podríais decirme que os busqué cuando mi propia gente me denunciaba y rechazaba, y vosotros me aceptasteis. Vi-

ne con vosotros cuando no tenía quién me ayudara y vosotros me apoyasteis. Me hicieron salir de mi casa y vosotros me brindasteis albergue. ¡Oh Ayudantes! ¿Desconfiais de mí porque regalé una dote de riquezas terrenales, pensando que os bastaba como recompensa el Islām? ¡Oh Ayudantes! ¿No os satisface llevar a vuestros hogares al Mensajero de Allāh, en tanto que otros conducen cabras y camellos a sus casas? Por Dios, Quien tiene mi alma en sus manos, si toda la gente toma un camino mientras los Ayudantes toman otro, seguiré el sendero de los Ayudantes." Este desfoque espontáneo del corazón del Profeta demuestra lo poco que pesaban en él los bienes materiales. Sus interlocutores se conmovieron profundamente, algunos hasta las lágrimas, por las palabras del Profeta, porque ahora sabían que él los acompañaría y que esa riqueza era mayor que el botín más cuantioso.

La difusión del Islām

De regreso tras el combate de Tā'if en el mes de Dhī-Qa'd del año 8 después de la Hégira, el Profeta visitó La Meca, y de allí, terminada la peregrinación menor ('*umrah*), partió hacia Medina a fines del año.

En aquel entonces La Meca se llamaba *Umm al-Qurā*, "la madre de las ciudades". Aunque no era la capital civil de la península, los árabes la tenían por su centro espiritual. Durante los meses del peregrinaje anual la ciudad se atiborraba de viajeros devotos. Por eso, la población de La Meca ejercía gran influencia en los asuntos del país, y en materia de religión los quraish eran reconocidos como las autoridades máximas. Esto explica por qué, cuando el Profeta predicaba a alguna tribu peregrina, la gente se mofaba de él diciéndole que primero debía convencer a los suyos, los habitantes de La Meca. La adherencia de un gran número de éstos a la hermandad musulmana tras la conquista causó, por lo tanto, enorme expectativa entre los árabes en general. Las perspectivas les parecían todavía más prometedoras porque el Profeta, solo y rechazado, había barrido con todos los obstáculos hasta lograr el triunfo de la Fe musulmana en La Meca. Manifestaba la Verdad en esa forma, en los años 9 y 10 después de la Hégira, el Islām se difundió por toda Arabia, registrándose conversiones multitudinarias entre las tribus. En el año 9 el Profeta instituyó un sistema de contribuciones para el socorro de los pobres, mismas que serían pagadas por las tribus que ingresaran al Islām. Para efectos del manejo de las limosnas, se fundó un organismo especial cuyos recaudadores harían en adelante los cobros dentro de

diversas zonas. El pago del impuesto, obligatorio para todos los musulmanes, constituyó el ingreso principal de la tesorería central del Islām. Se relata que, en cierta ocasión, unos recaudadores visitaron una tribu para evaluar su hato de ganado lanar y bovino. Pero éste fue hurtado por cuatrerros provenientes de una tribu no musulmana cercana. En represalia, y para poder pagar su impuesto, el jefe musulmán 'Uyainah incursionó en el territorio de sus vecinos y apresó a cincuenta personas.

Un buen ejemplo de cómo iban desapareciendo los viejos prejuicios árabes en favor de la religión es el de los Banī Tamīn. Los jefes de esa tribu, que se había aliado con los musulmanes en la batalla de Hunain, tuvieron una entrevista con el Profeta y sus compañeros en Medina a fin de resolver un determinado problema. Voceros y poetas de las dos partes presentes llevaron a cabo un debate en que se expusieron los respectivos puntos de vista. Los Banī Tamīn acabaron convencidos de la superioridad del punto de vista de los participantes musulmanes sobre el tema del Islām. Sopesando esto, junto con las íntimas relaciones habidas entre ellos y los musulmanes, determinaron unirse al Islām. Ese mutuo entendimiento facilitó la rápida propagación de la Fe.

Entre otros casos se encuentra el de los Banī Tayy, que tendían a la sublevación. Para ponerlos en orden, 'Alī fue tras ellos al mando de doscientos soldados a caballo. Entre los prisioneros que se capturaron durante la exitosa expedición estuvo Safānah, la hija de un hombre conocido por su honradez, Hātim Tā'i. El Profeta la hizo llamar al enterarse de su captura, ofreciéndole con todo respeto la libertad incondicional. Pero esa apreciable hija de un señor ilustre no quiso salir libre mientras sus compañeras en cautiverio estuviesen privadas de ese mismo privilegio. Consecuentemente, todas las mujeres arrestadas recuperaron la libertad a instancia del Profeta. Safānah partió en seguida hacia Siria, donde su hermano había huido para salvar la vida. Cuando ella le relató su historia de la generosidad mostrada por el Profeta, el hasta entonces jefe de los Banī Tayy hizo un apremiante viaje a Medina. Se convirtió al Islām, y el Profeta lo reinstaló como jefe de su tribu.

Fue también en esos mismos días que el famoso poeta Ka'b ibn Zubair se hizo converso después de haber sido un fuerte opositor de la causa musulmana. Se immortalizó al escribir un elogio intitulado *Burdah*, en homenaje al Profeta.

Llegan diputaciones de las tribus árabes

Para ese entonces el Islām se había consolidado a través de Arabia. La noticia de su triunfo final llegó a toda la población, que por

años había seguido de cerca la pugna entre el Profeta y los quraish. El pueblo sabía que éstos habían torturado al Profeta y a sus seguidores por predicar la virtud y la Unidad de Dios y cómo, después de la fuga a Medina, se había tratado de exterminar a los musulmanes. Los acontecimientos se dieron a conocer a través de los peregrinos que, año con año, iban a las festividades de La Meca. El pueblo también había oído hablar de que el Profeta había vaticinado la desaparición de toda oposición al Islām, por lo que, ya consumada la derrota de los quraish, las diferentes tribus árabes empezaron a enviar diputaciones a Medina a fin de establecer relaciones con los musulmanes. El Profeta recibía a esos representantes a cuerpo de rey y les inculcaba con amabilidad los principios islámicos. Asignaba maestros para instruir a las tribus conversas en la religión en sus respectivos territorios. En la primera mitad del año 9 después de la Hégira llegaron a Medina delegaciones de puntos tan lejanos como Yemen, Hadraut, Bahrein, Ammán y las fronteras con Siria y Persia.

La expedición de Tabūk

El ascenso del Islām en la tierra de Arabia alarmó al imperio cristiano circunvecino. La jerarquía cristiana vio con recelo el rápido crecimiento de la nueva religión. Sin embargo, las simpatías de los musulmanes siempre estaban de lado de los judíos y los cristianos, ya que esas religiones se oponían al culto de los ídolos y del fuego. Según la profecía del *Qur'an*, el imperio romano vencería a la Persia pagana en un período de nueve años. Ahora, de pronto, los ejércitos persas asediaban a Constantinopla, después de haber conquistado las posesiones asiáticas del imperio romano, así como Egipto. Se acercaba la hora de la verdad señalada en el *Qur'an*: "Los romanos están vencidos, en una tierra cercana, y ellos, después de su derrota, ganarán la victoria dentro de nueve años. . . y en ese día los creyentes se regocijarán" (30:2-4). Se cumplió esta profecía cuando los musulmanes triunfaron en Badr, el mismo año en que el imperio romano recuperó su territorio perdido y cruzó las fronteras de Persia.

Sin embargo, el imperio romano no podía tolerar el creciente poder del Islām. Ya se había producido una escaramuza entre fuerzas cristianas y musulmanas en Mūtah; y ahora que se sabía en Siria que toda Arabia estaba jurando obediencia al Islām, se despertó la envidia religiosa de la Iglesia romana, que aspiraba convertir a Arabia al cristianismo. Con el fin de obstaculizar la difusión del Islām, la dirección cristiana comenzó preparativos para

un ataque contra los musulmanes árabes. El Profeta se enteró, además, de que las tribus cristianas de Arabia se habían unido a las huestes movilizadas por el César. La tribu de los Ghassān resultaba particularmente peligrosa para la paz de Arabia. Con base en esta inteligencia militar, el Profeta ordenó el envío de una expedición de combate a la frontera siria. Estaba pendiente de todos los peligros, ya fueran espirituales o materiales. Por lo tanto, no podía soslayar repetidos informes que indicaban que el César preparaba una guerra para poner fin al Islām.

Como la mejor defensa consistía en no permitir que el enemigo incursionara en territorio árabe, se hizo necesario realizar una larga marcha hasta la frontera. El Profeta llamó a todas las tribus a acudir a la defensa de su patria. Pero hubo muchos escollos para que la empresa se llevara a cabo con buen éxito: una travesía larga en la época del más abrasante calor, los cultivos que ya debían cosecharse y, sobre todo, el temor de las milicias árabes de batirse con las fuerzas disciplinadas y bien entrenadas del imperio romano. Además, no era posible atravesar los cientos de kilómetros de desierto a pie. Muchos musulmanes no contaban con caballos o camellos propios, no tenía el Profeta los medios para proporcionárselos. En esa coyuntura 'Uthmān ofreció mil camellos y diez mil dinares para la expedición. Seguidamente se formó un ejército de treinta mil hombres, y esa fuerza partió de Medina en el mes de Rajab del año 9 después de la Hégira.

A mitad del camino a Damasco, a una distancia de catorce días de marcha de Medina, se encuentra el paraje llamado Tabūk. El ejército musulmán se acantonó en el lugar, en espera de inteligencia militar relativa a los movimientos del enemigo. Al parecer, el poderío de la fuerza musulmana, combinado con el recuerdo de la victoria de tres mil musulmanes sobre sus cien mil adversarios en Mūtah, había desanimado a tribus enemigas como los Sassān, los Lakhm y los Judhām, entre otras. El César también abandonó su plan de invadir Arabia. Cuando el Profeta llegó a la frontera, todo estaba en paz. Si la conversión forzosa era la modalidad de los musulmanes, como los críticos no dejan de insistir, ¿pudo haber una mejor oportunidad que ese momento? El Profeta tenía a su disposición a treinta mil hombres bien armados, arrojados y devotos pero no se sabe de ninguna conversión durante la vasta operación. Incluso, si codiciaba una expansión territorial, ¿pudo haber una oportunidad más favorable? Después de la terrible hazaña de cruzar el desierto árabe en pleno verano, se encontraba a las puertas del territorio de sus enemigos, que no se presentaron a ofrecer resistencia. Con un rápido ataque sobre las tierras que yacían frente a él, quedaría bajo su poder la rica cuenca agrícola de Siria.

Pero su corazón carecía tanto de la pasión de la conquista territorial como de la necesidad de lograr conversiones a punta de espada. A pesar del elevadísimo costo y las penalidades de la marcha, después de veinte días de reconocimiento pudo verificar que se había esfumado el peligro y volvió atrás, de acuerdo con el mandato coránico: "Y combatid en el camino de Allāh contra aquellos que combaten contra vosotros, pero no seáis agresivos" (2:190). El enemigo no quiso combatir, de manera que, ¿cómo podía el Profeta batirse con él? De acuerdo con esto, antes de partir hacia Medina el Profeta realizó convenios con varios pequeños estados cristianos de la zona fronteriza para asegurar la paz.

Los hipócritas de Medina

Si bien la emigración a Medina había permitido al Profeta mayor campo de acción, dio también lugar a la consolidación definitiva de la oposición antimusulmana. Mientras se encontraban en La Meca, los quraish solían desquitarse con los musulmanes atormentando a individuos; pero ahora deseaban aniquilar hasta el último musulmán. El fortalecimiento del Islām en Medina también desasosegó a los beduinos, nómadas del desierto que hasta entonces sólo habían sido espectadores de la persecución de los musulmanes. En cuanto a los judíos, no tuvieron problemas con los musulmanes sino hasta cuando éstos invadieron su ámbito de influencia, esto es, Medina. Se registró a partir de entonces una creciente oposición judía. De un carácter distinto y singular fue otro antagonismo que la Huida acabó por engendrar; estas personas fueron llamadas los "hipócritas" por los musulmanes. El antiislamismo practicado por ellos resultó tan velado que, incluso, fingieron aceptar la Fe, pero con el objeto de destruirla desde dentro. El cabecilla de los hipócritas, 'Abd Allāh ibn Ubayy, había concentrado tanto poder en sus manos que estuvo a punto de coronarse como el soberano de Medina, cuando la llegada del Profeta puso fin a esas ambiciones. Al principio el antiguo déspota recurrió a la confrontación directa, pero, fallida esa política debido al fortalecimiento del Islām, adoptó la de la "hipocresía" como el medio más viable de minar la causa. De esta forma, llevó la máscara de musulmán hasta su muerte en el año 9 después de la Hégira, sin dejar de aprovechar en ese lapso cualquier oportunidad de perjudicar el movimiento islámico. A diferencia del enemigo declarado, cuyas maniobras son previsibles, los embusteros disfrazados de amigos crean peligros difíciles de identificar y eliminar. Así, los hipócritas lograron, como aparentes amigos del

Islām, ganar la confianza de los musulmanes auténticos, al tiempo que maquinaron golpes totalmente imprevistos. Por tener acceso a todos los planes y movimientos de los confiados musulmanes, 'Abd Allāh pudo mantener a los quraish al tanto mediante comunicaciones secretas. Trasciende, entonces, que el Islām naciente estuvo cercado por todas las formas concebibles de represión e intriga. El hecho de su triunfo final refleja la verdad que contiene el dicho: "Una planta cuidada por la mano de Dios resistirá la tormenta más furiosa."

La batalla de Uhud demostró que 'Abd Allāh era simplemente un embustero. Regresó a Medina frente a su contingente de trescientos hombres en el momento que se sintió seguro de que los quraish, con su fuerza de 3,000 efectivos, no saldrían del combate hasta derrotar a los musulmanes. Estimó que, al desertar de los musulmanes, éstos no sólo perderían una fuerza militar indispensable, sino también ánimo para combatir contra los quraish, que ahora podrían vencerlos aún más fácilmente. También prometió auxiliar a los Banī Nadīr en sus maniobras antiislámicas. Cuando, en la batalla de Ahzāb, 24,000 enemigos asediaron a Medina, los hipócritas se disculparon de participar en la defensa con el pretexto de tener que defender primero sus propias casas. Durante la expedición contra los Banī Muṣṭaliq, 'Abd Allāh trató de dividir a los Ayudantes y los Refugiados, y falló. En seguida del regreso a Medina acusó de lujuria a una mujer musulmana, 'A'ishah. Los hipócritas siempre desearon la peor de las suertes para los musulmanes, y esperaban sublevarse en el momento en que el enemigo obtuviera una ventaja, por mínima que fuera. El excesivo calor fue el pretexto que ofrecieron para no alistarse en vísperas de la batalla de Tabūk, cuando en realidad sólo tramaban quedarse atrás en Medina para tener manos libres en sus fechorías. Pero todos estos esfuerzos por debilitar al Islām resultaron en balde.

El amor del Profeta por sus enemigos

La historia ética y religiosa del mundo presenta, quizás, sólo una instancia de cumplimiento del ideal de "Ama a tu enemigo". El Profeta siempre trató con ternura a los hipócritas, que de hecho eran sus enemigos peligrosos. Sus traiciones no merecieron castigo alguno. Cuando 'Abd Allāh fracasó en su intento de crear una pugna entre los Ayudantes y los Refugiados, 'Umar propuso que fuera ejecutado. "No me place", le respondió el Profeta, "que la gente diga que Muhammad injusticia a sus propios camaradas." Empero, cuando a instancia de Abū 'Amir los hipócritas construyeron una mezquita en Medina para usarla como sede de la cons-

piración antiislámica, el Profeta la mandó quemar. Se había terminado la obra en vísperas de la expedición a Tabūk, y se invitó al Profeta a dirigir los rezos de la ceremonia de inauguración. Respondió, sin embargo, que acudiría a su regreso de la expedición. Entretanto, supo por revelación Divina que la mezquita en realidad era un antro de complots contra el Islām (9:107, 108). De vuelta en Medina, la mandó incendiar. Para cuando falleció a los dos meses, 'Abd Allāh era conocido entre los musulmanes como "el jefe de los hipócritas", puesto que por fin estaba comprobada su completa enemistad con el Islām después de su prolongada farsa de ser "musulmán". Su hijo del mismo nombre, un musulmán sincero, acudió al Profeta cuando murió el padre, para pedir en nombre del difunto dos favores: primero, el obsequio de su propia camisa para su uso como mortaja; y, segundo, su dirección personal de las exequias. Normalmente, esas atenciones sólo se daban a los amigos más queridos; pero el Profeta era demasiado generoso para negar un favor, aun tratándose de un enemigo encarnizado. Accedió, dándole su camisa para envolver el cuerpo. Cuando se disponía a decir las plegarias fúnebres, 'Umar trató de disuadirlo con el recuerdo de los actos traidores de 'Abd Allāh. El Profeta volvió a insistir en presidir las exequias, pero 'Umar le suplicó recordara el verso del *Qur'ān* que dice: "Aun si pides perdón para ellos setenta veces, Allāh no los perdonará" (9:80). "Entonces," replicó el Profeta, "yo pediría perdón más de setenta veces." Ya se comentó su magnanimidad para con los habitantes de La Meca, y ahora este enemigo iba a su sepulcro con el perdón generoso del Profeta. ¡Qué compasión más limpia! Muḥammad es sin duda el único personaje de la historia que merece reconocimiento como la "Misericordia para las Naciones" (21:107). Misericordia para el amigo y para el enemigo por igual.

El fin de los hipócritas

El fuego hostil de los hipócritas se fue apagando a raíz de la muerte de 'Abd Allāh ibn Ubayy. Gradualmente tomaron conciencia de la virtud del Islām, ya que todos sus intentos por detenerlo habían fallado completamente. Ahora que su jefe estaba muerto, empezaron a percibir la posibilidad de que la mano Divina movía al Islām. Muchos de ellos se convencieron de la verdad de la Fe y se convirtieron en musulmanes sinceros y devotos. Unos pocos no ingresaron en la hermandad, de acuerdo con el deseo Divino. Con respecto a estas personas, debe señalarse que no se les castigó en ninguna forma. No fueron ajusticiados ni desterrados, sino que sólo se

advirtió a los musulmanes que fueran precavidos con ellos. No fueron obligados al pago de limosnas (9:103). Esta actitud del Profeta revela el verdadero significado del jihād en el Islām. El mandato coránico del jihād reza así: "Oh Profeta, esfuérzate con ahínco contra los incrédulos y los hipócritas" (9:73). Si lo interpretamos a la luz del trato real que el Profeta dio a los hipócritas, forzosamente concluiremos que el jihād no significa derramar sangre por la propagación de la religión.

Así, durante su vida el Profeta vio la conclusión de la guerra vedada de los hipócritas, y desde entonces el Islām dejó de peligrar por las maquinaciones de sus enemigos, ya fueran externos o internos. No sólo quedó en el pasado la enemistad en el país, sino que los enemigos de antaño se volvieron amigos devotos. ¿Fue ese cambio algo que pudo realizar un ser humano? No, lo realizó la mano de Él, que mucho antes había anunciado: "Puede ser que Allāh traiga amistad entre vosotros y aquellos que consideráis enemigos. Y Allā es Indulgente, Misericordia" (60:7).

Año de diputaciones

Desde fines del noveno y durante todo el décimo año después de la Hégira hubo en Medina una fuerte afluencia de visitantes en representación de numerosas tribus. La diputación de la ciudad de Tā'if se entrevistó con el Profeta hacia finales del noveno año. Como se relató antes, en la batalla de Hawāzin, cuando parte del ejército derrotado se retiró detrás de las murallas de Tā'if, el Profeta sitió la población. Luego suspendió el sitio cuando tuvo la seguridad de que los defensores ya no representaban un peligro para los musulmanes. 'Urwah, el jefe de los Thaqif, se había ausentado para entrenarse en las artes marciales en Yemen. A su regreso, partió inmediatamente a Medina. Conocía los méritos del Islām y, además, había conversado con el Profeta en ocasión de la tregua de Hudaibiyah. Aceptó el Islām inmediatamente, y en adelante su mayor ocupación consistió en lograr que su gente obtuviera los beneficios de la religión. Por conocer personalmente la amargura de esa tribu, el Profeta quiso que desistiera de sus planes. Pero 'Urwah confiaba en su influencia sobre su gente, y aseguró al Profeta que, por el respeto que ésta le tenía, estaría completamente a salvo. Tan pronto llegó a Tā'if reunió a todo el pueblo, al que invitó a aceptar el Islām. Nada grave ocurrió hasta el amanecer del día siguiente, cuando hizo el llamado al rezo. De pronto los individuos más exaltados cercaron su casa y 'Urwah cayó muerto bajo la lluvia de flechas.

El asesinato de 'Urwah dio lugar a una lucha entre los habitantes de Ṭā'if y la tribu de los Hawāzin quienes ya eran musulmanes. Tiempo después los de Ṭā'if, viendo que el Islām prevalecía y que resultaba inútil resistir más decidieron aceptar la Fe. Para efectos de su conversión, nombraron a seis de sus jefes y una escolta de unos veinte hombres como sus representantes. Al recibirlos en Medina, el Profeta ni siquiera les exigió una explicación del asesinato de 'Urwah. Por su parte, ellos expresaron su disposición de aceptar el Islām, pero pidieron que su ídolo Lāt no fuera destruido hasta después de tres años, porque de otra manera se provocaría el disgusto de los ignorantes y de las mujeres. El Profeta rechazó la demanda. Finalmente los jefes solicitaron un plazo mínimo de un mes. Pero, ¿cómo podían ir juntos el Islām y la idolatría? El Profeta envió a Mughīrah a destruir el ídolo, porque los jefes temían que les costara la vida hacerlo por su propia cuenta.

Durante este año una diputación de Banī Tamīm consultó con el Profeta. Antes de terminar el noveno año, el Islām se había difundido a lo largo del este y del sur de Arabia. En su mayoría, los jefes de Yemen, Mahrah, Amman, Bahrain y Yamāmah ingresaron a la hermandad, ya fuera por medio de delegaciones o de epístolas. Por tradición, la raza árabe amaba su independencia, por lo que el pago de tributo de una tribu a otra se consideraba ignominioso. Por lo tanto, el pago de la limosna se convirtió en un obstáculo para muchas de las tribus. Se sentían atraídos hacia el Islām, pero no podían aceptar la humillación que para ellos significaba de pagar un impuesto, aunque éste hubiera sido instituido por mandato Divino. En ese mismo año también los cristianos de Mahrah y Yemen se convirtieron en musulmanes. Se envió a un predicador al jefe de Bahrain, Mundhir, quien aceptó el Islām sin vacilación. Tanto la tribu cristiana de los Banī Hanīfah como las tribus de Yamāmah, enviaron representantes a Medina.

Una delegación de dieciséis personas representó a la tribu cristiana de los Banī Taghlib, si bien el grupo cristiano más nutrido ascendió a setenta integrantes venidos de Najrān. Los jefes de estos últimos fueron 'Abd al-Masīh y 'Abd al-Hārith, respectivamente de las tribus de los Banī Kindāh y los Banī Hārith. Ambas tribus profesaban aún la religión de la Iglesia Apostólica Romana. Mientras que otras delegaciones se hospedaban en las casas de los musulmanes, se dio alojamiento a ésta en la Mezquita del Profeta donde, además, se permitió a los integrantes llevar a cabo rituales católicos. Se les invitó a abrazar el Islām, pero ellos deseaban ventilar sus puntos de vista en un debate. Sin embargo, cuando en la discusión rechazaron los argumentos claros y válidos de los musulmanes, el Profeta los convocó a participar en un

*mubāhalah*** . Pero los jefes cristianos, ya concientes de las virtudes del Islām, no osaron aceptar el desafío del Profeta, al mismo tiempo que no quisieron renegar su fe cristiana. Empero, antes de partir suscribieron un convenio con el Profeta.

En el año 10 después de la Hégira, el Profeta acogió a diputaciones de varias otras tribus yemenitas, entre las cuales debe mencionarse la de Bajlah. Esta tribu contaba con un templo propio llamado el Dhul Khalaṣah, considerado en Yemen la "Ka'bah de Yemen". Fue demolido el ídolo, Khalasaḥ, cuyo nombre llevaba el templo.

Dos jefes de Hadramaut, Wail y Ash'ath, se presentaron junto con un gran número de partidarios. Vestían ropa de seda. Cuando el Profeta les preguntó si deseaban abrazar el Islām, respondieron que a eso habían venido. Entonces el Profeta les dijo que se quitaran su vestimenta de seda y, hecho eso, admitió a todo el grupo al Islām. La misión de Muḥammad no se limitaba exclusivamente a la enseñanza de ciertos valores morales, sino que también abarcaba la liquidación de todos los males morales y sociales. De un solo golpe levantó a la humanidad caída en la ignominia, la depuró de todas sus costumbres perniciosas y le inculcó las modalidades puras y sencillas de la vida islámica. De hecho, le imbuyó una vida completamente nueva.

De esta manera, tribu tras tribu y clan tras clan enviaron sus diputaciones al Profeta en su afán de ser admitidos a la hermandad islámica. Una vez recibidos, solían pedirle que les fueran enviados tanto un maestro para instruirlos en la religión como un recaudador de sus contribuciones para los pobres.

Toda Arabia convertida al Islām

En resumen superado el período de las guerras, el pueblo árabe se unió íntegramente al Islām. Al final de un lapso de sólo dos años aproximadamente, en la vasta península árabe prevalecía una sola religión, el Islām, con la salvedad de unos pocos cristianos y ju-

* Entre las tribus de Yamāmah destacó el famoso impostor Musailmah. Pensó que Muḥammad se había convertido en profeta por medio de especulaciones ociosas sobre cuestiones Divinas. ¿Por qué no había de hacerlo él mismo? Se proclamó profeta, pero murió en combate durante el califato de Abū Bakr.

** Véase el *Qur'ān*, 3:36. En un *mubāhalah* se invoca el fallo Divino mediante plegarias después de que el debate ha fracasado. Ambas partes piden a Dios que aquella que rechace intencionalmente la verdad, sufra una calamidad celestial que sirva de advertencia a los demás.

días. * Resonaba por todas partes el grito de *Allāhu Akbar*. ¡Un fenómeno maravilloso! Poco tiempo atrás el Profeta había tratado en vano de invitar al Islām a las tribus en peregrinación a La Meca, y ahora esas mismas tribus deseaban honrarse con ser admitidas a la grey musulmana.

Principios islámicos de guerra

Al hablar sobre las más importantes batallas en las que el Profeta se vio obligado a batirse con los quraish, se ha demostrado que todas tuvieron un carácter defensivo, desde el punto de vista musulmán, y que esos enemigos asediaron a Medina en tres ocasiones con el propósito de aniquilar al Islām. Pertenecen a la misma categoría las guerras con otras tribus y con los judíos y los cristianos. Asimismo, se ha señalado que el Profeta en ningún caso montó expediciones con ánimo de proselitismo o de expansión territorial. Pero existe un malentendido tan grande en esta cuestión, que precisa volver a examinar toda la situación a la luz de lo escrito en el *Qur'an*. La afirmación en el sentido de que el Profeta predicó su Fe a punta de espada no es sino un mito. El principio básico del Islām, de fe en todos los profetas del mundo, basta para desmentir ese argumento. La mente grande y liberal que predicó no sólo amor y respeto por los fundadores de todas las grandes religiones del mundo, sino también, mucho más que eso, "fe en ellos", no podía rebajarse al nivel de una intolerancia estrecha ante esas mismas religiones. En realidad, la palabra "tolerancia" no expresa adecuadamente el alcance de la actitud del Islām con respecto a otras religiones. Predica amar a todas por igual, respetar a todas por igual, tener fe en todas por igual.

Por otra parte, no se puede imputar una actitud intolerante al *Qur'an*, cuyo texto excluye totalmente la compulsión en el con-

* No obstante, todavía había hombres que no habían perdido la esperanza de dar un golpe mortal al Islām. Dos de ellos, 'Amir y Arbad, resolvieron asesinar al Profeta mediante un engaño. De acuerdo con su plan, 'Amir abordaría al Profeta en una conversación, en tanto Arbad se le acercaría sigilosamente para matarlo con su espada. Con esa intención salieron a la calle, donde encontraron al Profeta. 'Amir se puso a hablar con él, como se había convenido, pero Arbad no pudo encontrar el valor de cumplir su papel. Por fin, cuando 'Amir comprendió que el plan resultaba ser un fiasco, pidió al Profeta una entrevista en privado que, para su sorpresa, éste le negó. 'Amir era el jefe de una tribu muy poderosa, de manera que se despidió diciendo al Profeta que pronto enviaría contra él una fuerza arrolladora de caballería e infantería. Después, el Profeta solamente suplicó en sus oraciones que Dios lo protegiera pronunciando estas palabras: "¡Oh Allāh! Defiéndeme contra 'Amir ibn Tufail." Y, por asombroso que parezca, ese enemigo del Islām murió de la peste en su camino de regreso, antes de poder comunicarse con su gente.

texto de la religión. Ordena claramente: "No hay obligación en la religión" (2:256). De hecho, el *Qur'an* está repleto de planteamientos en el sentido de que la fe es una cuestión personal en esta o aquella religión; que si acepta la verdad, es para su bien, y que si se apega al error, es para su pesar (6:105; 17:7; 18:29; 76:3).

Ciertamente se permitió al Profeta combatir, pero ¿con qué objeto? No para obligar a los incrédulos a aceptar el Islām, lo cual resultaba contrario a todos sus principios. No, combatió con el propósito de establecer la libertad religiosa, de poner coto a toda persecución religiosa, de proteger las casas de Dios de todas las religiones, las mezquitas entre ellas: "Y si Allāh no repeliese a alguna gente con otra, los monasterios y las iglesias y las sinagogas y las mezquitas, en las que mucho se recuerda el nombre de Allā, habían sido destruidas" (22:40).

Asimismo: "Y combatidlos hasta que no exista la persecución, y la religión es solamente para Allāh" (2:193). Y nuevamente: "Y combatidlos hasta que no haya más persecución y todas las religiones sean para Allāh" (8:39).

Ya se han descrito las condiciones de permiso de combatir que tuvieron los musulmanes. Todo estudiante de la historia islámica sabe que el Profeta y su acompañante estuvieron sujetos a persecuciones ensañadas cuando el Islām empezó a avanzar en La Meca y que, cuando más de cien de ellos huyeron a Abisinia, se agudizó aún más la persecución. Con el tiempo los musulmanes de La Meca se vieron obligados a refugiarse en Medina; pero tampoco allí estuvieron a salvo, porque el enemigo recurrió a la espada para aniquilar totalmente al Islām y a los musulmanes. El *Qur'an* habla sobre esto expresamente: "El permiso (para combatir) se otorga a aquellos contra quienes se hace la guerra, porque están oprimidos. Y ciertamente Allāh es capaz de ayudarlos. . . Aquellos a quienes se expele de sus casas sin razón justa, excepto porque dicen: Nuestro Señor es Allāh" (22:39, 40). Más adelante se dio la condición expresa: "Y combatid en el camino de Allāh contra aquellos que combaten contra vosotros pero no seáis agresivos. Ciertamente Allāh no ama a los agresores" (2:190).

Así, pues, permitió la guerra sólo como medio para que un grupo perseguido pudiera salvarse de opresores poderosos, razón por la cual se impuso la condición de que el combate debía terminar tan pronto como la persecución cesara: "Pero si ellos desisten, entonces ciertamente Allāh es Indulgente, Misericordioso. Y combatidlos hasta que no exista la persecución" (2:192, 193). Si el enemigo ofrecía paz, la paz debía aceptarse, aun cuando la intención de éste fuera sólo el engaño: "Y si se inclinan hacia la paz, inclínate tú también hacia ella, y confía en Allāh. Ciertamente Él

es el Oyente, el Conocedor. Y si intentan engañarte, entonces ciertamente Allāh se basta" (8:61, 62). El Profeta hizo las paces con sus enemigos, como la paz surgida de la tregua de Ḥudaibiyah, a pesar de las condiciones desventajosas y hasta humillantes para los musulmanes. De acuerdo con una de las cláusulas de este tratado, "si un incrédulo se convierte al Islām y se pasa con los musulmanes, debe ser devuelto; pero si un musulmán se pasa con los incrédulos, no debe ser devuelto a los musulmanes." Esta cláusula de la tregua de paz acaba con todos los argumentos que pretenden convencernos de que Muhammad usó la fuerza. Además, demuestra su profunda convicción de que los musulmanes no volverían a ser incrédulos y que los nuevos conversos no dejarían de abrazar el Islām al no poderseles dar asilo. Y tales expectativas resultaron ser correctas, puesto que ni un solo musulmán renegó del Islām, en tanto que muchísima gente se unió al Islām y, al no poder asilarse en Medina, estableció una colonia en un territorio neutral propio.

Es un error suponer que las condiciones susodichas se anulaban en algún momento. La condición de "combatir a aquellos que combaten contra vosotros" continuó en vigor hasta el final. La última de las expediciones que encabezó el Profeta, la de Tabūk, representó una marcha larga y penosa para su ejército de 30,000 hombres, que no encontraron enemigo alguno al llegar a su objetivo. Al faltar la condición de "aquellos que combaten contra vosotros", el Profeta ordenó el repliegue, sin permitir que sus tropas incursionaran en territorio enemigo. No se conoce un solo caso de una expedición militar destinada a lograr la conversión de la gente por la fuerza; incluso no se registró instancia alguna en que el Profeta haya exigido a un hombre creer en el Islām o, en caso contrario, morir. Es simplemente obra de la imaginación pensar que la guerra se hacía para obligar al pueblo a aceptar el Islām. El enemigo, en cambio, sí recurrió a la guerra como medio para disuadir a los musulmanes de continuar con su religión, como aclara el *Qur'ān*: "Y ellos no dejarán de combatirnos hasta apartaros de vuestra religión, si pueden" (2:217).

También se insiste en que el *Qur'ān* prohíbe las relaciones amistosas con los seguidores de otras religiones. ¿Cómo puede ser que un libro que permite a un hombre de desposar a una mujer que profesa otra religión (5:5) afirme en la siguiente línea que no se permiten las relaciones amistosas con los creyentes de otras fés? El vínculo amoroso entre marido y mujer constituye la relación más íntima de todas, y como eso se permite expresamente, no existe razón alguna para suponer que se prohíban las relaciones amistosas de otra índole. El hecho es que la confraternización

prohíbe respecto a aquellos que no os combaten por la religión, ni os sacan de vuestros hogares, para que os mostréis bondadosos con ellos y los tratéis con justicia. Ciertamente Allāh ama a los que hacen justicia. Allāh solamente os prohíbe respecto a aquellos que con ellos y los tratéis con justicia. Ciertamente Allāh ama a los que hacen justicia. Allāh solamente os prohíbe respecto a aquellos que combaten con vosotros por la religión, y os echan de vuestros hogares y ayudan (a otros) en vuestra expulsión, el que hagáis amistad con ellos; y quienquiera que haga amistad con ellos, éstos son los que obran mal" (60: 8, 9).

También puede mencionarse aquí otro malentendido muy común. Se cree que el *Qur'ān* dicta la pena capital para quienes abandonen la religión del Islām. Esta idea ño tiene fundamento alguno. Aunque el *Qur'ān* habla repetidamente de gente que vuelve a la incredulidad después de creer, no afirma en ninguna parte que tales personas deban ser ajusticiadas o castigadas: "Y quienquiera de vosotros que reniega de su religión, muere entonces como infiel: éstos son aquellos cuyas obras no tienen ningún valor en este mundo en el Más Allá" (2:217). Y en otra cita: "Oh vosotros que créis, si cualquiera de vosotros se volviera atrás en su religión, entonces Allāh traerá a un pueblo, al que ame y el cual lo ame a Él" (5:54). Y también se habla de que aquellos que no crean después de creer, y cuya incredulidad luego aumente, no recibirán aceptación de su arrepentimiento y serán los que yerren el camino.

Por otra parte, el *Qur'ān* habla de un plan de los judíos de primero adoptar el Islām para luego abandonarlo, creando así la impresión de que el Islām no era una religión que valiera la pena profesar (3:71). Tal proyecto nunca se les hubiera ocurrido en Medina durante el régimen musulmán si la ley coránica hubiera instituido la pena capital para los renegados. Este concepto erróneo parece haberse originado en el hecho de que los renegados que se aliaban con los enemigos eran tratados, desde ese momento, como enemigos; o en el hecho de que cuando un renegado mataba a un musulmán, se le ajusticiaba, no por renegado sino por homicida.

Capítulo IX

LA PEREGRINACION DE DESPEDIDA

“Este día he perfeccionado para vosotros vuestra religión y completado Mi favor” (5:3).

Se aproximaba el fin del noveno año, pero Arabia aún no estaba totalmente purgada de la idolatría. Una parte del pueblo todavía se aferraba a su forma ancestral de religión. Hasta entonces, por lo tanto, las peregrinaciones del Profeta habían sido del orden del *'umrah*, esto es, de peregrinaje menor. Sin embargo, para ese momento el Islām se había difundido por toda la península arábiga, quedando ya muy pocas tribus idólatras, comparativamente hablando. Así que por primera vez un grupo de musulmanes, encabezado por Abū Bakr, se dirigió a La Meca para realizar la peregrinación mayor. A los pocos días 'Alī fue enviado a La Meca para que proclamara que, en adelante, los politeístas no podrían realizar la peregrinación. Esa proclamación constituyó, en realidad, una especie de profecía, ya que vaticinaba la conversión de toda Arabia, es decir, que no quedaría ni un politeísta para participar en la peregrinación. Al año siguiente, el 10 después de la Hégira, todo el país se encontraba dentro de la grey, y en esa oportunidad el Profeta en persona emprendió la peregrinación. ¡Qué impresionante espectáculo! En esta ocasión hasta 124,000 peregrinos árabes procedentes de toda la península convergieron en La Meca, sin que hubiera un solo politeísta entre ellos. Por donde volteara el Profeta, veía multitudes de amigos devotos.

Pero si bien el Profeta alcanzó a ver esa asombrosa escena del triunfo final de la Verdad, también se le dio a entender que, coro-

nados sus esfuerzos con éxito, llegaba el momento de su retiro de la vida terrenal. Toda Arabia ya estaba unida en la grey del Islām, a la vez que éste representaba el perfeccionamiento definitivo de la religión en el mundo. Como le hizo comprender la palabra Divina: "Este día he perfeccionado para vosotros vuestra religión y completado Mi favor" (5:3). De ese momento en adelante, nunca haría falta la aparición de otro mensajero, puesto que lo requerido por la religión se hallaba en el *Qur'an*, fuente única del conocimiento Divino para la posteridad. Sin duda, la gran peregrinación a La Meca fue una ocasión portentosa para dar a conocer la noticia trascendental y feliz del perfeccionamiento de la religión. Ese centro religioso destacaba singularmente en la historia de la humanidad debido a que sus recintos sagrados nunca habían sido manchados de sangre a causa de rencillas seculares. Y ahora esta multitud de peregrinos, libre de los conflictos de la vida cotidiana, estaba entregada con todo su ser a la veneración de su Dios. Entre los integrantes de la congregación reinaba suprema la igualdad humana, no se distinguía entre rey y siervo, todos estaban unidos para rendir homenaje a su Señor y cada corazón pulsaba con temor reverente.

El sermón de Minā

Los peregrinos escucharon de labios del Profeta un sermón extraordinario. En el campo de Minā, y montado en un camello, se dirigió a la multitud. Ésta repitió en voz alta sus palabras, de manera que fueron transmitidas perfectamente a lo largo de la asamblea. Y, como todas las tribus y todos los clanes árabes estaban representados allí, posteriormente el mensaje se difundió por la península entera:

"¡Oh pueblo! Prestad atención a mis palabras, por que yo no sé si alguna vez tendré la oportunidad de volver a encontraros aquí. *

"¿Sabéis qué día es hoy? Éste es el *Yaum al-Nahr* (Día Sagrado del Sacrificio). ¿Sabéis qué mes es ahora? Éste es el mes sagrado. ¿Sabéis qué lugar es éste? Ésta es la ciudad sagrada. Así que os comunico que vuestras vidas, vuestros bienes y vuestro honor deben ser tan sagrados entre unos y otros como lo es este día sagra-

* Obviamente, el Profeta se había percatado de su fin al escuchar el verso que anunció el perfeccionamiento de la religión, el cual se le reveló el día 9 de Dhu'l-Hajj, en la llanura de 'Arafāt. El objetivo de su misión, como bien sabía, era perfeccionar la religión como instrumento de la Verdad. Según parece, al enterarse de que ese perfeccionamiento ya se había logrado, llegó a la conclusión de que su presencia en la tierra no se requería más.

do en este mes sagrado en esta ciudad sagrada. Que los presentes lleven este mensaje a los que están ausentes. Estáis por conocer a vuestro Señor, Quien os hará responder por vuestros actos.

“Este día se perdonan todas las sumas de interés, incluyendo la de ‘Abbās ibn ‘Abd al-Muttalib. Este día se cancelan las venganzas por los asesinatos cometidos en los días de ignorancia y, sobre todo, se perdona el asesinato de Rabi’ibn Hārith.

“¡Oh pueblo! Este día Satanás ha perdido toda esperanza de restablecer su poder en esta tierra vuestra. Pero si vosotros lo obedecieráis hasta en cosas que os parecen insignificantes, él se complacerá. Por eso, debéis estar alertas contra él en materia de vuestra fe.

“Entonces” ¡Oh pueblo mio! Tenéis ciertos derechos sobre vuestras esposas, al igual que vuestras esposas sobre vosotros. . . Dios las encomienda a vuestras manos, por lo que debéis tratarlas con toda amabilidad. . . Y en cuanto a vuestros esclavos, asegurados que coman lo que vosotros coméis, y que vistan lo que vosotros vestís.

“¡Oh pueblo! Escuchad lo que digo y tomadlo a pecho. Debéis saber que cada musulmán es el hermano de otro musulmán. Todos vosotros sois iguales, todos sois miembros de una hermandad en común. Se prohíbe que cualquiera de vosotros tome de su hermano más de lo que ese hermano quiere dar voluntariamente. No seáis vosotros tiranos con vuestra gente.”

Luego el Profeta gritó a todo pulmón: “¡Oh Señor! He entregado Tu mensaje,” y el valle retumbó con la respuesta al unísono de miles de voces humanas: “Sí que lo has hecho.”

La dolencia final

A su regreso de la peregrinación de despedida, de haber recibido la feliz nueva del perfeccionamiento de la religión y de haber hecho entrega de su mensaje final, el Profeta anticipaba en todo momento el reencuentro con su Señor. Hacia finales del mes de Safar, en el año 11 después de la Hégira, enfermó. Poco antes había puesto en marcha una empresa que serviría a los musulmanes como ejemplo de la igualdad humana llevada a la práctica. Remitió órdenes al ejército de ir a la frontera con Siria bajo el mando de Usāmah, hijo del ex esclavo Zaid, quien murió en una expedición anterior a esa área. A pesar de su dolencia, dio a Usāmah el estandarte personalmente, y asignó a hombres de la talla de Abū Bakr y ‘Umar a la tropa. El ejército de la igualdad se concentró cerca de Medina, pero la marcha se pospuso cuando de pronto la con-

dición del Profeta agravó. Con el consentimiento de todas sus esposas, se determinó que Muhammad guardaría cama en la casa de 'A'ishah, quien se mantuvo en su cabecera y lo cuidó hasta su último respiro. Si bien Muhammad se levantaba de su cama para presidir como siempre las plegarias en la mezquita, se había debilitado demasiado para decirlas en voz alta. En una de esas ocasiones, se precisó mojar con agua y vendar su cabeza antes de salir. Después de rezar, dirigió la palabra a los congregados, diciéndoles que Dios había ofrecido a uno de Sus siervos escoger entre la vida en la tierra y la vida con Él, y que el siervo prefería la segunda opción. Abū Bakr se dio cuenta al instante de que el Profeta se refería a su ya próximo fin, y lágrimas manaron de sus ojos. Seguidamente Muhammad ordenó cerrar todas las puertas de la mezquita que daban al atrio, con la excepción de la de Abū Bakr. Por último, aconsejó a los Refugiados mostrarse amables en todo momento con los Ayudantes.

Abū Bakr nombrado Imam

Al día siguiente, el Profeta desfalleció al grado que no pudo levantarse para hacer sus abluciones al oír el llamado de Bilal. Dijo que se debía pedir a Abū Bakr que oficiara los rezos en su lugar. 'A'ishah quiso disculpar a su padre del oficio insistiendo en que era un hombre de sentimientos tan fuertes que derramaría lágrimas al recitar el *Qur'an*, además de que su voz no se escuchaba bien. Pero el Profeta persistió, no obstante las continuas objeciones de 'A'ishah y de ese día en adelante Abū Bakr ofició en la mezquita. Varios días más tarde el Profeta, sintiéndose con más fuerzas, se asomó de la cortina que separaba sus habitaciones de la mezquita y se introdujo en el recinto donde rezaban los musulmanes. Su rostro reflejó la alegría de observar cuan devota y humildemente se prestaban sus discípulos para rezar, en su ausencia, a su Señor. Respondió al cuadro con gran felicidad, pero el esfuerzo lo había agotado y tuvo que volver sobre sus pasos.

El fallecimiento del Profeta

Lo anterior sucedió un lunes, dejando a los acompañantes del Profeta con la impresión de que estaba convalesciente. Todos reanudaron por lo tanto sus actividades normales, y Abū Bakr fue a visitar a su familia en Sunh. Pero al poco tiempo el Profeta sufrió un colapso, y 'A'ishah le dio su apoyo. En esos momentos un pariente

de ella entró en la habitación con una ramita verde en la mano. El Profeta hizo un gesto para que se la dieran y, frotándose los dientes con ella, lavó bien su boca. Inmediatamente desmejoró, yéndose sus últimas energías en unos instantes. Murmuró un rezo cuyas palabras finales fueron: "¡Señor! Bendita unión en lo Alto". El Profeta, habiendo cumplido lealmente sus obligaciones con sus compañeros terrenales, ahora regresaba al seno amante de la armonía celeste. Esto ocurrió el lunes 12 de Rabī al-Awwal (7 de junio). Muhammad falleció a la edad de 63 años.

La noticia de la muerte del Profeta se difundió con la rapidez de un relámpago, y el pueblo llegó en tropel a la mezquita de Medina. 'Umar tomó el aviso como un rumor malicioso esparcido por las malas lenguas. ¿No había estado el Profeta en la mezquita con él y los demás apenas hacía un rato? ¿No parecía estar en recuperación? Seguro de su impresión, 'Umar habló a la multitud, insistiendo en que el Profeta no podía estar muerto. Con su espada desenvainada, advirtió que quien persistiera en afirmar su muerte buscaría la suya propia. En eso, Abū Bakr irrumpió en el atrio y se encaminó directamente a la habitación de su hija 'A'ishah. El Profeta yacía cubierto por una mortaja. Al descubrirse el rostro del Profeta, quedó confirmada la dolorosa noticia. Entonces, Abū Bakr besó la frente de su Conductor muerto y exclamó: "¡Dios no te traerá dos veces la muerte!"

El sermón de Abū Bakr

Abū Bakr entró entonces en la mezquita y, de pie en el púlpito, empezó un sermón con estas palabras: "¡Oh pueblo! Para quienes haya adorado a Muḥammad ¡mirad! Muḥammad en verdad está muerto. Pero quienes hayan adorado a Allāh, ¡mirad! Allāh está vivo y nunca morirá." Sólo una persona de gran valor moral podía decir tales palabras en un ambiente cargado con el dolor de la pérdida. Allí estaba 'Umar con una espada presta a decapitar al que afirmaba la muerte del Profeta. Pero los musulmanes cuyos corazones habían sido tocados por el Gran Profeta se dedicaban en cuerpo y alma a la adoración de un Dios Único. De no haber sido por su fervor con respecto a la Unidad de Dios, podrían haber sentido mucho resentimiento al escuchar las palabras de Abū Bakr. Pero eso no sucedió y el predicador continuó, citando el siguiente verso coránico: "Muḥammad no es más que un mensajero: otros mensajeros han pasado antes que él. Entonces, si él muere o lo matan, ¿os daréis la vuelta sobre vuestros talones?" (3:143). Puesto que la misión del Profeta, esto es, comunicar la voluntad Divina

a la humanidad, ya se había cumplido, su muerte no podía dañar la religión y, por lo tanto, no había razón por tanta pena. ¿No habían muerto todos los profetas anteriores a él? Como ellos, Muḥammad también era mortal y tenía que morir como cualquier hombre. El Profeta no fue exento de la ley de la naturaleza que se aplica a todos por igual. Si uno solo de los profetas anteriores se hubiera escapado de la muerte, luego los musulmanes algo tendrían que lamentar. Pero todos sus predecesores habían muerto, por lo que la muerte de Muḥammad nada tenía de extraordinario. El sermón de Abū Bakr tuvo el efecto de calmar a los fieles presentes, y el citado verso coránico se hizo muy popular. Consoló los corazones heridos de los musulmanes, que vivían una enorme pena moral por la pérdida de su Conductor. Se sometieron alegre y resignadamente a la voluntad de Dios. Profeta o no profeta, tarde o temprano todos los seres humanos deben partir de este hogar terrenal. Sólo Allāh es Eterno.

Capítulo X

LA MORAL SUBLIME DEL PROFETA

“Y ciertamente tú tienes una moral sublime” (68:4).

“Sin duda vosotros tenéis en el Mensaje-ro de Allāh un excelente (hombre) ejemplar” (33:21).

Un hombre ejemplar

“La moral del Profeta es el *Qur'ān*,” dijo su esposa 'Ā'ishah, quien conocía mejor que nadie su vida íntima, para resumir toda la gama de las costumbres de Muhammad. En otras palabras, sus modales en la vida cotidiana reflejaron fielmente las enseñanzas del *Qur'ān*, porque éstas se habían plasmado en su persona. De la misma manera que el Libro de Dios forma un código de la conducta adecuada para el despliegue de las amplias facultades del hombre, la vida del Profeta constituye una manifestación de esa conducta en todos sus aspectos. Por lo tanto, un musulmán dispone de dos puntos de orientación: el *Qur'ān* como el planteamiento de los preceptos, y la vida de Muhammad como un ejemplo perfecto de los preceptos escritos.

La sinceridad fue el principio que dio forma al carácter del Profeta. Amó la virtud en sí. Su conducta limpia, que prestó gran atractivo a su carácter, no fue algo adquirido por él del exterior, sino una expresión de su propia naturaleza. Hacía todo con sus propias manos. Si deseaba que un mendigo recibiera una limosna, con sus propias manos la ponía en las de éste. Ayudaba a sus es-

posas en el trabajo doméstico; él mismo ordeñaba sus cabras, remendaba su ropa y reparaba su calzado; personalmente desentpolvaba la casa y ensillaba y cuidaba su camello. Para él no había tareas demasiado serviles. Como se recordará, cuando se cavó una zanja infranqueable para la defensa de Medina, laboró hombro a hombro con el pueblo, al igual que anteriormente en la construcción de la mezquita. Y no sólo hacía las compras de víveres para su casa, sino también para sus vecinos y amigos. El fin, valoraba todas las faenas, por rudas que fueran, no obstante su alta investidura como el Profeta. Así, demostró en la práctica mediante su ejemplo personal que el oficio de un hombre, independientemente de su nivel, no constituye el criterio de su posición. Por el contrario, lo que determina el grado de excelencia de una persona es su conducta en sus relaciones con los demás. Por consiguiente, tanto un peón caminero como un leñador son miembros tan respetables de la hermandad Islámica como un rico comerciante o un alto dignatario.

La sencillez

Todas las acciones y movimientos de Muḥammad se caracterizaron por su sencillez y naturalidad. Chocaba con su naturaleza cualquier cosa con sabor a artificialidad. Cuando montaba, con gusto dejaba que otra persona lo acompañara sentado detrás de él. Como no le agradaba que sus acompañantes se pusieran de pie cuando llegaba, acabó por prohibirselos en estos términos: "no os levantéis para recibirme como lo hacen los de 'Ajam (no-árabes)", añadiendo que era una humilde criatura de Dios que comía como los demás comían y se sentaba como los demás se sentaban. En otra ocasión, cuando un hombre pretendió besarle la mano, la retiró observando que ésa era la conducta que los no árabes tenían para con sus reyes. Aceptaba todas las invitaciones, hasta las de esclavos. Comía en compañía de personas de todo nivel social. En las reuniones, a veces guardaba silencio durante largos ratos. Si había de qué hablar, hablaba, pero no le agradaba charlar por charlar. No se consideraba más importante que los demás. Al caminar, la gente iba delante o atrás de él, indiferentemente. Sentado entre un grupo de personas, no se le notaba nada conspicuo. Un extraño no podía distinguirlo del resto y tenía que preguntar cuál de todos era el Profeta. Su disposición sencilla coloreaba sutilmente los más insignificantes de sus actos. Al sentarse sobre el suelo con las piernas dobladas, se cuidaba de que sus rodillas no sobresalieran con respecto a las de las otras personas. En las con-

versaciones, nunca interrumpía a sus interlocutores. Y en momentos en que cundía el buen humor entre sus acompañantes, el Profeta, con toda naturalidad, sonreía con ellos. Hablaba tan pausadamente que sus interlocutores podían, incluso, contar sus palabras.

Sus hábitos en la vida cotidiana también tuvieron el sello de la sencillez. Todo lo que se le ofreciera, él aceptaba de buena gana. En cuestión de comidas, sin embargo, si se servía al Profeta un alimento que no le parecía bien, no lo comía, pero sin una palabra de desaprobación. Cuando le daban a comer un manjar, lo tomaba, pero generalmente prefería sólo un platillo por comida. La limpieza le complacía mucho. Tenía un gusto especial por la miel de abeja, así como por el corazón de ciertas verduras. Tenía aversión por los alimentos malolientes, como las cebollas. Sentado para comer, no se recostaba. Si llegaba a una casa como invitado a cenar, pero acompañado de otras personas, para no poner en aprieto a su anfitrión, echaba una indirecta cortés para una y otra de las partes.

Asimismo, Muhammad vestía con sencillez. No le importaba llevar puesta ropa remendada, pero tampoco se desprendía de una vestimenta elegante. No le agradaba que los hombres vistieran de seda, porque quería que lucieran varoniles. Personalmente vestía con gran pulcritud. Para sellar su firma en las epístolas a los monarcas mencionadas con anterioridad, mandó hacer una sortija de sello que desde entonces siempre llevaba puesta.

En las pequeñas habitaciones de su vivienda de adobe, los únicos muebles eran camas y aguamaniles, austeridad que no cambió ni después de su victoria sobre los judíos de Khaibar. En ocasión de su boda con Safiyyah, el banquete consistió en alimentos llevados por los invitados, más cebada molida y dátiles que sirvieron los novios. Ésa fue una época en que por días seguidos no se prendía la hoguera ni se comía más que dátiles con agua en la casa del Profeta. Para él, este mundo sólo era una estancia efímera, consideración que planteó una vez en esta observación: "Mi caso lo comparo con el de un viajante montado que se detiene al mediodía bajo la sombra de un árbol, descansa un poco y luego sigue su camino."

En todos sus hábitos Muhammad combinaba exquisitamente el aseo con la sencillez. Varias veces al día lavaba sus dientes con un cepillo formado con las fibras de una ramita. Mantenía su cuerpo impecablemente limpio, lavaba y cepillaba su barba con frecuencia y era pulcro en general. Le agradaba usar perfume.

Su amor por los amigos

El Profeta amaba entrañablemente a sus amigos. Al estrecharles la mano, nunca era el primero en retirarla. Saludaba a todos con rostro sonriente, y a veces gustaba de intercambiar dichos agudos y chistes inofensivos. Conversaba libremente, sin artificios encaminados a crear una imagen de superioridad o vanagloria. Cargaba y abrasaba a los hijos pequeños de sus amigos, como si él fuera su padre. Le disgustaba la crítica ociosa y no permitía a sus visitantes hablar mal de ninguno de sus amigos, porque, como decía él, prefería tener un buen concepto de todos ellos. Siempre se adelantaba a sus amigos en saludar con un apretón de manos, llamándolos a veces por su apodo cariñoso. Respetaba los defectos de los demás evitando incluso hacer alusión a ellos. Asimismo, en sermones ante grupos grandes, al tocar el tema de cómo superar determinados defectos personales, no dejaba que ninguno de los presentes se sintiera señalado con especialidad. Aunque detestaba la falsedad y la mentira, no se ofendía cuando lo insultaban. En materia de desobediencia de sus órdenes, el Profeta mostró su maderera en la batalla de Uḥud, cuando los arqueros abandonaron sus posiciones, causando con esa desobediencia que Muḥammad sufriera la pérdida de varios de sus más cercanos amigos, así como heridas personales. No los sometió a consejo de guerra, no los castigó y ni siquiera los regañó. Al grueso del ejército que huyó ante el ataque enemigo, sólo les hizo saber que se habían propasado.

Su generosidad con los enemigos

La generosidad que el Profeta brindaba hasta a sus enemigos no tiene parangón en los anales del mundo. 'Abd Allāh ibn Ubayy fue un adversario tenaz del Islām que dedicó todo su tiempo durante años a incitar a los quraish y judíos a aplastar a los musulmanes y su Fe. Sin embargo, al morir éste, el Profeta pidió al Señor que lo perdonara por sus agresiones y luego, en otro gesto magnánimo, obsequió su camisa como mortaja para envolver el cuerpo del difunto. A los habitantes de La Meca, que por años habían torturado a él y sus amigos, les concedió una amnistía general después de vencerlos. Trece años de persecuciones y conspiraciones quedaron absolutamente perdonadas y olvidadas. A los prisioneros de guerra, que en una ocasión ascendían a 6,000, se les ponía en libertad. 'A'ishah afirmó que su esposo, el Profeta, nunca se vengó de una ofensa hecha contra su persona. Sin duda hubo casos, aunque muy pocos, en que hubo necesidad de infligir castigos, pero

todos fueron de personas que cometieron traiciones tan horrendas que el perdón no hubiera tenido el efecto de reformarlos. Dejar que tales transgresores anduvieran sueltos habría sido el equivalente de una carta blanca para la continuación de sus fechorías. Nunca se impuso un castigo si existía la menor posibilidad de que el perdón sirviera como medio para prevenir agresiones, cuando no como una medida reformativa. La generosidad se brindó a los seguidores de todas las religiones: judíos, cristianos, idólatras, a todos por igual.

En la administración de la justicia, el Profeta fue escrupulosamente ecuánime. Tanto el musulmán y el no musulmán como el amigo y el enemigo, a sus ojos todos merecían el mismo trato. Aun antes del Llamado, se le conocía como un hombre imparcial, honesto e íntegro, a quien la gente llevaba sus disputas para ser resueltas. En Medina, tanto los idólatras como los judíos lo aceptaron como el árbitro de todas sus querellas. No obstante la profunda malicia que los judíos mostraron por el Islām, cuando en una ocasión presidió una audiencia para solucionar un problema surgido entre un musulmán y un judío, el Profeta falló en favor del judío, creando la posibilidad de que los amigos musulmanes del perdedor, o incluso toda su tribu, se convirtieran en enemigos. Y en esa época en que el Islām aún era frágil y oprimido, una nueva enemistad hubiera podido causar mucho daño. Verdaderamente, Muhammad encarnó el verso coránico que reza: “No permitáis que el odio de un pueblo os incite a no actuar con equidad. Sed justos; eso está más próximo al cumplimiento del deber” (5:8). Advirtió a su propia hija, Fāṭimah, que sólo sus actos personales le ayudarían en el día del juicio, y que si obraba mal, recibiría un castigo como cualquier otro miembro de la hermandad musulmana. En su lecho de muerte, inmediatamente antes de morir, el Profeta anunció para que todos lo supieran: “Si debo algo a alguien, que éste lo reclame. Si he ofendido a alguien, que éste se venga.”

La humildad

En sus relaciones con los demás, el Profeta nunca se ponía en un plano superior, sino que se portaba como un hombre común y corriente. Un día, en la época en que Muḥammad reinaba soberano en Medina, un judío a quien debía dinero lo abordó con rudeza y exigió el pago de la deuda. “Vosotros los Bani Hāshim jamás reembolsáis después de haber sacado algo a la gente”, afirmó sarcásticamente. ‘Umar se encolerizó por la insolencia del judío, pero el Profeta le dijo: “¡Oh ‘Umar! Ojalá hubieras aconsejado a los dos:

a mí, el deudor, para que remitiera la deuda con gratitud; a él, el acreedor, para que la demandara de una manera más cortés." Seguidamente pagó al judío una suma superior a la de la deuda, y éste se asombró tanto del sentido de justicia y equidad del Profeta que aceptó el Islām.

Simpatía por los pobres

Se relata que el Profeta jamás defraudó las esperanzas de los mendigos. Si no tenía qué darles, aguardaba pacientemente el momento en que pudiera proporcionarles socorro. Satisfacía las necesidades de ellos a costa de su comodidad personal, dándoles de comer, por ejemplo, aunque al hacerlo no quedaran alimentos para él. No juntaba dinero para su propio uso, y en su lecho de muerte mandó repartir entre los pobres las monedas que pudieran encontrarse en su casa. Su corazón desbordaba de misericordia hasta para con los animales. Decía que un hombre que extrajera agua de un pozo para apagar la sed de un perro iría al cielo por ese acto de amabilidad hacia una criatura desamparada de Dios. Desde su vida temprana tuvo simpatía por los viudas, los huérfanos y los desamparados en general. Con respecto a esto, decía con frecuencia, mostrando unidos sus dedos índice y del corazón: "Yo y el que atiende a los huérfanos somos tan cercanos como estos dedos." El *Qur'án* también recomienda mucho el socorro a los huérfanos, los débiles y los desamparados. Dice, por ejemplo: "Haz visto acaso al que desmiente la religión? Es aquel que maltraba al huérfano, y no exhorta a la alimentación de los necesitados" (107:1-3). El propio Muhammad soportaba cualquier calamidad, pero el sufrimiento ajeno le deshacía el corazón. Siempre estaba presto a ayudar a los oprimidos. Defendió los derechos de la mujer frente al hombre, del esclavo ante su amo, del gobernado frente al gobierno y del vasallo ante el rey.

Hospitalidad

El Profeta cultivó la hospitalidad con incomparable esmero, dando a sus invitados las atenciones más finas y delicadas. Cuando los convidados eran demasiados para que él sirviera a todos personalmente, pedía la ayuda de sus acompañantes quienes, como su Maestro, se entregaban a su papel de grandes anfitriones. En algunas ocasiones servían todos los alimentos disponibles a los invitados, y por la noche se acostaban sin haber comido.

Nobleza de carácter

Nunca en vida pronunció el Profeta palabras injuriosas o desagradables. Si deseaba dar una advertencia a una persona, lo hacía en un tono de voz suave y cariñoso. Los judíos lo abordaban con las palabras "Que mueras" (*Al-sām-u-'alaikum*) en vez de "La paz sea contigo" (*Al-salām-u-'alaikum*). Cierta vez 'A'ishah oyó eso y les gritó arrebatadamente: "¡Que Dios os traiga a vosotros la ruina!" El Profeta desaprobó tal exclamación, diciendo que a Dios no Le gustaban las palabras fuertes.

Lealtad

La integridad, probidad y sinceridad del Profeta llegaron a conocerse en todo el país, y los árabes lo apodaron *Al-Amin*, el Confiante. Su gran enemigo Abū Jahl tuvo que confesar que, si bien creía que su mensaje era falso, no se le podía llamar mentiroso. Otro adversario, Nadr ibn Harth, dio testimonio de su rectitud frente a sus propios amigos en estos términos: "Muhammad se crió entre vosotros, siendo él el más veraz y el más honesto. Ahora que ha envejecido y os ha traído un mensaje, vosotros lo llamáis hechicero. ¡Por Dios! que no es un hechicero." Una vez que daba su palabra de honor, la cumplía por difíciles que fueran las condiciones, incluso cuando el costo resultaba muy alto. Se recordará que para cumplir con el acuerdo de Hudaibiyah y conservar la paz, tenía que devolver a los quraish a todo musulmán de La Meca que pretendiera asilarse en Medina, y que acató su promesa a pesar de la indignación de sus hermanos musulmanes.

En lo relativo a castidad y religiosidad, fue el modelo perfecto. Mantuvo el celibato hasta casarse a los 25 años de edad. Ni el peor de sus detractores puede encontrar la más pequeña mancha en la hoja limpia de su naturaleza.

Su clemencia

Otra gema radiante en el carácter del Profeta fue su clemente actitud ante el enemigo. En él la clemencia encontró manifestación perfecta. El *Qur'an* le ordenó "inclinarse ante el perdón" (7:199), y esto le fue explicado desde lo Alto de la manera siguiente: "Quien te rechace, atráelo. Quien te prive de algo, dale. Quien te haga mal, perdónaselo." Acató el mandato hasta en las situaciones más difíciles. En la batalla de Uḥud, cuando cayó herido, un

acompañante le pidió que invocara la ira Divina contra el enemigo. Al escuchar esa petición, el Profeta murmuró: "No he sido enviado como una maldición para la humanidad, sino como un convidador del bien y como una clemencia. ¡Oh Señor! otorga una guía a mi pueblo, porque en verdad no saben." En cierta ocasión un beduino lo derrumbó y, amenazando estrangularlo, preguntó al Profeta si no se vengaría de él si tuviera la oportunidad. Muḥammad le respondió que no acostumbra pagar el mal con el mal. El perdón que se dio a los habitantes de La Meca a raíz de la conquista musulmana no tiene igual en la historia del mundo.

Su modestia

El Profeta fue un hombre extremadamente modesto, de acuerdo con lo que manda el *Qur'ān*. Según el Profeta, la modestia y la religión van juntas. A pesar de los repetidos perjuicios que le ocasionó la ignorancia de los demás, nunca reprochó a los causantes. En relación a esto, el *Qur'ān* señala: "Ciertamente esto ocasiona inquietud al Profeta, pero él se contiene respecto a vosotros" (33:53). En lugar de señalar a los culpables de estas faltas, expresaba su desaprobación de los descuidos humanos en sí.

Empero, en cuestiones de religión, inmediatamente señalaba a los culpables que habían errado. Cuando murió su hijo Ibrāhīm, tuvo lugar un eclipse solar total, fenómeno que los ingenuos entre los musulmanes interpretaron como un signo de luto celestial. El Profeta seguidamente objetó esa idea supersticiosa en un sermón, explicando que un eclipse no tenía nada que ver con el nacimiento o la muerte de nadie.

Su afecto

El Profeta fue compasivo y cariñoso. Su corazón lamentaba el estado corrupto de sus semejantes, como lo atestigua el *Qur'ān*: "Acaso te matarás de tristeza porque ellos no creen" (26:3). Cuidaba del bienestar de sus seguidores con mucho interés, y si de ellos recibía una favor, lo recordaba en adelante. Como un recuerdo permanente de su difunta esposa, Khadijah, solía enviar obsequios a su familia. Cuando llegaron a Medina emisarios del negus de Abisinia, él los atendió personalmente, reciprocando el asilo dado a sus amigos exilados. Asimismo, cuando la hija de Hātim Ṭā'ī pasó a las manos de los musulmanes como prisionera de guerra, el Profeta la puso en libertad por ser ella familiar de ese

hombre generoso, y subsecuentemente exoneró del cautiverio a todos los demás apresados.

Era respetuoso con jóvenes y viejos por igual. Se levantaba para recibir a su madre y hermana adoptivas, tendiendo su manto para que ellas se sentaran en él. Trató con igual respeto a su hija. "Respetad a vuestros hijos," enseñó a sus discípulos. Exigió gran respeto por la maternidad, haciendo notar que "El paraíso yace a los pies de las madres."

Su valentía

Hombre humilde y dócil en el sentido más elevado, también fue un valiente entre valientes. Jamás tuvo miedo ante sus enemigos. Al tiempo que en La Meca se tramaban atentados contra su vida, el Profeta se movía por la ciudad, día y noche, sin temores. Hizo que todos sus compañeros abandonaran esa ciudad amenazadora, pero él mismo prolongó su estancia. Cuando sus perseguidores estuvieron a punto de descubrirlo en la cueva de Thaur, libre de todo miedo pudo consolar a su acompañante con las palabras: "No te aflijas." Atrapado todo su ejército en la batalla de Uhud, hizo a un lado el peligro de que el enemigo lo identificara y llamó a sus soldados, confusos para reagruparse y pelear. En otra ocasión en que la tropa emprendió la fuga, el Profeta encaró al enemigo al grito de "Yo soy el Mensajero de Dios." Una noche en que se sospechó que Medina estaba por recibir un ataque, él mismo salió a hacer el reconocimiento de los alrededores. Durante un viaje se detuvo a descansar, solo, bajo un árbol. En ese momento se le apareció un enemigo que, desenvainando su espada, le gritó: "¿Ahora quién te va salvar de mis manos?" Impávido, el Profeta le constestó: "Dios." Y, como por milagro, al enemigo se le cayó de la mano la espada. Recogiendo la espada del enemigo, el Profeta le planteó la misma pregunta. Viendo que el hombre asumía una actitud de humildad, lo dejó irse en paz.

Su constancia

De los biógrafos del Profeta, tanto sus amigos como sus adversarios concuerdan en su admiración por su fortaleza inmutable en las garras de la calamidad. No conocía ni la desesperación ni el desánimo. Por muy difíciles que pudieran parecer las perspectivas de salir del cerco que habían levantado en torno suyo sus adversarios idólatras, en ningún momento se quebrantó su fe en el triunfo

final de la Verdad. Ni los embates más furiosos, las privaciones o las persecuciones pudieron moverlo de su posición. Aprovechaba todos los medios que Dios ponía a su disposición, y dejaba lo demás a la Providencia. Los virajes imprevistos en su destino no lograron deprimirlo ni desalentarlo. Al día siguiente del desastre en Uhud, por ejemplo, nuevamente estuvo persiguiendo al enemigo.

Capítulo XI

RASGOS PRINCIPALES DEL PROFETA COMO REFORMADOR

“Y no te hemos enviado sino como una misericordia para las naciones” (21:107).

El más exitoso de los profetas

Desde el alba de la civilización humana han visitado este planeta profetas y reformadores, en todas las épocas y en muchos puntos diferentes. El último de ellos fue el Profeta Muhammad. Quisiéramos tocar algunos de los aspectos más importantes que caracterizan este plan providencial.

Primero hay que señalar los éxitos asombrosos que logró en su misión y que reconocen tanto sus amigos como sus adversarios. Una sola oración de la Encyclopaedia Britannica,* aparecida en su artículo sobre el *Qur'ān*, basta para poder establecer la verdad de la afirmación anterior: “De todas las personalidades religiosas del mundo, Muhammad fue el que tuvo más éxito.” Ningún otro reformador había encontrado a su pueblo en un nivel tan bajo como lo estaban los árabes cuando llegó Muhammad. Desconocían los principios verdaderos tanto de la religión como de la vida cívica y política. No tenían ni arte ni ciencia de qué enorgullecerse, ni relaciones con el resto del mundo. Ignoraban lo que era la unidad nacional, puesto que cada tribu formaba un grupo independiente y era enemiga de las demás tribus. El judaísmo había

* Véase la Decimoprimer Edición.

hecho sus mejores esfuerzos para reformarlos, pero en vano. El cristianismo también había fracasado en sus intentos de cambiar la situación. El Hanifismo, que abrazaron sólo unos cuantos individuos en vísperas de la llegada del Islām, no se arraigó, al igual que los movimientos anteriores, y desapareció sin dejar huella en la sociedad árabe. Muhammad fue enviado para regenerar a ese pueblo dejado de la mano de Dios. En el transcurso de unos pocos años él barrió con la vieja corrupción religiosa, moral y social y, por decirlo así, metamorfoseó el suelo mismo de Arabia. Las formas degradadas de la religión, como la idolatría y la superstición, quedaron reemplazadas con un unitarianismo depurado. Se inculcó en los hijos bárbaros del desierto el fervor de la lucha por la causa de la Verdad, pasión que los llevó a rincones lejanos de la tierra para esparcir el mensaje del Señor. Con respecto a la veneración Divina, los musulmanes superaron a los ascetas y ermitaños más grandes, sin renunciar al mundo. En medio del ajetreo de su vida cotidiana, en el momento en que oían el llamado a las oraciones interrumpían sus ocupaciones mundanas y se postraban en humilde sumisión ante el Señor. También pasaban la mayor parte de sus noches dedicados a Su veneración. De manera que, no obstante que estaban en este mundo, no eran de este mundo. En consecuencia, los acompañaba en sus actividades devocionales una convicción viva que rara vez experimenta un recluso en su ermita.

Aunque el logro de esa elevación espiritual fue muy grande, no lo eran menos sus realizaciones profanas. Alcanzaron un lugar importante entre los poderosos conquistadores del mundo. Los vastos imperios se desvanecieron como nieve derretida ante su avance. No sólo conquistaron extensos territorios, sino que también ingeniaron un arte de gobernar que hizo perdurar su poder durante doce largos siglos, no obstante la negligencia en que cayeron las generaciones posteriores. En resumen, los musulmanes lograron cumbres de grandeza moral y de prosperidad material. Pero conjuntamente con sus proezas en esas dos direcciones, cultivaron varias ramas de la ciencia que ilustraron a toda la humanidad, que en aquel entonces andaba a tientas en las tinieblas. Y aún más sorprendente es el hecho de que todo lo anterior se logró en una veintena de años. Resulta obvio, por lo tanto, que las enseñanzas de Muhammad lo abarcaban todo y estaban calculadas para permitir al hombre el desarrollo global de sus facultades.

La universalidad del Mensaje

Otro aspecto por el que el Profeta Muhammad destaca entre los grandes reformadores espirituales y profetas del mundo, se relaciona con la universalidad de su Mensaje. Cada profeta dirigió su mensaje a un pueblo en particular. Cada profeta vino con sus luces y su orientación, pero para beneficio exclusivo de un grupo o país en especial. Sin duda, la misión de cada uno de esos profetas anteriores había sido la purificación del alma humana, pero esa misión siempre se limitó a unos cuantos. En cambio, el Mensaje de Muhammad tuvo un carácter cosmopolita, su luz fue universal y su afinidad comprendió a toda la humanidad. "No te hemos enviado sino como una misericordia para las naciones" (21:107). "No te hemos enviado sino. . . como uno que advierte a toda la humanidad" (34:28). "Que fuera un amonestador para las naciones" (25:1). "Di: Oh humanidad, ciertamente soy el Mensajero de Alláh para todos vosotros" (7:158).

En otras palabras, hasta entonces la humanidad se encontraba dividida en numerosos compartimentos aislados entre sí. Cada nación encerrada dentro de los límites de su territorio, existía totalmente apartada de las demás. Los medios de comunicación eran reducidos. En tales condiciones no podía esperarse una importante expansión en las perspectivas mentales. El horizonte de cada nación no abarcaba más que el ambiente inmediato, su parte de la raza humana en general. Esto explica por qué la sabiduría Divina no pudo sino enviar a cada pueblo un reformador por separado, adaptado a sus necesidades y condiciones individuales. Cada uno de aquellos profetas anteriores desempeñó su papel específico: levantar a una nación en particular. Pero, al igual que el alcance de su misión, también su fuerza espiritual se vio limitada. La llamarada de su enseñanza continuó por algún tiempo, pero se fue apagando hasta extinguirse por completo. Así, sucesivamente, surgió la necesidad de otro luminar espiritual para vencer la obscuridad. Sin embargo, si bien la Providencia Divina atendió de esta manera el bienestar espiritual del hombre, el envío periódico de profetas tuvo también su lado pernicioso. Esto es, cada nación visitada por sus profetas, por no conocer los favores Divinos dispensados a otras, llegaba a creer que ellos eran el pueblo elegido de Dios. Así se fomentó la idea engañosa de que existía favoritismo Divino, así como una serie de males concomitantes. A fin de corregir ese malentendido de la discriminación racial, de eliminar prejuicios creados por barreras artificiales, como las geográficas y sociales, y de fusionar a la humanidad en un todo compacto, la Providencia Divina decretó el envío de un Profeta Mundial que lle-

vara su mensaje a toda la raza humana. Y así como su fuerza espiritual no podía tener límites en el espacio, había de perdurar en el tiempo, sin perder su eficacia jamás. Pero esto, cuando la cadena de los profetas nacionales llegó a su fin con el último de sus eslabones, Jesús —quien dijo haber sido enviado “para las ovejas descarriadas de la Casa de Israel”—, en el horizonte religioso ya era el momento de un amanecer espiritual cuyo sol iluminaría todo el mundo. “La misericordia para las naciones” (21:107) apareció y emancipó a la humanidad de la prisión de la ignorancia, superstición y corrupción. Los profetas precedentes semejabán muchas lámparas Divinas, cada una de luz suficiente para alumbrar una habitación solamente, por lo que precisó tener lámparas para cada pueblo. Y cada pueblo fue iluminado, a su tiempo, por esas diferentes lumbreras; pero cuando el sol surgió de las arenas de Arabia, estas otras fuentes de luz dejaron de ser necesarias. La luz solar no puede sustituirse con otra, y por sí sola puede iluminar el mundo hasta el fin de los tiempos.

La unidad de la raza humana

Es axiomático que en la vida cualquier clase de progreso requiere que uno fije una meta, un objetivo definitivo, para poder hacer esfuerzos en esa dirección. La meta de cada uno de los profetas anteriores había sido el bien de su propio pueblo, y hacia esa misión dirigieron sus vidas. Si, continuando con su ejemplo, el Santo Profeta Muhammad también hubiera tenido como objetivo único de su vida el bienestar de Arabia, habría frustrado su razón de ser: eliminar todos los prejuicios nacionales y geográficos, cimentar una Religión Universal y fusionar las comunidades multitudinarias en un conjunto homogéneo, en una Hermandad Universal del Hombre. Las religiones previas procuraron unir a los individuos en comunidades, lo que constituyó en sí un gran servicio; pero el Islām, la Religión de la Naturaleza, vino a amalgamar a los pequeños pueblos de la época en una vasta Hermandad. Por eso, mientras que los muchos profetas que vivieron antes del Profeta Muhammad se entregaron a la creación de esta o aquella denominación, correspondió a él el brioso privilegio de aglutinar estos heterogéneos núcleos humanos en una sola Fraternidad. Así pues, en tanto que otros vinieron a enseñar el secreto de la unidad y el progreso nacional, el Profeta expuso la gran verdad de la unidad fundamental de la raza humana en su totalidad, y evitó todos los caminos que pudieran conducir a la prosperidad de uno u otro grupo, pero no a la de toda la raza humana.

El desarrollo de la totalidad del hombre

Por otra parte, la misión de cada uno de los profetas precedentes se concentró en el desarrollo de un solo aspecto de la naturaleza humana. Por consiguiente, la vida de cada uno de ellos presenta un modelo en alguna rama de la moral humana. Pero el Profeta Muhammad vino para desarrollar la naturaleza humana en su totalidad y para educar y hacer crecer a cada una de sus muchas facultades. En su vida se manifestaron todas las posibilidades del bien en el hombre. Por lo tanto, fue un Ejemplar perfecto para la humanidad. En el linaje de Moisés aparecieron profetas uno tras otro, pero cada uno sirvió de modelo en un solo aspecto. Pero el Santo Profeta Muhammad, por sí solo, combinó en su persona, y en un grado muy superior, las virtudes colectivas de todos los profetas israelitas: la virilidad de Moisés, la ternura de Araón, la habilidad estretrega de Josué, la paciencia de Job, la osadía de David, la grandiosidad de Salomón, la sencillez de Juan y la humildad de Jesús. Cada uno de esos luminarens espirituales emanó sólo un rayo de luz en cierta dirección, mientras que el Profeta Muhammad fue una fuente singular de donde partieron radiaciones luminosas en todas las direcciones. Y ésta es la cuarta característica del Profeta.

Grandeza en todas las direcciones

En tanto que las proezas de los demás hombres ilustres se confían a un campo definido, las del Profeta abarcan toda la gama de las posibilidades humanas. Si, por ejemplo, la grandeza consiste en la reformación de un pueblo degradado, ¿quién tiene más derecho a la grandeza que él, que levantó al pueblo árabe de un estado de idolatría y lo convirtió en vanguardia de la civilización y la cultura? Si la grandeza reside en la unificación de los elementos discordantes de la sociedad dentro de un todo armónico, ¿a quién le queda mejor la distinción que a él, que fusionó a un pueblo como el árabe, dividido en tribus guerreras, trabadas en venganzas de sangre desde hacía generaciones? Como las arenas del desierto, los árabes carecían de cohesión cuando el Profeta apareció y los amalgamó para formar un bloque sólido, dotado de la fortaleza necesaria para resistir los ataques de los imperios más poderosos de la época. Si grandeza quiere decir establecer el reino de Dios en la tierra, aun así el Profeta no tiene rival. En Arabia acabó con la idolatría y el politeísmo, e iluminó al pueblo con la luz Divina. Si consiste en desplegar una conducta ejemplar, ¿quién puede compa-

rarse con él, que se conocía como *Al-Amīn*, el Confiable, tanto entre sus amigos como entre sus enemigos? Si la conquista es la medida de la grandeza de un hombre, en la historia no hay un personaje equiparable al Profeta, quien ascendió de huérfano a poderoso conquistador y rey, quién fundó un vasto imperio que ha defendido con éxito trece siglos de vejaciones de un mundo empeñado en su destrucción. Si la fuerza impulsora viviente que un dirigente tiene a su alcance es el criterio de la grandeza, entonces hay que tomar en cuenta que aun en la actualidad el nombre del Profeta ejerce un encanto mágico en más de cuatrocientos millones de almas en todas partes del mundo, unidas dentro de una fraternidad sin distinción de casta, color o país.

No fue un producto de su medio

El sexto rasgo que distingue al Profeta estriba en el hecho de que no fue el producto de su medio. En general, son las condiciones prevalecientes de una sociedad las que dan lugar al surgimiento de los grandes hombres dentro de ella. Por ejemplo, cuando todo un pueblo desea vivamente conocer la verdad metafísica, inevitablemente aparece un filósofo. Si existe la pasión de la conquista, el surgimiento de un conquistador ocurre ineludiblemente. Asimismo, sabios espirituales, poetas, escultores y hombres ilustres en todas las ramificaciones de la actividad humana, nacen a partir de las exigencias sociales respecto a determinadas realizaciones consideradas necesarias. Tales dirigentes de hombres encarnan el mismo espíritu que anima su generación. En otras palabras, surgen en el curso normal de la evolución. En cambio, el Profeta representaba valores totalmente contrarios a los entonces existentes en la sociedad árabe. Le fue menester llevar a cabo su misión a pesar de que las creencias prevalecientes se oponían a sus enseñanzas. La idolatría y el politeísmo eran el orden del día, pero incluso a los dieciséis años de edad el Profeta aborrecía los ídolos. También la superstición no permitía entrar la luz de la razón, y por eso la sociedad árabe se encontraba envuelta en capa tras capa de ignorancia. ¿Pudo haber producido ese ambiente social una mente filosófica como la del Profeta? En toda Arabia las personas gustaban de sublevarse contra sus propias tribus; sin embargo, los miembros de éstas detestaban, a su vez, la idea de una autoridad central. Dadas esas circunstancias, no era de esperarse la aparición de un hombre que abogara por el principio de la armonía y la unidad. Los árabes estaban acostumbrados a la tahurería, las bebidas alcohólicas y el adulterio. El infanticidio estaba de boga

entre ellos, que también trataban a sus mujeres como esclavas. Semejantes condiciones no propiciaban, en sí, la creación de una torre de la moral o de un libertador de la mujer. La realidad de las cosas es que la misma mano Divina que crea en las entrañas de la tierra una gema pura, había producido y ayudado a esta Luz que habría de penetrar las gruesas nubes de la corrupción e iluminar a la tierra entera.

La paz universal

La mayor distinción que pertenece a Muhammad es su hazaña de haber cimentado la paz universal. Enseñó no sólo cómo un individuo podía convivir pacíficamente con otro, sino también cómo los grupos —las familias y tribus árabes, así como la humanidad en general— tenían posibilidades de compartir sus vidas en tranquilidad y concordia. Demostró, asimismo, cuál era el camino hacia la paz en un mundo de rivalidad religiosa. Aunque para los demás Muhammad era sin duda un ejemplar de la humanidad, él se consideraba un hombre como cualquier otro: “Soy solamente un mortal como vosotros” (18:110). Hombre y mujer, amo y sirviente, rey y vasallo, todos tienen sus derechos mutuos. Esta igualdad del hombre frente al hombre no fue un tema limitado únicamente a los sermones: los musulmanes la pusieron en práctica en sus vidas cotidianas. En las oraciones diarias, el soberano y el campesino se forman hombro con hombro ante su Señor. Un esclavo debe gozar de los mismos derechos civiles que un hombre bien nacido. Esto se demostró cuando el Profeta puso a un esclavo liberado, Zaid, en un cargo de autoridad frente a las antiguas autoridades aristocráticas, los quraish. En cuanto a la igualdad entre las tribus y los pueblos, enseñó que las diferencias entre unas y otros no justifican tratos preferenciales de ninguna especie, sino que eran simples medios de identificación. La nacionalidad no constituía un criterio de grandeza, según sus enseñanzas: “Ciertamente el más noble de vosotros con Allāh es el que mejor cumple” (49:13). Pero, sobre todo, logró la reconciliación entre las religiones en conflicto del mundo al proponer a los musulmanes el principio fundamental de la Fe de creer en todos los profetas, sin importar a cuál pueblo éstos fueran enviados, incluyéndolo a él. Todos los pueblos del mundo, enseñó, han recibido a mensajeros Divinos propios. La profesión de la fe, común de todos los reformadores religiosos de hasa entonces, representa el único principio que realmente comparten los diferentes sistemas religiosos del mundo. Por otra parte, prohibió a sus seguidores hablar mal incluso de las

deidades falsas de los demás: "No abuses de aquellos a los que ellos invocan además de Allāh" (6:109). Éste es otro paso hacia la creación de un espíritu de buena voluntad y amistad entre las religiones. Sin embargo, el Profeta señaló un método más definido para reconciliar todas las diferencias religiosas: "Venid a un diálogo justo entre nosotros y vosotros" (3:63). En otras palabras, tomando como base lo que es común a todas las religiones, debemos construir a partir de ello una sobreestructura que nos permita integrar una religión universal.

Capítulo XII

LOS MATRIMONIOS DEL PROFETA

“Oh Profeta, di a tus esposas: Si deseáis la vida de este mundo, venid, os daré una provisión y os permitiré partir en una buena partida” (33:28).

Khadijah

El Profeta contrajo matrimonio por primera vez a los 25 años, con Khadijah, quien en esos momentos era una viuda de 40 años. Con la salvedad de su hijo Ibrāhīm, todos los hijos del Profeta fueron de Khādiyah, quien murió tres años antes de la Hégira. El Profeta tenía 50 años cuando ella falleció, por lo que los dos compartieron durante veinticinco años. Si bien era común en Arabia que los hombres tuvieran varias esposas, Muhammad sólo tuvo a Khādiyah hasta la avanzada edad de 50 años.

‘Ā’ishah

La pérdida de Khādiyah pesó mucho sobre el Profeta. Viendo su pena, una de sus seguidoras le sugirió que casara con ‘Ā’ishah, la hija de Abū Bakr, y luego abordó a Abū Bakr al respecto en representación del Profeta. La joven poseía cualidades excepcionales, y tanto su padre como el Profeta vieron en ella a la gran mujer que en adelante sería la mejor capacitada para cumplir los deberes propios de la esposa de un maestro cuyas palabras y actos debían conservarse para la orientación de la humanidad. Pero hubo dos

obstáculos para realizar la boda. El primero fue que 'Ā'ishah ya estaba comprometida con Jubair, razón por la cual Abū Bakr no podía dar su asentimiento sino hasta resolver ese asunto con Jubair. Resultó que el mismo Jubair quería deshacer el compromiso, porque en esos días se había abierto un abismo entre los musulmanes y los no musulmanes, entre los que se contaba él, por lo que no le convenía un matrimonio mixto. El otro obstáculo consistía en que 'Ā'ishah aún no cumplía su mayoría de edad, dificultad que quedó superada al posponer la consumación del matrimonio hasta la fecha en que la cumpliera. Mientras tanto, sin embargo, se llevó a cabo una ceremonia de bodas que, en realidad, equivalió a un compromiso formal de matrimonio. La boda tuvo lugar el 9 de Shawwāl en el décimo año del Llamado.

La edad de 'Ā'ishah

Dedicaremos algunas líneas a corregir la idea errónea que muchas personas tienen con respecto a la edad de la novia, 'Ā'ishah. Está claro que era menor de edad, pero también es cierto que no contaba con sólo seis años. En primer lugar, se sabe que había alcanzado una edad en que se permitía el compromiso de matrimonio y, por lo tanto, debía estar muy cerca de su mayoría de edad. Por ejemplo, el Iṣābah, al hablar de la hija del Profeta, Fāṭimah, afirma que ésta tenía aproximadamente cinco años más que 'Ā'ishah. Ahora bien, se ha precisado que Fāṭimah nació cuando se reconstruía la Ka'bah, esto es, cinco años antes del Llamado, si no con más anterioridad. Por consiguiente, 'Ā'ishah sin duda no tenía menos de diez años al contraer matrimonio con el Santo Profeta en el décimo año del Llamado. Esta conclusión se confirma en el testimonio de 'Ā'ishah misma quien, según otra fuente, contó que al revelarse el capítulo 54 del *Qur'ān*, intitulado "La Luna", ella era una niña a quien gustaban los juegos y que recordaba algunos de los versos entonces revelados. Ahora bien, el capítulo 54 no pudo haber sido revelado con anterioridad al quinto año del Llamado. De manera que no puede ser correcta la aseveración de que contaba con seis años en el décimo año del Llamado, cuando se casó, ya que, de ser cierta, la muchacha tendría que haber nacido más o menos cuando se hizo la revelación del capítulo 54. Tales consideraciones fijan su edad al casarse en diez años por lo menos. Y, como hubo un lapso de no menos de cinco años entre su boda y la consumación real del matrimonio, que tuvo lugar en el segundo año de la Huida, se desprende que en ese momento tenía por lo menos quince años de edad. La versión popular de que tenía seis

años al efectuar la boda y nueve años al consumarse el matrimonio definitivamente no es correcta, porque se basa en la suposición de que transcurrieron sólo tres años entre la boda y la consumación, mientras que, históricamente hablando, tal cálculo resulta incorrecto.

Saudah

Debido a la corta edad de 'A'ishah al casarse, y al aplazamiento por varios años de la consumación, el Profeta contrajo matrimonio entretanto con Saudah, una viuda de edad avanzada, en ese mismo año. Había emigrado a Abisinia con su marido, quien murió al regresar los dos, quedándose ella en la miseria. Siendo la Hermandad Musulmana tan pequeña en esa época, ¿a quién podía acudir para obtener un hogar decente? Decidió ofrecer su mano al Profeta, quien la aceptó.

Hafṣah, Zainab y Umm Salmah

Hafṣah, hija de 'Umar, quedó viuda como consecuencia de la batalla de Badr, donde su marido, Khunais, fue muerto. 'Umar abordó primero a Abū Bakr y luego a 'Uthmān para pedirles que se casaran con su hija. Este hecho refleja la carencia de varones casaderos que había entre los musulmanes de aquellos tiempos. Uno y otro desistieron en aceptar, tal vez debido a que Hafṣah se conocía como mujer de mal genio. Finalmente el Profeta la aceptó como su esposa. Esto fue en el 3 después de la Hégira, el mismo año en que 'Abd Allāh ibn Jaḥsh cayó combatiendo en Uhud por lo que el Santo Profeta también contrajo matrimonio con ella. Una ño más tarde, a la muerte de Abū Salmah, su viuda, Umm Salmah, también recibió el amparo de la casa del Profeta.

Zainab

Zainab fue hija de la tía del Profeta, Umaimah, a su vez hija de 'Abd al-Muttalib. El Profeta propuso al hermano de Zainab que fuera ofrecida en matrimonio a Zaid, el esclavo liberado por aquél. Tanto el hermano como ella se opusieron a ese matrimonio, ya que Zaid, como sólo un esclavo liberado, no estaba en posibilidades, de acuerdo con las ideas preislámicas de la respetabilidad, de aliarse en matrimonio con una mujer bien nacida como Zainab.

Los dos deseaban que el Profeta mismo se casara con ella, pero cedieron ante la presión del Profeta, quien anhelaba abolir la falsa distinción de clases y de familia. Sin embargo, al unión no resultó feliz, y la incompatibilidad entre Zainab y Zaid dio lugar a una relación cada vez más tirante entre ellos. Finalmente, fallidos todos los intentos de reconciliación, el divorcio fue la única alternativa. Después de tomarse el recurso final de la separación, Zainab y el Profeta contrajeron matrimonio por solicitud de ella y sus familiares, además de que él, que había arreglado la boda con Zaid, tenía la obligación moral de concederle su deseo. Este matrimonio se formalizó en el año 5 después de la Hégira.

Juwairiyah

Como consecuencia de la batalla de los Banī Mustaliq en ese mismo año, los musulmanes tomaron muchos prisioneros, incluyendo a varias mujeres. Juwairiyah, la hija del jefe árabe Hārith, era una de éstas. Presentándose ante el Profeta a fin de rescatar a su hija, el padre abrazó el Islām junto con sus dos hijos. Ya que el esposo de Juwairiyah había muerto, consintió a que se casara con el Profeta. A cambio, las aproximadamente cien familias de los Banī Mustaliq quedaron en libertad. Los musulmanes no querían que una tribu honrada con ese parentesco, permaneciera en el cautiverio.

Umm Ḥabībah

La hija de Abū Sufyān, Umm Ḥabībah, se contó entre los musulmanes que se asilaron en Abisinia. Su esposo, 'Ubaid Allāh, profesó el cristianismo en ese país. A la muerte de éste, Umm Ḥabībah aún se encontraba en Abisinia y el Profeta le propuso matrimonio. Ella llegó a Medina en el año 7 después de la Hégira.

Ṣafiyyah, Maria y Maimunah

Ṣafiyyah, la hija de un jefe judío, fue capturada a raíz de la batalla de Khaibar en el año 7 después de la Hégira. Su esposo había perdido la vida en el combate. En vista de que los judíos seguían siendo una fuente de constante amenaza para los musulmanes, el Profeta trató de mejorar las relaciones con ellos mediante una alianza matrimonial con Ṣafiyyah, quien llegó a unirse con las demás es-

posas. Ese mismo año el Profeta recibió de Muqauqis a María, una copta, como obsequio; ella también se integró al grupo doméstico del Profeta y le dio un hijo, Ibrāhim. También en ese lapso otra viuda, Maimūnah, ofreció su mano al Profeta, y él la aceptó.

El por qué de tantas relaciones conyugales por parte del Profeta es una cuestión que inquieta muchas mentes, y hay quienes no vacilan en tacharlo de libertino simplemente porque recurrió a la poligamia. ¿Es posible que viviera en el pecado un hombre que transformó a todo un pueblo completamente en veinte años; quien solo y sin ayuda, barrió con los vicios y la inmoralidad en su país, donde habían fracasado todos los esfuerzos de conversión de poderosos grupos misioneros de otras naciones; quien, con su ejemplo personal, depuró las vidas de las multitudes? Un hombre impuro no hubiera podido predicar la virtud consistentemente. ¿Cómo hubiera podido un hombre así tomar de la mano a los demás y liberarlos de la servidumbre del pecado? ¿Cómo hubiera podido inspirar a sus propios soldados y generales con los sentimientos de la virtud? Independientemente de las opiniones sobre la poligamia en un mundo en que se practican corrientemente todas las inmoralidades, no cabe duda alguna que muchos de los grandes personajes religiosos de la historia han tenido más de una esposa al mismo tiempo, sin que nadie haya negado que llevaron vidas de pureza trascendente. Abraham, quien es reverenciado hasta la actualidad por más de la mitad de la humanidad, tuvo más de una esposa. Entre los israelitas puede decirse lo mismo de Jacob, Moisés y David, y eso sin mencionar a varios de los sabios hindúes más famosos y respetados. El ejemplo de Jesús es algo muy aparte. Lo importante es que esos otros grandes sabios no llevaron un vida polígama debido a sus deseos sensuales. La pureza, en todos los respectos, caracterizó sus vidas, y este solo hecho basta para condenar los intentos difamatorios contra ellos en base a sus costumbres polígamas. La razón de éstas resulta difícil de determinar en la actualidad, ya que en general sabemos poco de sus vidas íntimas. En cambio, la vida del Santo Profeta Muhammad está bien documentada, y sobre ella hablaremos a continuación.

Los cuatro períodos de la vida del Profeta

En relación a su vida doméstica, la vida del Profeta puede dividirse en cuatro períodos. Hasta los veinticinco años vivió en celibato; de los veinticinco a los 54 años estuvo casado con una sola mujer; de los 54 a los sesenta contrajo matrimonio varias veces; y, por último, a partir de los sesenta hasta su fallecimiento dejó de contraer más matrimonios.

El primer período

Para determinarse si el Profeta era esclavo de sus pasiones, el período más importante es el de su celibato. De no haber sido amo completo de sus pasiones, no habría podido llevar una vida excepcionalmente casta y pura hasta los veinticinco años de edad, cuando se le conocía como el Confiable, y eso en un país de tan abrasante calor como Arabia, donde el desarrollo se completa a más temprana edad y, en general, las pasiones se manifiestan más fuertemente. Más tarde, cuando a sus peores enemigos se les pidió comentar sobre él, no pudieron señalar ni una sola mancha en su carácter (10:16). Hasta su crítico Muir reconoce que todas las autoridades concuerdan "en atribuir al joven Muhammad una modestia de comportamiento y pureza de modales entre los habitantes de La Meca." Ahora bien, durante la juventud las pasiones se desenfrenan, y el hombre que puede controlar sus pasiones durante su juventud, y en el celibato, muy probablemente no será presa de la lujuria en su vejez. De manera que el celibato de la juventud del Profeta prueba concluyentemente que las pasiones no lo dominaban. En este respecto debe notarse que en la sociedad árabe de esa época no existían sanciones morales contra una vida inmoral, por lo que no se puede afirmar que la presión moral de la sociedad lo haya hecho desistir del camino del pecado.

El segundo período

El siguiente período es el de la vida matrimonial monógama del Profeta. Fue esposo devoto de Khadijah durante los veinticinco años de su matrimonio, que terminó con el deceso de ella, contando él con cincuenta años de edad. Siendo en aquel entonces la poligamia una práctica muy común, las esposas árabes se conformaban cuando su esposo traía al círculo familiar una segunda o una tercera esposa. Su matrimonio con Khadijah enriqueció al Profeta, si bien la poligamia no era privativa de los ricos. Los pobres también practicaban la poligamia. En todo caso, el Profeta pertenecía a la familia más noble entre los quraish, y si hubiera elegido casarse con otra mujer, le habría sido muy fácil. Pero, por el contrario, únicamente compartió su vida íntima con su esposa durante ese período. Después del fallecimiento Khadijah, contrajo matrimonio con Saudah, una mujer muy mayor, quien lo único que tenía para merecer ese honor era su calidad de viuda de un compañero leal del Profeta. Así, la mayor parte de su vida sirvió de ejemplo para sus seguidores de que en la vida conyugal la regla era la monogamia.

El tercer período

El tercer período abarca el segundo año de la Huida, cuando estallaron serias confrontaciones armadas con los quraish y otras tribus árabes. Las fuertes bajas redujeron considerablemente el número de varones y jefes de familia entre los musulmanes. Los conflictos continuaron hasta el octavo año de la Huida, y coinciden todos los matrimonios adicionales del Santo Profeta con ese lapso. Parecen bastantes objeccionables en estos tiempos modernos, pero ni los amigos ni los enemigos del Profeta durante el período que comentamos se escandalizaron por sus múltiples casamientos. Y cómo podían desaprobarnos, si se dieron cuenta que eran actos de compasión y no de abandono a las pasiones. Hasta un autor cristiano reconoce esto, al observar: "Debe recordarse, sin embargo, que la mayoría de los matrimonios de Muhammad pueden explicarse tanto por su piedad por las tristes condiciones en que se hallaban las personas en cuestión, como por cualesquiera otras motivaciones. Éstas eran, casi todas, viudas que no sobresalían por su belleza ni su riqueza, sino por el contrario."* ¿Y cuáles otras motivaciones podía haber tenido? Veamos con claridad los hechos. El Profeta tenía ahora una esposa joven y bella dentro de su casa: 'Ā'ishah. Ninguna de sus demás esposas que se integraron a su compañía se comparaban con ella, ya fuera en belleza o en juventud. Entonces, no pudo haber sido la atracción a la belleza lo que lo llevó a esas nupcias. Y, como ya se ha comentado, desde la juventud y hasta la vejez el Profeta no dejó de ser el amo de sus pasiones. El hombre que mantuvo el celibato hasta los veinticinco años de edad, cultivando simultáneamente una reputación de tener un carácter sin manchas, quien hasta los 54 años vivió con una sola esposa, no obstante que la poligamia era la regla y que ésta no era nada objeccionable, de ese hombre se puede decir que, de pronto, y después de los 55 años —cuando las grandes pasiones de la juventud han quedado muy atrás— se convirtiera en un libertino. No se puede atribuir a estos matrimonios una motivación que no sea la compasión por las damas que recibieron el honor de unirse a él en esta forma. Si sus motivaciones hubieran sido menos honorables, su predilección no habría sido por viudas y, dada la costumbre árabe, un hombre de su posición pudo haber obtenido varias vírgenes jóvenes.

* Bosworth Smith

Las circunstancias en que vivía el Profeta

¿Cuáles fueron las circunstancias en las que vivió en Medina durante esos años? La suya no fue una vida de ocio y de comodidades, ciertamente: fue una vida dura ante la lucha de vida o muerte contra los enemigos del Islām. Enormes ejércitos vinieron a aplastarlo a él y a su pequeña banda de musulmanes de Medina. Toda Arabia estaba en armas contra él. No había ni un minuto de seguridad. En rápida sucesión había de ir a la guerra. Había de organizar y enviar expediciones al combate. “¡Profeta de Dios! Estamos fatigados de estar en armas día y noche!”, le confesaron sus compañeros. Y se vio obligado a consolarlos, diciéndoles que llegaría el momento en que un viajero podría atravesar el país de un extremo a otro sin llevar armas. Los judíos y los cristianos eran sus amigos, junto con los idólatras. Sus mejores amigos caían, ora en los combates, ora por traición. ¿Un hombre tiene posibilidad de llevar una vida de ocio y de comodidad en semejantes circunstancias? Aun cuando un hombre tuviera la decisión de llevar una vida de desenfreno, y no hay ninguna evidencia de ese deseo por parte del Profeta, ese momento no era el oportuno. En pie de guerra, rodeado de enemigos dentro y en torno a Medina, con un puñado de musulmanes enfrentado a un ejército muy superior y con asaltos enemigos constantemente en preparación por todos lados, hasta un libertino hubiera cambiado de estilo de vida, para no creer que un hombre de comprobada pureza de carácter que permanecía arriba de las tentaciones, pudiera convertirse en un libertino.

Cómo pasaba sus noches

El Profeta tenía varias esposas legítimas pero, ¿acaso pasaba las noches divirtiéndose con ellas? En el Qur'an, (73:1-4, 20) así como en el Hadith, se registran pruebas muy claras de que pasaba la mitad de las noches, y en ocasiones más de la mitad, orando a Dios y recitando el Sagrado Qur'an de pie. Se mantenía parado por tanto tiempo que se hinchaban sus pies. ¿Puede decirse de un hombre así que tomaba esposas para divertirse con ellas?

La sencillez de su vida

A continuación vamos a abordar otro punto. ¿Acaso se notó algún cambio en la etapa final de la vida del Profeta, cuando se volvió so-

berano de un estado? “En el pastor del desierto, en el comerciante sirio, en el solitario monte de Hira, en el reformador, en la minoría de uno, en el exilio de Medina, en el conquistador reconocido, en el igual de los Cosroes persas y del griego Heraclio, en todo eso podemos rastrear una unidad substancial. Dudo que haya habido otro hombre, cuyas condiciones externas hubiesen cambiado tanto, que se haya transformado tan poco para enfrentarlas: los accidentes se cambian pero, a través de todos ellos me parece que la esencia es la misma.”* Durante su paso de la cuna a la tumba, el Profeta atravesó por una diversidad de circunstancias, una diversidad poco común en la vida de un solo hombre. Ser huérfano es el extremo de la impotencia, la posición de rey es la cumbre del poder. De huérfano se elevó a la cima de la gloria real, pero sin cambiar nada en su manera de vivir. Siguió comiendo los mismos alimentos humildes, usó la misma ropa sencilla y hasta en los detalles más pequeños llevó la misma vida que cuando era huérfano. Es difícil renunciar al trono de rey para vivir como ermitaño, pero resulta mucho más difícil poseer el cetro real y al mismo tiempo vivir como ermitaño, tener el poder y la riqueza y sin embargo aprovecharlos sólo en bien de los demás, tener ante los ojos las tentaciones más seductoras sin dejarse cautivar ni por un momento. Cuando el Profeta se convirtió en el gobernador de un estado, los muebles de su casa consistían en una estera de hoja de palma como cama y un aguamanil de barro. Algunas veces no cenaba. Durante días se dejaba de prender la hoguera de su cocina, y toda la familia sólo comía dátiles. No carecía de los medios para vivir desahogadamente, ciertamente. La tesorería pública estaba a su disposición. Los más acomodados entre sus seguidores no vacilaban en ofrendar sus vidas por él, por lo que con gusto le hubieran ofrecido también todas las comodidades si él se las hubiera pedido. Pero las cosas terrenales pesaban poco en su escala de valores, ya que no lo dominaban los deseos vehementes, ni en los momentos de indigencia ni en los de plenitud. De la misma manera como despreciaba la riqueza, el poder y la belleza física en sí, todo lo cual le ofrecieron los quraish cuando aún se encontraba indefenso, su indiferencia continuó igual cuando Dios, con Su gracia, le concedió todas esas cosas.

La vida sencilla de las esposas del Profeta

No sólo él vivía la vida de un hombre sencillo, sino que no permitió que la riqueza tuviese atracción para sus esposas. Poco tiempo

* Bosworth Smith

después de su llegada a Medina, la situación de los musulmanes cambió y prosperaron haciendo comercio. Las conquistas subsecuentes añadieron todavía más comodidades a su vida, y las gozaron. Entraron también en los corazones de las esposas del Profeta los deseos de tener, como otras familias musulmanas, una porción de las comodidades. Todas juntas hicieron una petición en este sentido al Profeta, quien les pronunció el mandato Divino: "Oh Profeta, di a tus esposas: Si deseáis la vida de este mundo y sus adornos, venid, os daré una provisión y os permitiré partir una buena partida. Y si deseáis a Allāh y Su Mensajero y la morada del Más Allá, entonces ciertamente Allāh ha preparado una gran recompensa para las que hacen el bien entre vosotras (33:28-29). Así, recibieron la alternativa de elegir entre los adornos mundanos y la convivencia con el Profeta en su casa. Si escogían los ornamentos, podrían tener lo que querían en grandes cantidades, pero perderían inmediatamente su derecho al honor de ser las esposas del Profeta. ¿Puede ser ésta la respuesta de un hombre dominado por su sensualidad? Un hombre de ese calibre hubiera hecho todo por complacer los caprichos de los objetos de su afecto. Más aún, le hubiera encantado que sus esposas usaran los vestidos más hermosos y que vivieran en el lujo. Se le atribuye haber dicho en una ocasión: "El mejor entre vosotros es el que trata mejor a su esposa." Esto ilustra su actitud para con la mujer. Respetada profundamente los derechos de la mujer y abogó por su causa. Pero cuando sus propias esposas le presentaron una petición aparentemente legítima de gozar de más lujos, les dijo con frialdad que si deseaban tales cosas no merecían vivir en su casa. ¿Acaso alguien que está esclavizado por sus pasiones hace a un lado los deseos de sus esposas en un caso así? El incidente demuestra que la mente del Profeta estaba libre de pensamientos bajos y sensuales. Más le valía divorciarse de todas sus esposas que cederles lo que consideraba indigno de ellas: una debilidad por las cosas frívolas. En fin, sus varios matrimonios no se debieron, de ninguna manera, a una falta de sobriedad por parte del Profeta.

La protección de la mujer

Consideramos una vez más los hechos históricos que impulsaron al Santo Profeta a matrimoniarse muchas veces en apenas cinco años, entre el tercer y séptimo años de la Hégira, después de haber pasado un cuarto de siglo con una sola esposa. El período en cuestión coincide exactamente con las guerras entre los musulmanes y los no musulmanes de Arabia. El número de los miembros mas-

culinos del aún diminuto círculo de la Hermandad Musulmana menguó constantemente a causa de las bajas en los combates. Por lo tanto, había un creciente número de viudas que era menester atender. Pero esas mujeres no sólo requerían pan y mantequilla. Los estadistas miopes nunca han comprendido las necesidades de las viudas de las guerras. El deseo sexual es innato en la naturaleza humana, y el estadista que no toma en cuenta las necesidades sexuales de sus súbditos conduce a la corrupción moral, cuyo desenlace final es la ruina de su país. Un reformador para quien la moral lo es todo, no podría conformarse con proporcionar a las viudas alimentos y ropa, meramente. El Profeta se interesaba mucho más en la castidad de las mujeres que en sus necesidades físicas, y de ahí se hizo indispensable permitir la poligamia entre los atribulados musulmanes en pie de lucha. Ésta fue la razón por la cual contrajo matrimonio tantas veces en el transcurso de las guerras de defensa. Casi todas sus esposas eran viudas. La lujuria necesariamente busca la virginidad para saciarse, y no había escasez de vírgenes en Medina. Si bien para cualquier musulmán hubiera sido un privilegio envidiable ser el suegro del Profeta, el objeto de éste era mucho más noble; la protección de las viudas de sus amigos. Solamente en la poligamia podía la sociedad musulmana de esos difíciles trances asegurar su seguridad moral.

Razones políticas

Por otra parte, en algunos casos las razones políticas determinaron la consumación de los matrimonios. Tal fue el de la unión del Profeta con Jawairiyah, una dama perteneciente a los Banī Mustaliq, y también el de su matrimonio con la viuda de un jefe judío. Safiyyah. En ambos casos el Profeta quería reconciliarse con las tribus en cuestión, siendo ese fin el único motivo de sus matrimonios.

Otras consideraciones

En cambio, el matrimonio con Zainab merece comentario especial debido a que atrajo ciertas críticas difamatorias. Zainab fue una prima hermana del Profeta, que, al cumplir su mayoría de edad, fue ofrecida en matrimonio a éste por su hermano, quien deseaba que se casara con Muhammad. Pero él la hizo contraer nupcias con el ex esclavo Zaid. Cuando la relación no prosperó, Zaid rogó al Profeta que le permitiera divorciarse de ella, pero él lo disuadió,

basándose en las razones expuestas en el *Qur'an* (33:36, 37). Sin embargo, al fin se hizo necesario el divorcio. Ahora bien, en general la mujer divorciada era mirada con desprecio, y en este caso un esclavo liberado había rechazado por medio del divorcio a una dama bien nacida. El Profeta aceptó entonces una esposa más para eliminar de la mente árabe la idea falsa de que el divorcio degradaba a la mujer. Así que mediante ese acto, que además obedeció al compromiso moral que el Profeta tenía por habersele hecho el ofrecimiento primero a él, elevó en la estima del pueblo a las divorciadas, salvándolas de una vida de humillación en la sociedad. Si hubiera sido motivado por un deseo de satisfacción egoísta o por la pasión, no la habría rehusado cuando le fue ofrecida como virgen. Ese rechazo inicial y la aceptación posterior de una divorciada mal vista por los demás, son dos actos que dejan en claro que ese matrimonio no se debió a ningún egoísmo.

El cuarto período

El cuarto período se inició con la conquista de La Meca en el año 8 después de la Hégira acontecimiento que marcó el virtual fin de las guerras internas. Hubo brotes de desorden, ciertamente, pero en general la paz reinó en el país y los árabes volvieron a sus actividades usuales. De entonces y hasta su muerte el Profeta no volvió a contraer matrimonios nuevos. En este hecho se confirma que todos los casamientos del período anterior obedecieron a las bajas en los combatientes masculinos que dejaron a muchas mujeres desprotegidas, problema que se resolvió con la poligamia. Con anterioridad a las guerras defensivas el Profeta había compartido su vida con una sola mujer. Así, pues, se entiende que los motivos del Profeta fueron intachables, ya que su objetivo era solucionar un problema moral de las musulmanas. Su única alternativa consistió en tomar más de una esposa, medida que puso en claro su compasión por el sexo débil.

Por su naturaleza, el Profeta se oponía a la poligamia y la guerra

Si bien su pueblo acostumbraba la poligamia, el Profeta tenía antipatía por ella. Pasó los mejores años de su vida con una esposa solamente, poniendo la pauta en las relaciones maritales de tiempos normales. Sin embargo, al llegar las nuevas condiciones anormales de las guerras no desatendió sus responsabilidades por un

sentimentalismo al servicio de una errónea idea moralista. Vio que estaba en juego la castidad de la mujer musulmana, y para allanar el camino a intereses más altos permitió la poligamia como una excepción para enfrentar circunstancias excepcionales. De la misma manera tuvo que recurrir a la guerra, no obstante su aversión natural por la violencia. Cuarenta años antes del Llamado los árabes esgrimían la espada con la misma despreocupación que los hombres de otras tierras manejaban la hoz; la lucha entre tribus estaba a la orden del día; los hombres se agarraban de los cuellos como animales y nadie sobrevivía si no sabía pelear con la espada. Sin embargo, en todo ese tiempo el Profeta nunca se batió con un adversario. Tampoco recurrió a la violencia durante los primeros catorce años del Llamado. Su natural inclinación por la paz se refleja en los mandatos sobre la paz que aparecen el Sagrado *Qur'an*: "Y si se inclinan hacia la paz, inclínate tú también hacia ella, y confía en Allāh. . . Y si intentan engañarte, entonces ciertamente Allāh te basta" (8:61-62). Su aceptación de la tregua de Ḥudaibiyyah, a pesar de que las condiciones de ésta humillaban a los musulmanes, que estaban prestos a morir en vez de observarlas, también confirma su naturaleza pacífica. Pero cuando el deber lo llamaba a la guerra para poder salvar a sus seguidores, no vacilaba en ir al encuentro de ejércitos muy superiores al suyo. Sus actuaciones en los combates fueron las de un estratega sagaz y un soldado valiente. Dominaba el arte de dispersar al enemigo para frustrar los ataques mortales contra los musulmanes. Y una vez, en la batalla de Ḥunain, cuando los arqueros del enemigo hicieron huir a sus hombres, él sólo avanzó, hasta que se le unieron sus compañeros. Contra sus deseos de paz, las nuevas circunstancias lo empujaron al combate, donde cumplió con brío su compromiso. Contra su aversión a la poligamia, dio amparo a viudas mediante el recurso del matrimonio. Debe añadirse, para concluir, que el verso coránico que limita el número de esposas a cuatro cuando surgiera la necesidad de la poligamia, probablemente se reveló después de que el Santo Profeta contrajera los matrimonios comentados en este libro. Pero, al mismo tiempo, se le permitió conservar bajo su protección a esas esposas (33:50), y posteriormente a la revelación del citado verso ya no contrajo más compromisos conyugales (33:52).

Capítulo XIII

AFIRMACIONES FALSAS DE ATROCIDADES

“Así, es por la merced de Allāh que tú eres gentil hacia ellos. Y si hubieras sido duro, inclemente, ellos sin duda se habrían dispersado de tu lado” (3:158).

Crítica prejuiciada

Al parecer, la crítica europea se olvida de su espíritu de trato justo al tocar el tema del Profeta. Todas las reglas de esa crítica evidentemente obedecen a una sola consideración, a saber, que lo que desfavorezca o rebaje la reputación del Profeta debe aceptarse como verdad. Ejemplifico esta tendencia de la crítica con la obra del Sr. Cash, *La expansión del Islām*. El autor incluye en su libro un apéndice de cuatro páginas donde reúne muestras de lo que llama “asesinatos” cometidos a instancia del Profeta y por los que tacha al Profeta de “cruel, traidor e implacable” (página 29). Con una sola excepción, el Sr. Cash emplea material publicado por Muir y, aunque agrega una lista de autoridades originales, no hace un análisis crítico antes de condenar a un hombre considerado como modelo de virtud y amabilidad por cuatrocientos millones de personas. Ascenden a cinco los casos de supuestos “asesinatos”, más otro cometido por los Bani quraish y que se describió en el capítulo X de este volumen. Por último, se acusa al Profeta de permitir el estupro, obviamente una acusación falsa que ni conoce el

mismo Muir. A continuación se comentarán brevemente estos casos.

Cómo los musulmanes soportaron el maltrato

Lo primero que nos sorprende es que cinco de los seis supuestos casos de "asesinato" y "masacre" se relacionen con los judíos. Los judíos eran "el pueblo del Libro", y usualmente las relaciones de los musulmanes con el pueblo del Libro resultaban mucho más liberales que las llevadas con los idólatras árabes. ¿Cómo se explica, entonces, que los mismos judíos, cuyos profetas se mencionan frecuentemente con el mayor respeto en el Sagrado *Qur'ān*, hayan sido seleccionados como víctimas de asesinatos, mientras que los idólatras árabes que más implacablemente persiguieron a los musulmanes durante trece años en La Meca, y que emprendieron una guerra de exterminación contra éstos, no hayan sufrido las consecuencias de tales crímenes? Sir William Muir y el Sr. Cash concuerdan en que fueron asesinados muchos judíos por la mínima ofensa de componer versos "que molestaban a los musulmanes." La poesía no era precisamente una vocación de los judíos, y los versos injuriosos del Islām y de los musulmanes se produjeron con mucha mayor abundancia entre los árabes idólatras. Los árabes originaron las sátiras y la poesía injuriosa como un arma destinada a desacreditar y difamar el Islām. Ni Muir ni Cash se tomaron la molestia de poner a prueba la confiabilidad de sus fuentes informativas, a partir de las cuales osan en condenar al más misericordioso y recto de los hombres como persona cruel y traidora. Si, por su parte, el Sr. Cash hubiera llevado su investigación a la raíz del asunto, habría descubierto que el Profeta y los musulmanes soportaron pacientemente los maltratos más extremos, así como los molestos versos de todos sus adversarios, ya fueran judíos o idólatras. De hecho, el *Qur'ān* había ordenado a los musulmanes tener paciencia ante todo abuso, fuese proveniente de los idólatras, los judíos o los cristianos. El siguiente es un verso coránico que data del período de las guerras antiislámicas: "Y ciertamente oiréis de aquellos a quienes se ha dado el Libro antes que a vosotros y de los idólatras muchos insultos. Y si tenéis paciencia y cumplís con vuestro deber, es éste sin duda un asunto con gran resolución" (3:185). Este verso ocurre en un capítulo que contiene un relato de la batalla de Uhud, ocurrida en el año 3 después de la Hégira, por lo que no pudo haberse revelado anteriormente a ese año, y éste es precisamente el período en que sucedieron los supuestos asesinatos. ¿Cómo puede ser que el Pro-

feta y sus seguidores hayan desobedecido los mandatos del *Qur'an*? En el mismo lapso en que los politeístas árabes y los judíos hacían la guerra contra ellos, los musulmanes recibieron el mandato coránico de que, ante los ataques, no sólo debían soportarlos con paciencia sino evitar las represalias, para no mencionar los asesinatos. ¿Frente a esa orden, cómo podía el Profeta mandar asesinar a sus injuriadores, y cómo podían sus seguidores obedecer una orden humana que contradecía a la del *Qur'an*? Simplemente no era posible. Y si fuentes como Ibn Hishām o Wāqidi afirman que el Profeta ordenó el asesinato de sus injuriadores, hay que rechazar a esas autoridades, ciertamente poco confiables, y no al *Qur'an*, la fuente más confiable existente con respecto a los actos del Profeta. El *Qur'an* había permitido el combate contra un agresor, más sin embargo prohibió el asesinato de mismo. Por el contrario, exigió paciencia ante tales embates. Por consiguiente, resulta inconcebible que el Profeta haya ordenado asesinatos como respuesta a poemas calumniadores y, al mismo tiempo, haya proclamado que los abusos fueran recibidos con gran paciencia.

Prohibición contra el asesinato de mujeres

Ahora examinemos los casos uno por uno. El primero que cita el Sr. Cash corresponde a Asmā' de la tribu de Aus. Se dice que compuso versos en los que aseveraba que el Profeta era un advenedizo que había matado a muchos de los jefes de su tribu en la batalla de Badr. Se dice que fue muerta brutalmente a manos de un musulmán llamado 'Umair y que el Profeta no sólo aprobó el crimen, sino que elogió al homicida. Las autoridades que cita son Wāqidi, Ibn Hishām e Ibn Sa'd. La poca confiabilidad de estas fuentes queda demostrada al tomarse en cuenta tanto la prohibición coránica que acaba de citarse, como las repetidas órdenes del Profeta de no matar a mujeres, aunque fueran combatientes. Una autoridad tan respetable como Bukhārī escribió un capítulo intitolado "Asesinatos de mujeres durante las guerras" (*Kitāb al-Jihād*), en donde cita el siguiente informe de Ibn 'Umar: "Una mujer fue encontrada muerta en una de las batallas en que combatió el Santo Profeta, por lo que el Santo Profeta prohibió el asesinato de mujeres y niños." Si el Profeta prohibió la matanza hasta de las mujeres que acompañaban a los combatientes, ¿cómo podía aceptar el asesinato de poetizas que escribieran versos antagónicos a los musulmanes? Los acompañantes del Profeta tenían muy en cuenta esta prohibición. En un cierto combate, por ejemplo, un grupo de ellos estuvo a punto de pasar a cuchillo a un enemigo llamado

Abul Huqaiq, cuando se les interpuso la esposa de éste. Los musulmanes tuvieron que detener sus espadas levantadas "porque recordaban que el Santo Profeta les había prohibido matar a las mujeres."* Ante testimonio tan claro, sólo una mente prejuiciada puede aceptar como confiable una información que indique que el Santo Profeta ordenó y aplaudió el asesinato de una mujer simplemente porque ésta compuso versos agresivos. Sin duda se falsificó el suceso real.

En relación a esta prohibición contra el asesinato de mujeres, el más confiable de los tradicionales islámicos, el Imām Bukhāri, recogió un dicho del Santo Profeta y lo citó bajo el encabezado de "El asesinato de mujeres durante las guerras," siendo lo más importante las palabras "durante las guerras". El incidente y la prohibición que describe Bukhāri también se encuentran en todos los libros de *Sihāh Sittah* (las seis colecciones confiables), con la salvedad de uno. Por lo tanto, no se puede dudar de la autenticidad de la información. Además, esta prohibición se ha aceptado como un principio básico por parte de juristas posteriores. Así, de acuerdo con Mālik y Auza'ī, no se permite asesinar a mujeres y niños por circunstancia alguna, mientras que, según Shāfi'i y el Kūfis, sólo se permite matar a una mujer cuando es combatiente, si bien, a decir de otra autoridad, aun siendo combatiente una mujer no es lícito matarla intencionalmente a menos que esté a punto de matar o atacar a un hombre con intención de matarlo.* Sin embargo, según Mālik y Auza'ī, como ya se dijo, no debe matarse a una mujer por circunstancia alguna, al grado de que si un grupo de combatientes toma el refugio de mujeres y niños u ocupa un refugio en un fuerte o una embarcación en que también haya mujeres y niños, no es lícito disparar o prender fuego al fuerte o la embarcación.** De modo que resulta impensable que el Profeta haya ordenado el asesinato de una mujer, bajo condiciones *pacíficas*, por haber cometido una falta leve como cantar ciertos versos provocadores.

Abū Afak

El siguiente incidente que cita el Sr. Cash se refiere al supuesto asesinato de Abū Afak, "un envejecido judío proselitista cuya ofensa fue similar a la de Asmā'." Sin vacilación, podemos afir-

* Fath al-Bārī, cap. El asesinato de Abul Huqaiq.

* 'Aun al-Ma'būd, *Comentario sobre Abū Dāwūd*, cap. El asesinato de mujeres.

** Fath al-Bārī, cap. Ahl al-dār-i yabitun.

mar que esta versión tiene tan poco fundamento como la del asesinato de Asmā', ya que la prohibición contra el asesinato de mujeres también incluía a niños y ancianos. Aunque ciertamente las frases del Profeta que cita Bukhārī sólo menciona mujeres y niños, y no ancianos, existe un hadith en Abū Dāwūd*** sobre el que nos informa Anas, hijo de Mālik, que el Santo Profeta dijo: "No matéis a un niño, una mujer o un anciano". Esta prohibición contra el asesinato de ancianos también aparece en las órdenes que dio Abū Bakr, el primer califa, a Yazīd, hijo de Abū Sufyān, cuando el califa lo puso al frente de un ejército que marchaba a Siria. En dichas órdenes se apuntan estas indicaciones: "No mates a niños, mujeres o ancianos."* Desde luego, Abū Bakr sólo pudo haber dado esas órdenes basándose en la autoridad del Santo Profeta. Por consiguiente, se prohibió el asesinato tanto de ancianos como de mujeres. Y volvemos a repetir que el Santo Profeta no hubiera podido dar órdenes tan claras para luego ordenar, contradictoriamente, el asesinato de "un envejecido judío proselitista," según se describe a Abū Afak, y sólo por la ofensa de haber compuesto unos versos injuriosos.

Sólo los combatientes podían ser asesinados: Ibn Sunainah

De hecho, como se expone con claridad en el Hidāyah, no se puede quitar la vida a una persona, a menos que sea un asesino, más que en combate con ella: "Y no deben matar a una mujer, un niño, un anciano, un civil o un ciego, porque lo que hace que sea lícito quitar la vida a un hombre, según nosotros, es que éste sea un combatiente, y tal cosa no es cierta en el caso de ellos."** De hecho, la condición, que constituye el principio básico de la ley hanífita, se fundamenta en las palabras específicas del propio Santo Profeta. Como informa Abū Dāwūd, teniendo como su buena fuente a Rabāh, hijo de Rabī': "Acompañábamos al Profeta en cierta batalla, cuando vimos que la gente se juntaba en un lugar. Así que enviamos a un hombre a inquirir sobre la razón de esa reunión. El mensajero volvió y nos dijo: "Hay una mujer muerta." El Santo Profeta dijo que *ella no estaba combatiendo*. El informante declaró que Khālid conducía a la tropa en esos momentos. Así que el Profeta envió un mensajero a Khālid para comunicarle que no de-

*** Cap. Du'ā al-Mushrikīn.

* *Fath al-Qadīr*, vol. V, p. 202.

** Cap. *Qatl al-Niẓa*.

bía matar a mujeres ni a ayudantes”*. En su observación que “ella no estaba combatiendo”, el Santo Profeta dio a entender que aun en el combate sólo se debía matar a los participantes directos, y junto con las mujeres exentó a los ayudantes, porque éstos sólo se contrataban como apoyos y no participaban en los combates, propiamente. Sobre esta base la ley hanifita exenta, junto con las mujeres, a los niños y ancianos, quienes no pueden participar directamente en los combates. Por eso, resulta inevitable concluir que, de acuerdo con las órdenes del propio Santo Profeta, matar a una persona es ilícito a menos que haya participado en el combate, y que todo informe en el sentido de que una persona fuera muerta no obstante no ser un combatiente es o falso o dudoso, aun cuando dicho informe se encuentre en una colección confiable de tradiciones. Y, en cuanto a los biógrafos, no se puede confiar en ellos en estos temas, y hay que rechazar como falso el caso del asesinato de Ibn Sunainah. La afirmación de que su asesinato se debió a que el Profeta dio carta blanca a la matanza de judíos, basta para desacreditar este informe, ya que tal orden no sólo representaría una violación a los mandatos del Sagrado *Qur'an* sino también porque si se hubiera dado semejante orden, no habría resultado en el asesinato de un solo judío.

Ka'b ibn Ashraf

Ahora llegamos a los casos genuinos que se mencionan en las colecciones de los Hadith. El primero de ellos es el de Ka'b ibn Ashraf. Se hará una presentación detallada, ya que este caso en particular demostrará cómo las acciones del Santo Profeta han sido tergiversadas por sus críticos. El padre de Ka'b provenía de la tribu de los tayy, pero se trasladó a Medina, donde se alió con la tribu judía de los Baní Nadir y adquirió tanta influencia que logró casarse con la hija de un dirigente judío. Ka'b, quien nació de esa unión, por lo tanto llegó a tener relaciones estrechas tanto con los judíos como con los árabes. Cuando el Profeta se instaló en Medina, los judíos de la ciudad acordaron con él un pacto en que se preveía la convivencia armónica de judíos y musulmanes, sin que ninguna de las dos partes firmantes se viera obstaculizada en sus prácticas religiosas. De ahí se derivó la condición de que en caso de un ataque a Medina, o de una guerra no declarada con una tercera parte, los signatarios se comprometían a ayudarse mutuamente. Asimismo, se aceptó al Profeta como el árbitro final en

* Cap. *Kalftyyat al-Oital*

todas las disputas. Sin embargo, cuando un ejército de La Meca se lanzó contra Medina en el segundo año después de la Hégira, los musulmanes tuvieron que defenderse solos. No obstante que la fuerza musulmana representaba menos de un tercio del poder numérico de las huestes agresoras y que aquélla era inferior también en eficiencia y pertrechos, en Badr el invasor sufrió una derrota aplastante. La victoria de los musulmanes, en vez de aplacar a los judíos de Medina, hizo que creciera en ellos una actitud antagónica para con el Islām. Ka'b entró, entonces, en acción. Haciendo caso omiso de su compromiso de convivencia pacífica, puso en juego su don de poeta para evocar el odio al Islām y a los musulmanes. No se contentó sólo con eso, sino que marchó a La Meca, donde entró en contubernio abierto con los enemigos del Islām. Se esforzó por convencer a los quraish de la necesidad de tomar Medina cuanto antes con una fuerza invencible. En la Ka'bah juró combatir a los musulmanes en la invasión de Medina que recomendaba. Más aún, regresó de La Meca con un plan solapado de atentar contra la vida del Profeta. En su libro, *La vida de Muhammad*, William Muir desahoga su espíritu de verdadero misionero cristiano al no tener cabida para estos hechos, pero dedica mucho espacio a los pormenores más nimios acerca de cómo se ejecutó a Ka'b. Asimismo, da salida a sus sentimientos personales al finalizar su descripción de uno de los supuestos "asesinatos" en los términos siguientes: "El progreso del Islām empieza a resaltar en contraste poco envidiable con el logrado al principio del cristianismo. Los conversos fueron atraídos a la fe de Jesús al atestiguar la constancia con que sus confesores sufrían la muerte, mientras que los conversos al Islām fueron atraídos por el espectáculo de la prontitud con que sus partidarios infligían la muerte. En un caso la conversión ponía en peligro la vida del creyente; en el otro, era el único medio para salvarla".

Y si Muir oculta los hechos que muestran que Ka'b dejó de ser un aliado para convertirse en un enemigo combatiente, Cash, no obstante que alardea de las fuentes originales, es culpable de la misma falta. Que los musulmanes y los no musulmanes guerreaban entre sí cuando sucedieron los supuestos "asesinatos", en el tercer año después de la Hégira, es un hecho innegable. El quid del asunto es si Ka'b militaba entre los combatientes o los no combatientes. Si realmente combatió al lado de los quraish y los musulmanes lo mataron, ¿puede llamarse a eso traición, crueldad o carnicería? Se sabe, gracias a datos históricos, que Ka'b se unió abiertamente a los combatientes y, más aún, algunas fuentes aseguran que trató de atentar contra el propio Profeta. A continuación citaremos a varias de estas fuentes:

“Se presentó ante los quraish, llorando por sus muertos (en Badr) y los incitó a luchar contra el Profeta.” (Zurqāni, vol. II, p. 10).

(El Profeta dijo: “Él (Ka'b) ha reanudado su enemistad con nosotros y habla mal de nosotros, y se ha pasado al lado de los politeístas (que hacían la guerra contra los musulmanes) y ha hecho que se unan para combatirnos.” (Zurqāni, vol II, p. 11).

“Y, según Kalbi, formó una liga con los quraish ante las cortinas de la Ka'bah: para luchar contra los musulmanes.” (Zurqāni, vol. II, p. 11).

“Y organizó un banquete, y conspiró con algunos de los judíos que invitaría al Profeta y que, venido él, todos de pronto caerían sobre él.” (Zurqāni, vol. II, p. 12).

Comentando el informe de Bukhārī sobre la muerte de Ka'b, el autor de *Fath al-Bārī* señala los ya citados pasajes de Zurqāni. El propio Bukhārī habla del fin de Ka'b bajo encabezados en que ocurre la palabra *harb* (combate), demostrando así que a éste se le consideraba un combatiente. Abū Dāwūd trata el tema bajo el encabezado “Cuando el enemigo es atacado y no está preparado”, que demuestra que recibió el trato propio para un enemigo en guerra con los musulmanes. Y el comentario sobre este punto es que “Ka'b solía incitar a la gente a asesinar al Profeta.” Y al analizar la legalidad de lo que hizo la partida enviada para castigar a Ka'b, el mismo autor añade: “Esto no se permite en el caso de un enemigo al que se hayan dado seguridades o con quien se haya hecho la paz. . . pero se permite en el caso de quien rompa el compromiso y ayude a otros en el asesinato de musulmanes.” E Ibn Sa'd nos dice que cuando los judíos se quejaron con el Profeta de que su dirigente había sido muerto, “les recordó sus actos y de cómo había recomendado e incitado (a los quraish) a hacer la guerra contra ellos,” y agrega que “el Profeta entonces les pidió que subscribieran un convenio con él,” el cual “quedó posteriormente con 'Ali.” Todas estas pruebas muestran que Ka'b fue ajusticiado por haber roto el acuerdo con el Profeta y por haberse unido al enemigo aguerrido. Recibió, por lo tanto, el trato de un combatiente. En cambio, los judíos que no llegaron a los extremos de Ka'b, si bien injuriaron en palabra al Profeta, continuaron viviendo en paz con él. Lo único que el Profeta les pidió fue subscribir un pacto con él en el sentido de no sumarse a la banda que agredía a los musulmanes.

La cuestión que vale la pena considerar es por qué esa partida de musulmanes le dio muerte taimadamente. En primer lugar, hay que comprender que la responsabilidad por la forma del ajusticiamiento no recae sobre el Profeta. Por cierto, el Profeta consi-

deró que Ka'b merecía la muerte, pero no existen pruebas de que haya dado órdenes sobre la forma de ejecutar la sentencia. Por otra parte, según un informe, cuando Muhammad ibn Maslamah preguntó al Profeta si debía matarlo, éste permaneció callado, mientras que otra fuente le atribuye las palabras: "Si lo vas a hacer, no te apresures antes de consultarlo con Sa'd Ibn Mu'adh."* En todo caso, no se enteró de los detalles e, incluso, es cuestionable que los detalles presentados sean fidedignos, punto sobre el cual hasta Muir tiene reservas. Pero suponiendo que los detalles sean correctos, el Santo Profeta no tuvo ingerencia en ellos. Y dejando a un lado la cuestión de la responsabilidad del Profeta, dadas las circunstancias, no había otro método al cual recurrir. El crítico hostil toma como algo dado que las condiciones de los musulmanes de Medina eran muy parecidas a las suyas en el siglo XX. Aquellos musulmanes estaban en un estado de guerra, y tuvieron que repeler al enemigo con los medios que tenían a su disposición. Ka'b había traicionado a los habitantes de Medina y colaboraba con las tropas invasoras como combatiente. El Profeta, conforme la ley humana y la Divina, envió contra él un contingente militar (*sarriyah*), pero la forma en que se realizaría el golpe armado quedó a discreción del jefe de ese grupo de choque. Éste, Muhammad ibn Maslamah, optó por una táctica tradicional árabe que consideraba la más apropiada para las circunstancias. Para evitar mayor derramamiento de sangre entre los aliados judíos de Ka'b, el ataque se dirigió contra su persona en secreto.

Abul Huqaiq

Trataremos el caso del judío Abul Huqaiq (Abū Rāfi') con brevedad. Muir reconoce indirectamente que ese hombre traicionó a los musulmanes. Bajo el encabezado "El asesinato de Abul Huqaiq, un jefe judío", afirma: "Una porción de los Banī Nazir, después de su destierro, se establecieron entre sus hermanos en Khaibar. Abul Hukeick, su jefe, habiendo desempeñado un papel destacado en la fuerza confederada que asedió Medina, ahora era sospechoso de incitar a las tribus beduinas en sus ataques de pillaje. Por lo tanto, 'Ali se puso al frente de una expedición que salió para confrontar a los judíos de Khaibar. . . Para poner remedio a los ataques, Mahomet resolvió deshacerse del supuesto autor de éstos, su jefe judío. . . El asesinato de Abul Hukeick no tranquilizó la aprehensión de Mahomet con respecto a los judíos de Khaibar,

* Zurqānī, vol. II, p. 12.

ya que Oseir, que lo substituyó, continuó con las mismas relaciones con los Ghatafan, e incluso, se creía, preparaba nuevas agresiones contra Medina."

Los Banī Nadīr, una tribu judía, radicaba originalmente en Medina, donde, f6rmalmente, eran aliados del Profeta. Esta alianza qued6 rota cuando los judios se negaron a volver a jurar su lealtad tras ser acusados de estar en contubernio con los quraish y otras tribus amigas de 6stos que habían asesinado traidoramente a varios musulmanes. El conflicto culmin6 en el destierro de los Banī Nadīr, muchos de los cuales se refugiaron en Khaibar, como ya se coment6. Abul Huqaiq, su jefe, tambi6n había sido un dirigente en la "batalla de los aliados", en que tribus 6rabes y judías se unieron para aniquilar al Islām. Aun despu6s de la derrota de esa fuerza, Abul Huqaiq continu6 incitando a las tribus 6rabes, lo que justific6 la expedici6n que el Profeta envi6 para poner en orden a los judios de Khaibar en el s6ptimo a6o despu6s de la H6gira. Sin embargo, un a6o antes un peque6a partida de musulmanes ajustici6 a Abul Huqaiq personalmente para no perjudicar a personas que no fueran los cabecillas de los disturbios. Pero, aunque qued6 eliminado como provocador, los musulmanes no obtuvieron la paz y se hizo necesario capturar ese foco de conspiraci6n e intriga que era Khaibar. Como en el caso de Ka'b, los m6todos empleados por la partida que asesin6 al jefe de los judios en esa ciudad no deben atribuirse al Profeta.

Una atroz calumnia

El 6ltimo de los cargos que el Sr. Cash lanza contra el Santo Profeta, haber permitido que los musulmanes violaran a las mujeres de los Banī Mustaliq, es una atroz calumnia. Y es osado afirmar que "todos los Libros Tradicionales" mencionan esa violaci6n. Ni una sola colecci6n de los Hadith contiene un testimonio que justifique la acusaci6n, la cual desconoce incluso un autor tan hostil como Muir. En los Hadith s6lo se encuentra un informe de Abu Sa'id Khudari en el sentido de que varios soldados del ej6rcito musulm6n se propusieron tener relaciones íntimas con prisioneras de guerra y emplear un dispositivo anticonceptivo, pero no se asevera en esa fuente que hayan realizado sus prop6sitos. De hecho, el citado informante habla sobre la legalidad del 'azl, el anticonceptivo, pero nada dice de violaciones. De hecho, antes de la era isl6mica, se permitían las relaciones íntimas fuera del matrimonio; posteriormente las reformas basadas en el *Qur'ān* pusieron fin a esas costumbres, pero el cambio tuvo que ser gradual.

En materia de relaciones íntimas con las prisioneras de guerra, el *Qur'ān* es explícito. El siguiente verso echa por tierra la inculpación infundada del Sr. Cash: "Y quienquiera de vosotros que no tenga medios para desposar mujeres libres y creyentes, (que case) con aquellas doncellas creyentes que posean vuestras manos derechas. . . Casad con ellas entonces con el permiso de sus amos, y dadles sus dotes con justicia, si son castas, no fornican, ni aceptan amantes; si son culpables de adulterio cuando se las tome en matrimonio, sufrirán la mitad del castigo de las mujeres libres y casadas. Esto es para aquel entre vosotros que teme caer en el mal. Y abstenerse será mejor para vosotros. Y Allāh es Indulgente, Misericordioso" (4:25).

Con respecto al trato de las mujeres de los Bani Mutaliq en particular, en todos los libros de los Hadīth hay información que indica que todas ellas quedaron en libertad sin pago de rescate, ya que una de ellas, Juwairiyah, fue liberada y contrajo matrimonio con el Sagrado Profeta.

Indice

- Aarón, 159
'Abbās, 35, 61, 62, 141
'Abd al-Hārith, 132
'Abd Allāh (hijo de 'Abd Allāh ibn Ubayy) 128
'Abd Allāh (hijo de 'Umar) 102
'Abd Allāh (padre del profeta) 29, 106
'Abd Allāh ibn Ḥaḍramī, 77, 78
'Abd Allāh ibn Ḥudhāfah, 112
'Abd Allāh ibn Jaḥsh, 19, 77, 165
'Abd Allāh ibn Jubair, 84
'Abd Allāh ibn Mas'ūd, 42
'Abd Allāh ibn Rabi', 50
'Abd Allāh ibn Rawāḥah, 113
'Abd Allāh ibn Ubayy, 75, 76, 83, 94, 98, 101, 128, 130, 148
'Abd Allāh ibn Uraqit, 66
'Abd al-Masiḥ, 132
'Abd al-Muṭṭalib, 29, 30, 31, 121
'Abd al-Raḥmān, 41
'Abd al-Raḥmān ibn 'Auf, 72
Abrahah, 29, 30
Abraham, 8, 9, 18, 19, 20, 24, 28, 167
Abū Afak, 180, 181
Abū 'Āmir, 84, 129
Abū Bakr, 34, 41, 44, 48, 62, 63, 64, 65, 66, 86, 105, 107, 139, 141, 163, 165, 181
Abū Barā, 91
Abū Dāwūd, 181, 184
Abū Dujānah, 84
Abū Hurairah, 72
Abū Jahl, 42, 48, 53, 57, 64, 79, 118, 119, 151
Abū Jandal, 106, 107, 110, 111
Abū Lahab, 29, 30, 53, 55, 56, 57, 60
Abū-l-'Ās, 32
Abul Huqaiq, 180, 185, 186
Abul Qāsim, 32
Abū Sa'id Khudari, 186
Abū Salmah, 165
Abū Sufyān, 78, 82, 86, 87, 88, 91, 112, 117, 120, 181
Abū Ṭalhah, 72, 86
Abū Ṭalib, 29, 31, 34, 35, 41, 53, 58
Abwā, 30
Abisinia, 49, 50, 51, 56, 58, 62, 63, 75, 112, 113, 135, 166; Primera emigración para Abisinia 49; Segunda emigración para Abisinia 51
'Ād 6, 9, 18
'Addās, 59
Adén, 6
'Adnān, 28
Africa, 5, 54
Aḥmad, 29
Aḥsā-al, 7
Aḥqāf, 6, 18

Aḥzāb, 104
 'Ā'ishah, 33, 87, 93, 94, 129, 142,
 143, 144, 163, 164, 169
 'Ajam, 146
 Aleppo, 6
 'Alī, 32, 41, 62, 64, 70, 97, 101,
 106, 124, 139, 184
 Amalekitas, 6, 8
 Amin-al, 31, 32, 151, 160
 Āminah, 29, 30
 'Āmir, 44, 134 cita
 'Ammār ibn Yāsir, 42
 'Ammārah ibn Walid, 55
 'Amr ibn 'Auf, 70
 'Amr ibn al 'Ās, 50, 111
 'Amr ibn Wudd, 97
 'Amr Umayyah, 91
 Anas (hijo de Mālik), 181
 Anṣar, 8, 61, 70
 Anas ibn Naḍar, 85
 Aqabah (primer promesa) 59, (se-
 gunda promesa), 60, 61
 Arabia, 5, 6
 Siria árabe, 5
 'Arafāt, 140 cita
 'Aribah (árabes puros), 9
 Arqam, 42, 44
 Ash'ath, 133
 Asia, 5, 10
 Asmā' (una poetisa de la tribu de
 Aus) 179, 180
 Aus, 8, 9, 73, 97
 Autās, 122
 Auzā'i, 180

B

Badr, 32, 78, 79, 80, 81, 82, 83,
 98, 103, 104, 126, 165, 179,
 183
 Badr Ākhrah, 92,
 Badr Ṣughrā, 92
 Bahirah, 31
 Bahrein, 7, 126, (el jefe de Ye-
 men) 132

Bai'at al-Ridwān, 105
 Bāidah (árabes antiguos) 9
 Bait al-māl (Tesorería Pública),
 72, 123
 Bajlah, 133
 Banū 'Āmir, 91
 Banū Bakr, 115, 116
 Banū Ḥamzah, 77
 Banū Ḥanīfah, 7, 132
 Banū Ḥarith, 132
 Banū Hashim, 9, 31, 55, 56, 57,
 149
 Banū Kindah, 132
 Banū Liḥyān, batalla de 93
 Banū Mustaliq, 93, 129, 116,
 173, 186 187; la batalla de
 93; suficientes prisioneros de
 93, 166
 Banū Naḍir, 73, 98, 99, 100, 101,
 182, 186
 Banū Najār, 29
 Banū Qaḥṭān, 9
 Banū Qainuqā, 73, 98, 100
 Banū Quraizah, 73, 98, 99, 100,
 101, 177
 Banū Sa'd, 30, 31
 Banū Sulaim, 91
 Banū Taghlib, 132
 Banū Tamim, 125, 132
 Banū Ṭayy, 125
 Barā ibn Ma'rūr, 61
 Baṣrah, 6
 Bazan, 113
 Bi'r Ma'ūnah, 91
 Bishr ibn Barā, 101
 Budail, 104
 Bukhārī, 179, 180, 181, 184
 Burdah, 125
 Buṣrā, 113

C

César, 95, 105, 112, 113, 117,
 127

Cash, Sr. 177, 178, 179, 180,
183, 186, 187
Confortador, 27, 28, 38
Cosroes, 67, 95, 105, 112, 113,
171
China, 10
Cristo, 25

D

Dahnā, 5
Damad ibn tha'lbah, 34
Damasco, 127
Dar al-Nadwah (Casa de Asam-
bleas), 63
David, 26, 27, 159, 167
Denison, J.H., 10
Dhāt al-Riqā, 93
Dhul Khalasaḥ, 133
Dhū Nawās, 19
Dhū Qarad, 93
Diḡḡah Kalbī, 112
Diodoro Sículo, 7
Dūmat al-Jandal, 93

E

Egipto, 9, 22, 112, 126
Elías, 25
Emigración, 76
Espíritu de Verdad, 27, 28
Espíritu Santo, 27, 28
Eufrates, 5, 6
Europa, 5, 10, 108

F

Fāṭimah, 32, 149, 164
Fadrat al-waḡy, 39
Fijār, batalla de 49, 54

G

Gabriel, 37, 39
Ghassān, 20, 127
Ghaṭafān, 7, 96, 101
Golfo de Omán, 7

H

Habakkuk, 27
Habbār, 119
Hadzramaut, 6, 133
Ḥafṣah, 165
Haggai, 27
Hājirah, 9
Hakim ibn Ḥazām, 34, 57
Ḥaliimah, 30, 31
Ḥamrā' al-Asad, 88
Ḥamzah, 29, 42, 44, 56, 84, 86,
119
Ḥanif, 19, 20
Ḥaram, 6, 91, 115
Ḥārith ibn Abi Dirār 93, 166
Ḥārith ibn 'Umair, 113
Ḥārith, Tribu de 91
Ḥassān, 112
Ḥātib, 116
Ḥātim Tā'ī, hoja de 125, 152
Hāwazin, 120, 121, 131
Heraclio, 171
Hijaz, 6, 7, 18, 26, 28
Hijr, 7, 18
Ḥilf al-Fudūl, 31, 34
Hindah, 84, 86, 119
Hindus, poligamia entre, 167
Hirah 8, 20
Ḥirā, cueva de, 35, 37, 65, 67
Hubal, 87
Hūd, 18
Ḥudaibiyah, 52, 100, 103, 107,
108, 109, 110, 111, 115, 120,
131, 136, 151, 175
Hipócritas, 90, 94, 97, 99, 101,
103, 128, 129, 130, 131

I

Ibn Hisham 179
Ibn 'Abbās 39
Ibn Umm Maktūm 44
Ibn Sa'd 179
Ib 'Umar 179

Ibrāhim 152, 163, 167

'Iddah 15

'Ikrimah, 118, 119

Océano Indico, 6

Irán, 6

'Is 111

Isaac 24

Isābah 164

Ismael 8, 9, 18, 24, 26, 28

Israel 158

J

Jabal al-Sarāt 5, 7

Jacob 167

Jaddah 6

Jadis 9

Ja'far ibn Abi Tālib 50, 113

Jahiliyyah-al 10

Jazirat al-Arab 5

Jesús 11, 25, 27, 28, 38, 50, 94,
158, 159, 167

Jihād 131

Job 159

Josué 159

Juan, el Bautista 25, 27, 159

Jubair, 164

Judaismo 19, 20, 21, 73

Judios 7, 8, 10, 18, 20, 23, 25, 73,
76, 81, 92, 94, 97, 98, 100,
101, 103, 126, 128, 134, 137,
148, 149, 150, 151, 170, 178,
182, 184, 185,

Judhām 127

Juwairiyah 93, 166, 173

K

Ka'bah 6, 7, 8, 9, 12, 13, 18, 21,
29, 32, 42, 43, 48, 57, 75, 81,
104, 118, 164, 182, 183Ka'b ibn Ashraf 182, 183, 184,
185

Ka'b ibn Zubair 125

Kaidār 28

Kalbi 184

Khabbāb 42, 43Khadījah 19, 32, 33, 34, 38, 40,
41, 57, 58, 152, 163, 168Khaibar 7, 18, 94, 99, 100, 101,
102, 147, 166, 185Khalid 85, 87, 111, 114, 117,
119, 121, 181Khazraj 8, 9, 60, 61, 73, 97Khubaib 91Khunais 165Khuzā'ah 93, 104, 115, 118Kūfah 6

L

Lakhm 127

Lāt 35, 60, 132

Lubainah 44

M

Ma'ārib 6

Madā'in 67

Madyan 7, 18

Mahrah 132

Maimunha 166

Mālik 121, 180, 181

Marr al-Zahrān 118

Maria (madre de Jesús) 94

Mascate 7

Meca 6, 7, 8, 18, 21, 26, 29, 31,
33, 34, 44, 49, 52, 54, 59, 60,
62, 63, 64, 67, 68, 69, 71, 77,
78, 79, 80, 81, 82, 84, 94,
104, 106, 107, 110, 111, 114,
115, 116, 117, 118, 119, 120,
121, 124, 126, 128, 135, 139,
148, 168, 178, 183Medina 6, 7, 8, 17, 18, 30, 33, 51,
52, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66,
67, 68, 69, 70, 71, 73, 75, 76,
77, 78, 79, 80, 82, 87, 88, 90,
92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99,
100, 101, 103, 106, 110, 113,

114, 116, 118, 119, 120, 122,
 124, 126, 127, 128, 129, 130,
 131, 132, 134, 136, 137, 141,
 146, 149, 151, 152, 153, 170,
 171, 172, 182, 183, 185
 Mediterráneo, mar 5
 Mesopotamia 8 (ver Iraq 17, 26)
 Minā 140
 Moisés 6, 25, 26, 38, 116, 159,
 167
 Mu'allaqāt 12
 Mubāhalah 133
 Mughirah 132
 Muḥammad ibn Maslamah 185
 Muir, Señor William 7, 8, 11, 14,
 21, 41, 68, 120, 168, 177,
 178, 183, 185
 Mundhir 132
 Muqauqis 12, 114 cita, 167
 Muraisi 93
 Mus'ab ibn 'Umair 61, 85,
 Musailimah 7, 133 cita
 Musta ribah (árabes naturaliza-
 dos) 9
 Mūtah 113, 126, 127
 Mut'im ibn 'Adi 59

N

Nabuconodosor 18
 Nadr ibn Kinānah 28
 Nadr ibn Ḥarth 151
 Nahdiyah 44
 Najd, proprovincia de, 6, 7, 91
 Najran 7, 19, 132
 Nahklah 77
 Negus 49, 50, 51, 52, 75, 112,
 113, 152
 Noé 9

O

Omán, el golfo de 7
 Oseir 186

P

Pablo, San 20
 Paran 6, 26
 Persia 10, 66, 126, Brazaletes de
 oro del soberano de Persia
 Pérsico, Golfo 5, 8

Q

Qais, hijo de Sa'd ibn 'Ubādah
 118
 Qais, Los 31
 Qamūs 101
 Qāsim 32
 Qubā' 70, 71
 Quraish 9, 28, 30, 32, 34, 42, 44,
 48, 49, 51, 52, 53, 54, 55, 56,
 57, 58, 63, 64, 65, 66, 75, 76,
 77, 78, 79, 80, 81, 84, 85, 86,
 87, 88, 89, 91, 93, 94, 97, 98,
 103, 104, 105, 106, 109, 110,
 115, 117, 119, 124, 126, 128,
 129, 134, 148, 151, 168, 171,
 183, 186
 Qusay 28

R

Rabāh, hijo de Rabi' 181
 Rabi' ibn Ḥārith 141
 Raji' 91, 101
 Rojo, mar 5, 6, 7
 Romano, Imperio 10, 19, 20, 126
 Rub 'Khāli 18
 Ruqayyah 32, 49

S

Sa'd 41, 72, 85, 99, 100
 Sa'd ibn Mu'ādh 99, 185
 Sa'd ib 'Ubādah 62, 118
 Safānah, 125
 Šafā 52, 120
 Šafiyah 102, 148, 166, 173

Şafwān ibn Mu'attal 93
 Şafwān ibn Umayyah 91
 Sa'id 43
 Ṣalih 7, 18
 Salmān 94
 Salomón 18, 27, 159
 Sana 6 (ṣanā) 19, 29
 Sara 9
 Saudah 165, 168
 Seir 26
 Shāfi'i 180
 Shaimah 122
 Shi'b 57, 58
 Shu'aib 7, 18
 Shurahbil ibn 'Amr 113
 Sihāh Sittah (las seis colecciones
 confiables) 180
 Sinai, monte 6
 Siria 8, 22, 29, 77, 78, 82, 98,
 105, 111, 112, 125, 127, 181,
 Arabia 5
 Spengler 41
 Suffah, los residentes del 71, 72,
 Suhail ibn 'Amr 106, 107
 Sultán 7
 sumayyah 42, 48
 Sunḥ 142
 Surāaqaq ibn Mālik 66

T

Tabūk 7, 126, 127, 129, 130, 136
 Ṭā'if 6, 7, 19, 58, 122, 124, 131,
 132
 Tasm 9
 Ṭayy, los 182
 Temá 26
 Thamud 7, 9, 18
 Thaniyyat al - Wadā' 113
 Thaḳif 122, 131
 Thaur, la cueva de 64, 65, 153
 Thuwaibiyah 30
 Tigris, el río 5
 Torá 6

U

'Ubad Allāh 166
 Uḥud 29, 82, 83, 88, 90, 93, 98,
 103, 104, 129, 148, 151, 154,
 165, 178
 Umaimah 165
 'Umair 179
 'Umān 7, 126, 132 (ver también
 Amman)
 'Umar 6, 42, 43, 44, 56, 67, 71,
 87, 102, 107, 129, 130, 141,
 142, 149, 165
 Umayyah 19
 Umm Ḥaabibah 166
 Umm Kulthūm 32
 Umm Maktūm 44
 Umm 'Ubais 44
 Umm Salmah 165,
 Umm al-Ḥurā 7, 124
 'Umrah (peregrinación menor)
 104, 124, 139
 'Uqabh ibn Abi Mu'ait 48
 'Urwah 105, 131
 Usāmah 141
 'Uthmāh 32, 49, 52, 105, 127,
 165
 'Uthmāh ibn Talhah 118
 'Uyainah 125
 'Uzza 35, 60, 87

W

Wahb ibn 'Abd Manāf 29
 Wahshī 84, 119
 Wail 133
 Waqidī 179
 Waraqaq ibn Naufal 19, 39 40

Y

Yamamah 7, 132
 Yāsir 42, 48
 Yathrib 6

Yazid 181
 Yaumal-Nahr, Día Sagrado del
 Sacrificio 140
 Yemen 6, 8, 9, 18, 20, 29, 95,
 113, 126, 131, 132
 Yenbo 6

Z

Zaid 33, 34, 58, 92, 113, 141,
 165, 173
 Zaid (safwān ibn Umayyah's sla-
 ve) 91
 Zaid ibn 'Amr ibn Nufail 19

Zaid ibn Ḥārith 41, 161
 Zainab, esposa de Zaid 165, 166,
 173
 Zainab, viuda de 'Abd Allāh ibn
 Jaḥsh 165
 Zainab, esposa de Ḥārith 101,
 102
 Zainab hija del Sagrado Profeta
 32
 Zubair 41, 49
 Zuhrah 29
 Zuhri 39
 Zunnirah 44
 Zurqani 184